El Malo



Noah Evans

Índice

Preámbulo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33

34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
Epílogo

Prólogo

Tenía en el escritorio una montaña de carpetas. Las apilaba una sobre otra con genio.

Hago el trabajo y el mérito se lo llevan otros.

Llevaba año y medio trabajando para la productora. Había llegado a resolver algunos casos. Aunque si era sincera, destacables, solo dos. Aun así, su carrera estaba estancada, No como la de algunos de sus compañeros con ascensos considerables o fichados por algún centro de investigación nacional.

Acabó de apilar los ficheros mientras los compañeros más cercanos la observaban contrariados por el ruido.

Panda de inútiles enchufados.

Había hecho trabajo de campo durante aquellos dieciocho meses, que se traducían en meterse en más líos de los que debiera. En montañas de basura, en los peores barrios del país y lo que era peor, entre gente verdaderamente peligrosa.

Sola, completamente sola.

Ella, una mochila, una nano cámara y su perro Nanuk, un cruce de Alaskan Malamute enorme entrenado por el hermano de una de sus amigas. Natalia había sido el enlace con la policía para resolver el caso de La Bestia, un asesino en serie, un depredador, alguien al que tuvo que mirar a los ojos y no temblar hasta que reunió pruebas suficientes para demostrar al equipo de investigadores que era él.

Suspiró con furia, realmente pensaba que aquel iba a ser su ascenso, su reconocimiento.

Pero solo sigo siendo La Fatalé.

El reconocimiento se lo llevó su superior, alguien que también deseaba un ansiado puesto en el mayor centro de investigación, donde estaban los mejores.

Pero es un puto mediocre. Lo sabe y por esa razón no me deja brillar a mí, porque sabe que el puesto sería mío.

Lo peor que podía pasar en una carrera profesional, era tener a alguien más incapaz un eslabón por encima, suficiente para tener topes y encontrar trabas que no la dejaran llevarse los méritos que, a su parecer, merecía.

Pero se acabó, le van a dar por culo a todos.

Tenía contactos, los suficientes como para saltarse la burocracia de la empresa e indagar por su cuenta. Entornó los ojos hacia el nuevo caso impuesto por su jefe.

Huesos de hace más de cien años. A nadie le interesa cómo murieron estas pobres criaturas.

Cuantos más límites le imponían, más ansiaba avanzar y dar el salto definitivo. Sabía que era joven, apenas veintiséis años, pero solía ser impaciente con todo en la vida y en el trabajo no iba a ser menos. Apartó la archivadora del caso.

Necesito algo gordo, algo gordo de verdad.

Miró a su alrededor.

Y echarles la pata a todos estos.

Se colgó el bolso y se dispuso a salir.

—Natalia. —Oyó la voz de su jefe.

Se giró hacia él y tuvo que bajar la vista para mirarlo.

—¿Dónde vas? —preguntó y su voz sonó a reproche.

—A coger unas merecidas vacaciones —respondió mientras se disponía a darse la vuelta y darle la espalda.

Él la rodeó para ponerse frente a ella.

—¿Justo cuando tenemos un nuevo proyecto? Sabes que no puedes —dijo y su voz sonó autoritaria.

Natalia entornó sus ojos hacia él, aquellos ojos de iris transparentes que, a pesar de parecer inocentes, llegaban a intimidar tanto como la mirada de los criminales que solía investigar. Vio a su pequeño jefe arquear levemente el cuerpo hacia atrás.

—Lo que no puedo es trabajar sin descanso durante más de dieciocho meses —respondió. Cogió una carpeta y se la dio—. Hazlo tú, o envía a otro.

Miró hacia su alrededor. Demasiados trajes y zapatos relucientes. Nadie se metería en las cloacas en las que solía meterse ella.

—La mayoría de tus empleados salen del baño con un cerco de orina en los pantalones —añadió y su jefe arqueó las cejas, abochornado—. Será mejor que lleven pañales cuando hagan trabajo de campo. Se mearán encima cuando estén delante de criminales de verdad.

Lo vio apretar la mandíbula mientras ella se colocaba bien el bolso y se apartaba de él.

—¿Te crees imprescindible? —Lo oyó decir—. Aquí nadie es imprescindible.

Natalia se giró de nuevo hacia él. Sabía que varios empleados estaban siendo conscientes de la disputa y los observaban, algo que le era completamente indiferente. Natalia se acercó a su jefe e inclinó su cuerpo hacia él.

—He caminado sobre suelos cubiertos de jeringuillas, pasé doce horas en el interior de un pozo junto a un cadáver que llevaba allí diez años descomponiéndose… —Se acercó aún más—. Me han amenazado, robado, pegado, apuñalado y apuntado con una pistola en la cabeza.

Resopló con furia.

—No soy imprescindible, pero creo que aquí no hay nadie que quiera prescindir de mí —concluyó.

Alzó las cejas sabiendo que no obtendría respuesta.

Ni siquiera tienes cojones conmigo. ¿Los vas a tener con los malos?

—¿Y cuándo piensas volver? —Lo oyó alzando la voz, esta vez le salió más aguda, cuando ella ya estaba cerca de la puerta de cristal.

Acojonado, a ver qué le va a decir a los de arriba cuando no haya avances en ningún frente.

Natalia levantó una mano.

—¿En un mes? —Abrió la puerta sin mirar atrás.

O nunca, pedazo de capullo.

Dejó caer la puerta y esta se cerró.

No pienso volver aquí como una paria de la profesión.

Cogió aire con fuerza, a través de los cristales podía verse la oficina completa.

Que os den a todos.

Se montó en el autobús que la llevaba a su casa. Tenía preparadas las maletas en el dormitorio. Llevaba un tiempo interesada en cierto asentamiento de mafia internacional en una isla del país. Al parecer, los famosos Valkyrie se habían inclinado de nuevo por el cálido clima español. Intentó indagar con un contacto de la policía y otro del centro de investigación. Ninguno de ellos colaboró demasiado con ella. Supuso que el exceso de burocracia, el secreto de las investigaciones o bien la corrupción que solía haber en aquellos temas, lo hacían realmente complicado.

O la falta de huevos, que también abunda por estos lares.

Le impedían acceder a más información que la que podía conseguir por sí misma.

Miró su móvil. Vicky no le había enviado ningún mensaje. Necesitaba un favor de una de sus mejores amigas. El padre de Vicky tenía una casa en la isla que le interesaba, justo en la urbanización de súper-lujo donde, según sus cábalas, estaba gran parte de la gentuza que necesitaba investigar. Y era una suerte, por sus propios medios era imposible acceder a una casa de dieciséis millones, ni siquiera su productora invertiría en algo como aquello. Solían ser bastante escuetos con el presupuesto de los proyectos.

Al fin sonó su móvil.

«Tengo que hablar contigo, Fatalé. Te veo en tu casa».

Extraño mensaje de Vicky. Solo había quedado con ella en que preguntaría si la casa del gran empresario estaba libre. Desconocía qué querría hablar con ella.

Entornó los ojos hacia el nombre que su amiga había utilizado para referirse a ella. Un mote de su época universitaria, una broma entre amigas. Y, sin embargo, había perdurado en el tiempo y amplió su ámbito, convirtiéndose en el verdadero apellido que acompañaba su nombre en el gremio.

Suspiró.

En cambio, nadie parece saber que existe Natalia Ayala. Ni un puñetero reconocimiento.

No daba el perfil, era joven, era temeraria, y a veces sus métodos no eran ortodoxos.

Pero son prácticos y funcionan. Por eso siempre me mandan a mí a los marrones.

Se bajó del bus. Su madre aún no había llegado a casa, así que se dirigió hacia su dormitorio, que ya tenía lleno de maletas.

Oyó el timbre. Vicky no se había demorado. Su amiga se alegró de verla tanto como lo hacía siempre, con aquella forma de abrazarla que llegaba a doler.

—Te traigo dos buenas noticias —le dijo a modo de saludo.

Oír buenas noticias de la voz de Vicky, no sabía hasta qué punto era buena cosa. La miró de reojo. Era una delgada joven de pelo platino, labios gruesos y pecho más que llamativo. Como hija de uno de los empresarios españoles más exitosos, su vida era una locura constante. Comenzar mil cosas y no acabar ninguna parecía ser la última filosofía de su gran amiga, cuyo apellido era tan conocido, que daba miedo pronunciar.

Natalia arqueó las cejas.

—La casa está libre y es tuya el tiempo que necesites —le dijo dándole unos papeles—. Pero el administrador de mi padre no se fía de ti y quiere hacerte un contrato de alquiler durante un mes. No pagarás, pero no tendrás ninguna relación con nosotros.

Natalia arqueó aún más las cejas.

—No se fía de que la líes demasiado y nos quemen la casa, ya sabes —añadió su amiga—. Realmente no ha dicho eso. Ha dicho que no quiere líos si apareces muerta.

Vicky hizo una mueca.

—Y eso que no le he contado tus planes, solo que necesitabas unas pequeñas vacaciones. —Volvió a hacer una mueca—. Pero es el padre de un viejo amigo tuyo, cuyo nombre ni siquiera recordarás, pero te aseguro que él sí que te recuerda a ti.

Me alegra que haya tanta confianza en mí.

Natalia levantó una mano para que cambiara de tema. No tenía ni idea de quién podría ser, ni tenía el menor interés. Vicky la entendió enseguida y sonriendo, abrió los brazos.

—La otra buena noticia es… —Sonrió con aquella cara despreocupada típica de quien no

tiene en qué ocupar el tiempo—. Que me voy contigo.

—¿Qué? —Natalia se sobresaltó. Enseguida negó con la cabeza.

Ni en broma te llevo yo. Me vas a tirar al suelo el poco prestigio que he logrado conseguir.

—Sí. —Vicky le cogió las manos—. Por favor.

Natalia la miró a los ojos.

—No puedo llevarte, Vicky —le respondió como si le estuviese hablando a una niña pequeña —. No tienes experiencia, esto no es jugar.

Vicky negó con la cabeza.

—Por eso quiero aprender, quiero que me enseñes. —Soltó la mano y miró a un lado—. Estoy harta de que mi vida sea así. Necesito hacer algo por mí misma, como hacen mis hermanos.

Miró a Natalia y esta le vio los ojos redondeados, le recordó al gato con botas de la película *Shrek*.

Qué teatrera. Pues no se le daría mal, no. Victoria Fatalé, suena bien.

Negó con la cabeza a la vez que reía. Era una completa locura.

—Puedes enseñarme, lo haremos juntas —insistió—. Yo necesito una luz o me tiro por un puente. Y tú necesitas ayuda.

Vicky levantó una mano.

—Sola darás el cante como no imaginas —seguía diciendo Vicky con aquella voz alegre que contrastaba con la supuesta depresión que tenía por su reciente crisis existencial—. Necesito una dosis de realidad, ¿sabes? Y creo que es el momento perfecto.

Natalia entornó los ojos hacia ella.

—Vicky —comenzó—. ¿Realmente sabes en qué consiste mi trabajo?

La joven sonrió de nuevo, como si fuese una azafata de avión.

—Persigues a los malos —respondió.

Natalia negó con la cabeza.

—Me meto en líos que pueden costarme la vida —corrigió.

Vicky la miró con ternura. Le acarició la cara y le soltó el pelo tras la oreja para que le cayera sobre la mejilla.

—No sabes lo que me gustaría ser tú —añadió—. Eres fuerte, valiente… —resopló—. Haces cosas que no se atrevería a hacer nadie que conozco. Joder tía, eres una super heroína. Yo me paso el día viendo la tele, enviándoos *WhatsApp*, de tienda en tienda o mirando al techo. Soy una inútil. Quiero ser como tú.

Natalia entornó los ojos hacia ella.

´—Olvida las películas y las series —le respondió Natalia—. Todo es más cutre que como lo pintan. Aquí puedes acabar con un tiro en la cabeza.

Vicky la miró de reojo y sacó los labios hacia fuera. Natalia fue consciente de que los labios de Vicky habían engordado de forma considerable desde la última vez que la vio. Tenía la nariz operada desde hacía años y ahora con el aumento de labios, la naturalidad de su nariz se disipaba, resaltando más lo artificial.

—¿Tan malos son los que vas a investigar? —le preguntó con un tono de voz grave, casi morbosa.

Natalia ladeó la cabeza sin dejar de mirarla, perdida en sus pensamientos.

Esta sí que no da el perfil. Nadie sospecharía.

Abrió sus ojos celestes grisáceos hacia los de color miel de Vicky.

Que Dios esté con nosotras.

—Vale —le respondió y Vicky se sobresaltó, contrariada por la facilidad con la que la había convencido. Natalia era dura de narices.

—¿Vale? —Alzó las cejas.

—Sí —le confirmó Natalia—. Serás inútil, una carga y quizás acabemos fiambres dentro de una bolsa de plástico. Pero sí, te llevaré conmigo.

Le dio un toque en la barbilla para que Vicky saliera de su asombro, del subidón o del cague que quizás la había invadido cuando fue consciente de las palabras de Natalia.

Esta la señaló con el dedo.

—Pero si la cosa se pone muy fea, te quitarás de en medio, ¿*ok*? —le advirtió Natalia.

Vicky asintió sin cambiar su expresión.

—Ahora ven. —Tiró de Vicky hacia su dormitorio—. Te presentaré a nuestros nuevos mejores amigos.

Vicky la siguió hasta su escritorio.

—¿Nanuk vendrá con nosotros? —preguntó Vicky.

—Claro. —Natalia nunca prescindía de su perro.

Vicky frunció el ceño.

—¿Y por qué lo tiene ahora mi hermano? —Vicky miraba los planos y papeles que Natalia tenía sobre la mesa.

—Porque necesita repasar su educación de vez en cuando. —Natalia quitó el plano del centro de la mesa—. Es un perro muuuuy complicado.

Vicky rio al oírla. Natalia cogió un bolígrafo.

—¿Has oído hablar de Los Valkyrie? —le preguntó Natalia.

Vicky negó con la cabeza.

—No, pero suena a vampiros. —Rio con inocencia.

Natalia alzó levemente las cejas, estuvo a punto de soltarle una burrada, sin embargo, miró hacia sus papeles y cogió aire.

— Pertenecen a la mafia antigua, a los originales —explicó con tranquilidad. Era consciente de que con Vicky había que tener paciencia.

—¿Como los de *El Padrino*? —Vicky se apoyó con los codos en la mesa—. ¿Los Corleone?

Natalia la miró de reojo.

—Te he dicho que te olvides de las películas —le reprochó. Suspiró mirando de nuevo sus carpetas—. Viktor Valkyrie era un capo durísimo, de hecho, logró zafarse de la policía en todos los países. —Natalia hizo una mueca—. Murió hace cinco años, después de haber montado la mayor red de mafia en Europa. Una auténtica tela de araña, ni te imaginas.

—Pero está muerto. —Vicky no dejaba de mirar los garabatos de Natalia—. ¿Qué problema hay?

—Que tiene un hijo vivo. —Natalia hizo un círculo con el boli—. Y es a por él a por el que quiero ir.

Vicky miró el interior del círculo que había dibujado su amiga, había un nombre: Erik. Levantó la cabeza para mirar a Natalia.

—¿Quieres investigar al tío más malo de Europa? —le preguntó con ironía—. Tía, siempre tuviste una tara, pero esta vez se te ha ido la olla de verdad.

Natalia rio negando con la cabeza. Se enderezó y se puso una mano en la cintura.

—Estoy harta de mediocridades —respondió—. Ahora quiero dar un palo de los gordos. Quiero que todo el mundo se entere de verdad de quién soy y de lo que soy capaz de hacer.

Vicky entornó los ojos, casi divertida. Observó detenidamente a su amiga Natalia. Hasta para una mujer, Natalia podría ser un auténtico icono de sensualidad. La forma ovalada de su cara, sus enormes ojos transparentes, la tez dorada y unos labios enormes, que solía pintarse de un tono nude natural para no resaltarlos más.

—El palo seguramente nos lo llevemos nosotras —le dijo Vicky convencida y Natalia rio.

—Si me haces caso. —La fulminó con la mirada—. Si te lo tomas en serio, nuestras probabilidades de sobrevivir aumentan.

Vicky entornó los ojos.

—¿Y ese aumento las hace numerosas? —El tono de Vicky le dio a entender que quizás era más que consciente de lo que pensaba y de dónde iban a meterse. Pero sorprendentemente, no pareció importarle demasiado.

Era lo admirable de Vicky. Su forma de ver las cosas, el blanco contra el negro. Eso eran Vicky y ella. Quizás la posibilidad de tenerla con ella le viniese bien.

O quizás vaya directa a la bolsa de plástico.

Vicky miró las hojas con los garabatos de Natalia y se mordió el labio inferior.

—Si la palmamos, ¿será rápido? —le preguntó levantando la mirada hacia ella—. ¿Un tiro en la cabeza sin más?

Natalia ladeó la cabeza. Sabía que la mente de Vicky volvía a divagar por aquellas películas de acción y las torturas que a veces se encontraban en ellas.

—Si nos pillan, te prometo que nos rendiremos, les daremos las grabaciones y toda la información que hayamos conseguido, a cambio de un tiro en la cabeza.

Vicky entornó los ojos hacia ella.

—¿Rendirte tú? —Negó la cabeza con ironía.

Natalia bajó la cabeza sin dejar de mirarla.

—No estoy sola, no tendré elección. —Apretó los labios en una sonrisa—. De todas formas, ya te he dicho que en cuanto la cosa se ponga fea, te irás.

Vicky dio un paso atrás y suspiró. Luego le tendió la mano a Natalia.

—Hecho —dijo la rubia.

Natalia se la estrechó.

Qué puñetera locura.

Vicky se marchó llevándose consigo el papel que había garabateado Natalia. El móvil no tardó en llenarse de audios. Temió accionarlos, sabía perfectamente la reacción que Claudia y Mayte tendrían a la noticia que Vicky se habría apresurado en darles.

Natalia se sentó en el suelo y apoyó su espalda en la cama. Quizás se había apresurado demasiado en tomar la decisión. Pero tenía que ser sincera, ella sola con su perro, levantaría sospechas. Con Vicky las posibilidades de inventar una identidad y una vida, serían mucho más numerosas. Suspiró. Accionó el primer audio.

—No me lo creo. —Se oía la voz de Mayte—. Esto es otra broma de las tuyas.

Natalia miró el chat. Habían estado toda la noche echándole piropos al nuevo león de Claudia, un león de dos centímetros reflejado en una ecografía en la que no se veía absolutamente nada, pero que para todas resultaba una monada. Sin embargo, ahora la conversación se había tornado más sombría. Era la magia de aquel chat. Cuatro amigas, cuatro vidas completamente diferentes y según a quién apuntara la flecha en cada momento, la conversación y la sensación al conversar, era completamente diferente. Ahora el tema era ella, La Fatalé.

Dicen que soy el fuego. Pero siempre que se habla de mí, todo es oscuridad, incertidumbre y

miedo.

Se acercó el móvil a la boca.

—Dice la verdad —grabó—. Se viene conmigo.

Se hizo el silencio, supuso que sus amigas necesitarían un tiempo para digerir. Al fin sonó el móvil.

—Natalia. —Se oyó la voz de Claudia—. ¿Estás completamente loca?

—Gracias por tenerme en tan gran estima. —Se oyó el audio de Vicky protestando—. ¿Por qué estáis tan seguras de que voy a meter la pata? Lo mismo la pata la mete Natalia.

Se oyó la risa de Mayte en otro audio, ni siquiera había podido grabar una frase. En un segundo intento, logró controlar la risa.

—Vicky tras El Malo. ¿Hola, Natalia? —Mayte aguantaba la risa—. Os van a pillar a la primera.

Natalia cogió aire.

—Confío en ella. Está madurando —respondió sin ironía alguna.

No está madurando una mierda, pero siento que debo llevarla.

—Bueno, si es tu decisión… —Mayte dejó de reír. Natalia siempre conseguía que cuando su voz se escuchaba segura, sus amigas se enderezaran. Quizás eso sería una ventaja respecto a Vicky.

Se rascó la parte posterior de la cabeza mientras escuchaba los audios del resto. Vicky estaba realmente ilusionada.

Como si fuese a debutar en una película. De verdad que su realidad está realmente distorsionada.

Se puso la mano en la frente.

Madre mía, yo creo que aún no soy consciente de lo que voy a hacer llevándola conmigo.

1

Goyle tuvo que inclinar su cuerpo para atravesar la puerta. Erik estaba sentado tras su mesa de cristal. Tenía cuatro móviles sobre la mesa, pero estaba atento a la pantalla del ordenador, donde estaba viendo la situación exacta de varios barcos. Valeria estaba apoyada en el respaldo del sillón de Erik. Ella enseguida se fijó en el enorme Goyle. Dos metros con siete centímetros no podían pasar desapercibidos ni siquiera en un amplio despacho.

—Hay movimiento en la calle —dijo Goyle con su voz ronca y tranquila.

Erik levantó la cabeza hacia él.

—¿En la calle? —Valeria se irguió para colocar su glúteo en el reposabrazos del sillón de Erik. Alzó las cejas divertida—. ¿Tan pronto va a comenzar la fiesta?

Goyle negó con la cabeza.

—Dos casas más abajo. —Goyle se detuvo frente la mesa de Erik—. Acaban de llegar dos jóvenes y un perro.

Valeria se echó a reír.

—Menuda amenaza —le dijo al gigante. Luego inclinó su cuerpo hacia Erik—. ¿Son guapas? Podríamos enviar a alguien para que indague.

Goyle miró serio a Valeria, ofendido por su ironía. Erik negó con la cabeza.

—Si las ha enviado alguien, sí que son una amenaza. —Volvió a dirigirse al monitor del ordenador.

—¿Espías? —Se extrañó Valeria—. Deben estar locos.

Erik miró por un momento a Goyle. Sabía que el gigante pensaba lo mismo que él.

—Valeria, no somos bienvenidos —dijo Erik aun mirando a Goyle—. No subestimes a los locos.

Tomó aire por la nariz.

—No es la primera vez que nos lo hacen. —Entornó sus ojos—. Jóvenes llamativas, con ciertas facilidades para colarse entre los hombres.

Goyle asintió sonriendo. Aquel gesto llamó la atención de Valeria, que enseguida miró a Erik.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó y su tono sonó a curiosidad mezclada con algo más que Erik ya conocía. A Valeria no le gustaba la presencia femenina en el grupo, a pesar de que solía abundar en las fiestas.

—Darles un cordial recibimiento —le respondió él. Luego dirigió sus ojos hacia ella—. Si sirven al enemigo, prefiero tenerlas cerca.

Valeria se puso en pie.

—Iré yo. —Se ofreció.

—No. —La atención de Erik volvió hacia la pantalla—. Necesito algo más cordial.

Ella alzó las cejas.

—¿Y yo no puedo ser cordial? —le dijo ofendida.

—No se te dan bien las mujeres —respondió él y Goyle rio—. Prefiero que vaya Goyle.

Valeria apoyó los codos en la mesa, muy cerca de Erik.

—¿Las puedo asustar más que un gigante? —preguntó divertida con sus labios muy cerca del cuello de Erik.

Él se giró hacia ella y Valeria se apartó despacio.

—Existe el riesgo de que salgan huyendo, sí —dijo él—. Y no quiero que lo hagan hasta que no sepa quiénes son y qué es lo que quieren.

Miró a Goyle.

—Invítalas esta noche —le dijo Erik.

Goyle asintió y salió, volviendo a encorvarse para no darse con el marco de la puerta.

Valeria ladeó la cabeza hacia Erik.

—¿Dos nuevas zorritas para tus chicos? —Le empujó suavemente con el hombro.

2

Natalia sacó la última maleta del coche. Habían alquilado un todoterreno con suficiente sitio para Nanuk, un cruce de Alaskan Malamute cuyo resultado había sido un enorme lobo de pelo largo y ojos amarillos.

—¿Para qué leches has traído tanta ropa? —Se quejó Natalia.

Vicky miró las últimas maletas de Luis Vuitton que Natalia tenía a cada lado. Tres más ya estaban dentro.

—Me dijiste que fuera prevenida. —Alzó las cejas—. Y es lo que he hecho.

Natalia cogía aire mientras negaba con la cabeza.

—Seguro que traigo cosas más útiles que tú, que solo traes aparatitos. —Vicky formó unas pinzas con las manos y las abría y cerraba mientras hablaba—. Cables, cargadores…

—Shhhh —la calló Natalia, mirando de reojo a tres hombres, uno de ellos realmente enorme, que caminaban por la calle en su dirección—. Tira "pa" dentro.

Que nos van a pillar nada más llegar.

—Nanuk. —Natalia llamó a su perro, que husmeaba por el suelo la estrecha acera. Este enseguida la atendió.

La joven no dejaba de observar a los hombres. Demasiado pronto para que ellos se percataran de su presencia. Debían de ser realmente desconfiados para tener la calle tan vigilada ante los nuevos movimientos de los vecinos.

Este debe de ser el gigante del que me hablaron. Vaya si es grande.

La enorme maleta de Vicky le sirvió para esconder la mano de la mirada de los hombres y darle la orden a Nanuk. Este la obedeció de inmediato.

Modo investigación.

Le encantaba el que había sido su único compañero durante año y medio. Le había librado de muchas. De hecho, no estaría viva sin él. No era el mejor perro de compañía, tampoco el más obediente a pesar de estar bien adiestrado. Complejo, difícil, con un carácter retador que llegaba a desesperar, pero ambos lograban entenderse bien.

Enseguida cogió la maleta.

—Señoritas. —Oyó una voz—. ¿Necesitáis ayuda?

Vicky se giró hacia ellos con su amplia sonrisa de azafata de avión.

Desde luego que sospechosas no vamos a parecer.

Vio a Vicky dar un paso atrás con las cejas alzadas, mirando al enorme hombre de espalda interminable, que estaba a dos metros de ellas. Los otros dos, aunque también altos, parecían muñequitos de Playmobil a su lado.

La verdad es que de cerca impresiona.

Natalia los miró. El hombre llevaba la cabeza rapada, con una tira de pelo algo más crecida en el centro.

Te pega una hostia y te mata. Es un oso, coño. Vicky tiene que estar acojonada.

—No, gracias —les respondió Natalia con rapidez viendo que Vicky no reaccionaba. Aunque no dejaba de sonreír, como si se hubiese quedado petrificada.

—Esa maleta debe de pesar mucho —insistió el enorme hombre acercándose hacia Natalia.

Natalia vio a Nanuk erguirse junto a ella sin dejar de mirar su mano, esperando nueva orden.

—Por esa razón. —Natalia les sonrió de la misma forma inocente que había hecho Vicky. Señaló a la parte baja de la maleta—. Tiene ruedas.

Uno de los hombres que lo acompañaban, se acercó a Nanuk.

—Precioso —dijo inclinándoselas hacia él—. ¿Muerde?

La forma insistente y amigable con la que habían comenzado con ellas, no le gustaba. No era el plan llamar la atención tan pronto, no era la forma de integrarse. Su experiencia le marcaba las pautas y no quería meter la pata, aún menos con Vicky cerca.

—A veces —le respondió con ironía y los hombres rieron. Hasta Vicky salió del bloqueo y rio también. Natalia miró al hombre que estaba cerca de Nanuk y le vio intención de tocarlo.

Perfecto.

—Puedes acariciarlo —añadió tirando de la maleta hacia la casa.

El gigante, sin embargo, se puso frente a ella.

—Mi nombre es Goyle —se presentó—. Vivimos dos casas más adelante.

Joder, qué suerte hemos tenido. Solo dos casas. Esto empieza bien.

La parte de atrás de cada vivienda daba a un puerto. Cada una, tenía un puerto propio donde estaban los barcos. Las posibilidades de vigilarlos en todos los ángulos hicieron que hasta su boca salivara. Cogió aire despacio mientras asimilaba la sensación que le hacía comprender por qué le gustaba tanto su trabajo.

—¿De vacaciones en la isla? —le preguntó Goyle a Vicky.

Levantó los ojos hacia él.

—Sí. —Fue lo único que logró decir la joven, empujando otra de sus maletas.

Natalia miró al hombre que continuaba acariciando a Nanuk. El perro se dejaba tocar tranquilo.

Muy bien, Nanuk.

—Es enorme. —Oyó decir al gigante que se había presentado como Goyle—. ¿Qué clase de perro es?

Natalia lo rebasó tirando de dos de las maletas de Vicky.

—Es un cruce de razas Inuit —respondió. Miró a su mascota—. Nanuk —lo llamó.

El perro se colocó tras ella. Vio a Goyle inclinarse para acariciarlo también.

—Esta noche vamos a dar una fiesta en el barco con unos amigos —dijo Goyle—. Si os apetece venir…

Natalia levantó los ojos hacia él. Tuvo que levantarlos mucho para llegar hasta los ojos del enorme hombre. Sabía lo que a media distancia producía su mirada y fue consciente de que sus ojos eran más útiles que la montaña de músculos que poseía la mano derecha de Erik Valkyrie.

—Gracias, pero acabamos de llegar y queremos descansar —le respondió atravesando la puerta blanca que llevaba al jardín de la casa—. Nanuk —volvió a llamar a su perro y lo dejó pasar para que la rebasara.

Natalia y Vicky se giraron hacia ellos antes de cerrar.

—Buen día —se despidió mientras Vicky levantaba la mano y la agitaba.

Natalia cerró la puerta sin esperar respuesta por parte de ellos.

Vicky la miró desconcertada.

—Dime que no son esos —le dijo en un susurro.

Natalia la empujó hacia la enorme casa de cristal y madera. El olor a agua salada le decía que al otro lado de la casa estaría el mar. Por muy acostumbrada que estuviese a los casoplones de la familia de Vicky, estos no dejaban de sorprenderle.

—Son esos. —Se inclinó hacia su hombro mientras Vicky desactivaba la alarma y abría la puerta de la casa.

La rubia se giró hacia ella con las cejas alzadas.

—Vaya miedo de tío —dijo Vicky.

—Te dije que te olvidases de las películas. —La empujó hacia la casa para que entrase—. Esto va en serio. Los has visto, ¿no? Ojeadores, vigilantes, llámalos como quieras. Somos nuevas y quieren saber. —Natalia arrastró su maleta hacia el *hall*—. Y yo quiero saber de ellos.

Vicky resopló digiriendo.

—Vale —le dijo levantando las manos—. Entonces, ¿por qué no has aceptado la invitación? Era una forma rápida de acercarse a ellos, te lo han puesto en bandeja.

Natalia se colocó las manos en la cintura y entornó los ojos hacia Vicky. Negó con la cabeza con seguridad.

—Estas organizaciones son como una cebolla, están formadas por capas —le explicó—. Hay muchas formas de llegar hasta ellos. Está la piel de fuera, muy fácil de encontrar en la calle, de hecho, la mayoría de compañeros es lo que hacen, comenzar por la piel de fuera. Son las primeras cloacas. —Hizo una mueca—. Así empecé yo, pero últimamente tengo poca paciencia.

—Entonces tú quieres pelar la cebolla hasta llegar al centro. —Vicky tiraba de dos de sus maletas.

—No. Yo voy a cortar la cebolla y llegar hasta el centro. —Entornó los ojos.

Vicky se irguió soltando las maletas sorprendida por las palabras de Natalia.

—Voy directamente a por Erik Valkyrie —añadió Natalia.

—Directamente a por El Malo. —Vicky le respondió con ironía—. ¿Y no has pensado que ese Malo podría estar en la fiesta del barco?

—Estoy convencida de que estará en esa fiesta —respondió Natalia y Vicky se sobresaltó.

—Entonces no te entiendo. —Hizo un ademán con la mano y volvió a inclinarse para tirar de sus maletas—. Persigues al Malo, pero te lo ponen en bandeja y rehúsas.

Natalia dejó caer el peso de su cuerpo sobre una pierna.

—Vicky, ¿me has visto alguna vez perseguir a algún hombre? —Natalia la miró con media sonrisa. Vicky le respondió con una mueca y ella le guiñó un ojo—. Si persigues a un hombre, seguramente huirá o pasará de ti. El miedo y el ego no dan para más. Con los malos ocurre exactamente lo mismo.

Vicky comenzó a reír, negando con la cabeza mientras Natalia cogía la gruesa cadena metálica de Nanuk que colgaba de su maleta.

—Sutil, altiva, soberbia… —Se inclinó hacia el rostro de Vicky—. Ya me conoces.

Estiró la cadena con las dos manos y esta sonó.

—No importa que se llame Erik Valkyrie —añadió Natalia y Vicky tragó saliva—. Solo tendré que ponerle la correa.

Vicky volvió a negar con la cabeza al escucharla.

—Después me reprochas que no deje a mis hermanos acercarse a ti —le dijo subiendo los escalones con una de las maletas.

Natalia rio al oírla.

—Voy a sacar a hacer pis al perro. —Le guiñó un ojo—. Vengo en un rato.

Vicky la miró desconfiada.

—Asegúrate de que no te peguen un tiro en la cabeza —le dijo con ironía.

—¿Los has visto sacar la pistola? —respondió Natalia colocando la cadena a Nanuk.

Vicky se agarró al pasamanos metálico de la escalera.

—¿Llevaban pistola? —preguntó con el rostro blanquecino. Natalia asintió—. ¿Cómo lo sabes?

Natalia acarició a Nanuk.

—Me lo ha dicho él. —Le rascó el hocico.

Vicky alzó las cejas.

—Joder. —Se puso la mano en el pecho—. Voy a… a darme un baño.

Natalia se rio. Observó a Vicky acabar de subir las escaleras. Luego salió de la casa junto a Nanuk.

3

Erik estaba en la piscina. Valeria estaba sentada en el bordillo con un brillante bikini fucsia. Él se encontraba en el agua y cuando vio a Goyle y dos de sus hombres, se apoyó con una mano en el bordillo y se subió a él.

—¿Y bien? ¿Quiénes son esas nuevas vecinas? —preguntó Valeria mirándolos con sus enormes gafas de sol.

Goyle negó con la cabeza mirando a Erik.

—Están completamente solas, las dos y un perro. —Goyle se inclinó en el suelo—. Ni nombres, ni cortesía alguna. Las hemos invitado al barco y han dicho que no.

Erik frunció el ceño hacia Goyle.

—Te dije que huirían si veían a Goyle. —Valeria apoyó su barbilla en el hombro mojado de Erik—. Les habrá dado miedo.

Erik giró su cabeza hacia la piscina.

—Dos mujeres solas que vienen a una casa así a esta isla, no suelen ser un perfil de mujeres miedosas —respondió él.

—Se niegan a acercarse a nosotros. —Valeria se puso de rodillas—. Espías de la competencia que se niegan a espiarnos.

La mujer rio mientras pasaba la mano por el agua.

—Venga ya. —Salpicó a Erik.

Erik giró la cabeza para evitar el agua en los ojos mientras Valeria reía. Le agarró la mano para evitar que volviese a salpicarlo.

—O demasiado inteligentes para tal descaro —le respondió él y ella dejó de reír. Erik miró a Goyle de nuevo—. Dejadlas hoy, más adelante insistís.

—Será un placer —respondió Goyle con ironía.

Erik sonrió levemente a la expresión de Goyle y sus compañeros.

—Tened cuidado —les advirtió en un tono menos serio—. Mi padre siempre me decía que, según con qué tipo de mujeres, hay que actuar con precaución. Decía que son peores que las víboras. Ellas te pican y cuando eres consciente de la mordida, el veneno ya te ha invadido por completo.

Valeria le agarró la barbilla para que lo mirase.

—¿Y esas mujeres tan malas existen? —Rio ella con voz ronca.

—Si mi padre me advertía sobre ellas, es que se cruzó con alguna. —Rio él.

Ella le puso el dedo índice en la barbilla.

—Pobre de la mujer que intente inyectarte veneno —le dijo entornando los ojos—. Se las vería conmigo.

Erik frunció el ceño mirándola. Se oyó la risa de Goyle.

—Soy inmune a ese tipo de venenos —le dijo él. Volvió a dirigirse hacia el gigante—. No dejéis de vigilarlas mientras tanto. No me gusta tener nuevos vecinos en la situación en la que estamos. Nunca acaba bien.

4

Natalia había regresado con Nanuk tras una media hora. Vicky acababa de salir de la ducha. Natalia ya había preparado en uno de los salones una mesa con un ordenador, dos móviles y un plano. Pintaba sobre él.

—¿Qué haces? —le preguntó Vicky.

—Blindando todo esto. Dame tu móvil —le dijo sin dejar de pintar.

Vicky obedeció mientras se inclinaba sobre el plano.

—Tienen alquiladas estas cuatro casas. —Pintaba en el plano—. Por eso, esta de al lado está vacía. Sin embargo, es suya. No quieren ojos demasiado cerca.

—Está vacía pero ya sabes que pertenece a ellos, ¿por qué? —Vicky apoyó los codos en la mesa.

—Han acariciado a Nanuk, se han dejado oler. —Sonrió Natalia—. Y él me ha marcado cada casa que frecuentan.

Vicky echó un ojo al perro que ahora dormía a un lado de la habitación.

—Nanuk te dice si van armados, te marca las casas que frecuentan… —resumía Vicky—. Joder, mi hermano es realmente bueno.

Natalia sonrió.

—Nanuk hace mucho más que eso. —Lo miró de reojo—. Cuando pone de su parte.

Observó el respirar tranquilo del perro que, estirado por completo, se veía realmente inmenso. Recordó a Goyle, demasiado grande. Sacudió los hombros para evitar que el vello se le erizara.

Miró a Vicky.

—Vale, no suelo llevar armas. —Natalia sacó una pequeña pistola y Vicky se sobresaltó—. Hasta ahora no me han hecho falta y no soy muy experta tampoco, así que la dejaremos para una emergencia.

Vicky la miró como si fuese un objeto del demonio.

—Esto me gusta más. —Natalia puso un pequeño objeto alargado sobre la mesa—. Este es para ti. Tiene unas balas de carga.

Vicky se apartó de la mesa como si aquel aparato fuera a soltar una descarga. Natalia, al ver su reacción, lo cogió y se lo dio. La rubia dudó un segundo, pero extendió su mano. Natalia sacó una bala plateada de su interior.

—Tengo más, pero con esta es suficiente. La idea es no utilizarlo, ¿vale? —le explicó Natalia —. Solo en caso de emergencia, presionas aquí al contacto con la piel de quien sea, y hasta ese oso con pelado de fantoche, quedaría inútil.

Vicky abrió la boca sorprendida.

—Hostia, tía. —Vicky cogió la pila de carga soltando el aire y lo metió en el alargado aparato negro—. Parece un consolador.

Natalia rio negando con la cabeza mientras lo inspeccionaba.

—Lo llevarás algunas veces, otras tendremos que dejarlo atrás. —Sacó otra igual de un bolsillo del lateral del mono vaquero—. Es complicado, pero te acostumbrarás a andar sin armas y aun así, sentirte segura.

Vicky resopló mirándola, luego alzó las cejas.

—Nos vamos a meter en un marrón muy grande, ¿verdad? —le preguntó Vicky sin ironía

alguna.

Natalia asintió con la cabeza.

—Estás a tiempo —le advirtió. Levantó una mano hacia el hombro de Vicky—. Una vez entremos, se acabó. Tendrás que llegar hasta al final, sea el que sea.

Vicky hizo una mueca y bajó la cabeza. Suspiró levemente y luego sonrió.

—Me llaman el Hada Madrina, ¿no? —Rio—. Vas a necesitar una, sin duda.

Natalia sonrió.

—Tengo que reconocer que desde que comencé en esto —dijo Natalia—. En la vida imaginé que te llevaría conmigo a una de estas, menos aún en una tan gorda.

La risa de Vicky aumentó.

—Ni siquiera tú me crees útil. —Se puso la mano en la cara.

Natalia le quitó la mano de la cara y se la levantó para que la mirase.

—A tu forma, siempre acabas siendo útil. —Hizo una mueca—. Puede que seas útil para llegar al Malo, para grabar las pruebas suficientes para cogerlos. —La miró con picaresca—. O puede que seas útil para que nos peguen un tiro en la cabeza. De una forma u otra, serás útil.

Vicky la empujó frunciendo el ceño.

—Pienso tomármelo en serio —le respondió—. Que lo sepas.

Natalia asintió con ironía mientras su amiga se marchaba hacia la cocina. Finalmente, la siguió.

—Además —decía Vicky abriendo el frigorífico. Estaba completamente vacío, lo cerró de golpe—. Necesitaba algo fuerte en mi vida.

—Aunque sea un apretón de barriga —le respondió Natalia riendo—. Te has cagado encima con ese tío.

Vicky levantó las manos.

—Como para no cagarme. —Hizo una mueca—. Dos metros de tío, por otros dos metros de espalda, puf. —Miró el aparato de descarga que le había dado Natalia—. Pero si dices que esto puede tumbarlo...

Natalia le empujó con el hombro.

—Al principio este trabajo da grima, no voy a mentirte. —Apoyó la cadera en la encimera—. Recuerdo noches en las que me daban ataques de pánico —suspiró—. Aún a día de hoy, me siguen dando.

Natalia sintió una punzada en el pecho tan solo de rememorarlo.

—Sueñas con ellos, piensas que vienen a por ti, que te perseguirán hasta encontrarte, que nunca más estarás segura en ninguna parte —suspiró de nuevo—. Pero con el tiempo los marrones se te agolpan. —Alzó las cejas—. Uno encima de otro y son tantos, que ya hasta le ves el puntillo.

Negó con la cabeza.

—Quizás me mate Erik Valkyrie o ese oso que tiene de secuaz. —Se encogió de hombros—. O lo hará La Bestia, aquel malo de hace unos meses que huyó de España. O lo hará el hombre de palo o el tío del saco.

Natalia se apartó el flequillo de la cara y miró a Vicky.

—¿Qué más da? —Se giró dándole la espalda a Vicky y dirigiéndose de nuevo al salón donde tenía sus papeles—. Mientras viva, voy a dar todo el por culo que pueda a esta gentuza que se creen más listos que la ley.

Vicky reía mirándola.

—De momento vas a tocarle las narices a Erik Valkyrie, si no te mata. Ese es el plan, entendido. —Vicky señaló a Natalia.

—El plan es meternos en medio de ellos y lo que quiera que intenten hacer aquí —comenzó a estirar cables—. Reunir pruebas, grabaciones, tanta información como podamos. Cuanta más mierda encontremos, mejor. —Comenzó a poner distintos objetos en la mesa, tan pequeños como botones. Diminutas cámaras que llevarían todo el tiempo—. Ponerlas en conocimiento de mi contacto del centro de investigación y cuando los pillen, publicar el reportaje.

Guiñó un ojo a Vicky.

—¿Y si no los pillan? —intervino Vicky.

—Bolsa de plástico y a criar malvas en algún cementerio. —Vicky rio con la ironía de Natalia. Natalia le tendió la mano a Vicky—. No hay plan B. El fracaso o la gloria. ¿A por ellos?

Vicky se encogió de hombros.

—Puedo perder una vida llena de comodidades y lujos —le respondió Vicky con guasa—. Pero tengo que reconocerte que esto que haces tiene su punto.

Ambas rieron.

5

Erik se quitó las gafas de sol camino del puerto privado de la casa. Goyle iba a su lado.

—Llevan una semana aquí y ni un solo movimiento sospechoso —le decía Goyle—. Salen en barco a tomar el sol, de compras, pasean al perro, a veces piden comida a domicilio. No reciben visitas, absolutamente nada.

Erik se giró levemente hacia él, llegaban hasta el yate.

—Todo completamente normal, ¿verdad? —preguntó como si Goyle fuese tonto.

—Por lo que han observado mis hombres, sí —respondió con seguridad.

—¿Sabes que mis informáticos no han encontrado señal alguna en esa casa? —Erik se inclinó hacia él y clavó sus ojos en los del alto Goyle—. ¿Crees que dos jóvenes como ellas no se pasan el día conectadas a internet? ¿No reciben llamadas? —Negó con la cabeza—. Hacen una vida normal, pero tienen un muro privado. Eso es muy frecuente, sí.

Goyle hizo una mueca al escucharlo.

—Te dije que las atrajeras hasta nosotros —le reprochó al enorme hombre.

Erik subió al barco, donde ya había más gente a bordo.

—Y lo hemos intentado. —Goyle subió de un salto al barco—. Varias veces. Nos han dado sus nombres.

Erik se giró hacia él.

—Una información muy valiosa, sí —respondió con ironía—. Conozco sus nombres aún antes que tú. Rodri los ha comprobado en la base de datos.

Rebasaron a dos jóvenes con bikinis diminutos. Una de ellas le sonrió levemente. Erik no reparó en ella.

El barco se puso en marcha.

—¿Qué quieres que hagamos si ellas se niegan una y otra vez? —protestó Goyle mirando de reojo a las jóvenes que se recostaron en los sofás del barco.

Erik se colocó de nuevo las gafas. Entornó los ojos buscando el yate vecino, un pequeño barco cuya patrona decían que era una joven rubia con sobresaliente pecho.

—Erik, no están interesadas en nosotros, déjalas ya —sugirió Goyle.

Él se apoyó a un lado de la baranda, permanecía de pie, justo en la parte delantera del yate. Llevaba los prismáticos en las manos.

—Las espían se acercan, no rehúyen —añadió Goyle haciendo un ademán con la mano.

A lo lejos, Erik pudo divisar el pequeño yate de las vecinas, hacia ellas se dirigían a media velocidad.

—Quizás tengáis todos razón y no sean más que unas muchachas que la casualidad ha querido que vengan de vacaciones a unos metros de nosotros. —Erik graduó las lentes de los prismáticos —. Si llevo razón yo y no lo son, tenemos realmente un problema. No serán tan estúpidas si ya comienzan a engañaros a todos.

Se colocó los prismáticos. Allí las tenía. Una de ellas, de pelo platino, piel bronceada y más que sobresaliente pecho y delgado cuerpo, conducía el barco. Lo hacía de la misma manera que un niño conducía una bici, era evidente que no era ninguna novata.

Más adelante y cerca de la barandilla había otra chica. También tenía la piel bronceada. Erik

se detuvo en ella. Su pelo le llegaba a media espalda y era de un tono castaño chocolate que brillaba con el sol. Un bañador negro ceñía una silueta torneada, anchos muslos, brazos redondos y el pecho justo para no desentonar con unas prominentes caderas.

Graduó de nuevo la lente para enfocarla mejor. Podía apreciar que en la mano llevaba un móvil, que lo alzaba mientras su compañera se inclinaba para aparecer en la foto.

Erik tenía que reconocer que jamás se había encontrado en el camino a ninguna espía que ocupara su tiempo en hacerse selfis en un barco. Pero aun así, tenía que cerciorarse. Tener algún contacto con ellas, mirarlas a los ojos, observarlas actuar, ver cómo se comportaban delante de ellos.

La lente enfocó a la joven castaña de nuevo, ahora una imagen más cercana y nítida. Algo había llamado la atención de la chica y miraba hacia el agua. A veces, grandes peces saltaban. Las gaviotas acechaban para darles caza.

—Natalia y Victoria, ¿cuál es cada una? —preguntó Erik sin separar sus ojos de los prismáticos y Goyle, que observaba ensimismado el barco de las chicas, se sobresaltó—. Sabes sus nombres, ¿no?

Goyle apoyó sus brazos en la barandilla.

—La rubia es Vicky y la morena, Natalia. El perro se llama Nanuk —le respondió casi divertido con la pregunta absurda de su jefe cuando momentos antes ironizó con que sus nombres no eran información valiosa.

Las lentes de los prismáticos de Erik estaban fijas en Natalia. Su pelo liso no dejaba de reflejar los rayos de sol. La chica dejó de sonreír un momento sin dejar de observar el agua y él pudo fijarse en sus gruesos labios, los prominentes pómulos a cada lado de su nariz pequeña y en aquel ovalo perfecto de su rostro.

Sintió la brisa en la cara, la misma brisa que comenzaba a revolotear el fino pelo de Natalia. Ella al fin levantó los ojos. Comprobó que, aunque las nubes pudiesen cubrir el sol, el cielo nunca podría nublarse con aquellos ojos cerca.

Fue consciente de que, si sus dudas eran certeras y a aquella mujer la había enviado alguien, le habían mandado a la criatura más hermosa del mundo para hundirlo.

6

Natalia acarició a Nanuk. A él le gustaba sacar la cabeza a través de las barandillas y observar los peces saltar.

—Se acercan los plastas. —Reía Vicky.

Natalia los miró de reojo mientras apoyaba uno de sus pies descalzos en el barrote más bajo.

—Hay que reconocer que ponen empeño en acercarse a nosotras —añadió la patrona del barco.

—Saca el culo, Vicky —le dijo a su amiga con ironía.

Vicky negó con la cabeza.

—¿Cuándo piensas decirles que sí? —preguntó Vicky girando levemente el timón del barco.

—Cuando sea el propio Valkyrie el que venga a pedírmelo —respondió Natalia.

Vicky entornó los ojos mientras Natalia alzaba su móvil para sacar otra foto.

—¿Y cómo estás tan segura de que vendrá a por ti? Tan poderoso como es, tantos hombres que maneja… ¿Y va a venir él?

—Sí, en persona. Sonríeeeeee. —Hizo la foto.

Natalia giró la cabeza hacia su amiga.

—¿Dudas de mí? —Le guiñó un ojo—. Es el primer eslabón de la correa. Él vendrá personalmente o no obtendrá nada de nosotras. Y te aseguro que quiere saber sobre nosotras.

Suspiró.

—Dos insignificantes jóvenes aparentemente distantes que seguramente perturban más sus pensamientos, que las amenazas más evidentes que tiene alrededor —añadió pensativa.

Entornó los ojos hacia el barco que se acercaba a ellas. Era mucho más grande que el suyo y estaba lleno de gente.

—Y seguramente estemos de suerte hoy. —Alargó su mano hacia el perro y lo tocó para que cambiase de estado hacia uno de trabajo. Luego lo acarició.

Presiento que sí.

—¿Por qué eres así? —le reprochó Vicky—. Pensaba que trabajando entre gentuza eras diferente. Pero vas de sobrada, Natalia. Te van a dar un palo en la cabeza un día de estos.

Natalia rio al oírla. Luego la miró con la expresión seria, pero a la vez angelical que caracterizaba a La Fatalé. Se acercó a Vicky y apoyó las manos en el timón del barco.

—Me encanta que sean los hombres los que vengan hasta mí como perritos —le respondió—. Aunque sean los malos.

Vicky miró a un lado para reírse, hasta para ella era difícil sostenerle la mirada a Natalia.

—Esa arma poderosa que tienes, no te va a durar toda la vida, ¿lo sabes? —le dijo Vicky. Natalia estaba acostumbrada a aquellos ataques de Vicky. Nunca le ofendían, eran parte del encanto de su amistad.

Natalia se mordió el labio con expresión inocente.

—Por eso intento explotarlo tanto como puedo. —Apretó los dientes separando los labios y Vicky rio.

El yate de los vecinos aminoraba la marcha acercándose a ellas.

—Prepárate, vas a conocer al Malo con mayúsculas. —Natalia chocó su frente contra la de Vicky. Luego le puso dos dedos en la barriga—. Sentirás algo por aquí. Si es pavor, quédate y

mantente firme. Si es placentero, huye.

Se giró hacia el yate, sabiendo que ya estaba muy cerca de ellas. Era consciente de que la observaban y supuso que, si Erik Valkyrie estaba a abordo, también lo haría.

Si estás ahí, acabo de ganar la primera batalla.

Entornó los ojos hacia ellos. Sabía que, si Erik era lo suficientemente inteligente, las habría hecho vigilar. Una vida aparentemente normal, nada sospechoso. Al menos no para unos criminales de poca monta. Pero si eran algo más y no tenía dudas de que lo eran, aún dudarían de ellas. No sabía hasta qué punto la tecnología de aquella red de narcos estaba avanzada. Sí era conocedora de que manejaban el negocio y los transportes por *GPS* y de que tenían informáticos capaces de burlar los ordenadores de investigadores. Por esa razón blindó toda su tecnología y la de Vicky, al completo. Necesitaba llamar la atención lo suficiente como para crear interés y estaba a punto de comprobar si lo había conseguido.

Ahora mismo lo vamos a comprobar.

No esperaba que fuesen abordadas en el barco. Llevaban poca ropa y no podía guardar armas. Tampoco había preparado las cámaras, ni creyó que fuesen necesarias ni unas ni otras en el comienzo. Era el momento de la actuación previa al trabajo.

Se acercó hasta la barandilla y se apoyó en ella mirando con descaro hacia el yate que ahora estaba pegado al suyo. Se había detenido y oyó el motor del suyo bajar el ruido. Vicky lo había parado también. El movimiento del agua hacía rozar las dos cubiertas.

Goyle fue al primero que vio, como para no verlo con aquella estatura. Junto a él había otro hombre, de pelo oscuro y corto, algo ondulado. Llevaba unas gafas de sol enormes en las que podía verse reflejado su propio barco. Tenía la piel bronceada y la oscuridad en el rostro de barba poco rasurada.

Natalia lo observó saltar la baranda del yate y apoyarse en la cubierta.

Un malo hábil, no podía ser de otra manera.

Sin embargo, ella alzó las cejas ante la payasada de aquel hombre. Lo observó en silencio mientras él levantaba un pie de su barco y lo apoyaba en la cubierta del de Vicky y Natalia.

Con un pie en cada barco, se quitó las gafas de sol y la miró.

Jooo-der.

Natalia no movió ni un músculo de su cara y no quería ni mirar la expresión de imbécil que tendría Vicky ante tal espectáculo de hombre.

Que no sea, por Dios, que no sea este el fulano del Valkyrie.

Goyle se había acercado hacia la barandilla.

—Las nuevas vecinas —le dijo el gigante al nuevo desconocido.

Que no, que no, que no.

Natalia lo miró con desconfianza.

—Mis amigos me han hablado de vosotras —se dirigió hacia Natalia, clavando sus ojos en ella. Le tendió la mano—. Mi nombre es Erik.

Noooooooo.

Dirigió sus ojos hacia la mano de Erik. Apartó despacio su brazo de la barandilla y acercó su mano hacia él.

—Natalia. —Apretó la mano con la de Erik y una sensación extraña le erizó el vello.

No llegan hasta él los investigadores y yo he tardado una semana en romper su búnker. Pero ya lamento haber venido.

Lo vio mirar hacia su brazo, la piel de gallina era evidente.

—A más de treinta grados y tienes frío —le dijo él, aún sin soltarle la mano.

Menuda Fatalé de pacotilla que estoy hecha.

Natalia le sonrió levemente.

Pero es que esto no estaba previsto.

Cogió aire despacio, sabía que Erik no era ningún novato, que estaría observando cada gesto, cada movimiento que hiciese. Midiéndola despacio, intentando averiguar quién sería y por qué estaba allí. Era su culpa, ella había provocado aquella situación. No podía actuar como una aficionada, como una imbécil. Para las estupideces ya estaba Vicky.

—Tu barco acaba de taparnos el poco sol que hay hoy —le respondió con frescura apartando la mano de él y volviéndola a apoyarla en la barandilla.

Soy tan cortante como te dijeron, ¿verdad? Pues no era mi plan contigo. Pero se me está borrando cada trazo que diseñé y no sé por qué.

Natalia se giró para colocarse de lado a él y dar unos pasos por la cubierta de su barco, dejando a Erik en la misma postura, entre los dos barcos y ahora dándole la espalda.

A ver con qué agilidad das la vuelta si quieres seguir hablando conmigo.

—Yo soy Vicky. —La oyó decir y cerró los ojos. Casi podía verla con su sonrisa de azafata —. Encantada.

Y tan encantada. Lo tiene que estar flipando.

Natalia expulsó aire tan despacio como lo había aspirado, pendiente de que su pecho no mostrase movimiento alguno. Necesitaba unos segundos para retomar su papel.

Los pies descalzos de Erik hicieron ruido contra el material de la cubierta al girarse. Natalia notó cómo su pecho se amplió al comprobar que el interés de él en ellas era suficiente como para que hiciese malabares entre los dos barcos que no dejaban de moverse con el vaivén del agua.

Sabía que Erik no podía subir a su barco puesto que no estaba invitado y si regresaba al suyo, perdería la cercanía que necesitaba con ellas. Por un momento le divirtieron las circunstancias, si Vicky movía el timón un ápice, dejarían caer al agua al narco más buscado de Europa.

Se mordió el labio y lo miró de reojo. Él dio unos pasos entre las dos cubiertas.

—Esta noche doy una cena en casa —continuó—. Un grupo de amigos, no mucha gente. ¿Os gustaría venir?

Se giró hacia él. Erik llevaba un bañador tipo *bóxer* de color blanco y una camiseta negra cuyo filo de las mangas se ajustaba en la curva de su bíceps.

Natalia lo miró en silencio. Erik se dirigió a Vicky.

—Estáis invitadas —añadió.

Natalia fue consciente de que Erik vio más franqueable a Vicky, así que se dirigió hacia ella enseguida.

—Me gusta tener buena relación con mis vecinos —insistió él.

Vio a Vicky sonriendo sin pronunciar palabra.

—Buena relación con los vecinos —dijo Natalia y Erik se sobresaltó, resbalando con un pie. Tuvo que sujetarse a la baranda del barco.

Nanuk de inmediato se clavó con la mirada fija en él, sacó los enormes dientes y lanzó un gruñido grave heredado de sus ancestros los lobos, tan terrible, que Erik retiró con rapidez la mano y recobró el equilibrio.

—Por lo que he apreciado estos días, no hay muchos vecinos en esa calle —añadió Natalia con rapidez ignorando la actitud de Nanuk y la dificultad de Erik.

Lo vio levantar la cabeza hacia ella, sorprendido. Tal vez asombrado, aunque no entendía la

razón de aquella expresión.

—Vale —añadió Natalia mirando a Vicky. Esta asintió.

Ambas dirigieron su mirada hacia Erik, que parecía satisfecho con su logro.

—A las nueve, entonces —les dijo.

Natalia observó que aún llevaba las gafas de sol en la mano y miraba a Nanuk con desconfianza. El perro tenía la mirada fija en los ojos de Erik a modo de advertencia.

—El perro será mejor que lo dejéis en casa, creo que no le gustan los extraños —dijo Erik retirándose algo más de los barrotes del barco.

Natalia dio unos pasos hacia Nanuk, ahora estaba de nuevo más cerca de Erik.

—Es un macho alfa —le explicó despacio mientras entornaba los ojos hacia él—. Si nota demasiada testosterona en un hombre, le gusta medirse a ver quién los tiene más grandes.

Oyó la risa de Vicky a su espalda. Erik la miró con la misma expresión de sorpresa de antes.

—Pero ya le has respondido retirando la mano —añadió.

Lo tengo contrariado y no sé si eso es bueno. Pero a mi estómago le está encantando.

—A las nueve —le confirmó ella dando unos pasos atrás y alargando la mano hacia el timón que sostenía Vicky.

No tenía ni idea de cómo dirigir un barco, pero giró el timón y el barco viró, separándose de inmediato del yate invasor. Natalia levantó la mano para despedirse de forma fresca de un Erik Valkyrie con graves problemas de estabilidad, que tuvo que saltar con rapidez a su cubierta y agarrarse a los barrotes, dejando caer sus gafas al agua.

Natalia miró hacia donde habían caído las gafas, se habían hundido por completo. Sintió la mirada de Valkyrie clavarse en ella.

Empiezo regular con este Malo.

Torció levemente sus gruesos labios mientras levantaba la vista hacia él, que aún la observaba. Y Natalia vio en su mirada reproche, algo de furia, e incluso arrepentimiento por haberlas invitado insistentemente, por mensajero o en persona, como un vulgar niñato de discoteca.

—Vuela —le susurró a Vicky y esta puso en marcha el barco alejándose de ellos a gran velocidad.

Cuando la distancia fue considerable, Vicky rompió en carcajadas. Natalia ladeó la cabeza y sonrió levemente.

—Qué fuerte —dijo Vicky sin dejar de reír—. ¿A los malos también los tratas así?

Natalia encogió la nariz en una mueca y negó con la cabeza.

—No siempre. Pero ha venido a enseñarnos lo impresionante y guapo que es —le respondió Natalia—. Y con los dioses no puedo remediarlo. Me repatean.

Las carcajadas de Vicky aumentaron.

—Casi lo tiras al agua, van a pegarnos un tiro en la cabeza aún sin descubrirnos. —Vicky negaba con la cabeza sin dejar de reír—. Buahhhh. —Aminoró la marcha—. La Fatalé periodista mezclada con la Fatalé que conozco en la calle. Esto va a acabar dentro de una bolsa de plástico. —Se tapó la cara con la mano—. Madre mía, Natalia. No tienes remedio.

Ella la miró de reojo.

—No es exactamente El Malo que esperaba —reconoció—. Pero… —Levantó una mano—. Enumera las reglas.

Vicky le dio suavemente con el hombro.

—Regla número uno: —comenzó—. No te desvíes de tu objetivo. Regla número dos: No

establezcas ningún vínculo con los malos. Regla número tres: Que el miedo no te detenga. Regla número cuatro: Ni se te ocurra follarte al malo.

Natalia rio bajando la cabeza. Luego le indicó con la mano a Vicky que prosiguiera con la última regla.

—Número cinco: Que nada te impida llegar hasta el final y hundirlos.

Natalia levantó el dedo pulgar. Vicky frunció el ceño, mirándola.

—¿Y cómo se cumple todo eso con un malo como Valkyrie? —preguntó la rubia haciendo una mueca.

Le puso una mano en el hombro a su amiga mientras esta alargaba la mano hacia Nanuk.

—Dime. —La sacudió—. ¿Cómo se hace?

—Los malos suelen ser engreídos y soberbios. El poder les proporciona ventajas que no tendrían en otro ámbito —le aclaró Natalia—. Pero tengo que reconocerte que este es algo diferente a lo que me he encontrado hasta ahora.

Vicky arqueó las cejas.

—Reconócelo, tía. Da un morbo que te cagas —le soltó Vicky y Natalia tuvo que reír.

—Pero más morbo me da volver a la productora con este reportaje bajo el brazo y tirárselo a la cara a todos esos mierdas con traje que no suelen manchar sus suelas de barro, pero que asisten a todos los actos oficiales.

Hizo una pedorreta con la boca. Luego miró al cielo. Allí arriba había alguien que la empujaba a seguir adelante con todo.

—Voy a hacer que atrapen a Valkyrie —añadió—. Tendrán que matarme para impedírmelo.

7

Natalia esperaba a Vicky en el jardín. Ella ya había acabado de arreglarse. Solía ser rápida, pues tenía un pelo cuyo liso no necesitaba mucho cuidado. Unos ojos que no necesitaban excesivo maquillaje para llamar la atención, y un tono de piel agradecido.

Había rebuscado entre las numerosas maletas de Vicky, era cierto que su amiga era una auténtica caja de sorpresas. Había encontrado ropa de deporte, de baño, de noche, vestidos de fiesta de todo tipo, *jeans* en todas sus variantes, utensilios de pelo, una maleta de maquillaje realmente enorme; y hasta un pene de goma con una etiqueta que decía: «Natalia, sabía que rebuscarías en mis maletas».

Vicky no tiene remedio.

El chat de amigas echaba fuego. Vicky no había tardado en contarle a Mayte y a Claudia que Erik Valkyrie era muy diferente a lo que esperaban. Y aquello, como solía ocurrir cuando un guapo se cruzaba en el camino de alguna, fuese en el ámbito que fuese, causaba interés. La anécdota del barco y los cortes de Natalia no pudieron ser menos, y ya que Natalia intentara dejarlo caer al agua, fue la guinda final. Así que ahora tenía a sus dos amigas en la distancia pendientes de ellas, como si de una comedia policíaca se tratase.

¿Qué iba a esperarme con Vicky aquí?

Vicky tenía un don para atraer situaciones excepcionales, más bien tenía un don para que las circunstancias parecieran excepcionales. Cualquier clase universitaria junto a ella, significaba acabar con el boli entre los labios para no romper en carcajadas en medio del silencio.

Natalia había elegido un sencillo vestido negro, ajustado hasta la rodilla. Tenía un adorno de pedrería en un costado. Vicky estaba más delgada que ella, así que hasta la postura inclinada junto a Nanuk, le molestaba.

Se irguió y vio salir a Vicky con un vestido rojo, su escote de corazón dejaba entrever el redondo y exagerado pecho de su amiga. Un cinturón ajustaba su delgada cintura. Natalia entornó los ojos hacia ella mientras Vicky bajaba los escalones en dirección al jardín. Vicky era realmente llamativa, temía qué podrían encontrarse en casa de Erik Valkyrie y supuso que Vicky no sería muy ávida entre aquel tipo de gentuza. Expulsó aire en un suspiro. No podría dejarla mucho tiempo sola, ni dejarla hablar demasiado con extraños, también debía vigilarle la bebida.

Natalia bajó la cabeza y se tapó la cara con la mano.

Demasiadas cosas.

Vicky se puso delante de ella y abrió los brazos.

—Magnífico, ahora a por los malos —le dijo sonriendo.

Natalia frunció el ceño con ironía. Vicky parecía feliz, como si realmente fueran a disfrutar en la fiesta de un vecino.

—¿Llevas la cámara? —le preguntó Natalia.

Vicky levantó un dedo contrariada.

—Me dejaste un clip de pendientes, pero no me pegaban con el vestido.

Natalia se tapó la cara. Vicky negó con la cabeza y movió los hombros para que se le moviera el pecho.

—¿Te gusta mi nuevo colgante? —le preguntó su amiga riendo.

Natalia dirigió la mirada hacia el colgante de Vicky, caía justo hasta donde comenzaban sus dos llamativos pechos.

—He pensado que sería una buena idea. —Apretó los dientes y abrió los labios, dejando ver aquel buen trabajo que sabía hacer su padre con las dentaduras—. Estoy convencida de que así saldrán todos de frente y mirando a la cámara.

La madre que la parió.

Natalia rio aún sin quitarse la mano de la cara.

—Hoy me siento un ángel de Charlie. —Vicky levantó su bolso y se dirigió hacia la puerta—. Ya verás, voy a sorprenderte. Vas a estar orgullosa de mí.

Le guiñó un ojo antes de salir. Natalia la siguió hasta la puerta. Activaron la alarma y Natalia le dio orden a Nanuk para que se quedara atrás.

Vicky miró al perro, era evidente que tampoco le gustaba dejarlo atrás.

—Veas lo que veas, oigas lo que oigas, no te asustes —le advirtió Natalia.

Vicky la miró de reojo.

—¿Armas? —preguntó Vicky haciendo una mueca. Natalia asintió—. ¿Tú también la llevas?

Natalia abrió los brazos.

—¿Dónde piensas que podría guardarla? —Se giró para que la viese en todos los ángulos.

Vicky entornó los ojos con malicia.

—¿Te lo digo? —le preguntó y Natalia abrió la boca, ofendida—. Cosas más grandes te habrás metido.

Natalia se tapó la boca con la mano y empujó a Vicky con la otra mientras esta se reía a carcajadas.

—Cómo esa cosa que traes, ¿no? —le reprochó cerrando la puerta. La risa de Vicky aumentó.

—¿El colega? —continuaba riendo Vicky.

—El «colegón», más bien. —Natalia negaba con la cabeza.

—Sabía que te quejarías de mi excesivo equipaje —le respondió Vicky empujándola con el hombro—. Y sabía que recurrirías a él, así que decidí hacerte una pequeña broma. —Comenzaron a andar por la solitaria calle—. Pero créeme, verás cómo será un artilugio de más utilidad que toda esa parafernalia que traes tú.

—Seguro que es imprescindible, sí —le dijo Natalia con ironía dirigiendo su mirada hacia la enorme mansión de Valkyrie.

—Cuando te entre el calentón con El Malo y no puedas tirártelo, ya me contarás. —Vicky no paraba de reír.

Natalia la fulminó con la mirada. Sintió vibrar su bolso y a su vez, el móvil de Vicky sonó.

—Mayte pregunta que si seguimos vivas —dijo Vicky leyendo el *WhatsApp*.

—Claro, llevas callada media hora. Eso es preocupante —le dijo Natalia observando los muros de la mansión en busca de cámaras.

Luego le quitó el móvil a Vicky. Había un nuevo mensaje. Esta vez de Claudia.

«Estamos realmente preocupadas por vosotras. ¿Qué estáis haciendo?».

Pues estamos hablando de un pene gigante de goma en las puertas de la casa de la mayor banda de narcotráfico de Europa.

Se acercó el móvil de Vicky a la boca y activó el botón para grabar audio.

—Chicas, confirmado. Es imposible hacer nada serio con Vicky cerca. Llevadnos flores blancas al cementerio. No saldremos de esta.

Vicky la miró asombrada, su cara había emblanquecido.

—Eres muy negativa —le dijo la rubia.

Natalia la miró de reojo.

—Ni se te ocurra meter la pata un ápice —le advirtió pulsando el timbre.

—Mira quién va a hablar, la que ya ha empezado dándole por culo al malo —se defendió Vicky en un susurro.

Natalia se inclinó para empujarla de nuevo, pero su amiga se retiró a tiempo. Cogió aire con fuerza y llamó al timbre de nuevo (Ya has puesto más arriba que había llamado al timbre).

Tengo la sensación de que esto va a salir como el culo.

La puerta comenzó a desplazarse hacia la izquierda. La mansión Valkyrie estaba al final de un camino. Era la típica de diseño moderno. Parecida a la de Vicky, aunque esta combinaba cristal con blanco y gris. Se imaginaba un ambiente más oscuro, en tonos vengués o negros. Algo más acorde con la guarida de un lobo. Pero al parecer, al clan Valkyrie le gustaba la luz, la transparencia y las flores blancas.

El aroma de las flores enseguida llegó hasta ella. Le resultaba familiar.

Dama de noche.

Siempre le relajó aquel olor, olor a paseos en las noches de verano de la mano de su padre, cuando él aún vivía. Le sobrevino una extraña sensación. Estaba inmóvil en la puerta mientras Vicky la miraba como si fuese imbécil. Doce años hacía ya que no escuchaba la voz de su padre si no era en videos de celebraciones y, sin embargo, la invadió la misma angustia de la noche que su madre y ella recibieron la llamada.

Las imágenes de aquella noche, que yacían en su mente borrosas, se aclararon de repente, haciéndose nítidas y actuales. Natalia acababa de llegar de pasar un rato en un banco de la calle con sus amigas. Noche de sábado, risas inocentes del comienzo de la adolescencia. Su madre le había hecho señales desde la ventana para que subiese a casa a cenar. En invierno no le dejaban estar en la calle hasta muy tarde, a su madre siempre le dio miedo la noche y la soledad de la calle para una hija con un cuerpo quizás demasiado desarrollado para una edad tan temprana.

Solían pasar las noches de los fines de semana solas, su madre y ella. Su padre era taxista y esas noches significaban el mayor sustento de la familia. Ya estaba dormida cuando sonó el teléfono fijo de casa de madrugada y se había sobresaltado sobremanera. Recordaba la luz del pasillo encendida, de nuevo el silencio, la voz de su madre, de nuevo el silencio. Luego los gritos y el caos.

Y vio a una jovencísima Natalia de catorce años caer en un abismo donde un ataúd estaba rodeado de flores, familiares y amigos.

Cogió aire y suspiró. La navaja de un ratero de poca monta se había hundido por completo en el cuello de su padre. La recaudación de una noche de trabajo era suficiente para que aquellos dos malhechores decidieran lo que valía una vida, la de su progenitor.

Recordó el salón de su casa, recordó las palabras de la policía. Dos delincuentes, dos esbirros de grandes mafias que habían gastado el dinero de la venta de la noche en prostíbulos y juerga. Y que necesitaban recuperarlo para no ser ellos los que acabasen en un ataúd.

Abrió la boca para respirar hondo, aún más fuerte que las veces anteriores. El dolor, que dormía en su interior desde aquel día, le recordaba continuamente por qué se dedicaba a perseguir a los malos. Aquella gentuza no solo solía matarse entre ellos, si solo fuese eso, a nadie le importaría. Pero por culpa de ellos moría mucha gente inocente: atropellos, tiros desafortunados y robos, numerosos robos con resultados como el que tuvo que soportar su familia.

No es un trauma. Es justicia.

Apretó el puño con fuerza. Vicky permanecía a su lado.

—¿Entramos, morenaza? —Sintió la mano de Vicky en la espalda.

Vicky, seguramente, era consciente de los sentimientos que estaba percibiendo Natalia. Todas sus amigas conocían lo pasado y sabían que, entre La Fatalé y un criminal, si estaba en su mano, solo podría estar la cárcel.

Sus amigas solían decirle que era extraño que eligiera el periodismo y no la investigación policial. Pero la razón la tenía clara. El periodismo no era solo perseguirlos y encerrarlos, significaba difundir, informar y proteger de alguna forma al resto de personas. Hacerlos ser conscientes de que existían personas verdaderamente malas en el mundo y que vivían entre los demás, agazapados, escondidos tras falsas sonrisas y máscaras con las que protegían su maldad.

Su padre había recogido a aquellos dos miserables en una discoteca cualquiera, dos jóvenes de marcha, nada sospechoso, unos clientes más entre tantos.

Expulsó el aire y miró a Vicky de reojo. Dio unos pasos seguros hacia la casa.

Allá voy. Si no son más listos que yo, acabarán entre rejas. Si me pillan, acabaré muerta.

El riesgo era fácilmente asumible conociendo el resultado si la cosa salía bien. La puerta de la casa se abrió, uno de los hombres que solían acompañar al gigante las recibió.

—Pasad. —Las invitó sonriendo.

Este se llama Jony. Le llaman El Negro.

En sus primeras notas en el diario, puso a Jony como el que más papeletas tenía de ser el contacto de Valkyrie con las bajas esferas. Lo había visto salir cada noche, seguramente a la zona de ocio, donde se repartían el resto en la escala de esbirros. Sin embargo, el gigante solía moverse por mar, supuso que sería el encargado de coordinar la mercancía. Por lo tanto, sería una persona de gran confianza para Valkyrie, su mano derecha sin duda. Aún había un personaje más de la esfera central que no había podido ver de cerca. Una chica alta y llamativa que solía conducir un todoterreno oscuro y que salía junto a Goyle en el barco. Esperaba encontrarla en la fiesta, estaba convencida de que era otra parte esencial del grupo.

La noche pinta interesante.

Rebasó a Jony entrando en la guarida de Valkyrie. Efectivamente, a Erik le gustaba la luz y las transparencias, puesto que todos los muros que separaban las estancias eran de cristal.

No se fía ni de su sombra. Quiere verlo todo.

Con tanto enemigo no le extrañaba. Atravesaron un salón enorme y llegaron hasta la parte de atrás. Una piscina enorme bien iluminada y rodeada de jardín.

Había en el centro una mesa llena de aperitivos que, sin embargo, yacía vacía. Un grupo de personas estaban a un lado, en sillones y sofás, bajo una marquesina.

Vio a Erik entre ellos. Pronto se dio cuenta de la presencia de ambas jóvenes y se levantó enseguida. Natalia desvió la mirada hacia la piscina. No sabía quién demonios le habría contado a Valkyrie su debilidad por las camisas metalizadas en los hombres. Y si las mangas de esas camisas estaban enrolladas dejando ver los antebrazos, entonces ya mejor retirarse y seguir con sus informes.

Agarró con fuerza su bolso de mano, en el cierre llevaba la cámara que grabaría a cada presente y cada conversación. La idea de Vicky de llevarlo en el pecho era buena, pero a Natalia le gustaba poder moverla a su antojo e incluso dejarla olvidada a ratos en sitios estratégicos. Esperaba que su *hacker* americano fuese bueno, porque si Erik detectaba los dispositivos, esa misma noche sus cuerpos flotarían por la bahía de la isla. Ese tipo de gente no se andaba con

rodeos.

Agradeció que, al menos, la parte de atrás de la casa no tuviese ese olor floral intenso. Si no rememoraba momentos blandos de su vida, podría comportarse como la mujer segura que era a pesar de las brechas de su armadura.

Se detuvo esperando que fuese Erik el que acabara el recorrido hacia ellas. Observó de reojo el grupo. Contó hasta siete personas. La mujer de ondulado pelo rubio cobre estaba entre ellos. También un par de mujeres más, todas con un estilo que le recordaba casualmente a Vicky, lo cual le confirmó que había sido un acierto llevarla consigo.

Vio a la mujer levantar la cabeza con descaro hacia ellas y mantener su mirada fija. Acción que no le cogió de sorpresa, acción que quizás esperaba.

La loba que protege al cachorro.

Un cachorro llamado Erik Valkyrie, su jefe, su protector, su amante y seguramente, su Dios. Aquello le produjo cierto ardor en el pecho, que intentó disipar de manera consciente. Prefería no tener mujeres cerca, las mujeres solían ser más intuitivas que los hombres. Pero si Natalia conseguía que el celo cegara a la intuición, no creyó que le diese más problemas.

Así que miró a Erik como si no hubiese nadie más en aquel jardín. Tenía que ser sincera consigo misma, aquel gesto no le supuso gran esfuerzo.

Le gustaba el brillo que tenía el pelo de Erik cuando el fijador despeinaba sus ondas. Y aún más le gustó el brillo de sus ojos con los focos que iluminaban el jardín y la piscina. Cogió aire despacio, él ya estaba frente a ellas. A pesar de que Natalia no era de corta estatura y Vicky era más alta aún, apenas le llegaban hasta la barbilla. Guapo, rico, poderoso y tremendamente inteligente. Así había deducido que era Erik Valkyrie y aquello le producía un tintineo justo tras el ombligo. Sabía que él sería el mayor reto al que se había enfrentado hasta el momento, pero el reto se ampliaba de manera considerable cuando Erik estaba cerca.

Erik volvió a tenderle la mano, primero a Vicky y luego a ella. Natalia no tuvo problema en volver a apretársela con fuerza.

Pero eres El Malo y vengo a joderte tanto como pueda.

Clavó sus ojos en los oscuros de Erik y se tomó el tiempo suficiente para dar tiempo a que él se fijara en los suyos. El color del mar de Formentera, el de Córcega o Cerdeña, compitiendo de cerca con el mar caribeño.

Te encantan y eso que es de noche. Segundo eslabón de la cadena. Y tu novia va a salir ardiendo ahora mismo.

—Bienvenidas —les dijo—. Pasad, os presentaré a unos amigos.

Natalia observó a aquella mujer que la fulminaba con la mirada.

Está incómoda. Esto no es casual. Han pactado que sea Erik el cordial, el que nos reciba con demasiada amabilidad y ella no está de acuerdo.

¿A mí con teatrillos? Menos de dos minutos ha tardado tu novia en delatarme el plan.

Repasó con la mirada los sofás en donde se encontraban los invitados.

Hostias.

Erik se detuvo de repente para girarse de nuevo hacia ellas. A Natalia la cogió distraída y casi chocó contra su espalda.

Hostias, hostias, hostias. Lo que acabo de ver.

Erik la miró contrariado, pero Natalia enseguida lo esquivó colocándose de lado, más pendiente de que el bolso se dirigiese hacia los sillones. Subió la mirada hacia Erik y se la mantuvo a pesar de la cercanía.

Vais a darme oro en minutos de vídeo. Oro de verdad, mejor de lo que creía.

Nunca pensó que el estar eclipsada por su jefe y otros enchufados inútiles, le iba a beneficiar tanto. Había visto a Rodrigo Zamora en entregas de premios, lo había visto en fotos en el grupo de *WhatsApp* del trabajo. Era un enlace del centro de investigación nacional con la policía.

Es un puto corrupto.

Sintió en el pecho un amplio abanico de satisfacción, siendo consciente de las enormes posibilidades. Sonrió levemente a Erik, sin ser consciente que su sonrisa distraída podría parecer fuera de lugar. Y por un momento la sonrisa radiante de Erik desapareció y pudo ver reflejado en su expresión sus verdaderas intenciones con ellas dos.

Ahora estamos en la guarida del lobo. Y el lobo decide si ser cortés o intimidar.

Natalia se inclinó por pensar que Erik habría ideado una combinación de ambos. No sabía qué tal lo llevaría Vicky. Supuso que, para su alocada e infantil amiga, todo iría bien mientras no las apuntasen con un arma en la cabeza.

—Espero que disfrutéis de la cena —les dijo Erik, sin embargo. Aunque su mirada seguía en Natalia.

Sabe que me he sorprendido por algo.

No tenía margen alguno de despiste. El Malo esta vez era realmente listo, un rival a su altura, supuso.

Dieron unos pasos más hacia los invitados. A Goyle ya lo conocían, lo acompañaba otro de sus hombres, que las jóvenes ya conocían. Luego les presentaron a las chicas, nombres a los que no prestó atención, pues las grabaciones se los recordarían y a partir de ellas podría hacer el plano. Había un hombre más, algo más mayor que el resto, un chulo viejo llamado Jerónimo. Llegó el turno del corrupto Rodrigo, que Erik les presentó como Rodri. Natalia observó cómo él se inclinaba hacia Vicky para besarla en la mejilla.

Qué buena idea, rubia. Lo vas a grabar de frente, no cabrá dudas de que es él.

Y al fin, Natalia se giró para ponerse frente a la última mujer, aquella que era capaz de lanzarle misiles con los ojos.

—Y ella es Valeria. —Oyó la voz de Erik.

Miró a Valeria con decisión, sin dejar de observar la reacción de Erik. Él espero paciente mientras ambas se inclinaban a darse dos besos cordiales.

Es incontrolable hasta para él. No se fía de que meta la pata. Menuda debe de ser.

Natalia se irguió de nuevo mientras Valeria seguía con sus ojos clavados en ella. Natalia demostró con indiferencia, que su mirada no la intimidaba en absoluto y dejó paso a Vicky para que se saludasen.

El celo te merma el ingenio y la cordura. Me estás dando demasiada información.

Así que, Natalia clavó sus finos tacones en el suelo frente a Valeria y Erik, esperando que fuesen ellos los que reaccionaran.

—Valeria, ya estamos todos —le dijo Erik—. ¿Puedes avisar a Gregoria para que traiga la cena?

Tal y como había supuesto, Erik quería alejar a Valeria de ellas. Y esta apretó los labios y asintió con la cabeza. Pasó entre Erik y ellas para acceder hasta la casa.

Podría haber pasado tras él, pero lo ha hecho por delante.

Y lo hizo sin prisa, despacio, alargando su mano hasta el brazo de Erik y recorriéndoselo en una larga caricia mientras se marchaba.

Despliegue de posesión. Lo que yo pensaba, una lacra para la investigación.

Miró a Vicky de reojo. Esta hablaba con una de las chicas sobre unas frutas abiertas por la mitad que había sobre la mesa.

—¿Qué tiempo andaréis por aquí? —preguntó Goyle pasando por detrás de Erik y colocándose también frente a Natalia.

Natalia los miró. Si a Erik le llegaba hasta la barbilla, a Goyle no le llegaba ni a los pezones.

Intimidación.

—Un mes —respondió escueta y segura—. Son solo unas vacaciones.

—¿A qué os dedicáis? —preguntó Erik con rapidez.

Natalia miró a Vicky de reojo, era algo que prefirió no hablar con ella.

—Al cine de adultos. —Fue tan rápida, que Vicky apenas reaccionó al oírla, o más bien, no podría creerse lo que acababa de escuchar—. Comencé representando actores, ahora he comenzado a producir películas. —Ladeó la cabeza hacia Vicky—. Y ella es mi actriz principal.

Observó satisfecha cómo Erik estaba desconcertado. Cualquier otra profesión normal sería más causa de sospecha que aquel disparate. Le gustaba y le convenía que Erik dudase de ellas, pero con ciertos límites que protegieran la seguridad de ambas.

—Jerónimo —lo llamó Erik y el interpelado reaccionó—. Trabajan en tu gremio.

Jerónimo arqueó las cejas y dirigió enseguida su mirada a Vicky, sonriendo.

—Tienes aquí a la jefa —añadió Erik señalando a Natalia—. Lo mismo podéis hacer negocios.

—Por supuesto. —Jerónimo se unió a ellos.

Hijo de puta. Erik tiene recursos y pone empeño en saber si lo engaño o no.

—Jerónimo produce sus películas aquí mismo, en la isla —continuó Erik.

Jerónimo seguía observando a Vicky, luego se dirigió hacia Natalia.

—No os he visto en ninguna convención —le dijo—. ¿Tienes productora propia?

—Las princesas guerreras. —Fue lo primero que se le ocurrió decir—. Llevamos poco tiempo.

Jerónimo asintió.

—Pues si quieres hacer una coproducción y darte visibilidad en el mundillo, estáis invitadas. —Volvió a mirar a Vicky, que disimulaba sin dejar de hablar con la chica de la dificultad de comer la fruta con diminutas pipas.

Esta me va a matar.

—Llevo tiempo detrás de Goyle —susurró Jerónimo con ironía—. Es demasiado tímido.

Natalia notó la incomodidad en Goyle.

—Vicky. —El hombre la llamó.

Natalia recibió una punzada en el pecho, temiendo cómo actuaría Vicky en aquella situación. La rubia se giró con su sonrisa radiante.

Jerónimo hizo un gesto hacia Goyle.

—¿Cómo lo ves? ¿Podrías convencerlo? —le dijo él.

Natalia no quería ni mirar a Vicky, tampoco podía mover ni un músculo de la cara porque sabía que Erik no dejaba de observarla.

Vicky miró a Goyle, sin embargo.

Menos mal que esta tiene la cara de cemento.

—Si todo fuera proporcional, estoy segura de que sería un buen espectáculo —respondió Vicky.

La madre que la parió.

—Pero en estos casos, la cultura popular dice que la proporción suele ser inversa, así que mejor no —añadió.

Por mucho que trató de poner de su parte para no reaccionar, Natalia no tuvo más remedio que bajar la cabeza mientras el bochorno en el resto le llegó en forma de ola.

Qué cabrona.

Levantó la cabeza mirando de reojo a Goyle que, aunque gigante, había quedado petrificado, enmudecido y no reaccionaba.

—Aunque podrías sacarnos de dudas. —Vicky levantó ambas manos hacia Goyle—. Ahora mismo.

Madre mía, Vicky.

Natalia vio cómo la mandíbula de Goyle se movía, tuvo hasta que contener el aliento al ver la mezcla de enfado y bochorno en tan enorme hombre.

—Te he dicho mil veces que no voy a participar en nada de eso —respondió Goyle de mala forma a Jerónimo.

El gigante se fue de inmediato por el mismo camino que había tomado Valeria. Natalia miró a Erik y a Jerónimo, satisfecha. Este arqueó las cejas, pensando otra alternativa.

—¿Podríamos buscarle a otro? —le propuso.

Natalia ladeó la cabeza. Erik seguía observándola en silencio, esperando su respuesta. No podía creer que la fresca y acertada actuación de Vicky no fuera suficiente para convencerlo.

—Durante un tiempo solo vamos a trabajar *Fucking Machine*, pero gracias por la oferta —rehusó Natalia.

Vio a Erik contrariado de nuevo.

—¿En qué? —preguntó Erik sin entenderla.

—Maquinaria —le explicó Jerónimo—. Vídeos solo con mujeres y una máquina.

Erik frunció el ceño con una expresión que hasta Natalia tuvo que contener la risa.

—¿Y eso vende? —le preguntó a ella, extrañado.

Ni puta idea.

—Ni te imaginas —respondió rotunda.

—Es algo que tengo pendiente —intervino Jerónimo—. Cuando comenzaron las máquinas, no tenía mucha fe en ellas, pero se han puesto de moda.

Natalia asintió.

Valeria ya había regresado y volvió a colocarse junto a Erik.

—Ya está lista —le dijo a Erik con voz grave y suave, ignorando al resto.

Amor dependiente. De ese que no es sano, que se basa en alguna necesidad personal que no es capaz de cubrir por sí misma. Seguramente traumatizada en el pasado, carencia de figura paternal. Mataría por él, en sentido literal. No estará completamente cuerda y será tremendamente impulsiva. Así que, Natalia, cuidadín con ella.

Acercarse al Malo con una loba así cerca, tenía su riesgo. Si lo consideraban en profundidad, un riesgo que no le producía temblor de piernas, sino cierto bienestar en el estómago.

Sus ojos se cruzaron con los de Valeria de nuevo.

Qué mal lo vas a pasar en chirona, lejos de él.

Fue capaz de sonreírle con suficiencia a sabiendas de que su carácter altivo lograba producir un efecto negativo en los que la rodeaban. Sintió la mano de Vicky tirar suavemente de ella y eso la sacó de sus pensamientos.

—Mi estómago ya no puede más —le dijo Vicky llevándola hacia donde habían preparado la

cena—. Así que vamos a disfrutar de la amabilidad de nuestros vecinos.

Había otra marquesina al otro lado de la piscina. Una larga mesa con modernas sillas blancas. Los platos estaban dispuestos como si del mejor restaurante se tratase. Se oyó un motor. Una enorme puerta en el jardín se abría dejando a la vista el puerto privado que tenía cada casa y la leve brisa del mar llegó hasta su cara. Aquello hizo que el leve ardor del pecho de Natalia se enfriara. Se le estaba yendo la cabeza, a ratos su ambición le podía y por experiencia sabía que cuando se dejaba llevar, cometía errores. Notó a Vicky cerca de su oído.

—¿Por qué porno? ¿Y por qué la actriz tengo que ser yo y no tú? —le reprochó en un susurro.

Natalia se mordió la lengua con los dientes y bajó la vista hasta el pecho de Vicky.

—Porque tú las tienes más grandes. —Vio cómo Vicky contenía la risa mientras tomaba asiento.

Estaban justo en mitad de la mesa. Erik se sentó en el extremo, a su derecha estaba Rodrigo, el investigador corrupto. Observó cómo Valeria se sentó al otro lado y junto a ella, Goyle. Natalia ya pudo deducir cuál era la escala y la cercanía con Erik. Rodri tendría en aquel entramado un papel más importante del que ella pensaba.

Hijo de puta, qué cabrón.

Miró su plato, un pescado a la brasa con carne amarillenta. Supuso que aquel pobre animal chapotearía en las aguas aquella mañana sin saber que acabaría la noche sobre un plato. Guardó silencio un instante mientras el resto conversaba. Consideró por un momento retirarse a tiempo. Con tan solo delatar a Rodrigo, tendría suficiente para que los investigadores tirasen del hilo. No necesitaba más para ganar prestigio en el gremio. Había llegado hasta Valkyrie, hasta su propia casa, hasta sus esbirros y había localizado a un investigador corrupto. Para cualquier periodista novato, aquello sería suficiente. Sin exponerse, sin correr más peligro. Tomar el primer avión de la mañana y volar desde la isla hasta Madrid.

Pero yo soy Natalia Fatalé. Nunca es suficiente para mí.

Miró de reojo a Erik. Si delataba a Rodri, él lograría escapar y ya jamás podría aspirar a un nuevo acercamiento con Los Valkyrie. Había otros, allí incluso, en la misma isla. La competencia directa de Erik, Los Arcángeles. La otra red de mafia grande del país y con la que Erik seguramente tendría graves problemas. Podría probar suerte con ellos en otro momento si regresaba ya a Madrid con la información recogida.

Los recorrió con la mirada mientras escuchaba la risa de Vicky a su lado. Tenía que reconocer que, a la hora de hacer un teatro, Vicky era mucho mejor que ella.

Estaba claro, Erik escaparía, Goyle escaparía, Valeria escaparía. Con suerte, solo caería aquel tal Jony, el corrupto y poco más.

Y la araña volvería a tejer su red en otro lugar.

Su objetivo no era ese. Su objetivo no era pelar la cebolla, no era quitarle capas, su objetivo era cortarla por la mitad.

A la mierda os voy a mandar a todos.

Poner dinamita en el centro del poder y accionarla, pocos se salvarían. Sintió por un momento la mirada de Erik sobre ella. Disimuló apartando el lomo del pescado de la raspa. Era normal que Erik la observase de aquella manera, sabía que dudaba de ellas. Sin embargo, no era fácil sentirse tan medida por su parte y no errar. Y un error allí dentro, significaba el aro de la punta de una pistola sobre la frente, una sensación que no quería rememorar. Tampoco quería que Vicky pasara por ello. Desde que se decidió a llevarla consigo, se propuso protegerla tanto como le fuera posible.

Que solo acabe en una bolsa yo.

Sonrió a uno de los comentarios de Vicky sobre los barcos y cuando se sacó su título de patrón. Natalia sabía que lo que contaba era real y le extraño oír algo real dentro de aquel teatro de cena entre mafia y sospechosas.

La naturalidad de Vicky, quizás por su ignorancia o por no ser muy consciente de la realidad en la que estaban metidas, hizo que ella consiguiese de nuevo entrar en su propio papel. Vio que Valkyrie no dejaba de mirar cómo ella movía sus cubiertos, poca atención o nada estaba prestando a la conversación de sus invitados.

—¿No te ha gustado? —Oyó una voz descarada tras ella.

Natalia se giró enseguida. Había una mujer mayor a su espalda, demasiado mayor. Su cuello estaba tan arrugado, que la piel colgaba unos dedos bajo su garganta. Su cara le recordó al rostro de la enorme tortuga de *La Historia Interminable*. La anciana miró el plato y luego a Natalia, volvió a abrir la boca para decir algo más.

—Doña Gregoria. —Oyó la voz de Erik, callándola con cierta delicadeza—. Es nuestra invitada.

La anciana llevaba ropa de personal de servicio, pero jamás vio ninguna cocinera que bien pasaba con creces la edad de jubilación.

Doña Gregoria hizo un ademán con la mano.

—Una invitada que no sabe apreciar la cordialidad —protestó la mujer colocando una bandeja de pescado frito en el centro.

Natalia arqueó las cejas, sorprendida por aquel descaro en la mujer. Y precisamente contra ella. Sintió cómo el bochorno le invadía la cara.

¿De dónde coño han sacado a esta mujer? Y ¿qué cojones pinta entre estos fulanos? Que no me ponen nerviosa los criminales y me está poniendo nerviosa ella.

Doña Gregoria la miró de nuevo, luego se inclinó levemente hacia Natalia, observando con detenimiento sus ojos, primero uno y luego el otro.

—Los océanos tienen sus partes oscuras, las más profundas —dijo la mujer en lo que Natalia consideró un desvarío—. Donde aguardan los grandes tesoros, pero también los monstruos del mar, donde las corrientes te arrastran hasta ahogarte. Grandes barcos, aviones que vuelan… nada está libre de los peligros del mar. —Señaló el plato de Natalia con el pescado despedazado, pero sin haber sido degustado—. No nos queda más que poder disfrutar de lo que el mar nos deja encontrar en la superficie, si no queremos acabar muertos.

Natalia la miró perpleja. Vicky se había inclinado para ver mejor a la pintoresca mujer. Pero esta se giró sin mediar más palabra y volvió dentro de la casa.

No había entendido nada y la irrupción de tan inesperado personaje la había acelerado las pulsaciones. Miró su plato, sabiendo que todos estaban pendientes de ella. Soltó el cubierto.

Joder.

Erik entornó los ojos hacia Natalia. La conversación se había retomado, esta vez había sido Rodri el encargado de romper el silencio. Levantó los ojos hacia Erik, en toda la comida no se había atrevido a mirarlo a pesar de sentirlo todo el tiempo observándola.

La sonrisa radiante del anfitrión de la casa había desaparecido. Ahora bajo un semblante serio solo quedaba la curiosidad en su expresión. Era obvio que ya no era solo la desconfianza de que fuese una espía, podía notarlo, había más. La tensión aumentó en el cuerpo de Natalia. No sabía qué podría estar pasando por la cabeza de alguien como Erik Valkyrie. Pero algo no iba bien.

Se oyó el motor de un barco y enseguida Erik y Goyle se levantaron para dirigirse hacia el

puerto de la casa. Natalia colocó su bolso en la mesa e hizo como que rebuscaba en él. No levantó la mirada para curiosear quién venía en el barco, ya lo vería detenidamente desde el ordenador. Sacó una barra de labios y un espejo.

Las dos chicas, Rodri y Jerónimo se levantaron. Rodri preguntó al resto por las copas que tomarían. Mientras habían cenado, la otra mesa, la que tenía las frutas, estaba ahora acompañadas de licores de todo tipo.

—¿Y vais a pasar solas todas las vacaciones? —preguntó Valeria observando cómo Natalia se pintaba los gruesos labios.

—Solas no —le respondió Vicky levantándose también—. Nos acompañamos la una a la otra. —Miró a Jerónimo—. Yo quiero una copa de *Moët.*

Natalia desvió la mirada hacia un lado.

No, Vicky, por favor. Si ya no me fío de ti sobria, con dos copas mejor cogemos el avión mañana.

Natalia se levantó también y los siguió hasta la otra parte del jardín. Sentía a Valeria a su espalda, esta caminaba despacio, distanciándose del grupo.

Natalia sintió la mano de Vicky en el antebrazo.

—Me parece que a Harley Quinn no le has caído bien —le susurró.

Natalia se sobresaltó, apartándose de Vicky de inmediato. Tuvo que taparse la boca para evitar la risa. No pudo ser más acertada la comparación de Valeria con la novia de El Joker. Tuvo que alejarse del grupo, iba a romper en carcajadas.

Cuanto más lo pensaba, más le brillaban los ojos. Contenía la carcajada, que sobresalía de sus labios en una especie de eructo.

La culpa es mía por traer a Vicky a algo como esto.

Pero ahora no podía quitarse de la cabeza la imagen del personaje del cómic.

—¿Tú qué tomas? —le preguntó Jerónimo de lejos.

Natalia se giró. Valeria ya estaba junto al grupo. Al verla, el estómago se le encogió, la risa interior aumentaba. No podía responder. Respiró despacio por la nariz. Erik y Goyle acababan de regresar del puerto.

—Ella mejor agua —respondió Vicky por ella—. Le sienta fatal la bebida y no pienso llevarla a rastras hasta casa.

Vio a Erik fruncir levemente el ceño.

—Está a unos metros, te ayudaremos a llevarla —añadió Jerónimo llenando una de las copas de *Moët.*

Vicky levantó las manos.

—Si acaba desnuda en la piscina, yo no me hago responsable —dijo Vicky.

Jerónimo rio, girándose hacia Erik.

—Que las mujeres acaben desnudas en la piscina de Valkyrie, no es algo excepcional ni extraordinario —dijo Jerónimo y recibió una mirada de Valeria equivalente a un tiro de una ocho milímetros.

Vicky llenaba su copa, conocía aquella expresión maliciosa en su amiga cuando quería dar por culo, la sonrisa del propio Pennywise, el payaso de *IT*.

Pufff.

—Es Natalia. —La oyó decir—. Y tanto que desnuda es algo extraordinario.

Esta se cree que estamos en una puta discoteca.

Ahora fue Vicky la que recibió la mirada ocho milímetros. Natalia se acercó a ellos.

Y la loca esta nos va a meter un tiro a cada una.

Le quitó la copa a Vicky.

—Correré el riesgo —dijo Natalia levantando su copa—. Por la amabilidad de nuestros vecinos.

Se la bebió entera, sin respirar. Sacudió la cabeza al notar las burbujas dulces y a la vez ácidas en la garganta. Le encantaba el sabor del champán. Pero no era del todo mentira lo que decía Vicky, le sentaba regular.

Jerónimo le llenó de nuevo la copa. Erik puso una mano sobre el hombro de Rodri y se marcharon dentro.

8

A través de la pared de cristal, podía ver el jardín y a sus invitados sentados bajo la marquesina, en los sofás.

—Demasiada casualidad que la misma noche que invito a cenar a mis peculiares nuevas vecinas, Los Arcángeles nos asalten un barco y nos roben la mercancía, ¿no? —le decía Erik a Rodri.

Rodri se encogió de hombros.

—Los Arcángeles estaban aquí antes que ellas y sabíamos que nos robarían de un momento a otro—le respondió él dando un sorbo a su copa de champán—. Ya lo he comprobado, vienen de Madrid. Sus nombres son verdaderos. Lo de las películas no lo puedo comprobar, ese mundo es completamente imposible de detectar. Miles de productores y decenas de miles de películas. Solo hace falta una cámara de video e internet para ser productor de porno.

Erik negó con la cabeza.

—Son dos jóvenes ligeras, ¿no lo ves? —Rodri levantó su copa hacia la pared de cristal, donde estaba el grupo—. Y vienen de vacaciones, no hay más.

—¿Eso es lo que tú ves? —preguntó Erik arqueando las cejas.

—Sí —confirmó Rodri—. Eso y que están buenas como pocas. Pero ¿espías de Los Arcángeles? Para nada.

—Pueden jodernos bien el plan si no son tan inofensivas como aparentan. —Erik se sentó en el sillón de su mesa de despacho y miró la pantalla de su ordenador.

—Tendrían que estar completamente locas de verdad para aceptar algo como eso que insinúas. —Negó con la cabeza—. Meterse en un lío de estos, ¿por qué? ¿Por dinero?

Hizo una mueca, como si fuese un absurdo.

—Esas tías solo tendrían que pasearse por cualquier sala VIP para conseguir a cualquier imbécil con dinero y sacárselo a su antojo. No necesitan exponerse de esta manera. Y no hay ningún caso Valkyrie en activo en la policía del país, de eso no tenemos dudas.

Erik entornó los ojos hacia la pared de cristal. Natalia estaba de pie, apoyaba su cadera en uno de los sillones, el que ocupaba su amiga. Las costuras del vestido apretaban su cuerpo curvo, la postura hacía aún más llamativas aquellas curvas. Aquel cabello fino castaño caía a ambos lados de su cara como una cortina: marco brillante para un rostro perfecto y unos labios que no sabía el por qué, ahora lucían rojo oscuro, cuando juraría que no tenían color cuando la recibió en el jardín.

—¿Qué te llama la atención de ella? —le preguntó Rodri siendo consciente de que Erik observaba a Natalia.

—Ya has oído en la cena lo que ha dicho Doña Gregoria. —Sonrió levemente.

Rodri frunció el ceño, recordando las palabras de la mujer. Sirvió a Los Valkyrie durante años y prometió servirlos hasta su muerte, pero últimamente su demencia dificultaba su servicio.

Erik tenía sus ojos clavados en Natalia.

—Solo podemos conformarnos con lo que el mar nos permite ver en la superficie, pero lo que realmente nos atrae, se encuentra en su profundidad, donde están los verdaderos tesoros y

también los peligros que pueden acabar contigo —añadió—. Y ella tiene un océano en sus ojos.

Erik negó con la cabeza.

—Actúa con seguridad, sabe quiénes somos, pero no tiene miedo. No le intimida que la observe, no le importa si le sonrío o permanezco regio. No tiembla frente a Valeria, a pesar de que es evidente que ella no la quiere cerca de mí. No es la primera vez que está entre gente como nosotros.

Rodri lo miró de reojo y alzó levemente las cejas.

—Yo creo que, aunque llevas toda la vida ente mujeres impresionantes, esta te ha dejado demasiado impresionado.

Rodri le dio con la mano en la sien.

—Y te merma el instinto —añadió.

Erik volvió a negar con la cabeza.

—Tengo que reconocer que no dan el perfil de esbirros de Los Arcángeles —continuó—. Pero si yo quisiese hundir a un enemigo, elegiría a alguien como ella. Es perfecta.

Rodri se inclinó sobre la mesa.

—¿Perfecta en qué sentido? —Rio.

Erik se levantó, serio. La broma le había ofendido sobremanera.

—Si Valeria te oyera decir eso, correría al arsenal y le volaría la cabeza con un bazoca. —Seguía riendo Rodri—. Y ya no habrá ningún océano que descubrir. No representan ningún peligro para nosotros, pero el estar cerca, sería un peligro para ellas mismas.

Rodri se giró para colocarse frente a él.

—Así que, olvídalas o reclútalas —le dijo.

—¿Reclutarlas?

—Sí, si tan perfecta ves a Natalia para volver loco a un hombre, envíasela a Derek de Los Arcángeles y nos libra del problema.

Erik hizo un ademán con la mano.

—O me la devolvería en una bolsa de plástico —respondió dirigiéndose de nuevo hacia la pared de cristal.

Rodri alzó las cejas.

—Vaya, sabía que te encantaba el buceo, pero no esperaba que te lanzases de cabeza al agua. —Erik lanzó una mirada de reproche en respuesta a la ironía de su amigo—. Vale. —Rodri levantó ambas manos—. Si se la envías a Los Arcángeles, puede acabar en una bolsa de plástico. Si sigues invitándola a tu casa, puede acabar en una bolsa de plástico. Así que, pienso que mejor déjalas disfrutar de sus tranquilas vacaciones.

Erik cogió aire profundamente.

—Sigo sin estar seguro con ellas —confesó. Se llevó las manos a las sienes—. Ya no estoy seguro de nada. Lo de esta noche no lo esperaba. Si vuelven a hacerlo, perderemos la confianza de nuestros contactos en el extranjero y el plan se nos va al garete.

Rodri asintió.

—Y llegados a este punto, sería una pena perder el control de toda Europa —añadió Rodri.

9

—Tía, nos vamos ya. —Le quitó la copa de la mano a Vicky, había perdido la cuenta de cuántas llevaría.

Que no hemos venido a esto.

Vicky hizo una mueca.

—No seas muermo, me estoy riendo un montón. —Vicky cogió otra copa y se la llenó de champán—. Esta gente mola.

—¿Qué estás diciendo? Vas a hacer que nos maten antes de tiempo —le dijo Natalia en un susurro y le quitó la copa nueva.

Madre mía, las grabaciones van a ser un show. No nos van a tomar en serio, aunque les pongamos a Valkyrie y a toda su tropa en bandeja.

—Ya —le riñó Natalia.

Tenían que marcharse de allí. Ya no había nada de interés que grabar. Erik y el corrupto Rodri no regresaban desde que se fueron al interior de la casa. Y Vicky, aunque se divertía con el resto, no dejaba de meter cizaña entre Valeria y ella en cuanto tenía ocasión. Sabía que su amiga no era ninguna estúpida. Sabía que resaltar las aptitudes de Natalia jodían a la novia de El Malo. Así que, al parecer, su amiga había encontrado una afición para cumplimentar al champán.

Erik y Rodri regresaron al jardín, al fin. Natalia sabía que algo había ocurrido en el mar, algo no muy bueno a juzgar por sus expresiones cuando regresaron del puerto. Y aquello le abría nuevas posibilidades. Su mente divagó rápido, diapositivas pasaban por su mente, una tras otra, con gran rapidez. Si alguien estaba jodiendo a Los Valkyrie y ella podía comprobarlo, su operación sería aún más gorda.

O el hoyo o el cielo.

Aquella sensación siempre le había gustado. Mirar a gentuza de aquella calaña y sentirse poderosa de alguna forma. Solo la pequeña posibilidad de acabar con ellos, la hacía sentirse la reina de las amazonas, una *Wonder Woman* en toda regla.

Miró a Vicky complacida.

—Nos vamos. —Y no esperó rebate.

Anduvo hasta el grupo y se despidieron. Erik y Rodri estaban junto a la mesa del champán.

—¿No queréis otra? —las invitó Rodri.

Vicky no se atrevió a abrir la boca, Natalia sabía que hubiese dicho que sí, si no la temiera tanto. Tuvo que contener la risa. Erik la miraba serio, él aún no se había servido copa alguna.

—Estaba convencido de que no eras de las que acaban desnudas en la piscina —le dijo con ironía, pero en tono sublime.

Natalia tenía a Valeria a la derecha.

Si no tuviese a Harley Quinn al lado, te iba a contestar una de las buenas, de las que dejan sin pantalones.

Pero como tenía los ojos de Valeria clavados en su sien, no tuvo más remedio que reprimirse.

—No es cortés en una primera visita. —Sonrió mientras tiraba de Vicky hacia la salida—. Gracias por todo, vecinos. Ha sido un placer.

Alzó la mano para no tener que detenerse uno por uno y les dio la espalda.

—Por la mañana estaremos en el barco por los alrededores. —Oyó la voz de Erik en su espalda—. Con vuestra afición por el mar, creo que nos veremos.

Se giró levemente hacia él. Vio a Valeria más ávida por escuchar su respuesta, que al propio Erik.

—Mañana tenemos otros asuntos. —Bajó levemente la cabeza en señal de cortesía y empujó a Vicky—. Pero otro día. —Alzó las cejas—. Será por días.

Vio cómo Rodri contenía la sonrisa, gesto que le llamó la atención.

Rodri no desconfía de nosotras e incluso le parece gracioso que para Valkyrie seamos algún tipo de amenaza. A este capullo el título de investigador le tocaría en una tómbola, porque vaya ojo que tiene.

—Buenas noches —añadió ella.

Pero al Valkyrie no se la damos. Hijo de puta, vaya lince.

Salieron de la casa y ya en la calle, Natalia resopló. Vicky levantó la mano.

—No vengas a decirme que he metido la pata, ni que haya hecho nada mal —comenzó la rubia.

Natalia la miró de reojo.

—Porque yo he estado encima de ti. —Negó levemente con la cabeza—. No son posibles amigos que acabas de conocer —le susurró—. Son una puta mafia.

Vicky se encogió de hombros, ya llegaban hasta la puerta marrón de su casa.

—Son divertidos, ¿qué más da? Tenemos que hacer un papel, ¿no? —se defendió abriendo la puerta.

Natalia asentía, escuchándola.

—Sí, eso lo haces de lujo —le respondió con ironía mientras la miraba entrar en el jardín—. Lo malo es que no es un papel, es que eres así de inconsciente.

Resopló y Vicky hizo un ademán con la mano.

—Ya tienes las primeras grabaciones, ¿no? —añadió Vicky—. Y estamos vivas.

—Qué fácil lo ves todo siempre. —Nanuk se acercó contento a ellas y las olía sin parar.

—Y tú demasiado complicado. —Vicky expulsó aire con fuerza. Miró hacia el muro que estaba en dirección a la casa de Erik—. Tienes una grabación de toda la tropa, de lo que sea que haya pasado con un barco, de la casa y de la novia de El Malo. —Sonrió e hizo una mueca—. Le has caído como el culo, ¿lo sabes? Vaya como te miraba Harley Quinn.

Vicky rompió a carcajadas, demasiado sonoras. Era evidente que se había pasado con el champán. Natalia alzó las cejas intentando ser paciente con Vicky y no soltarle una fresca.

—Me encanta —añadió Vicky.

Natalia negó con la cabeza de nuevo.

—Tú no te has enterado de nada, absolutamente de nada, ¿verdad?

Vicky dio unos pasos hacia la casa mientras sacaba el móvil del bolso.

—¿De qué no me he enterado? —Abrió la puerta de la casa.

Natalia la siguió hasta dentro.

—Comenzando por que ese Rodri es un investigador, lo conozco, por suerte él a mí no —soltó y Vicky dejó de reír de forma repentina—. Siguiendo con que todo lo que has visto, ha sido un puro teatro. La amabilidad de Erik era un papel, por eso su novia estaba así. No le gustará que se acerque mucho a mujeres. Nos están observando, ¿lo sabes? No tengo ni idea de quién sospecha que somos, y… —suspiró—. No sé hasta qué punto es bueno que quiera seguir teniendo contacto con nosotras.

Vicky la miró desde la cocina.

—Y yo que pensaba que le estabas molando a El Malo y que por eso la novia tenía un cabreo de cojones. —Hizo una mueca de decepción.

Esta de verdad se cree que está en una peli de acción.

—No me mires así —le reprochó Vicky—. Era completamente morboso.

Vicky rompió en carcajadas. Natalia se puso una mano en la frente.

—Voy a tener que hacer una edición del vídeo —dijo casi para sí—. Es una vergüenza enseñarlo completo.

Levantó las manos.

—Me voy a hacer el informe de hoy y a dormir —le dijo a su amiga—. Y tú también deberías irte a la cama ya.

Vicky la miró de reojo, con picaresca.

—Vale —le respondió y Natalia se sorprendió al ver que su amiga no protestaba.

Subieron a la planta de arriba. Natalia se metió en su dormitorio, se quitó el vestido y se colocó un mono de algodón de pantalón corto sin tirantes. Se sentó frente al ordenador. Quería ver cómo habían quedado las grabaciones.

Las de ella tenían mejor perspectiva que las de Vicky, fue manejándola durante toda la noche. Pero las de Vicky no estaban mal, su idea de llevarla en el colgante sobre tan llamativos atributos, había sido realmente buena. Tenía al investigador corrupto completamente identificable.

Este tiene acceso a todos los registros. Ahora sabe nuestros nombres reales.

Se alegró de que su intuición no fallase en el momento en el que decidió conservar su identidad. Lamentó el peligro que ello suponía. Que una mafia así tuviese la dirección de cada una de ellas, no era algo bueno. Si fallaban, podría pasar cualquier cosa.

Por eso no voy a fallar.

No lo había hecho nunca. Por mucho que se le atascara un caso, siempre llegaba hasta el final. Entornó los ojos hacia el ordenador. Tenía ganas de ver la grabación del puerto, cuando Valkyrie se acercó al barco. El patrón le explicaba algo de manera acelerada. Había más hombres en el barco.

Algo no ha salido bien, es evidente.

Amplió la imagen. Y en aquella imagen pudo ver la cara real de Valkyrie, sin máscara, sin aquel papel que intentaba hacer para acercarse a ellas. No podía oír lo que decía, pero su cruce de miradas con Goyle, su expresión y su mandíbula apretada, hablaban por él.

La soberbia de los malos.

Lo que fuese que había pasado, le había jodido. Natalia siguió observándolos. Erik y Goyle ya regresaban al jardín. Desde la mesa no había podido mirar con descaro, tenía que parecer despistada, ignorarlo. Sin embargo, en la cámara tenía otra perspectiva. Y pudo ver donde se dirigió la mirada de Erik en cuanto estuvo de regreso.

Sintió algo en su estómago de forma repentina. Una ligereza que no procedía, que no se podía permitir en una situación como aquella. Detuvo el vídeo un momento. Retrocedió unos segundos y volvió a accionarlo. Agradeció su papel despistado durante la cena. No había sido consciente de cómo Erik Valkyrie la miraba cuando ella no lo veía.

Su móvil vibró sobre la mesa. Lo había hecho varias veces. Las chicas tendrían que estar hablando sin parar. Natalia lanzó una nueva mirada al vídeo y lo detuvo. Desbloqueó el móvil.

Y estas estarán de cachondeo. Con la que tenemos encima.

—Todo este tiempo hemos sobrestimado a La Fatalé. —Oía la voz de Vicky—. Los malos no dan tanto miedo.

—¿Cómo no van a dar miedo, Vicky? —le decía Mayte—. Joder, no he podido pegar ojo pensando en vosotras.

—El Malo está que te cagas. Os aseguro que miedo, precisamente miedo, no da. —Rompió en carcajadas—. La novia sí parece algo más psicópata. Ostras, cómo miraba a La Fatalé. —Más risas—. Ha sido tremendo y solo es el primer día.

—Las novias y La Fatalé, un clásico —intervino Claudia.

Pudo escuchar las carcajadas de Vicky desde el dormitorio.

—Eso es lo que me ha hecho gracia, que estar ahí, entre ellos, ha sido como siempre —explicaba Vicky—. Natalia es Natalia, nuestra Natalia. Y el efecto en los demás es el mismo. Ella dice que es un papel que han acordado, báh, paparruchas. A El Malo le ha molado La Fatalé y la loba de la novia tiene un cabreo de narices.

—Vicky, acuéstate ya —reprendió Natalia.

—¿Qué me acueste yo? Duerme tú, que te tiras hasta media noche con tus informes.

—Es precisamente la razón por la que estamos aquí. A ti parece que se te olvida.

Oyó un nuevo audio de Vicky llegar al chat.

—¿Qué se me olvida? Te he sacado esta noche de alguna, a pesar de que me lo has puesto difí… —Se cortó el audio. Tardó más de la cuenta en llegar el siguiente—. Joder, que esta me tiene puestas ochocientas mil claves y patrones para entrar en el puñetero móvil —protestó y Natalia tuvo que reír—. ¿Han salido bien los vídeos?

—Perfectos, el mío mejor que el tuyo. —Alzó las cejas grabando el audio. Le encantaba picar a Vicky.

—Estupendo —le respondió ignorado su ataque—. Haz una captura del Valkyrie, que se lo vamos a enseñar a estas. Lo van a flipar.

Natalia apoyó el codo en la mesa y se puso la mano en la frente.

Lo de esta tía no es normal.

—Vicky, no podemos hacer eso. —Su voz sonaba bochornosamente desesperada—. Es una investigación.

Se hizo el silencio unos segundos.

—Con el champán que me he tomado, me cuesta la vida hacer bien los patrones que me ha puesto Natalia en la pantalla y como falle en uno, tengo que volver a empezar desde el principio. Por eso estoy tardando tanto en responder —se explicó Vicky—. La Fatalé ahora se pone muy bien puesta con vosotras, pero que sepáis que creo que a ella también se le va la pinza con El Malo. A ratos se cree que es un capullo de discoteca.

Natalia volvió a ponerse la mano en la frente.

Dios, dame paciencia con esta mujer.

—Ostras. —Vicky reía—. Y también ha venido una cocinera a soltarle no sé qué rollo del océano.

El audio de Vicky se volvió a cortar. Natalia aprovechó para enviar uno ella.

—Voy a dejar de hacer el informe, con los audios de Vicky seguro que tendremos suficiente. Joder, ¿sabes lo que es el secreto profesional?

Miró la pantalla del móvil, un nuevo audio apareció en el chat. Vicky había cambiado la foto del perfil. Ahora tenía una foto junto a Nanuk y ella en el barco, aparecía pequeña y redonda. Tuvo que sonreír al verla. Realmente parecían una especie de vacaciones para su amiga, sin

embargo, aquello estaba muy lejos de la realidad. Le invadió una sensación extraña, un instinto protector y maternal hacia su alocada amiga.

—¿En serio estáis en la misma casa y os enviáis audios? —intervino Mayte.

—Mañana me quitas los puñeteros bloqueos triples —protestó Vicky.

—Es mejor que lo tengas así. —Era la tercera vez que se lo había pedido en lo que llevaban de semana—. Ahora tu móvil funciona por capas. Y el chat de «Las locas del unicornio» está en la última capa, donde nadie debe llegar. Con las tonterías que estás diciendo, creo que no deberías llegar ni tú.

—Alguien tendrá que retransmitirles a estas tus hazañas, ¿no? Os adelanto que se van a poner interesantes.

Natalia resopló.

—¿Interesantes por qué? —preguntó en tono de protesta.

—Porque creo que a ti también te mola El Malo —dijo Vicky—. Y Harley Quinn te va a arrancar la cabeza.

Natalia giró la cabeza hacia un lado. Luego miró la pantalla de su portátil con la imagen de Erik, justo en el momento en el que la miraba a ella. Cerró la fina tapa del ordenador de golpe. Se acercó el móvil a la boca.

—Erik Valkyrie representa justo la cima de todo lo que detesto —le rebatió—. Jamás me molaría alguien como él.

Soltó el botón para que el audio se subiera al chat.

—Guardad ese audio, chicas. —Reía Vicky—. La veo en un bis a bis en la cárcel cuando lo encierre.

—Wuuuoooo. —Esta era Claudia—. ¿La veis capaz de encerrarlo, aunque le guste?

—Lo encerraría, sin duda. —Ahora respondía Mayte—. Aunque él se le pusiera de rodillas diciéndole que ella es el amor de su vida. Es La Fatalé. ¿La habéis visto llorar alguna vez? ¿Ablandarse lo más mínimo?

—Que va a llorar esta —intervenía de nuevo Claudia—. Los que acaban llorando son ellos.

—Pero ninguno de ellos era un mafioso como Valkyrie. —Por fin Vicky habría conseguido desbloquear de nuevo el teléfono, algo que Natalia lamentó—. Por eso os digo que esto se va a poner interesante.

Mañana le pongo a esta un código cuádruple. Lo va a flipar para entrar al chat.

—Duérmete ya, Vicky —riñó Natalia.

Los audios se detuvieron. Natalia miró su portátil. Era extraño que sin despedirse, todas se callasen sin más. Así que no le sorprendería encontrarle a Vicky un chat alternativo sin ella en el que poder extenderse.

Vaya investigación que estamos haciendo.

Pasó los dedos por el filo del ordenador y lo abrió. Erik Valkyrie estaba de nuevo ante ella.

El Malo.

Sacudió la cabeza.

Y voy a encerrarte.

10

Erik regresaba en el coche junto al gigante Goyle. A pesar de haber pasado la mañana buscando junto a sus hombres la mercancía, nadie cercano a Los arcángeles había soltado dónde se encontraba. Supuso que ya se habría dispersado entre sus clientes.

Reconoció uno de sus coches, una furgoneta que conducían los hombres de Jony. Estaba al comienzo de la calle de la urbanización con la puerta del conductor abierta, a unos metros de la casetilla del guarda.

Junto a la furgoneta, había un coche todoterreno, también con la puerta del conductor abierta. Vio a Natalia entre el todoterreno y la furgoneta, no hacía falta escucharla para deducir que estaba discutiendo con el conductor del otro vehículo.

—Es Ness —le dijo Goyle—. Ha venido a recoger la furgoneta.

Ness era uno de los esbirros de Jony. Él se ocupaba de la zona de ocio de la isla. Era uno de los que más problemas le producía por su carácter, demasiado propenso a las discusiones y peleas que acababan haciéndole pasar la noche en el cuartelillo de la policía.

Erik enseguida detuvo el coche a un lado, para sorpresa de Goyle.

Se bajó del coche para acercarse a ellos. Podía ver en la parte trasera al enorme perro de las jóvenes vecinas, mirando a través de la ventana hacia el otro coche, en la misma postura que cogían los lobos observando a su presa.

Ness no tenía autocontrol alguno, no fue una sorpresa encontrarlo a un metro de Natalia dando voces.

—Que te he dicho que no te he visto —protestaba él—. No hubieses entrado tan rápido en la calle.

Erik se quitó las gafas de sol cuando vio a Ness acercarse aún más a Natalia, en un intento de amedrentarla.

—¿Tienes muchas ganas de discutir? —le preguntó ella sin intimidarse en absoluto.

Erik, que estaba a punto de intervenir, se detuvo a observarla desde la parte trasera del todoterreno.

—¿Cómo? —Ness hablaba chulesco, de malas formas.

—Que si tienes ganas de discutir. Te veo con ganas, ¿las tienes? —La frescura de Natalia le sorprendía a pesar de que Ness fuera realmente lo que aparentaba, un criminal de poca monta, pero con mucha mala leche.

—¿Yo? —Se señaló a sí mismo—. Ninguna.

Natalia levantó la mano hacia la puerta de la urbanización.

—Entonces móntate en el coche y circula —le respondió moviendo la mano.

Ness se quedó contrariado. Erik tuvo que girar levemente la cabeza para reír. Vio a la joven dirigirse hacia la puerta de su coche. El hombre la miraba, meditando si montarse en el suyo o seguir con la discusión. Finalmente decidió montarse en la furgoneta.

Natalia se subía al todoterreno, pero a Erik no le gustó cómo Ness seguía mirándola sin poner el coche en marcha. Goyle ya estaba tras Erik y este lo detuvo con la mano para que no avanzara más. Quería seguir observando sin que ellos los viesen.

La mirada de Ness delataba sus pensamientos mientras veía cómo Natalia salía triunfante de

la discusión.

—Te crees muy chula, ¿eh, niña? —dijo abriendo la puerta de nuevo—. Pero a mí me da igual que seas mujer, la hostia te la vas a llevar igualmente.

Natalia se bajó del coche con rapidez y alargó la mano hacia la puerta corredera donde aguardaba el perro. En cuanto accionó el cierre y la puerta se desplazó unos centímetros, el perro se activó, sacando los dientes y emitiendo un rugido que hasta a Erik se le aflojaron las piernas.

Ness, que ya tenía una pierna fuera de la furgoneta, se quedó inmóvil y con el rostro blanquecino, mirando al perro. Natalia había dejado tan solo unos centímetros de puerta abierta, esperando a ver qué hacía ahora Ness. Estaba claro que de él dependía que aquella puerta se abriese por completo y no había que ser muy imbécil para deducir qué pasaría si aquella bestia era liberada.

Ness miró a Natalia, esta parecía satisfecha.

—Vaya circulando —le dijo ella con suficiencia.

Ness lanzó un improperio, pero metió la pierna de nuevo dentro. Esta vez cerró la puerta con más fuerza todavía, produciendo un gran estruendo mientras la furgoneta se balanceaba del golpe.

—Ya te pillaré sin perro —la amenazó antes de arrancar.

Natalia cerró la puerta del perro al completo. Erik dio unos pasos, rodeando el coche de Natalia.

—Ness —lo llamó.

No tuvo que decir nada más. Ness miró a su jefe y de inmediato aceleró con potencia sin que el coche se desplazase, emitiendo un desagradable sonido y saliendo a toda prisa de la urbanización. Erik lo observó hasta que la furgoneta atravesara la valla del guarda. Luego dirigió su mirada a Natalia, que realmente no había sido consciente de su presencia.

Los ojos de Natalia, a plena luz de la mañana, eran realmente un océano. La joven señaló hacia la salida de la urbanización.

—¿Conoces a ese *Australopithecus*? —le preguntó con la misma frescura con la que le había hablado a Ness.

Erik frunció levemente el ceño.

—Tengo una especie de relación laboral con él —le dijo y ella alzó las cejas—. Si vuelves a verlo, intenta no entrar en conflictos con él.

Natalia abrió la puerta corredera del coche con fuerza y Erik dio un paso atrás al ver que el perro se disponía a salir. Sin embargo, el can que hacía segundos había parecido una bestia, ahora bajaba del coche como un perrito afable. Erik comprendió que aquel perro desconcertaba tanto como su dueña.

—Hormonas masculinas —le aclaró ella al ser consciente de la reacción de Erik—. Ya no eres competencia para él.

Él la miró mientras ella giraba la parte superior de su cuerpo hacia la salida de la urbanización.

—Ni ese capullo tampoco —añadió.

Erik intentó no detenerse mucho en ella, había aprendido que no era bueno mirar a las mujeres con demasiado entretenimiento. Aquella acción solía alzarlas en exceso y era evidente que esta joven que tenía delante, ya tenía el ego a varios metros sobre el suelo. Pero el rostro de Natalia, sin maquillaje y a la luz del día, era una auténtica locura.

Vio al perro acercarse a él para olerlo.

—Es inofensivo —añadió ella volviéndose hacia él de nuevo.

Erik bajó sus ojos para mirarlo. El perro se había detenido junto a él, sin duda estaba dispuesto a dejarse acariciar, pero después de haberlo visto actuar con Ness, sabía que aquella apariencia inofensiva no era más que eso, pura apariencia. No tenía dudas de que con Natalia ocurría lo mismo y cada vez lo veía más claro.

Alargó la mano hacia el perro y lo acarició con desconfianza. Levantó su mirada hacia Natalia. Ni siquiera la respiración de la joven estaba acelerada, a pesar de acabar de discutir con un gorila. Y eso le extrañaba sobremanera. O bien ella estaba acostumbrada a tratar con personajes como Ness, o bien era tan inconsciente que no entendía las consecuencias de hacerlo. Se inclinaba más por lo primero. Natalia no tenía absolutamente nada de estúpida.

Estaba sola y eso era extraño. Sabía por Goyle que siempre Vicky y ella andaban juntas, inseparables. Pero se alegró de encontrarla sin compañía. Vicky tenía un carácter diferente, más confiado. De ser ciertas sus cábalas, quizás aquella muchacha alegre no sabía bien ni para qué estaba allí. Pero, sin embargo, estaba convencido de que Natalia sabía lo que hacía. La seguridad que desprendía era como una onda expansiva y esta era capaz de alcanzarlo. Y no dudaba que de bajar la guardia un ápice, esa onda sería capaz hasta de arrollarlo. Fuese quien fuese aquella mujer, no estaba haciendo nada nuevo o desconocido para ella.

Fue consciente de que, a pesar de intentar evitarlo, se había sumergido demasiado tiempo en aquel océano cuya dueña no dejaba acción al azar. Aunque solo podría conformarse con estar cerca de la superficie, Natalia no le permitiría sumergirse mucho más. Quizás mientras la observó discutir con Ness fuese lo más profundo que ella lo dejaría bucear, y se lo había permitido porque no sabía que él se encontraba allí.

¿Quién demonios eres y por qué estás aquí?

Natalia no era una mujer de esas que se podía encontrar de forma casual. Su vida no era precisamente propensa a ese tipo de encuentros. Su círculo era cerrado, completamente cerrado. Debía de ser así por su propia seguridad. Por experiencia sabía que cada vez que ese círculo hacía una excepción abriendo una pequeña puerta, el desastre estaba asegurado. Así que, que a sus dos nuevas vecinas les había abierto una falsa puerta donde observarlas y controlarlas, al menos hasta que se marchasen o hasta que descubriese algo más de ellas.

Con Natalia no le servirían las intimidaciones, ya lo había comprobado con sus propios ojos hacía unos instantes. No era una mujer que se amedrentara. No era impulsiva como Valeria. La que tenía delante era comedida, con un autocontrol total y sorprendente. Tampoco le servirían otro tipo de artes, era evidente que a Natalia no habría forma de seducirla. Sin duda alguna, ella era consciente de lo que era capaz de provocar en los que la rodeaban. Si intentaba un acercamiento, cualquier error lo llevaría a una pérdida del control y eso sería un desastre. Rodri estaba seguro de que él estaba desvariando. Pero esta vez, su amigo no estaba en lo cierto. Había un misterio dentro de Natalia, cada vez lo veía más claro. Tan claro como aquellos dos ojos que lo miraban como si fuese una pequeña mosca, de esas aletargadas que se pegaban a la pared; un ser tonto, insignificante, al que podría pisar cuando quisiese. Y eso, siendo él Erik Valkyrie, despertaba demasiadas cosas en su interior: ira, enfado o quizás otras sensaciones que no quería exteriorizar con Natalia, o las posibilidades de llegar a comprobar más sobre ella se perderían.

Si la enviaban Los Arcángeles, qué acertados fueron en su elección. Tenía delante a un ser angelical, sensual, con un semblante altivo y seguro que le provocaba cierta admiración. Y con algo dentro de ella que le atraía como los cantos de sirena de la profundidad de los océanos de fantasía más peligrosos.

—¿Ves? Completamente inofensivo —le dijo ella.

Tanto como tú, supongo.

Le mentía, hasta en su tono podía notárselo. Aquella mujer descarada se atrevía a hacerle ironías enmascaradas en su propia cara. Estaba convencido de que Natalia sabía quién era y a lo que se dedicaba, y todo ello no le importaba. Podía notar cómo ella se sentía un ser superior, dominante. Desde el primer encuentro de ambos se lo demostró, cuando su perro le gruñó, cuando intentó dejarlo caer del barco…

Bajó la cabeza. Natalia, sin necesidad de palabras, sin necesidad de armas y solo con gestos, era capaz de hacer lo que otros aparentemente más fuertes no conseguían.

Estaba acostumbrado a infundir respeto en los que le rodeaban, estaba acostumbrado a tener el poder. Estaba tan hecho a la adulación y a la veneración, ya fuese por admiración o por miedo, que el comprobar cómo una joven demasiado altiva conseguía hacerlo parecer un imbécil cualquiera, lo enfurecía por momentos. Y no poder mostrárselo por tener que representar el estúpido papel de amable vecino, era lo único que tenía a su alcance para responder a aquel invisible, sutil y extraño ataque por parte de Natalia.

Desconocía qué querría de él, qué pretendía obtener con aquellas reacciones. Quizás aquello solo era una forma de ampliar aún más su extenso ego. O quizás las ambiciones de aquella mujer iban más allá, hacia un lugar que no le permitía explorar.

Ella dio un paso hacia él, colocándose junto a su perro. Apenas medio metro los separaba. Natalia llevaba unos *shorts* cortos de talle alto, un corte que no solía favorecer a la mayoría de mujeres y que las hacía parecer demasiado rectas. Pero las curvas de Natalia ganaban la batalla al efecto visual de una moda no favorecedora. Bajo él, tan solo llevaba un bañador de un color café claro, una tela parecida a la antelina despintada que resaltaba su tono dorado de piel.

La joven agarró al perro por el collar de eslabones metálicos y lo separó de Erik. Notó cómo la cercanía con él no causaba respeto alguno en ella. A Valeria no le hubiese gustado aquella imagen. Tampoco Natalia parecía temer a su obsesiva compañera, quizás porque no era consciente de lo que ella era capaz de hacer si de él se trataba el asunto, o bien lo sabía y tampoco le importaba. Ya había visto cómo sabía apañárselas sola ante personalidades extrañas. No podía dejar engañarse, no era una joven indefensa, ni ingenua, ni mucho menos inofensiva.

Ella le dio la espalda tirando de su perro para que subiera de nuevo al coche, dejándole en primer plano aquel glúteo alto y unos femorales torneados, fibrosos, amplios pero de piel tirante y brillante, un brillo provocado por algún ungüento que producía un olor afrutado.

Erik reaccionó con el sonido de la puerta al cerrarse, despertándose de aquella tormenta de pensamientos y deducciones sobre una aparentemente joven normal. Natalia se giró hacia él.

—Ya he terminado esos asuntos que te dije anoche. —Colocó una mano en la puerta abierta del coche—. Así que puede que nos crucemos en alta mar.

Erik alzó las cejas.

—Pero dile a tu patrón que tenga cuidado al acercar tu barco al nuestro. —Levantó una pierna para subirla al coche—. Ayer nos los arañó.

Se metió dentro y se despidió con la mano mientras cerraba la puerta y arrancaba. Rodeó a Erik y se dirigió hacia su casa.

Erik apretó la mandíbula mientras seguía con la mirada aquel todoterreno que portaba dentro a dos bestias. El desconcierto que le producía Natalia no podía ser casual, no era natural en él, rozaba el temor. Él nunca temió nada, ni aunque le apuntaran con un arma en la sien. Pero no se sentía seguro con Natalia cerca. Y, sin embargo, no podía dejarla alejarse mucho de él si quería

mantener seguros sus planes.

11

Vicky conducía el barco.

—Te dejo sola un rato y te peleas con un miserable. Y encima te cruzas con El Malo. —Torció los labios—. Me pierdo las mejores.

Natalia bajó la cabeza mientras estiraba las piernas en el sofá de la cubierta, sintió el calor del sol tostándole la piel. Los muslos le ardían.

—No ha ocurrido nada interesante con El Malo —le repitió a Vicky—. Realmente no me ha dicho más que un par de palabras. —Se colocó las gafas de sol como diadema—. Pero creo que he colocado otro eslabón de la cadena.

Se tumbó al completo y cerró los ojos.

—Y cuando estén colocados todos los eslabones, ¿qué haces? ¿Te lo follas? —preguntó con descaro. Natalia se incorporó de repente. Dudó si reír o taparse la cara con la mano.

Con Vicky no hay forma.

—Vicky, las reglas —le recordó.

Vicky hizo un ademán con la mano.

—Vale. Ahora sé por qué las creaste. Por si te encontrabas a un malo como este. Porque si todos fueran como Goyle, ni harían falta esas reglas. —Hizo un gesto de asco.

Natalia negaba con la cabeza, armándose de paciencia.

—Pero, aun así, yo encantada de encaramarnos en otra juerga de malos, cuando quieras —añadió la rubia—. ¿Crees que volverán a invitarnos?

—No tengo dudas. —Natalia apoyó el brazo en el sofá para mirar a Vicky—. Te he dicho que he colocado otro eslabón en la cadena.

Bajó la vista hacia las costuras del sofá de piel blanca. Pasó el dedo por ellas.

—Erik sospecha de nosotras —dijo sin dejar de mirar su dedo acariciando las costuras—. Pero ni siquiera sabe por qué sospecha de nosotras.

—Entonces la hemos cagado, ¿no? —le dijo Vicky mirando levemente el barco.

Natalia levantó los ojos hacia Vicky.

—Creo que sin quererlo, hemos acertado. —Apoyó la barbilla en su antebrazo—. Porque no es la sospecha ni la duda que yo temía. El contratiempo que sufrieron anoche nos ha beneficiado. Ahora Erik piensa que somos cualquier cosa salvo periodistas.

—Da lo mismo lo que piense. —Vicky negó con la cabeza—. ¿Nos meterán en una bolsa de plástico?

Natalia negó con la cabeza.

—Si descubren quienes somos realmente, sí —respondió Natalia—. Pero ahora mismo, sus cábalas van por otro lado. Tiene demasiada experiencia en este mundo. Sabe que no somos policías, Rodri nos tendría localizadas si lo fuéramos. No aparezco en ninguna base de datos como periodista porque siempre me hicieron trabajar en las sombras.

Sonrió levemente volviendo a mirar las costuras del sofá.

—Yo pensaba que me estaban jodiendo en el trabajo, que me estaban cerrando las puertas. —Negó con la cabeza—. Y me han otorgado todas las posibilidades.

—¿Y qué beneficio hay entonces en esas sospechas? —dijo Vicky volviendo a mirar el barco

—. Yo voto por que acabamos en la bolsa. Aunque no podemos apostar nada, muertas no podemos saldar la apuesta. —Sacó la lengua y Natalia rio.

Natalia recorrió el mar con la mirada en busca del barco de Erik Valkyrie.

—Entonces, según tú —continuaba Vicky—. Nos volverán a invitar.

Natalia asintió con suficiencia

—Una y otra vez, sí. —Se colocó bien las pulseras de cuero de su muñeca—. ¿Conoces a Vladimir Tepes?

—¿*Drakull?* —Vicky frunció el ceño.

—Sí, El Empalador. —Levantó los ojos hacia Vicky—. Dicen que invitaba a mendigos y a gente de la que se quería deshacer a un banquete. Cuando tuvo a todos dentro, comiendo y bebiendo confiados, mandó prender fuego a la casa para matarlos a todos.

Vicky accionó una de las palancas del barco y este disminuyó la velocidad.

—Entonces van a invitarnos una vez y otra, hasta que Erik mande a quemarnos —dijo Vicky deteniendo el barco.

Natalia asintió. Su amiga soltó el timón y se acercó al sofá.

—Y el plan es… —Movió la mano para que Natalia continuase.

—Recabar la información suficiente mientras él intenta seguir averiguando quién demonios somos y salir por patas.

—Joder, qué plan más elaborado —añadió con ironía, apoyando sus codos en el respaldo del sofá—. Eres más cutre de lo que pensaba.

Natalia alzó las cejas ante la risa de Vicky.

—¿Cutre? Tengo a un investigador corrupto, la matrícula de varias de las furgonetas que usan para transportar mercancías. Voy a encontrar los barcos y con quién hacen negocios, y encima pienso hacer caer con ellos a Los Arcángeles.

Vicky asentía con incredulidad.

—Y todo eso lo vamos a hacer nosotras dos y un perro —respondió con ironía.

Natalia entornó los ojos hacia Vicky.

—Por supuesto, ni lo dudes. —Le apartó uno de los mechones de la cara.

Vicky bajó la cabeza. A Natalia le extrañó que no ironizara, que no añadiera una de sus locuras. Le puso un dedo en la barbilla y presionó con él para que la mirase.

—Ni lo dudes —repitió.

Vicky la miró un instante, luego suspiró.

—Realmente no sé lo que vamos a conseguir —le dijo Vicky alargando la mano hacia la mano de Natalia—. Pero sea lo que sea, gracias por permitirme hacer memorable mi vida.

Le apretó la mano.

—Tía, no vamos a morir —le dijo Natalia haciendo una mueca—. No seas gafe, coño.

Vicky rio, negando con la cabeza.

—¿Has visto a esa gente? —le respondió Vicky—. Claro que vamos a morir.

Hizo una mueca arrugando la nariz.

—Harley Quinn va a arrancarte la cabeza —añadió riendo—. En cuanto le pongas al novio un par de eslabones más.

Natalia no pudo evitar reír. Vicky se irguió de nuevo.

—Si quieres nos vamos a casa —le dijo mirando al mar—. Estoy hasta el *chichi* de buscar a los tontos estos. No han salido con el barco.

Natalia se incorporó mordiéndose el labio inferior.

—Una vuelta más —le pidió a Vicky.

La rubia la empujó en el hombro.

—La Fatalé buscando a un hombre. —Rio.

Natalia le apartó la mano.

—Es un malo, este no cuenta. —La acompañó en la risa.

—Claro, claro. —Cogió el timón de nuevo y arrancó el motor. Luego miró a Natalia con picaresca—. Ojalá me equivoque. Pero me temo que se va a liar muy gorda.

12

Ya era la tercera vez que Rodri escuchaba a Erik respirar profundo.

—¿Qué demonios te pasa hoy? —le preguntó a su amigo.

Erik se apartó del ordenador.

—Has detenido el cargamento principal —le reprochó Rodri.

Erik lo miró serio.

—¿Quieres perderlo también? —le preguntó.

—Hemos reforzado, no van a robarlo.

—Claro que van a robarlo —replicó Erik.

Rodri miró hacia el jardín a través de los cristales. Valeria nadaba en la piscina.

—Has hecho preparar un barco para no salir a navegar, detienes una operación y solo sabes coger aire, furioso. —Miró a Erik—. ¿Qué te pasa?

—Que estoy convencido de que van a jodernos —confesó apoyando la espalda en el sillón.

Rodri levantó la mano.

—A través de esas dos jóvenes de la casa de ahí al lado, ¿no? —le respondió con ironía—. ¿Sigues con eso?

Erik se levantó.

—Tú no has visto lo que he visto yo hoy —le dijo Erik—. Natalia enfrentándose a uno de mis hombres. Sabe quiénes somos, sabe cómo somos y qué hacemos. Y no tiene miedo.

Negó con la cabeza.

—Sabe lo que hace, es una profesional, hasta ese perro del demonio parece estar adiestrado.

Rodri rompió en carcajadas.

—Cuando he llegado, estaba paseando a ese perro del demonio, sí, trae la pelota de maravilla cuando se la lanza.

Erik lo fulminó con la mirada. Luego levantó el dedo índice.

—Voy a demostrarte que ella es una espía —le dijo.

Rodri abrió los brazos.

—Adelante. —Miró hacia el ventanal—. Pero intenta no cabrear aún más a Valeria con la vecina.

Erik movió la mano.

—Valeria sabe cuál es su papel a mi lado —respondió Erik.

—Claro, desde Ivanna no ha habido otra, ¿me equivoco?

Erik giró su cabeza enseguida hacia Rodri, en cuanto oyó aquel nombre.

—Perdona —se disculpó rápidamente—. No he querido…

—Voy a demostrarte que llevo razón —lo cortó él.

—Vale. —Rodri sonrió—. Mientras tanto, ¿podemos seguir con el negocio? ¿O piensas mantenerlo parado?

Erik apoyó una mano en el cristal de la pared. Meditó un instante.

—Déjame unos días —le dijo—. Además, estoy pensando hacer algo más con Los Arcángeles.

Negó con la cabeza.

—Necesito averiguar lo de Natalia lo antes posible —añadió—. Si forma parte de ellos, quizás nos beneficie.

Rodri alzó las cejas.

—Bien, muy bien —le dijo como si estuviese desvariando—. Y ahora, ¿podemos ya dar un paseo en el barco?

Erik apretó la mandíbula. No pensaba ir en el barco a ninguna parte. No podía quitarse de la cabeza aquella despedida de Natalia a media mañana. Su autosuficiencia, su talante altivo. Resopló. Tenía que observarla de cerca si quería saber más sobre ella. Pero no pensaba ir a perseguirla como si estuviese en celo. No pensaba contribuir a aumentar aún más su ego. Tendría que ser más sutil. No quería volver a hacer el ridículo como el primer día. Quedó como un idiota y casi lo dejó caer al agua. Volvió a coger aire de aquella forma profunda y exagerada.

—No —respondió.

Se dirigió despacio hacia su mesa para mirar la pantalla del ordenador.

—Esta noche recibimos un pequeño pedido —le dijo a Rodri—. Iré a recibirlo yo. Solo yo.

13

Había pasado la mañana en el barco y parte de la tarde jugando con Nanuk en la calle. Ni rastro de Erik Valkyrie por ninguna parte. Sí que había visto llegar a Rodri y el ir y venir de Jony, Valeria y Goyle, pero poco más. Por suerte no había vuelto a encontrarse con Ness.

Un día perdido casi en su totalidad. Aunque ahora tenía un rostro más de ellos, una matrícula y algo invisible que estaba atando con el jefe de los malos.

Se encontraba en el puerto. Llevaba unos leggins marrones y una camiseta beige de amplia sisa que le había pillado a Vicky en la maleta, con un tigre dibujado en la parte delantera. Como toda la ropa de Vicky, hasta lo más simple e informal, era bonito.

Estaba descalza, sentada en el extremo del pequeño puerto. Solo llevaba el móvil. Vicky se estaba dando un baño en el jacuzzi de la suite. El sol había tomado un color más anaranjado y el cielo tenía una tonalidad entre amarilla y celeste apagado. Le gustaba la puesta de sol en el mar.

La marea estaba alta y no había mucho espacio entre la madera y el agua. Le dio un par de vueltas a la parte del tobillo de los leggins y dejó caer los pies al agua. Le encantaba la temperatura agradable que tomaba el agua a aquellas horas.

Nanuk estaba echado en el suelo a su lado, esperando a que lo acariciara. Su móvil vibraba sin parar. Vicky y Claudia andaban de broma con algo que le había ocurrido a Mayte con un chico con el que comenzaba a verse. No llegaban a un acuerdo sobre si sería el definitivo, o solo sería uno más. Mayte estaba bloqueada, pero Claudia decía que sí. Sin embargo, Vicky pensaba que el definitivo de Mayte iba a hacerse esperar algo más.

Natalia no estaba centrada para esos temas en aquel momento. Su cabeza no dejaba de diseñar nuevas formas de aprovechar el tiempo allí. Sabía que el tiempo sería finito y por intuición, estaba convencida de que pronto se le acortaría aún más. No quería exponer demasiado a Vicky. Quizás su amiga había aceptado las condiciones demasiado a la ligera.

Bajó la cabeza hacia el agua, viendo como el vaivén de las olas sumergía sus pies. A ella nunca le importó exponerse a pesar de las consecuencias. Pero esta vez no se encontraba sola y tampoco tenía una compañera cualquiera. A Vicky no pensaba arriesgarla en absoluto.

Yo no tengo nada que perder, pero ella tiene una vida maravillosa por delante.

Heredera de un gran imperio y con un carácter que podía iluminar los rincones más oscuros.

No voy a permitir que acabe dentro de una bolsa y lanzada al mar.

Acarició a Nanuk, su móvil vibraba cada vez más rápido. Cuando sus amigas cogían carrerilla, eran imparables. Hacía más de una hora que la conversación había comenzado, la había iniciado Claudia con una nueva ecografía del retoño. El primer nene del grupo. El primer sobrino de «Las unicornios».

Era extraño el camino tan diferente que habían tomado las vidas de las cuatro. Claudia estaba ya en la fase familiar, cuando todavía Mayte estaba en una extensa fase de formación que ni ella misma estaba segura de para qué. Había entrado en un bucle de *carreritis* universitaria y parecía querer coleccionar títulos en una pared con tal de no engrosar la lista del paro. Ahora se había propuesto hacerse intérprete y guía turística, bastante lejos de su vocación inicial. Esperaba que, aunque aquel nuevo chico no fuese el definitivo, al menos la sacase de aquella actitud maniática que había adquirido con los estudios.

Luego estaba Vicky, tampoco sabía qué hacer con su vida y si lo pensaba bien, estaba

convencida de que había tomado una decisión equivocada siguiendo sus pasos y acompañándola en su locura hasta el borde de un precipicio. Confiando en ella como si fuese una especie de heroína, cuando ni siquiera a veces estaba segura de ser una buena periodista.

Vicky no valía para hacer su trabajo. Era demasiado sensible, su interior era puro. Aquel trabajo la consumiría, le traería una oscuridad a la que ella no estaba acostumbrada. Esperaba que, si salían de aquella, Vicky tuviera suficiente escarmiento y se dedicara a otra cosa. Seguramente la vida le depararía cosas maravillosas, tan maravillosas como se merecía.

Y, por último, estaba ella. La oscura, La Fatalé.

No hay absolutamente nada que resaltar en mí.

No había nada más en su vida fuera del trabajo. El mundo no existía. Por eso nunca tuvo miedo de acabar en una bolsa de plástico. Recordó cómo su madre se despidió de ella antes de marchar a la isla. Aunque ella nunca hablaba con su madre de su trabajo, esta sí sabía a qué se dedicaba su hija y de qué manera lo hacía. Quizás había asumido que un día u otro la lloraría al igual que le lloró a su marido unos años atrás. Natalia moriría a manos del mismo tipo de gente que mató a su padre. Gente como aquel tal Ness. No le hubiese importado el haber abierto la puerta al completo y que Nanuk le hubiese pegado un buen mordisco.

Que le den a toda la gentuza esta.

Levantó los ojos hacia el sol. A aquellas horas se podía mirar directamente sin que dañase los ojos. Se veía grande, anaranjado, intenso. Cuando caía la tarde era menos poderosos y menos dañino. Y, sin embargo, era justo el momento en el que era capaz de embelesar a cualquiera. Mirarlo y perderse en él y que el tiempo pasara rápido hasta esconderse tras el horizonte hasta la próxima mañana.

Oyó el motor de un barco y se sobresaltó. Era un sonido parecido al del barco pequeño que solían usar Vicky y ella. Enseguida dirigió su mirada hacia él, por si alguien lo estaba robando. Era muy difícil acceder a aquella parte trasera. La parte de atrás de cada mansión daba a su propio puerto privado, hasta el cual solo se podía llegar por agua. Pero a veces los rateros llegaban hasta allí en barcas para limpiar los yates. Sin embargo, sabía que no había nada mejor para ahuyentar a aquel tipo de rateros de poca monta, que una buena red de narcotráfico. Entre aquella gentuza sería conocida la llegada de Valkyrie y quién sería el imbécil que se atreviese a robar en un barco sin saber a quién pertenecía.

El barco no se había movido un ápice, así que giró la cabeza hacia el lugar de donde procedía el sonido.

No me lo puedo creer.

El barco era algo más pequeño que el de Vicky, aunque tenía una distribución similar. Una sola planta, con un sofá en la parte de delante. Lo conducía el propio Valkyrie, no parecía haber nadie más con él.

Mierda, la puta cámara.

Estaban todas dentro de la casa, con la batería bien cargada, pero sin tener opción de ir a cogerlas. El barco aminoró la marcha en dirección a ella.

No cambió de postura, se mantuvo con la punta de los pies descalzos en el agua y la mano derecha sobre Nanuk para marcarle la orden de que estuviese tranquilo ante Erik.

Levantó la cabeza, no le quedó más remedio cuando el barco se detuvo delante de su puerto, a tan solo un metro de ella, ni siquiera supo cómo saludarlo. Luego recordó que por la mañana no había habido saludo cordial ninguno, así que simplemente lo miró.

Por la dirección contraria a su casa que llevaba él, podía deducir que acababa de salir de su

puerto. Erik la miró primero a ella y luego dirigió los ojos hacia el perro, que estaba tumbado tranquilo tomando el fresco sol del atardecer.

—Tengo que reconocer que a pesar de que suelo pasear más de día o de noche —comenzó él —. Es esta la hora que más me gusta.

¿A qué ha venido este ahora?

Dio una caricia a Nanuk sin saber si cambiarlo de estado. No dejaba de ser extraño que Erik irrumpiera allí, sin venir a cuento y completamente solo.

Aunque seguramente para él sí viene a cuento. Línea roja, Natalia. Cuidado.

—Es la mejor hora, sí —respondió intuyendo que él esperaba un comentario así.

Ahora pon una excusa rápido y métete dentro.

Subió uno de sus pies a la madera del puerto y vio que Erik enseguida reparó en su gesto. Enseguida levantó el otro y se puso en pie.

—Sin embargo, a esta hora siempre veo vuestro barco aquí —añadió él.

Tú ves poco, a estas horas solo sale Goyle, Jony o Valeria a vigilar algo que ocurre en el mar. Pero tus esbirros te dirán cada paso que damos.

—Solo por la mañana —añadió él.

Natalia asintió y lo vio sonreír levemente.

Sabe que me ha pillado desarmada en todos los sentidos. Excusa ya y para dentro, Natalia.

Erik soltó el timón y se acercó al lateral del barco que estaba más cerca de donde se encontraba Natalia. Miró por un momento a Nanuk, que seguía tranquilo, sin levantarse.

—¿Vienes? —preguntó dirigiéndose de nuevo hacia ella.

Natalia estuvo a punto de dar un paso atrás y negarse, pero se quedó inmóvil. Tras Erik podía verse el borde que parecía comunicar el mar con el cielo. El sol se acercaba a aquella línea. Aquella imagen hacía que la silueta de Erik se oscureciese en la imagen, que fuese difícil distinguir su cara, su expresión y sus ojos oscuros fijos en ella. Se detuvo a meditar un instante. Aquello debería de ser una trampa o una prueba, con alguien como Valkyrie no tenía dudas de que no era nada casual, al azar. Y ella se encontraba sin cámaras, sin las armas de descarga y sin pistola. Completamente desprotegida y sin posibilidad de recabar información.

Debe de tener serias dudas para llegar a hacer algo como esto. Pero sea lo que sea lo que tenga preparado para mí, debo de enfrentarlo.

Era llamativo que la invitase sin que estuviese Vicky y eso era buen augurio. Si hubiese sido a ambas, la posibilidad de que las llevase hasta alta mar, les pegase un tiro en la cabeza y las echara al agua, eran grandes. Pero no tenía sentido que solo se la llevase a ella.

Si no vuelvo, Vicky podría llamar a la policía.

Bajó la mirada.

O sus esbirros pueden entrar a la casa y coger a Vicky.

Tocó la cabeza de Nanuk y este se puso en pie a su lado.

Así que no me queda otra que dejar con ella a Nanuk.

Cogió aire despacio mientras levantaba la vista hacia Erik. No sabía si este sonreía, su silueta permanecía apagada. Pero la atención de Natalia se dirigió hacia el sol.

Cuando es menos poderoso, menos dañino…

Bajó la mirada hacia su mano, donde tenía el móvil. Por experiencia sabía que recabar información grabada no era lo único relevante a la hora de investigar. Que había otras acciones anunciadas más útiles, las que le ampliaban posibilidades, las que la hacían sumergirse aún más en el centro de todo el entramado. Y eran precisamente esas acciones las que resultaban más

peligrosas.

Estas cosas es mejor no meditarlas.

Presionó el mando que colgaba de una cadena desde su muñeca y la puerta de la casa por la que se accedía al porche comenzó a cerrarse. Luego pasó la cadena de las llaves de la casa por el cuello del perro y le acercó el móvil a la boca.

—Llévaselo a Vicky —le dijo dándole una caricia, ocultando un código que le diría a Vicky que, si ella no regresaba antes del amanecer, tendría que enviar los vídeos que ya tenían a cierto receptor, y salir huyendo de allí.

Nanuk se metió en la casa antes de que la puerta se cerrase por completo. Natalia se giró hacia Erik, ya no había forma de dar marcha atrás. La puerta estaba completamente cerrada, Vicky en el baño y entre el puerto y el mar, solo quedaban Erik y su barco.

Soy una suicida, sí.

Sin móvil ni Nanuk. A expensas de El Malo. Sin más armas que una astucia que a veces la llevaba a hacer verdaderas locuras. Alzó las cejas hacia Erik.

Me he desarmado por completo y lo sabes. Has podido comprobar que a pesar de que sé quién eres, no me produces miedo.

Quizás aquella fuese la razón por la que Erik tardó un instante en reaccionar. Pero finalmente extendió su mano hacia ella para ayudarla a subir.

Y juraría que anda hasta ofendido.

Natalia se situó en el borde del puerto, tomando conciencia de que estaba hasta descalza. Un detalle en el que tampoco había reparado.

Puso su pie descalzo en el borde del barco y alargó la mano hacia él. Cogió la mano de Erik, envolviendo su pulgar con fuerza antes de impulsarse. Vio cómo al tirar de su cuerpo, el brazo de Erik se endurecía resaltando la curva bajo la manga de su camiseta.

Esperaba que no la hubiese pillado mirando aquel detalle. Cuanto más tratase con indiferencia a cierto tipo de hombres, mejor. Fueran malos o no, solían tener el mismo patrón de macho imbécil.

Su segundo pie pisó el suelo de barco. Ahora sí que no había vuelta atrás y algo en su interior se removió en cuanto tuvo a Erik Valkyrie a medio metro frente a ella, emitiendo el olor de un perfume que mezclaba canela, almizcle y algún tipo de incienso. Una combinación sutil de aromas masculinos que le encantaba.

Soltó su mano sin demorarse y se agarró al barrote del barco. Puestos a elegir, hubiese preferido a un malo que le facilitara las cosas y no al que tenía delante.

—¿Y a dónde piensas ir? —le preguntó ella.

Erik seguía inmóvil, no parecía tener prisa en romper la cercanía física a pesar de que mantenerla en el tiempo comenzaba a incomodar a Natalia. Lo vio sonreír levemente.

—Es una pregunta que alguien como tú debería de haber hecho antes de aceptar subir —le dijo él.

Comienza con fuerza.

Quizás porque todo aquello fue repentino, pero echó en falta el subidón con el que la había pillado Erik aquella mañana después de discutir con el tal Ness, porque notó cómo cierto bochorno le llegaba hasta la cara.

Con el pecho ardiendo, abrió la boca para responder una de las suyas, por muy desprevenida que estuviese, ella siempre tenía recursos. Pero aquello la hubiese llevado a bajar de inmediato después de mandar a Erik a la mierda, aunque tuviese que esperar en la puerta como una imbécil

a que Vicky terminara su relajante baño y con ello, despedirse de su gran caso.

Miró a Erik. Era evidente que él no era un hombre como cualquier otro. Tenía ciertas particularidades que lo hacían tremendamente complejo. Ese aura que desprendían los temibles y poderosos líderes, mezclada con unas aptitudes masculinas con las que no hacía falta tener el olfato de Nanuk para sentir y que estas hicieran efecto.

Cerró la boca sin responder y miró hacia el sol.

Menos poderoso y menos dañino es cuando más embelesa.

Contuvo la sonrisa.

Bien. Juguemos, Erik Valkyrie.

Dio un paso atrás y abrió levemente los brazos para que Erik comprobase bien que no había nada más, solo ella. Ni móvil, ni perro, ni nada que pudiese representar un peligro. Sin embargo, estaba segura de que Erik iba armado. Lo vio reparar en sus pies descalzos y alzó las cejas sorprendido.

Nadie en su sentido común sería capaz de subir a este barco en estas circunstancias.

—¿Alguien como yo habría subido a este barco si supiera a dónde me llevas? —le preguntó.

Ahora Erik estaba cara al sol, podía ver su rostro al completo, sin sombras. Sin saberlo, sin planearlo, se acababa de abrir ante ella la posibilidad de colocar un nuevo eslabón de la cadena.

Erik puso en marcha el barco.

—Seguramente no —respondió sin mirarla, moviendo la palanca y el barco se desplazó con potencia.

Natalia tuvo que sujetarse para no bascular. Hasta que su cuerpo se hiciera a la inercia, no le quedaba más remedio que permanecer agarrada. Erik conducía mucho más rápido que Vicky.

Se alejaron de los puertos de la urbanización, lo hicieron tan deprisa, que pronto las casas fueron puntos lejanos. Natalia sintió la mirada de Erik, sabía que ese era justo el momento en el que ella se debía de sentir desvalida, desprotegida. Y comenzar a tener miedo. Eso era lo que Erik quería comprobar en ella.

A merced de El Malo, completamente loca debo estar.

Prefería no pensarlo. Si lo hacía de manera sensata, se le aflojarían las piernas de inmediato. Erik detuvo el barco y apagó el motor. Natalia se soltó del barrote.

El suelo del barco estaba frío. Cuando el sol no calentaba, aquel material se ponía helado. Recordó las fiestas unos años atrás, con sus tres amigas, en otro de los barcos del padre de Vicky. Pura locura, donde el mar de noche no parecía peligroso para bañarse a pesar de haber bebido unas copas. Recordaba sus pies mojados resbalarse por aquel frío suelo. Recordaba el sol de la mañana despertarla en la cubierta, aún en bañador y con un dolor de cabeza y de párpados terrible.

Es normal que no me importe morir joven. Los pocos años que tengo los he vivido bien intensos.

A aquella distancia de la casa y de la playa, el mar se tornaba silencioso, silencio solo roto por el chocar del agua contra el barco, los pájaros revoloteando y algún chapoteo en el mar producido por algún pez temerario que se arriesgaba a saltar a pesar de las consecuencias.

Algo así como lo que he hecho yo.

Exactamente eso. Un salto arriesgado que alguna gaviota avispada lograra aprovechar. Se giró hacia Erik, él se había acercado a ella.

—Rotundamente no. —Lo oyó decir tranquilo—. Nadie hubiese aceptado subir a este barco de la manera que lo has hecho tú.

Natalia volvió a agarrarse al barrote. Esta vez no era la velocidad ni el viento, pero algo invisible atentaba contra su estabilidad. El color negro, sin duda, era el que mejor le sentaba a la piel dorada de Erik. Ella desvió la vista hacia el sol, cada vez lo separaba menos espacio del horizonte. En poco tiempo se haría de noche.

—Natalia —añadió él—. ¿Sabes quién soy?

Ella levantó la cabeza hacia él. No había respuesta qué meditar, estaba clara. Aún no tenía claro su nuevo papel a representar, pero se estaban colocando los peldaños de la escalera para que los fuese subiendo sin hacer esfuerzo.

—Claro —respondió con seguridad—. En mi mundo no eres desconocido.

Sonó tan cierto como realmente era. En su mundo, el apellido Valkyrie era mucho más que conocido.

—Y aun así, has subido al barco. —Asintió levemente con la cabeza.

—¿Soy la única mujer que ha subido a un barco en tu compañía? —Natalia alzó levemente las cejas.

Erik negó con la cabeza y Natalia sintió una especie de calambre en el pecho, justo en el canal que separaba sus dos senos. Un calambre que se abrió en pequeñas ramificaciones y que se extendió hasta las costillas.

Mala cosa.

—Pero son muy diferentes a ti —respondió.

Exacto, no suelo acompañar a hombres con esta facilidad y ligereza en intenciones sentimentales. Me ha calado. Me honra.

Como podía comprobar, Erik estaba convencido de que ella no tenía esas intenciones con él. Y estaba en lo cierto, su siguiente eslabón estaba en otro lugar.

—Sin embargo, estás aquí. —Él observaba con detenimiento su cara, lo hizo por partes: barbilla, labios, nariz y, por último, sus ojos—. Y no pareces temer las consecuencias.

—Hace tiempo que suelo cruzarme con demasiada gente como tú. —Contuvo la sonrisa ante su total sinceridad—. ¿Debo temer consecuencias?

Erik guardó silencio un instante. Quizás sería una técnica para ponerla nerviosa, para que de alguna forma se derrumbase y confesase algo.

Necesitarías mucho más para que confesara.

Solo había una forma de que ella hiciese esa confesión que Erik buscaba. Y aquella forma estaba a unos kilómetros de allí, en una casa, en el interior de un jacuzzi enorme, custodiada por una bestia de cincuenta kilos.

Erik dirigió sus ojos hacia los pies descalzos de Natalia y fue subiendo su mirada a través de su cuerpo, hasta llegar de nuevo hasta sus ojos.

No importa las veces que lo compruebes. Aunque te parezca mentira, solo llevo ropa encima, y bien poca. De hecho, no llevo ni sujetador, en cuanto refresque te darás cuenta.

Aquel pensamiento hizo que la invadiera un leve bochorno. No había reparado en ello. A pesar de ser La Fatalé, no le gustaba ir marcando pezones a solas con ningún hombre, mucho menos con El Malo objetivo de su investigación.

Erik dio unos pasos atrás y se colocó de nuevo al mando del barco. Natalia sabía que él no se había decepcionado al no oírla confesar nada, de hecho, su resistencia era algo que él esperaba.

—Entonces no te importará a dónde vamos y qué vamos a hacer ahora. —Arrancó—. Y sus consecuencias tampoco.

Erik puso el barco en marcha tan rápido, que apenas le dio tiempo de alcanzar la baranda y su

cuerpo basculó. Lo vio mirarla de reojo mientras ella resbalaba hasta caer de cuclillas.

Ya la está cagando La Fatalé. Con lo bien que me estaba saliendo todo.

Se puso en pie. Sentía gran curiosidad por saber con qué intenciones Erik Valkyrie la había llevado consigo en medio del mar y completamente solos. Se alejaron aún más de la costa. Natalia miró hacia atrás, la isla era ahora lejana y borrosa. El sol se ponía y el cielo se tornó morado.

La brisa le daba de lleno en la cara, era poniente fresco. Su temor se hizo cierto, en un rato la ausencia de sostén bajo la ropa sería más que visible. La luna apareció cerca de donde se había puesto el sol, se veía grande, inmensa. Formaba un camino sobre el agua, el camino que Erik seguía, alejándose de la isla.

Su cuerpo se hacía a la velocidad mientras el barco se sumía en la oscuridad profunda entre mar, luna y estrellas. Divisó la luz de algunos barcos a lo lejos, fiestas nocturnas, como aquellas fiestas entre amigas que había vivido.

Le encantaba cómo en la noche el cielo y el mar se unían en un mismo color formando una esfera interminable, cuando las luces de los barcos podían confundirse con las estrellas que se reflejaban en el agua.

Cada vez la brisa era más fría y con el frescor, comenzó a dudar si con su atrevimiento había ido demasiado lejos. Sin embargo, su afinado instinto le decía que no acabaría flotando en el agua aquella noche. Estaban suficientemente lejos, nadie podría verlos, ya la hubiese matado.

No quiere matarme. Quiere probarme.

Se soltó de la barandilla, nunca imaginó que un barco así pudiera adquirir tal velocidad. Era verdad que era pequeño y ligero, pero aquel motor no correspondía con ningún barco que conociera. Supuso que estaba arreglado de alguna forma e imaginaba el porqué. En aquel negocio, la mayoría de transacciones se hacían por agua. De repente, la luz de la luna se hizo pequeña comparada con la luz que se encendió en el interior de su cabeza.

Eso es. Quiere que lo vea.

Lamentó no llevar ninguna cámara encima. Vio cómo la pantalla del móvil de él se iluminaba y Natalia entornó los ojos para verlo con más precisión. No se dirigían hacia la luna, a pesar de seguir el camino que esta marcaba en el agua, sino a algún lugar que marcaba el GPS de Erik.

Dio unos pasos hacia delante y vio cómo él la miraba de reojo mientras lo rebasaba hasta llegar a la parte delantera. Sintió que el barco se desviaba levemente y tras unos metros más, aminoró la marcha y finalmente se detuvo.

Natalia bajó la cabeza para mirar su camiseta.

Mierda.

Con disimulo, se despegó la fina tela del torso para que no marcara el pecho y al hacerlo, recordó la amplia sisa de los costados de la prenda. Enseguida soltó la camiseta para que regresara a su lugar. Lo último que quería en aquel momento, era enseñarle una teta a Erik Valkyrie.

Se giró dándole la espalda por completo, juraría que para él no había pasado desapercibido el gesto, ni tampoco el margen de visión que le había permitido su hazaña. Lo miró con disimulo para comprobarlo.

Mierda.

Le ardió la cara. Erik contenía la risa, hasta en aquella penumbra podía apreciarle la expresión.

Estos son los momentos en los que se agradece no tener a Vicky cerca.

La imaginaba a carcajadas, llorando de la risa.

Qué desastre de investigación. Y yo con la esperanza de que fuera a salir bien.

Contuvo la necesidad de taparse la cara con la mano y volvió a agarrarse a la barandilla, esta vez de la parte delantera del barco mientras inclinaba su cuerpo hacia ella. Fijó la vista en el agua. La incomodidad era suficiente como para desear lanzarse a ella con tal de desaparecer.

—¿Fatiga? —Lo oyó decir. Por la cercanía de la voz, supuso que ya no estaba en el timón, sino tras ella.

Acabo de enseñarte el perfil de una teta. Hasta dolor de barriga tengo.

Cerró los ojos sin responder. Cogió aire intentando volver a su papel, al que se había propuesto.

Ha sido un fallo tonto. No pasa nada.

Lo miró. Erik estaba ya a su lado y se apoyaba en la barandilla del barco.

—Estoy bien —le dijo mientras él volvía a mirar la pantalla de su móvil—. Y ahora, ¿qué?

Erik no dejaba de mirar su móvil.

—Esperar —respondió.

Natalia apoyó los antebrazos en la barandilla y se agarró ambas manos.

—¿Y por qué solo? —le preguntó—. Tienes a muchos que pueden acompañarte.

Aquellas palabras parecieron hacerle gracia, aunque menos que la imagen de la teta.

Lo de la teta no pienso contárselo a Vicky, ni por todo el oro del mundo le cuento yo eso. La que me daría si se entera.

—No estoy solo, ¿no? —Apartó sus ojos de la pantalla del móvil para mirarla.

—Seguro que soy de gran ayuda, sí —respondió ella mirándose a sí misma.

La sonrisa de Erik aumentó.

Hasta en la oscuridad es bonita su sonrisa. Si no fuera El Malo, no me importaría enseñarle otra vez la teta.

Natalia tuvo que desviar la vista y contener la risa.

Esto de pasar muchas horas con Vicky no es buena cosa, estoy desvariando. Céntrate, Natalia, joder.

Se hizo el silencio un instante mientras Erik miraba de nuevo el móvil.

—¿Cómo una joven como tú acaba metida en la industria porno? —preguntó él y ella reaccionó enseguida.

O te espabilas o te pilla.

—Estudié marketing y comencé a trabajar en una empresa en Madrid —comenzó ella—. Pero una noche tomé contacto con alguien que me llevó hasta esto. Vi que la rentabilidad del cine adulto no tenía nada que ver con la mejor nómina a la que pudiese aspirar, y cambié de trabajo.

Lo dijo tan deprisa, que hasta pareció verdadero. Desconocía si lo había convencido, quizás en parte sí. Erik, sin saberlo, la estaba llevando a perfilar su personaje ficticio en aquella realidad. Y cada vez lo veía más claro.

—¿Tú también…

Lo entendió enseguida.

—No, nunca. —Fue rotunda y hasta se sonrojó—. Yo no hago esas cosas por dinero.

Eso último sobraba.

Lo vio entornar los ojos hacia ella.

—¿Y tú? ¿Cómo comenzaste a hacer esto? —Necesitaba desviar la conversación con urgencia.

—Herencia familiar —respondió él—. No te planteas otro modo de vida.

Estaba de perfil a Erik, no podía ponerse de frente y tenía que mantener los brazos pegados al cuerpo si quería mantener la parte delantera tapada. Esperaba que el viento no le jugara una mala pasada y moviese la camiseta.

—Toda tu familia se dedica a esto. —Natalia no hizo una pregunta.

Él ladeó la cabeza.

—Ya solo quedo yo —dijo—. Tres hermanos muertos. Mi padre muerto. Solo vive la mujer de mi padre, pero está en Italia y no tengo relación con ella.

Natalia lo miró por el rabillo del ojo.

—¿Y se puede confiar en alguien que no sea de tu familia en este mundo tuyo? —preguntó ella y vio que a él le sorprendió la pregunta.

—No —confesó—. Nunca se debe confiar en nadie. Fue una de las lecciones que me dio mi padre. El más cercano, el que menos esperas, suele traicionarte.

Natalia inclinó su cuerpo hacia la barandilla, ya no sabía qué postura coger para no tener más destapes bochornosos.

—Debe ser tenso vivir así —le dijo ella levantando la cabeza hacia él.

—Es tenso sobrevivir así —la corrigió.

Ella lo miró con frescura.

—Entonces es todo un logro estar vivo con… —Le hizo un gesto para que completara él.

—Treinta y uno —añadió Erik.

Hice mal las cuentas. Me salían muchos años menos. Entonces este no era el menor de los hijos de Valkyrie como yo pensaba.

Aquel detalle no cambiaba nada, era el último Valkyrie y, por lo tanto, su principal objetivo.

Cambia en que me esperaba a un niñato y me he encontrado con otra cosa. Y vaya cosa.

—No es un logro, al menos no es algo de lo que me sienta orgulloso habiendo dejado personas atrás —dijo mirando hacia el agua.

Seguro que merecían morir. No pongas esa cara.

Contuvo las ganas de hacer una mueca ante aquella confesión, que de no ser él quien era, hubiese sonado conmovedora.

—Lo siento —le dijo ella con la voz grave.

Siento de verdad que aún quedéis algunos vivos.

Apartó la vista de Erik. Llevaba el suficiente tiempo entre malos, como para saber que entre ellos no existía la lástima, la compasión, ni mucho menos la lealtad. Un malo muerto era la oportunidad de que otro malo ocupase su lugar. Así funcionaban las mafias. A veces se mataban entre ellos mismos. Codicia, ambición, egoísmo, envidia. Toda la oscuridad rodeaba a aquellos seres que no temblaban al quitarle la vida a un amigo, a un enemigo, o a cualquier inocente.

Miró de reojo el timón del barco. Erik había dejado las llaves puestas.

Un empujón al agua y a tomar por culo el último Valkyrie. Este nadando no llegaría muy lejos y yo podría volver a casa.

Pero ella no trabajaba así. Aunque había tenido oportunidades para matar a los malos, nunca lo hacía. Su trabajo solo era ponerlos sobre una bandeja en la puerta del horno y que otros continuasen el trabajo.

El ruido de otros motores la sobresaltó y levantó la vista. No muy lejos de ellos, se aproximaban dos barcos: uno por la izquierda y otro por la derecha. Los siguió con la mirada, ambos se dirigían uno hacia el otro a la misma velocidad exagerada como a la que había

navegado Erik.

Vio a Erik mirar a su alrededor, comprobando que no había ningún barco espontáneo.

Eso es lo que pasó ayer.

Reconoció uno de los barcos que tenía delante con una raya azul, como el que había grabado con su cámara en el puerto de Erik y que luego editó en el ordenador. Entornó los ojos hacia las naves. Con las luces apagadas no podía ver quién los conducía, pero no tenía dudas de que aquel desconocido al que grabó sería uno de ellos.

Los barcos se detuvieron uno junto al otro.

Anoche les robaron la mercancía.

Miró a Erik de reojo, que no dejaba de observar el mar cercano a los barcos.

Ya sé por qué me ha traído hasta aquí.

Tuvo que contener la sonrisa. De haber estado sola, hubiese estallado a carcajadas al ser consciente de qué sospechas tenía Erik respecto a ellas.

Cree que somos de Los Arcángeles.

Apoyó el codo en la barandilla, intentando que las carcajadas interiores no hiciesen que su estómago rebotase.

Se cree que somos unas puñeteras espías de la mafia.

Puso la barbilla en su mano, el viento hacía que le revolotease la camiseta, pero era en el lado contrario a donde se encontraba Erik. Sentir el frescor en el pecho hizo que la risa interior se disipase.

Realmente es un logro que esté viva.

Se encontró con los ojos de Erik.

Lejos, muy lejos estás de imaginar quién soy realmente.

Sabía que él esperaba su reacción. Si sus barcos eran nuevamente abordados, quería que ella estuviese delante.

La verdad es que hubiese sido un buen espectáculo.

Otro motor se oyó al lado derecho. Enseguida ambos se giraron hacia el nuevo barco que se acercaba. Pudo apreciar que Erik hizo un movimiento a su espalda. Conocía aquel sonido, lo había escuchado una sola vez, igual de cerca y también a su espalda, rozando su nuca. Entornó los ojos hacia el nuevo barco que se acercaba a gran velocidad, era más grande que en el que se encontraban ellos, algo parecido al barco de Vicky. Sin embargo, mantenía las luces apagadas.

Se sintió imbécil al pensar que el ser sospechosa de pertenecer a la competencia de Los Valkyrie pudiese tener alguna gracia. No podía ser de otra manera con Erik armado a su espalda.

Bajó el codo de la barandilla sin dejar de mirar el barco. Se aferró al hierro con fuerza. Ya no importaba si el viento le movía la camiseta. Si aquel barco pertenecía a los otros miserables y se formaba una reyerta, Erik colocaría el arma en su nuca y la cosa se le complicaría sobremanera.

El barco ya estaba a solo a unos metros, a punto de pasar por delante de ellos, en el hueco de mar que quedaba entre su barco y los dos barcos que intercambiaban la mercancía. Natalia cerró los ojos, concentrada en el sonido del motor. El olor a agua salada era intenso. Tenía los pies helados a pesar de que el pecho le ardía. Aunque logró controlar su cuerpo y sumirse en un inconsciente que le impedía temblar y que hacía que su pulso no se acelerase. Permaneció tranquila, sabiendo que a pesar de que Erik tenía un arma en la mano. no la apuntaba con ella. Sabía que esperaba impasible tras su espalda cualquier gesto por su parte hacia aquel barco que había interrumpido el silencio de una operación en las sombras.

El sonido del motor se hizo intenso y se fue disipando poco a poco, de la misma manera que

se había acercado hacia ellos. Natalia abrió los ojos comprobando cómo el barco tomaba distancia sin haber reparado en ellos.

Bien.

Se giró hacia Erik, él tenía una mano apoyada en la barandilla. En la otra mano, la derecha, tenía un arma preparada por lo que hubiese podido ocurrir. Natalia miró la pistola y luego a él, que había quedado completamente contrariado.

A pesar de que a veces se me vaya la pinza, sigo honrando mi apodo.

Le sonrió con picaresca.

—Debes de tener un don sobrenatural si eres capaz de acertar disparando desde esta distancia y completamente a oscuras. —Señaló con el pulgar a los barcos, intentando disimular que había sido consciente de que el arma no estaba dirigida a ella.

Lo miró a los ojos. Aquel hombre le hubiese volado la cabeza, o quizás la hubiese presionado hasta que hablase antes de hacerlo.

Por personas como tú, me dedico a lo que me dedico.

La camiseta de Natalia volvió a levantarse con el aire. Fue rápida en sujetársela, pero no lo suficiente.

Oooootra vez.

Pero si esta vez Erik reparó en el inoportuno incidente, no le prestó la mayor atención. Él le dio la vuelta a la pistola con el pulgar para colocarla en la palma de su mano y la puso delante de Natalia.

—Soy bueno disparando —le dijo mientras abría la carga con la otra mano—. Aunque así lo hubiese tenido realmente difícil.

Natalia abrió levemente la boca. No debía subestimar a Erik Valkyrie en ninguno de los sentidos. Él volvió a cerrar el arma después de que Natalia comprobase que no había carga dentro de ella.

Algo en su pecho la azotó de una manera más brusca que la brisa. Erik volvió a dirigirse hacia el timón, dejándola sola en la parte delantera del barco.

Ahora sí que me está dando miedo.

Si no pensaba matarla, ¿qué demonios buscaba colocando la pistola tras ella? Y aún la desconcertó más que se la enseñara vacía después.

Bajó la vista. Tuvo que agarrase, el barco de nuevo arrancaba. Estaba completamente desconcertada. Miró hacia ambos barcos, era hacia ellos donde Erik se dirigía ahora. Quizás Vicky llevaba razón cuando le decía que iba de sobrada y aquel era un claro ejemplo. Las situaciones no siempre serían como esperaba. Ni su lógica, ni su instinto le aseguraban nada y entonces estaría vencida. Acababa de recibir una dosis de lo que era de verdad enfrentarse al líder de una mafia.

Erik no era ningún esbirro de poca monta a los que se podía avasallar tan solo con su psicología o su forma de actuar, ni mucho menos, usando sus armas femeninas. Él iba mucho más allá. Desestabilizarla, desarmarla por dentro hasta encontrar su más mínimo error y hacerla caer. Ya no se sentía una super heroína, ni una amazona. No era más que una periodista cutre y loca, cuya soberbia no le permitía seguir trabajando de subordinada de nadie.

Cerró los ojos tomando aire. Siempre tuvo claro cuál era su final, llenar la sexta parte de una página de la crónica de sucesos. Quizás el hombre que tenía a unos metros de ella sería la causa. Solo esperaba no arrastrar con ella a Vicky. Tenía que ser cauta, cauta hasta la locura maniática si quería que Vicky quedase al margen de algún peligro. Su cabeza comenzó a funcionar rápido,

montando el nuevo rompecabezas que Erik le había puesto delante.

El barco se detuvo frente a los otros dos. Pudo ver cómo las cajas pasaban de una cubierta hasta otra, portadas por miserables similares a Ness.

—Hoy sin altercados. —Oyó decirle uno de ellos a Erik.

—Hay que poner más vigilancia —le dijo otro a Erik—. Esta carga es más pequeña, pero no podemos permitir que pase con la de mañana.

Me acaba de meter en un hoyo de lodo y el barro me llega al cuello.

Erik negó con la cabeza.

—He cambiado las coordenadas, tomad nota —respondió.

Natalia cerró los ojos. Tenía la trampa de Valkyrie delante. La razón principal por la que la había llevado hasta allí.

Y he caído por creerme más lista.

Oyó los números de las coordenadas. Números que Erik podría haber dado en un papel, en un mensaje, o de cualquier otra forma que no llegasen hasta sus oídos. Pero él quería que ella lo oyese.

Me acaba de tirar a un agujero.

Acababa de ponerla entre la espada y la pared. Todo estaba preparado, el paseo en barco, que ella viera el intercambio y hasta el puñetero barco que pasó de largo era un títere más para que él hiciese aquella acción extraña de demostrarle lo que podría pasar si los emboscaban de nuevo.

Ahora tenía un serio problema. Si Los Arcángeles atacaban la nueva mercancía, la culparían a ella. Así que no le quedaba otra que huir de allí, si es que se lo permitían. Así Erik se aseguraba de quitarla de en medio, fuese quién fuese.

Recordó a su madre durante la época de universidad y su obsesión por sacar la mejor nota de su promoción. Recordaba las palabras que le repetía una y otra vez: «Está bien que intentes superarte, pero no puedes basar tu vida en ser la mejor. Siempre encontrarás a alguien más listo que tú. Y entonces caerás en un agujero».

No encontró en la universidad a nadie más listo que ella. Tampoco en su gremio. Cerró los ojos tomando aire. Le ardía el pecho, estaba completamente enfurecida. Abrió los ojos hacia los barcos y los entornó.

No tenía pruebas de narcotráfico claras en ninguna grabación. Aún le quedaba demasiada investigación por delante.

Pero me empuja a huir y así me delataría sola.

El ardor en el pecho aumentó, ya ni sentía frío en la planta de los pies.

Qué jugadón acaba de hacerme.

No era fácil, con su carácter, asumir que había jugado y había perdido. Los ocupantes de los barcos repararon en ella, pero Erik volvió a atraer su atención con más indicaciones.

Poco más y me da un mapa.

Estaba claro que él deseaba que ella se enterase bien de todo lo que ocurriría la noche siguiente en el mar, hasta del más mínimo detalle. Erik acabó de hablar con los hombres y regresó a la zona del timón. Sintió que, aunque pareciera indiferente a su reacción, no dejaba de observarla.

Ella se giró hacia él. Los barcos que estaban frente a ellos emprendieron la marcha. Al separarse, dejaron libre el viento que ahora corría más intenso. Esta vez Natalia fue ávida en sujetarse la camiseta.

No te mereces ver ni media teta.

La furia no bajaba, le mantenía la mandíbula tensa. No le gustaba perder el control, no le gustaba rendirse y mucho menos le gustaba verse atrapada y perder.

Erik no ponía en marcha el barco, a pesar de que ya no había nada que hacer allí. La miró un instante, en silencio. Luego se giró hacia la parte de atrás de la cubierta, donde había una mesa rodeada por sillones. Natalia apartó la vista de él y dirigió su mirada hacia el frente. La luna también parecía acorralada, las nubes se acercaban a ella en un tétrico abrazo. También las estrellas comenzaban a perderse en el cielo. La mañana siguiente no sería soleada, se avecinaban tormentas de verano. Volvió a recibir una ráfaga de viento.

Maldito Valkyrie.

Con los brazos cruzados para sujetarse la camiseta, apretó los puños. La idea de empujarlo por la borda se hacía intensa en su mente. Ganas no le faltaban. Notó algo en los hombros y enseguida se sacudió y se giró asustada, en un reflejo defensivo. Se encontró con el rostro de Erik demasiado cerca, él alzó las cejas sorprendido por su reacción. Natalia abrió la boca para expulsar aire, abochornada. Su actitud se le estaba yendo de las manos, había perdido la seguridad y el control por completo, sus pulsaciones se habían disparado y de no ponerle remedio, acabaría cagándola.

Erik volvió a ponerle la cazadora de algodón encima de los hombros. Esta vez, que sabía lo que era el roce en sus hombros, se quedó quieta.

—Gracias —le dijo lo más tranquila que fue capaz. Ya no sabía cómo disimular el enfado y el desconcierto.

Quieres pillarme y después matarme. No sé a qué viene esto.

Pero el algodón de la cazadora era suave y lo bastante grueso como para que la camiseta no volara con el viento. Con el calor que sentía en su interior, no hacía falta que nada le quitase el frío del viento. Sin embargo, agradeció poder arroparse con algo.

Erik se dirigió hacia el timón sin decir nada más. Natalia se quedó en el mismo lugar, inmóvil, envuelta en aquella cazadora que olía a Valkyrie de manera intensa.

Volvió a expulsar aire, esta vez más despacio. Se apoyó en la barandilla cuando escuchó el motor del barco. La vuelta fue rápida, aún más que la ida. Realmente la chaqueta de Erik le venía bien, no se imaginó cómo lo hubiese hecho con la camiseta con tal viento como se había levantado, la velocidad del barco y el frío de la noche.

Llegaron a la urbanización y él aminoró la velocidad, acercando el barco hacia el puerto de la casa de Vicky. En todo momento llevaron las luces apagadas, tal y como la llevaban los otros barcos con los que trabajaba.

El barco se detuvo junto al puerto, en el hueco donde la había invitado a montarse.

En qué mala hora me subí.

Natalia se dirigió hacia la puerta lateral.

—Gracias por el paseo —le dijo casi sin levantar la cabeza hacia él.

Sin embargo, se encontró de frente con él.

—No, gracias a ti por acompañarme. —Sonrió abriéndole la puerta.

Encima recochineo. Será cabrón.

El fuego volvió a su pecho. Ni aquel viento multiplicado por diez, hubiese sido suficiente para apagarla. Apretó los dientes mientras se disponía a quitarse la chaqueta, con cuidado de que la camiseta no se moviese al hacerlo.

—Quédatela —le dijo él cuando vio lo complicado que le resultaría aquel cometido—. Mañana me la devuelves.

Natalia alzó los ojos hacia él con rapidez al ser consciente del detalle.

Mañana, ¿está seguro de que voy a huir?

—Huele a ti —le respondió ella—. Mi perro se meará encima en cuanto tenga ocasión.

Erik giró levemente la cabeza para reír al oírla.

Madre mía, si no fueras El Malo...

Cogió aire despacio y tuvo que contener la sonrisa. Él volvió a mirarla.

—Entonces no me la devuelvas —añadió sin dejar de reír.

La risa hizo que sus ojos brillaran y Natalia pudo apreciarlo a pesar de la oscuridad. Respondió a la imagen con una sonrisa, algo instintivo, tan rápido que no fue capaz de retenerla. Vio a Erik fruncir levemente el ceño.

No sonrías, ¿para qué sonríes?

Quizás el único gesto natural que había hecho ante Erik Valkyrie desde que lo conociese. Gesto que él notó que era diferente a los demás.

Huye, Natalia. Ya.

Lo vio alzar una mano para ayudarla a bajar, pero ella fue más rápida y se apoyó en la cubierta para saltar hasta el suelo del puerto. La cazadora casi se le salió de los hombros, pero logró colocarla a tiempo. Se giró hacia él.

—Buenas noches. —Alzó una mano bajo la chaqueta.

Arranca y pírate ya.

Pero no, él no parecía tener intención de marcharse. Quizás tenía curiosidad por saber cómo pensaba entrar sin llaves.

Este se cree que soy imbécil.

Sintió la respiración de Nanuk bajo la puerta.

—Nanuk —lo llamó—. Vicky.

De inmediato se oyeron los ladridos del perro alejarse, que no tardó en regresar. Natalia se giró hacia Erik para ver su expresión mientras la puerta emitía un sonido al abrirse despacio.

—Perro útil —le dijo él.

—Ni te imaginas. —Esa vez sí logró contener la sonrisa.

Anda y que te den.

La puerta se abrió al completo. Nanuk se acercó a ella. A unos metros, en el jardín, estaba Vicky, que había abierto la boca para decir algo. Pero su mirada enseguida se dirigió al barco de Valkyrie y la cerró de inmediato.

Él la saludó con la mano. Natalia entró en el jardín deprisa y rebasó a Vicky, que había quedado petrificada por la sorpresa.

—Cierra —le susurró al pasar por su lado.

Vicky la miró de reojo, luego se dirigió de nuevo a Valkyrie. Levantó el mando para que él lo viese y sonriéndole, lo accionó. Luego siguió a Natalia comprobando que la puerta se cerraba al completo.

Natalia andaba tan rápido, que ya había atravesado el extenso jardín, rodeado la piscina y ya estaba en la puerta de la casa, que permanecía abierta mientras Nanuk andaba a su lado con la nariz pegada al puño de la cazadora.

—¿Pero qué coño…? —Vicky lo estaba flipando.

Miraba la cazadora con la boca abierta.

—Tía. —La joven levantó las manos—. Casi me da un infarto. Te piras sin móvil, sin Nanuk, sin nada.

Frunció el ceño señalando con el pulgar la puerta.

—¿De paseo con El Malo a la luz de las estrellas? —Alzó las cejas tanto, que Natalia creyó que se le rajarían los párpados.

Ella negó con la cabeza.

—La mierda me llega al cuello —le respondió a su amiga—. Ni te imaginas.

—Claro que te llega al cuello —dijo Vicky cogiendo la manga que olía Nanuk—. Como se entere Harley Quinn, lo vas a flipar de verdad.

Natalia giró la cabeza haciendo una mueca.

—Eso es lo de menos, Vicky. Me han pillado —resopló.

Vicky cerró la boca y frunció el ceño.

—No pillado de verdad, pero acaba de eliminarme del tablero. —Natalia levantó la mano y la sacudió —. Hay que irse de aquí.

Vicky arrugó la nariz. Luego miró los ojos de Natalia, acercándose a ella tanto, que hasta le mareó la imagen.

—¿Te ha dado algo chungo? —preguntó—. ¿Dónde coño está La Fatalé?

Natalia se apartó.

—En un hoyo va a estar mañana si no nos piramos. —Entró en la casa.

—¿Y desde cuándo te da miedo morir? —Vicky la siguió hasta las escaleras.

—No es por mí. —Se detuvo para mirarla—. A mí pueden matarme cuando quieran.

Vicky le cogió el brazo.

—Vine contigo con todas las consecuencias —le dijo su amiga.

Natalia negó con la cabeza.

—No conoces las consecuencias —suspiró. Vicky frunció el ceño.

—¿Te has liado con El Malo?

Natalia resopló.

—Que no es eso, Vicky. —Se llevó las manos a las sienes mientras subía las escaleras—. Que se cree que soy una espía de la competencia y me culpa del robo de mercancías de anoche. Y me ha llevado hasta sus barcos y ahora he escuchado la mercancía que recibirá mañana, de dónde, cómo y a través de quién. Si mañana vuelven a robarles. —Puso los dedos en la sien de Vicky—. A la bolsa y luego al mar, ¿entiendes?

Vicky asentía con la cabeza.

—Y si huyes, ¿no se convencerá aún más de que eres una espía?

—Exacto, pero estaremos vivas.

Vicky negó con la cabeza.

—Te rindes, así por las buenas —le dijo decepcionada ya en la planta superior—. Las reglas, Natalia. Tus reglas, recuerda.

—Si quieres, nos tiramos al pozo solitas —respondió con ironía.

—Pero puede haber otras posibilidades, ¿no? —Le sacudió el hombro—. Eres la reina de las posibilidades. Eres un genio, piensa algo.

—No hay nada que pensar. Son chungos, chungos como no te imaginas. —Tuvo que respirar por la boca—. No puedo con Valkyrie. Me ha pillado. Me ha quitado de en medio de un plumazo. Si me quedo, me mata. ¡Nos mata!

Vicky volvió a mirar la cazadora. Alargó las manos hacia las cremalleras y las abrió para ver la camiseta de Natalia.

—Está seguro de que eres una espía —dijo Vicky sin dejar de inspeccionar la chaqueta—. Y,

por lo tanto, para él eres un futuro fiambre.

—Exacto —respondió Natalia.

—Te ha metido en una trampa para que huyas o mueras, *ok*. —Le dio la vuelta al cuello de la cazadora para ver la etiqueta—. Pero te deja su chaqueta porque llevas una camiseta demasiado fina y seguramente tendrías frío y se te marcarían los pezones.

Hizo una mueca. Natalia notó cómo se le subían los colores.

—¿Desde cuándo un tío buenorro te merma el ingenio? —Vicky soltó el cuello de la cazadora y pasó sus manos sobre ella, pegándola al cuerpo de Natalia—. Si quieres, mañana te entretengo a Harley Quinn mientras te cepillas a El Malo y así lo convences de que no eres ninguna espía. Con tres polvos ya tendrías toda la investigación hecha.

Natalia cerró los ojos ante las carcajadas de Vicky.

—Vicky, deja ya las bromas, por favor. —Natalia apoyó la nuca en la pared, se ahogaba.

—Era solo una sugerencia —añadió su amiga dejando las risas—. Seguro que hay numerosas posibilidades. Solo necesitamos una.

Natalia se llevó las manos a la cara.

—No me siento segura, estoy bloqueada. Y si doy un paso, la posibilidad de cagarla es muy grande. —Se dejó resbalar por la pared hasta el suelo.

Vicky se acuclilló frente a ella.

—Sin embargo, yo sí me siento segura con todo lo que haces. —Sonrió—. Mírame.

Natalia levantó los ojos hacia Vicky y esta le sonrió.

—¿Qué espera Erik que hagas ahora? —le preguntó.

—Que huya. —Ya se lo había dicho, era evidente.

—¿Y si no huyeras? —Alzó levemente las cejas.

—Ya lo has oído. Si mañana les roban, nos matarían. —Volvía a faltarle el aire.

Vicky debía de estar realmente sorprendida de verla en aquel estado. No se reconocía ni ella. Se había perdido a sí misma en aquel paseo en barco.

—¿Y si no le roban?

—Seguiría sospechando. —Hasta en su voz se notaba su respirar entrecortado.

—Vale. —Le cogió la barbilla—. Si fuéramos espías, lo normal sería huir. Y si nos quedásemos y no les roban, tampoco le sorprendería, ¿no?

Natalia entornó los ojos y arrugó la nariz sin entenderla.

—¿Qué hay que hacer para quedarnos y que les roben? —preguntó Vicky.

—Pero ¿qué dices? —La miró como si estuviese loca.

—Lo que oyes. —Rio—. ¿Qué clase de espía permanecería delante de Valkyrie mientras le roban la mercancía?

—Un suicida —respondió Natalia.

—No, alguien extraordinario —añadió Vicky cruzando la cazadora en el cuerpo de Natalia.

Natalia se perdió un instante, meditando la loca proposición de Vicky.

—Es tan alocado, que Erik dejaría de sospechar y comenzaría a confiar —continuó.

—¿Y si nos mata? —Natalia volvió a apoyar la nuca en la pared.

—Las chicas nos llevarán flores al cementerio, si es que nos encuentran.

Natalia se inclinó hacia delante.

—Hay que buscar la forma de estar entre ellos mañana a esa hora —añadió Vicky. Luego la miró con picaresca—. Dime la verdad, ¿a qué le has enseñado una teta a El Malo?

Natalia la empujó y Vicky rompió en carcajadas mientras caía de rodillas. Cuando vio que era

cierto que su amiga no estaba para bromas, le colocó una mano en cada hombro.

—Vale que te estés enfrentando a un reto mayor de los que has tenido hasta ahora —le dijo Vicky—. Pero eso no significa que tú no seas capaz de enfrentarlo.

Le encantaba la mirada de Vicky, como si ella de verdad fuese un ser extraordinario.

—Eres la persona más valiente que conozco. —Hizo una mueca—. Y lo reconozco, la más inteligente también. —Abrió la cazadora para mirarle el pecho—. Aunque mejorarías en gran medida si no tuvieses ahí un nido de serpientes custodiando el tesoro.

Natalia no pudo aguantar la carcajada ante la ironía de su amiga.

—Duerme hoy —añadió Vicky—. Mañana te levantarás siendo de nuevo Natalia Fatalé.

Natalia la miró entornando los ojos.

—Si a ti no te gusta Natalia Fatalé —le reprochó Natalia.

Vicky negó con la cabeza.

—Pero mientras haya personas en el mundo que merezcan que los joda alguien como tú, quiero que sigas siendo así. —Le dio un toque en la nariz—. El mundo te necesita. Las personas como yo te necesitamos.

A Natalia le brillaron los ojos. Nunca pensó que Vicky sería tan necesaria a su lado. No era fácil que ella se derrumbase delante de nadie. No lo había hecho con ningún compañero de trabajo. Pero tenía delante a Vicky y ella eran palabras mayores.

Recobró el sentido de sus piernas y hasta el pulso se le estaba calmando. Sonrió levemente. Vicky le acompañó en la sonrisa.

—Soy un Hada Madrina, ¿recuerdas? —dijo la rubia—. Y eso no consiste en otorgar regalos caros a mis protegidas. Sino en darles lo que necesitan en cada momento.

Le rodeó el cuello con los brazos.

—Y sé lo que necesita ahora La Fatalé. —La abrazó por completo.

Natalia se quedó quieta un instante. Luego rodeó a Vicky y la apretó. Su amiga le besó la sien.

—Todo va a salir bien —añadió Vicky.

14

Estaba tumbada en la cama. El móvil vibraba sin parar, lo desbloqueó hasta llegar a la cuarta fase, donde estaban sus datos personales. Sus amigas se superaban por día, más de cien mensajes.

La madre que las parió, no tienen otra cosa que hacer.

Y eso que estaba convencida de que tenían un chat alternativo sin ella, donde seguramente Vicky les habría contado, a su forma, su cambio en el estado de ánimo.

Resopló.

Si se ponía a escuchar todos los audios, le daría la mañana. Así que pasó de ellos hasta llegar al final. Por los emoticonos, pudo deducir hacia dónde se había dirigido la conversación.

Llegó un audio de Claudia.

—Natalia, por Dios. No nos vuelvas a hacer esto. —Sonó realmente preocupada.

—Tranquila, Claudy. El Malo no la cuida del todo mal. —Se oyó la risa de Vicky y Natalia puso los ojos en blanco.

—Nooooo. —Esta era Mayte—. ¿En serio, Fatalé?

—No le echéis cuenta a Vicky, todavía le dura el champán de ayer —grabó.

—Ha venido de bajón, pero creo que he logrado animarla —decía Vicky—. Mañana volverá a salir a patear a esa gentuza. He tenido una gran idea.

Se hizo el silencio. Supuso que el resto de sus amigas estaban digiriendo las palabras de Vicky.

—Entonces, ¿tú estás al mando ahora? —preguntó Claudia y en su voz notó una mezcla de sorpresa y risa.

—¿Y Natalia ha aceptado tu idea? —Mayte estaba sorprendida y más preocupada que divertida.

—Sí. —Vicky respondió feliz.

—Todas sabemos lo que suele pasar cuando se le hace caso a Vicky, ¿verdad? —intervino Claudia y llovieron los emoticonos.

Natalia se tapó la cara.

—Ehhh, no me subestiméis —protesto Vicky—. Y tú eres la menos indicada. Te fue maravillosamente bien.

—Pero Lyon no era un mafioso, Vicky. No compares —rebatió Mayte.

—Bah —respondió Vicky.

—Va a morir y será tu culpa —le dijo Mayte.

—Sí, puede ser —respondió Vicky con rapidez. Natalia estaba comprobando que Vicky ya le había cogido el tranquillo a los patrones de desbloqueo—. Pero no será mi culpa. Se le ha ido la pinza con El Malo esta noche. Como Harley Quinn se entere, se va a liar muy gorda.

Se oyó la tintineante risa de su amiga.

—A ver la cara que se le queda mañana cuando Natalia le devuelva la cazadora al malo —añadió.

Natalia miró hacia la silla de su escritorio, donde estaba la cazadora. El olor a Erik perduraba. Lo que Vicky le había propuesto era tan alocado como peligroso. Pero solo tenía dos opciones:

huir o permanecer y seguir jugando.

Ladeó la cabeza sin dejar de mirar la cazadora. Imaginó a Erik satisfecho por haberle dado un jaque mate. Recordaba los comienzos en sus clases de ajedrez, cuando tenía cinco años. Había un jaque que odiaba, el jaque pastor como solían llamarlo. Era una jugada a matar en dos pasos contra los principiantes. Aprendió a protegerse de ella.

Resopló. Ella no era ninguna principiante. Con lo cual, el juego no había acabado.

El juego solo acaba de comenzar, Erik Valkyrie.

15

Bajó las escaleras con demasiada energía. Vicky preparaba las tostadas, olía a quemado. Natalia había rehusado contratar personal de servicio alguno. Así que, las amplias cristaleras estaban cada día más opacas y la comida no es que fuese muy saludable. Vicky apenas era capaz de hacerse un sándwich si no era poniéndose una rebanada en la cabeza.

La vio tirar un par de tostadas a la basura.

—Usa el temporizador de la tostadora —le aconsejó Natalia riendo.

Vicky la miró con ironía.

—Ríes —le respondió—. Pinta bien.

Natalia le echó media sonrisa. Traía el portátil bajo el brazo y lo colocó sobre la mesa.

—He estado pensando cómo lo podemos hacer y he encontrado la fórmula —comenzó abriendo la tapa—. ¿Recuerdas a Serafín, de la facultad? Me debe un par de favores.

—¿El Fini? —Se extrañó Vicky—. Vaya coco, ¿has tenido lío con él?

Natalia desvió la mirada.

No, Vicky. Hay vida más allá.

—Cierto, es un coco. Pero no en el sentido en el que piensas. —Miró a Vicky con ironía—. Que también.

Vicky rio.

—Tiene un puestazo ahora y unos contactos ilimitados —continuó—. Sé que andaba vigilando la costa. De hecho, en caso de problemas, es a quién le enviaremos el material que tengamos antes de…

—De la bolsa, ya. —Vicky torció el labio superior.

—Voy a llamarlo y a preguntarle si tiene algún topo en Los Arcángeles —continuaba Natalia —. Si estamos de suerte, podemos darles las coordenadas y las indicaciones que anoche Erik se aseguró de que yo escuchase.

Miró a Vicky y levantó el índice.

—Con una condición —le advirtió—. Debes alejarte de mí a sus ojos.

Su amiga frunció el ceño sin entender.

—Debe parecer que la espía solo soy yo y que tú estás aquí como tapadera, ¿*ok*? —aclaró Natalia—. Voy a perderme durante toda la mañana y tú te pasearás todo el tiempo con Nanuk hasta que los encuentres. Te preguntarán por mí, hoy nos estarán vigilando con lupa.

Vicky asintió.

—Yo soy una rara y tengo demasiados asuntos que tú ni conoces, ni entiendes. —Esperó a que Vicky asintiera con la cabeza—. Voy a hacer lo posible para ser la única que caiga.

Vicky se apartó de ella.

—No vas a caer, pedazo de imbécil. —Rio Vicky—. Ese Erik aún no sabe lo que le hace falta para hacer caer a Natalia, La Fatalé.

Rio metiendo nuevas tostadas por las rendijas.

—Me voy. —Natalia se levantó—. Es importante que me vean salir y que no me vean regresar hasta la noche.

Aquello no pareció hacerle mucha gracia a Vicky.

—Vas a estar con Nanuk —añadió Natalia—. Paséalo. Da una vuelta en barco, que no dejen de verte. Y si te los encuentras, les das palique. Eso se te da de maravilla.

Natalia se dirigía hacia la puerta.

—¿Y la cazadora? —preguntó Vicky con ironía.

Natalia se detuvo antes de abrir la puerta.

—No dejes que Nanuk entre en mi cuarto y la destroce, se mee o se cague encima —respondió sonriendo—. Se la devolveré en cuanto regrese.

Atravesó el umbral, pero de nuevo se asomó hacia dentro.

—Si te preguntan por mí —dijo cogiéndose un mechón de pelo—. Les dices que salí temprano y que no te cojo el teléfono. —Le guiñó un ojo—. No sabes nada de mí.

16

Erik salió al jardín para recibir a Goyle y a Jony. Ya era más de media tarde.

—Hemos preparado el barco para esta noche —le dijo Goyle—. Ni rastro de Natalia en todo el día.

Oyó una carcajada de Valeria desde una de las hamacas.

—A saber qué le hiciste anoche, que ha salido corriendo. —Levantó la cabeza hacia Erik. Sus gafas de sol resbalaron por su nariz y lo fulminó con la mirada.

Erik ignoró su gesto y sus palabras.

—No ha salido de la isla. —Rodri estaba en el minibar que tenían en un lateral del muro de la piscina. Negó con la cabeza—. Sigue aquí. —Se encogió de hombros—. Lo mismo la encontramos esta noche en ese asalto.

—Esa zorra cobarde habrá huido nadando —murmuró Valeria.

Erik giró la cabeza, pensativo.

—¿Crees que Los Arcángeles vendrán? —preguntó Goyle.

—Es evidente, ¿no? —respondió Erik dando un paso atrás y apretando la mandíbula.

Rodri rio.

—Realmente pensaba que estabas desvariando —le dijo—. Pero has estado más acertado que yo. A mí me la habían colado.

Erik negó con la cabeza.

—¿Y por qué la rubia sigue por aquí? —preguntó Valeria, incorporándose.

—Quizás ella no lo sepa —respondió Erik poniendo una de sus manos en el entrecejo—. No daba el perfil. Pero Natalia… —suspiró.

—Le hemos preguntado a Vicky por ella y no sabe dónde está —dijo Goyle—. Yo también creo que no sabe nada. —Torció los labios—. Ha estado más de una hora hablando con nosotros, hasta nos ha invitado a entrar en su jardín.

Erik se sobresaltó al oírlos.

—Nadie en su sano juicio metería a ninguno de nosotros en su casa si nos la están jugando por detrás —le dijo Rodri, acercándole un cóctel a Valeria. Erik meditó un instante.

—Sin embargo, ha dejado a su perro atrás —respondió él, pensativo.

—¿Qué importa el perro? Se ha delatado sola, ha huido. ¿No lo ves? —decía Valeria removiendo su copa con una pajita—. Ya debe de estar con Derek y los suyos.

Rodri la señaló con el dedo.

—Exacto. Derek sí que está en la isla —dijo Rodri—. Sabe lo que traemos entre manos y se quiere hacer con toda la mercancía que pueda.

Erik cogió aire con fuerza. Rodri se acercó a él y le apretó el hombro.

—Una vez más, has acertado. —Volvió a apretarle y luego le dio una palmada—. Lo vistes venir. Con Los Valkyrie no se juega.

Valeria rompió en carcajadas.

—Enviarnos a una espía —le dijo ella—. Tus enemigos te subestiman.

Se levantó de la hamaca y se acercó a Erik.

—Y ahora que ya sabes que esa ratita presumida es una espía y que ha huido como suelen

hacer las ratas cuando los barcos se hunden... ¿Podemos divertirnos esta noche?

Erik miró su rostro. Valeria parecía satisfecha con que hubiese eliminado a Natalia con rapidez.

—Una divertida velada en un barco. Un asalto. —Valeria sacó los labios hacia Erik mientras le rozaba la boca con los dedos—. Si esa rata aparece, déjamela a mí.

Apartó sus dedos de los labios de Erik y apoyó su cara en el hombro de él.

—Nunca me cayó muy bien —añadió.

Goyle rio a su lado.

—Las guapas nunca te caen bien —le dijo Goyle.

—Sé diferenciar a las guapas de las zorras. Y esta tenía más de zorra que de guapa. —Volvió a mirar a Erik—. Aunque ya sé que eres inmune a ese tipo de mujeres.

Esta vez fue Rodri el que rio.

—Es inmune hasta a ti —dijo él y ella lo fulminó con la mirada.

Rodri alzó las cejas sin sentirse intimidado en absoluto. Su indiferencia enfureció aún más a Valeria.

—Erik sabe que yo no soy Ivanna —le respondió.

Erik reaccionó enseguida al nombre. Apartó de inmediato la mano de Valeria de su hombro. Rodri lo vio con la intención de decirle algo a la descarada mujer, pero su amigo guardó silencio y se apresuró hacia la casa.

Rodri le lanzó a Valeria una mirada de reproche. Sonó el timbre.

17

Tenía que reconocer que había que tenerlos muy grandes para presentarse en casa de Erik Valkyrie después de saber que él estaba convencido de que ella era una espía. Y aún más, cuando él le había dado tal aviso la noche anterior. Máxime si ella había conseguido hacer llegar a Los Arcángeles aquella información que Erik se preocupó en transmitirle.

Pero, a pesar de parecer una locura, allí estaba ella, junto a su perro Nanuk. Con la cazadora en la mano, llamando al timbre de la mansión Valkyrie.

Resopló. Tardaban en abrirle. Sabía que por la cámara de la entrada ya sabrían que era ella.

Dabais por hecho que habría huido. Pues aquí estoy.

La puerta se abrió. Ya conocía el jardín que daba a la casa. En la puerta estaba la cocinera, aquella mujer extraña y sumamente arrugada que la importunó en la cena.

Natalia entró con Nanuk pegado a su muslo, a pesar de no estar sujeto con correa. La anciana se apartó para que entrase, escudriñando de una manera incómoda.

—Buenas tardes. —Le sonrió Natalia.

La mujer no respondió. Solo negaba con la cabeza.

—Los monstruos marinos —protestó y Natalia se sobresaltó—. Sirenas los llaman los imbéciles.

¿Pero qué coño le pasa a esta mujer conmigo?

—No dejan de ser monstruos —murmuró cuando ya Natalia la había rebasado.

Intentó ignorarla, aquella mujer la incomodaba sobremanera. Desvariaba completamente.

Caminó con paso decidido entre aquellos muros de cristal separando estancias. No tardó en encontrar a Erik en una sala cuyo ventanal cerrado daba al jardín. Tuvo que desviarse para no colarse en un jardín central, una especie de decoración en medio de la casa con un suelo de piedra y algunas plantas.

Esto es como un puto laberinto.

Exactamente eso era. Un laberinto de cristales en el que poder escabullirse si era necesario, mientras un desconocido se perdería entre las estancias a pesar de estar a la vista.

Se cruzó con Valeria, que parecía llegar de la piscina. Se colocaba un vestido calado. Tras ella iba Rodri. Natalia les sonrió viendo la sorpresa en sus rostros. Ellos enseguida dirigieron la mirada hacia el perro.

Goyle y Jony no tardaron en entrar. Los notó incómodos.

Temen que pueda hacer algo.

Valeria y Rodri se miraron y aquel gesto indicó a Natalia que no se apartarían mucho de Erik.

Sí, tengo una pinta de sicario que no puedo con ella.

Con un mono de rayas azul de pantalón corto y sin tirantes, y unas chanclas de playa de tiras cruzadas. Poca ropa y completamente ajustada. Cómo le había dicho Vicky: «A no ser que piensen que llevas una pistola en el toto, es evidente que no llevas armas». Notó cómo la inspeccionaban. La mirada de Valeria se detuvo en la cazadora y Natalia no estaba segura si la habría reconocido.

Para despejarte todas las dudas, te la enseño yo.

Levantó la cazadora hacia ella y Rodri.

—Vengo a devolverle esto a vuestro amigo —les dijo sin pararse con ellos.

Harley Quinn va a salir ardiendo.

Tuvo que contener la sonrisa ante la expresión de Valeria.

Como dicen las locas: un clásico.

Entró en la sala en donde estaba Erik. En aquella casa no había puertas, todo estaba a la vista.

En aquella sala en concreto, solo había una mesa con un ordenador y un sillón.

Como para intentar esconderse en esta casa. Y ya no digamos otra cosa.

Se plantó delante de Erik Valkyrie con la cara más fresca que supo poner y hasta se atrevió a sonreír.

Acaba de estamparse contra un muro.

Puso la cazadora sobre la mesa, delante de Erik.

—Como ves, sigue como nueva —le dijo—. Gracias.

No respondió, la miraba con expresión contrariada. Luego dirigió su mirada al perro, este parecía más pendiente de lo que había dejado atrás. Los que no se atrevían a alejarse y dejar a Erik solo con Natalia.

Temen que me cargue al jefe. Me encanta.

Volvió a sonreírle a Erik mientras agarraba el collar de Nanuk y tiraba suavemente de él. Le encantaba la estatura perfecta del perro, lo fácil que era llegar hasta su cuello con solo alargar la mano. Verdaderamente parecía estar hecho para ella, como decía el hermano adiestrador de Vicky.

Se puso de perfil a Erik sin soltar al perro.

El mono de rayas no falla, ni siquiera con Valkyrie.

Y mientras él desvió la vista hacia sus muslos, o algo más arriba, ella aprovechó para hacerle la señal en el cuello a Nanuk y ponerlo en alerta defensiva.

—Me encantó el paseo. —Volvió a tirar del collar mientras daba un paso hacia la salida.

Vio a Erik mirarla a la cara de nuevo.

Venga, mueve tu siguiente ficha.

Lo vio dudar un instante, pero fue breve.

—Esta noche vamos a cenar en el barco —le dijo él—. No vendrán amigos, solo nosotros.

Solo gentuza, ok.

—¿Queréis venir? —le preguntó alzando levemente las cejas.

Quiere tenerme cerca cuando el siguiente robo suceda. Vale. ¿Piensas que voy a negarme? Claro que lo piensas. Estabas seguro de que yo era una espía y ahora no estás seguro ni de que estás sentado ahí delante mía.

—Claro —respondió ella con firmeza. Señaló detrás de sí—. Tu cocinera es algo peculiar, pero prometo no hacerle el feo esta vez.

Lo vio bajar la cabeza y mover la mandíbula. No supo identificar si el comentario le había hecho gracia, o si estaba furioso aún por seguir con dudas sobre ella. Lo vio tan contrariado, que era complicado interpretar sus expresiones. Realmente estaba petrificado, con poco margen de movimiento, lento.

Como un principiante. Y no eres ningún principiante.

—A las nueve —le dijo—. Os recogeremos en vuestro puerto.

Natalia entornó levemente los ojos.

—A las nueve en el puerto —le confirmó sin dejar de caminar hasta la salida y sin soltar a Nanuk.

Hizo un movimiento de cabeza para despedirse de Erik y salió de allí. Se encontró de frente con Valeria.

Ostras, hasta el pelo se le ha electrizado. Vaya cabreo.

—Hasta la noche —le dijo para cabrearla aún más.

Pasó por delante de ella sin detenerse.

—Natalia —la llamó Valeria y ella se detuvo.

Se giró levemente hacia Valeria. Tras la pared transparente, sabía que Erik las observaba. Rodri y Goyle estaban más alejados y regresaban al jardín, pero se detuvieron a observarlas.

—Parece que estás cómoda entre nosotros —comenzó Valeria.

—Sois muy amables, sí —respondió Natalia dando un paso hacia ella, era evidente que Valeria solo había hecho que comenzar.

—Sabes que no somos gente cualquiera —continuó Valeria—. Si nos das un solo problema… —Dio un paso hacia Natalia y esta vio a Erik levantarse del sillón—. ¿Sabes lo que hacemos con los chivatos?

Valeria alzó las cejas con expresión soberbia.

—Te aseguro que para mí será un gran placer enseñártelo —añadió y apretó los dientes con fuerza—. Realmente estoy deseando que metas la pata. —Entornó los ojos—. Y aunque no la metieses también.

—Un gran placer —repitió Natalia con tranquilidad, levantando la barbilla levemente para bajar los ojos hacia ella—. La amplitud de tu placer dependerá de una fórmula matemática con:

Uno, la velocidad con la que seas capaz de llegar hasta un arma y dispararme. Y dos: la velocidad con la que mi perro sea capaz de llegar hasta tu cara.

Erik ya estaba a un metro de ellas. Vio a Valeria apretar los puños y Nanuk emitió un rugido ronco. La mujer bajó los ojos hasta él.

—Quizás tu perro ya no exista en ese momento —le dijo la mujer.

—Valeria. —La voz de Erik mandándola callar sonó firme.

—Si alguien toca un solo pelo de mi perro —le respondió Natalia—. Si enferma, vomita, o simplemente tose, el placer será mío.

Clavó sus ojos en los de Valeria. Erik tiró de ella, pero esta no se movía. Natalia miró a Erik.

—Hasta la noche —le dijo. Luego miró a Valeria—. También es un placer cenar con vosotros.

Se giró dándoles la espalda y se dirigió hacia la salida con Nanuk pegado a sus muslos. Soltó lentamente el collar del perro e intentó mover el culo al andar tanto como pudo.

Me va a amenazar a mí la psicópata esta. Iré a visitarla a la cárcel para terminar mi reportaje. No va a aportar nada relevante, pero le tocaré los cojones un rato.

Salió de la casa hasta el jardín que llevaba a la salida. Se cruzó de nuevo con la cocinera.

—Esta noche prometo comerme toda la cena —le dijo amablemente.

La mujer la miró de reojo.

—Por mí, te echaría veneno en el plato—le respondió la mujer.

Qué amable.

—Pobre niño Erik. —Negó con la cabeza.

Madre mía. Está fatal la pobre.

—Mi pobre niño…

Es un angelito. Pobre, sí.

La dejó murmurando y salió de aquella casa de locos. Cerró la puerta tras ella. Expulsó aire

con comodidad cuando se vio en la calle. Primera fase acabada. Recordó la cena. Quedaba lo peor.

18

Vicky estaba en bucle viendo el vídeo de Valeria discutiendo con Natalia.

—Nanuk graba mejor que yo. —Reía Vicky.

Natalia la miró con ironía.

—Era yo la que movía el collar. —Rio Natalia—. Pero hasta cuando no lo hago, sí, graba mejor que tú.

Vicky movió el ratón para darle hacia atrás al vídeo.

—Mira, mira. —Señaló con el dedo la pantalla y rompió a carcajadas—. Pillado.

Detuvo el vídeo e hizo una mueca. Natalia desvió la vista. Quedaban diez minutos para las nueve. Ya estaban preparadas.

Vicky volvía a llevar el colgante para grabar, ella esta vez llevaba la cámara en una pulsera, le sería más cómodo.

—¿Ves cómo te mira el culo? —Volvió a darle hacia atrás y pararlo, para luego verlo en cámara lenta—. En serio, es genial. ¿De verdad no podemos enviar esto al grupo?

—No. —Había perdido la cuenta de las veces que le había dicho que los vídeos del trabajo eran confidenciales.

—Es que contado no es lo mismo. —Movió la mano.

—Es que tampoco tendrías que contárselo —le riñó Natalia.

—Venga ya, si hacen falta ocho mil patrones para desbloquear el chat. Nadie va a llegar hasta ahí.

—No sé hasta qué punto Rodri tiene acceso a nuestros datos.

Vicky la miró de reojo.

—Natalia, me tienes tres tarjetas en el móvil, con tres números diferentes —le dijo Vicky—. Bloqueos, hackeos y no me dejas subir nada a ninguna nube.

Natalia cogió aire. Tenía buenas personas que le habían blindado los dispositivos. Pero como había comprobado por su propia experiencia…

Siempre hay alguien mejor.

—¿Qué te dijo El Fini? —preguntó Vicky haciendo una muesca de repeluco.

—Que tiene un contacto en Los Arcángeles —respondió Natalia—. Me ha dicho que lo de la otra noche fue casual, no esperaban quitarles el lote. Les he dicho que esta noche los esperan, que estén preparados. —Se encogió de hombros—. Me ha dicho que estoy más loca de lo que esperaba y me ha dado las gracias. Si morimos, las medallas se las llevará él.

Vicky negó con la cabeza.

—De eso nada —le respondió—. El gusto será para nosotras.

Rompió a carcajadas.

—Ellos a la cárcel y nosotras a hacer el reportaje. —Agarró la mano de Natalia—. Deja que sea yo la que ponga la voz en *off*. Me encanta ese narrador de fondo mientras se ven las imágenes.

—Vaaale. —Natalia tiró de ella—. Vamos al puerto.

19

Erik ya salía hacia el jardín para dirigirse al barco. Doña Gregoria empujaba un carro y Goyle acudió a ella para ayudarla.

—Está usted muy mayor —le dijo Goyle.

La mujer lo miró sin entender, pero Goyle volvió a decirlo aún más alto. Erik hizo una mueca cuando lo oyó dar voces.

—Sí, pero veo mejor que todos vosotros —le respondió la anciana.

Goyle se llevaba el carro con la cena y ella se giró hacia Erik.

—Ten cuidado —le dijo cogiéndole la cara.

Él negó con la cabeza.

—Nosotros solo vamos a cenar —le aclaró él—. He enviado tres barcos a vigilar la mercancía. Así que tranquila, no habrá armas ni peligro.

Doña Gregoria frunció el ceño. Erik dudó si lo había oído bien.

—Claro que habrá armas —respondió ella—. No de esas que conoces. Otras mucho peores.

—Si lo dices por quien yo creo, no te preocupes. Está todo bajo control con ella —dijo él riendo.

La anciana negó con la cabeza.

—Es solo una mujer y nosotros muchos —añadió él—. No hay peligro.

A la mujer pareció hacerle gracia sus palabras.

—Solo una mujer. —Entornó los ojos hacia él.

Valeria pasó junto a ellos, le hizo un gesto a Erik en la cara, pero no se detuvo. Salió por la puerta hacia el barco.

—Hay mujeres que no necesitan más armas que ellas mismas. —Arqueó las cejas—. Ten cuidado. Mujeres así hundieron a los más grandes.

—No va a pasar nada, tranquila. —Se inclinó hacia ella y la mujer lo besó en la frente.

Erik se retiró y se dirigió hacia el puerto. Desde allí se podía ver el puerto unas casas más abajo. Allí había dos siluetas. Hasta con aquella luz, podía reconocerla solo por sus formas. Y tuvo que reconocer que los desvaríos de doña Gregoria no estaban muy mal encaminados. El arma más peligrosa que poseía Natalia era ella misma.

Goyle y Valeria se acercaron a él.

—Está todo preparado —le dijo Goyle mirando las dos siluetas en el otro puerto.

—Lo harás tú —le dijo Erik—. Olvida a la rubia, solo Natalia.

Valeria hizo un gesto de decepción.

—¿Y por qué no yo? —protestó.

Erik la miró firme.

—Porque tu pulso es demasiado ligero —le rebatió él.

Ella entornó los ojos con enfado.

—De eso se trata, ¿no? —respondió.

Erik negó con la cabeza.

—Solo Goyle —añadió y se subió al barco.

Valeria dirigió una nueva mirada hacia las dos siluetas. Eran fácilmente reconocibles. La rubia se delataba por una gran delantera. Natalia era completamente redondeada. Desconocía qué tipo de vestido llevaba, pero podía apreciar hasta la curva de sus muslos.

Murmuró un improperio y siguió al resto subiendo al barco.

20

Natalia colocó el *charm* de la pulsera en el que estaba la cámara, justo en medio del aro. Aquella cámara era realmente pequeña y tremendamente cara. No era suya, se la dio la productora como material dos casos más atrás y ella simplemente, no la devolvió. Sabía que era realmente útil y discreta, y los imbéciles de la productora no sabrían sacarle partido.

Engarzada en aquel *charm* inocente y perdida entre muchos otros de diferentes formas y tamaños, pasaba completamente desapercibida. Era un claro ejemplo de nano cámara. Miró a Vicky, volvía a llevar el colgante. Demasiadas veces había repetido complemento. Pero tampoco creyó que nadie se fijara mucho en él estando en aquel lugar estratégico.

—Me encanta —le dijo Vicky mirando el vestido que llevaba Natalia—. Tu Hada Madrina es un *crack*, ¿lo sabes?

Natalia la miró de reojo. Le costaba controlar los nervios. Sin embargo, no tuvo más remedio que sonreír. Vicky le había preparado un vestido de color crudo. A ella solía gustarle vestir de colores oscuros, pero tenía que reconocer que después de unos días en la isla, aquel color le quedaba mucho mejor.

Cogió aire con fuerza.

Vete a saber si es mi traje mortuorio.

El barco de Erik, el grande en el que lo vio el primer día, comenzaba a desplazarse. No llevaban armas. Había intentado por todos los medios que Vicky llevase una de aquellas balas pequeñas de descarga, tratando de camuflarlas en algún sitio. Pero el riesgo a que las registrasen en algún punto de la noche, era alto. Y el único lugar sugerido nuevamente por Vicky no era factible para ese, ni para ningún otro aparato.

—Deberías considerarlo —le susurró Vicky—. Ya que para otra cosa no te sirve últimamente.

Natalia la empujó. Cuando en momentos tensos, Vicky soltaba alguna burrada, sentía la necesidad de tirarla al agua. Ni en situaciones extremas era capaz de callarse sus comentarios.

—Venga ya —le dijo su amiga—. Según tú, podría ser la última noche de tu vida y no te estás riendo una mierda. —Sacó la lengua. Vio que el barco se acercaba—. Si cambias de opinión con El Malo, puedo entretener a Harley Quinn un rato.

Natalia volvió a empujarla.

—Cállate ya, que bastante complicado es ya de por sí —resopló—. ¿En qué estaba yo pensando cuando te traje?

Se puso una mano en la frente. Y no eran los comentarios de Vicky los que más tensión le producían, sino el que alguno de ellos pudiese hacerle algo. Respiró por la boca de nuevo.

—Creo que solo irán a por mí, pero hagan lo que hagan —le advirtió—. No te pongas a gritar ni a llorar. Por Dios, Vicky.

Vicky negó con la cabeza.

—Y si la cosa se pone muy chunga, te tiras al agua y huyes —le recordó.

Su amiga no respondió. El barco ya estaba cerca.

—Vamos —le dijo Natalia.

El barco se detuvo. Goyle abrió la portezuela para que entraran. Natalia subió sin problema, pero vio a Vicky no poder reprimir su expresión de fatiga al tener que coger la mano de Goyle

para subir. Tuvo que bajar la cabeza porque no fue capaz de contener la risa.

Le gustaba el sonido de los zapatos de tacón contra la cubierta, le daba un sonido de gloria a su llegada. Siempre sintió curiosidad por la forma de andar que las mujeres tenían cuando llevaban tacones, por el sonido que estos producían y por lo que el sonido y la forma de andar podía descubrirle de la persona que los llevaba. Si era decidida, si solo usaba aquel calzado en ocasiones, si era tímida, o si simplemente no tenía mucho equilibrio. Vicky andaba con ellos como si llevase zapatillas de andar por casa.

En la parte trasera del yate estaba el resto del grupo. Solo Rodri, Valeria y Erik.

Jony debe de estar vigilando la llegada de la mercancía.

Dieron las buenas noches. Aquel yate de Erik era completamente lujoso, preparado para cenas y fiestas. Se oía música de fondo y, al contrario del barco en el que la invitó a subir la otra noche, este sí estaba repleto de luces. Pudo ver que desde la cubierta se accedía a una zona interior, supuso que con un salón, baños y dormitorios.

Un hombre desconocido conducía el barco, supuso que la razón por la que hubiese un patrón de barco era que Erik quería que todos estuviesen presentes en todo momento.

Ignoró la mirada de Valeria. Mezcla de ira, envidia y celos, ojos que ya conocía muy bien en otras mujeres y que no solían augurar nada bueno. Si ya de por sí esas miradas le traían problemas, mejor no imaginar si su dueña era una criminal.

El suelo del barco era como el de Vicky, un material que asemejaba la madera, pero impermeable. La mesa de la cena era la típica mesa rodeada de los blancos sofás de los yates. Pudo apreciar que el sofá tenía unos cojines redondos amarillos en los huecos libres. Únicamente dos huecos, uno para cada una. Uno de ellos junto a Erik, que presidía la mesa en un extremo.

Mi hueco.

No había que ser muy lista para deducir una de las razones del cabreo de Valeria. Ella estaba sentada junto a Rodri.

Natalia se dirigió decidida hacia el hueco que estaba junto a Erik, frente a Rodri. Vicky se sentó a su lado. Y en el lado opuesto a Erik, entre Vicky y Valeria y ocupando toda la salida, se disponía a sentarse el gigante Goyle.

Completamente encerradas.

Cuando Goyle se sentó, sintió cómo el cepo se cerraba. La mesa estaba preparada. Una bandeja enorme de marisco en el que poder apartarse al gusto, sushi y unos canapés que no tenían del todo mala pinta.

Pero no sé con qué estómago se puede comer en esta situación.

Supuso que con el de Vicky. Su amiga debía tener el metabolismo de una avispa. No sabía dónde metía tantísima cantidad de comida. A ella le solía costar mantener la línea, supuso que en unos pocos años su cuerpo curvo resaltaría aún más las formas hasta tener el cuerpo de su madre. Pero nunca temió al paso del tiempo, ni mucho menos que su cuerpo ensanchara. A pesar de lo que pudiese parecer en un primer momento, jamás le dio importancia a su lado físico. Sus objetivos en la vida los tenía muy claros, tan claros como podía ver al hombre que tenía al lado.

Miró a Erik y sonrió.

—Al menos hoy no sopla el viento —le dijo.

No corría aire a pesar de que el barco ya se movía. Sabía que no era posible servirse comida hasta que el barco se detuviese.

Vio la reacción de Valeria a sus palabras. Esta abrió la boca para intervenir, pero una mirada de Erik hizo que la cerrara de nuevo. Natalia comprobó de nuevo cómo le había jodido su paseo

con Erik y contuvo la sonrisa.

Se inició una estúpida conversación sobre el clima, las islas, la marea, el mar de noche y la la navegación. El barco por fin se detuvo y pudieron comenzar a comer.

—¿Esto sí te gusta? —le preguntó Erik mientras se servían la comida en un plato.

Natalia asintió.

—Tu cocinera me dijo que me pondría veneno en la comida —respondió ella cogiendo el tenedor.

—¿Doña Gregoria? Es inofensiva —respondió Erik con ironía y Rodri rompió a carcajadas.

—A veces desvaría —intervino Rodri.

—No con todo el mundo —dijo Valeria echándole una de sus miradas—. Dentro de su locura conserva cierto acierto.

Natalia alzó las cejas mirando su plato y torció los labios.

—Puedes comer tranquila —le dijo Erik riendo.

Ella miró de reojo el plato de él. Vio que se había servido un marisco diferente al suyo. Luego subió los ojos hasta su cara. Los oscuros de Erik brillaban reflejando la luz que había sobre la mesa.

—Prefiero no arriesgarme. —Alargó la mano hacia el plato de Erik y lo intercambió por el suyo.

Rodri rompió en carcajadas. Natalia probo la comida. Tenía que reconocer que la comida estaba para repetir unas cuantas veces, a pesar de tener el estómago hecho un gurruño.

—Doña Gregoria creció en un pueblo de pescadores —le dijo Erik. Al parecer, no hacía ni falta preguntarle a Natalia si estaba bueno—. Es especialista en todo lo que proceda del mar.

Entonces Natalia entendió que la mujer usara aquellos desvaríos sobre folclore marino.

Y encima lleva razón.

Pero los suyos no eran unos santos, así que no se sentía mal en absoluto, al contrario. Le gustaba ser un monstruo para ellos.

—Luego empezó a trabajar para mi familia. Primero para mi abuelo, luego para mi padre —continuó Erik—. Y ahora para mí. Mi madre murió cuando yo tenía dos años, así que me crio ella.

En esta familia nadie dura una mierda.

—Y los ha sobrevivido a todos —le respondió Natalia. Arrugó la nariz y negó con la cabeza —. ¿Inofensiva? No te creo.

Esta vez hasta Goyle rio.

—Insistía en venir esta noche —intervino Valeria—. Y tendrías que haberla dejado venir.

Natalia observó que cada vez que Valeria intervenía, Erik se incomodaba. Como si temiese que metiera la pata en algún momento. Algo parecido a lo que a ella le ocurría con Vicky.

—La tengo en gran estima —le dijo Erik—. Pero es más cómodo que no esté.

Valeria hizo un ademán con la mano.

—Cierto —añadió ella—. Volvería a importunar a tu invitada.

Vicky levantó la cabeza del plato.

—¿No le gustan los extraños? —preguntó su amiga. Natalia sabía que Vicky conocía ya la respuesta, pero le encantaba hacerse la tonta.

—No le gusta tu amiga. —Era obvio que a Valeria le encantó pronunciar aquella frase.

Vicky hizo un movimiento con la mano, similar al que había hecho antes Valeria.

—Ah bueno, Natalia no le cae bien a casi nadie —respondió Vicky con frescura y Goyle casi

se atragantó—. La mayoría de hombres que la han conocido, no quieren volver a saber nada más de ella. —Vicky la miró con una sonrisa irónica—. Lo de las mujeres es aún peor.

Hija de puta, lo que se le ocurre decir aquí.

—¿Por qué? —Reía Rodri.

¿Los posibles últimos momentos de mi vida tengo que soportar esto? ¿En serio?

—No quieras saberlo —le respondió Vicky riendo.

Rodri soltó el tenedor y apoyó el codo en la mesa.

—Claro que quiero saberlo —añadió él sin dejar de reír mirando a Natalia divertido.

Erik miró a Natalia de reojo.

—Inofensiva. —Lo oyó en un susurro.

—Como tu cocinera —le contestó ella sin mirarlo.

—Como tu perro. —La respuesta fue veloz.

Ambos se miraron, no hubo más palabras entre ellos a pesar de que Vicky y Rodri seguían hablando. Sin embargo, sus miradas se mantuvieron unos segundos. Se oyó un sonido seco en la mesa. Valeria se levantaba.

—Yo ya he terminado de cenar —dijo y se dirigió hacia los escalones que accedían a la parte interior del barco.

Natalia reaccionó. Ya le quedaba un último trozo de comida. Se la metió en la boca con rapidez, tratando de ignorar la forma en la que los miraban Vicky y Rodri, intentando deducir qué había pasado para que Valeria se sintiese molesta.

—Yo también —dijo Natalia en cuanto logró tragar la langosta.

La cena no duró mucho más. El móvil de Erik emitió un sonido.

El sonido de mi sentencia, supongo.

Y mucho estaban tardando en avisarlo. Según sus cálculos, al comienzo de la cena era cuando se produciría el intercambio y, por lo tanto, el robo.

Erik y Rodri se miraron y sintió un toque en su pie. Vicky le había dado con el tacón.

Ahora a ver cómo salgo de esta. Demasiado optimista siempre.

—Yo también he terminado de cenar —dijo Rodri apartando su plato.

Natalia tenía las manos sobre la mesa, había dirigido su *charm* con la nano cámara a Rodri y Erik, esperaba que uno de los dos diera el paso.

—¿Qué queréis tomar? —preguntó Rodri levantándose también.

—Si tenéis, champán —respondió Vicky imitándolo.

—Claro. —Rodri se dirigió hacia las escaleras y Vicky lo seguía.

Quedan dos.

Agradeció que Rodri quitase de en medio a Vicky. En lo que fuera que hubiesen preparado para ellas, Vicky quedaba fuera. Algo en su interior lo agradeció.

—¿Y tú qué quieres? —le preguntó Erik apoyando los brazos en la mesa.

No era exactamente el tono que se solía utilizar para invitar.

—Lo que ellos suban —respondió ignorando el tono.

El patrón del barco se acercó con un carrito y comenzó a recoger los platos ya vacíos. Goyle aprovechó para moverse de su lugar y colocarse al otro lado de Erik, frente a Natalia. La mesa ya estaba limpia, y el hombre se alejó empujando el carro.

Sintió a Erik tomar aire, tranquilo. Oyó el sonido de unos tacones sobre la madera. Valeria subía de nuevo. Erik la miró y el sonido de los tacones se detuvo, justo en el último escalón.

Natalia la miró de reojo. Era evidente que no la dejaban acercarse, incluso recibió alguna

orden de marcharse, pero aquella mujer se resistía a no ser testigo de lo que estaba por ocurrir.

Natalia fue consciente de que el momento se ponía tenso. Tenía que poner de su parte para estar tranquila. No era la primera vez que vivía algo parecido. Aunque esta vez, el momento pasaba más despacio que las otras veces. Recordó cuando la apuñalaron, apenas fue consciente hasta que tuvo el cuchillo clavado en un lado del torso, a unos dedos del ombligo. Una semana convaleciente y siete grapas, solo quedó una cicatriz que ella no solía mostrar, razón por la que siempre andaba en bañador en la isla. Una mujer deja de ser aparentemente normal cuando tiene una herida que bien dista de la señal de un accidente o una cirugía. Y en su trabajo, en la apariencia se le podía ir la vida.

Solía decir que tenía una especie de ritual en momentos como el que estaba viviendo. Un recuerdo obligatorio: su padre. A él le debía estar allí, entre gentuza de cierta calaña, similares a los que acabaron con su vida. Solía repasar las veces que le habían salido bien las partidas para no sentirse una fracasada al morir. Le gustaba pensar que había vivido haciendo lo que llenaba su vida. Y le gustaba pensar que elegía morir.

Sus pulsaciones se calmaron, siempre lo hacían cuando meditaba sobre todo aquello. Ladeó su muñeca para que el peso del *charm* lo hiciera colocarse bien.

—Me encantaría que fueses tan solo lo que aparenta tu superficie —le dijo él.

Natalia lo miró.

Como el mar.

No fue capaz de pronunciarlo en alto. Erik la había distraído un instante. No esperaba que aquellas palabras que le recordasen los desvaríos de la anciana demente, ni aquella forma de mirarla en un momento así. Pero todo ello, hizo que sus pulsaciones bajaran aún más y que hasta sus músculos se relajasen. Ahora estaba segura de que sería Goyle el que lo haría.

Bajó la cabeza, se lo iba a poner fácil al gigante. Solo debía de estar tranquila y todo saldría bien.

—Han intentado robar mi mercancía de nuevo —comenzó Erik—. Hoy, ahora, mientras cenábamos.

Natalia lo escuchaba en silencio mientras levantaba la cabeza hacia el gigante.

—Casualmente tú sabías dónde, cuándo y cómo se haría el intercambio —continuó—. Y casualmente, desde que has llegado a nosotros, no dejan de robarme.

Esperó a que Goyle se moviese y levantó algo más la cabeza. Ahora tendría que volver a probar su temple frente a un arma.

El gigante era un veterano. Fue un movimiento rápido, solo un segundo. Si hubiese querido disparar en el momento, su cuerpo ya estaría sobre la mesa. Pero solo la apuntaba con la pistola mientras ella mantenía su mirada en él casi sin pestañear, tan tranquila que se sorprendió a sí misma.

Erik la observaba.

—¿Quién eres, Natalia? —Erik se había inclinado hacia delante, lo tenía cerca de su oído.

Pero ella no se movió de su lugar a pesar de tener margen para hacerlo. Seguía en silencio, mirado a Goyle y entendiendo por qué su cuerpo no reaccionaba a la amenaza, por qué no fue como la otra vez en la que la apuntaron a la cabeza. Esta vez no hubo sudor frío, no hubo humedad en sus ojos, no hubo absolutamente nada. Como si entre ella y aquel hombre gigante no hubiese una pistola apuntándole en la frente.

La puerta de escape que Natalia anhelaba para salir viva se presentó grande y extensa, no lo esperaba tan fácil.

—No se puede confiar en nadie en este mundo, ya me lo dijiste la otra noche —dijo ella al fin —. Puedes desconfiar de mí tanto como de cualquier otro.

Miró a Erik de reojo. Realmente estaba contrariado.

—Mi nombre es Natalia Ayala, seguro que tienes tentáculos que te han dicho que ese nombre no dice nada —continuó—. Puedes ordenarle que dispare si quieres. Eso no va a impedir que te sigan robando.

Volvió a mirar a Goyle sin separar un ápice su frente de la punta de la pistola.

Erik la miró un instante, la observó sin prisa. Luego se dirigió a Goyle y este de inmediato bajó el arma.

Tendría que haber expirado aliviada. Debería tener los ojos llenos de lágrimas. Sus reacciones deberían haber sido humanas, normales y acordes con lo que había sucedido. Sin embargo, aquello había pasado por delante de ella como si de una película en blanco y negro se tratase. Como si ella no perteneciera a esa película, como si solo estuviese allí, inmune, invencible, inmortal. Y sabía que Erik había sido consciente de ello.

Pero ella ya sabía lo que iba pasar de antemano. Como esa película que se ve la segunda vez, o cuando alguien ya te ha contado el argumento. Erik le había hecho *spoilers* de su propio destino. Sus ojos lo habían delatado. No quería matarla, de la misma manera que no llevaba balas en la pistola la otra noche, no pensaba darle orden alguna a Goyle. Quizás por esa razón no permitió que Valeria se acercase, porque ella podría provocar algún error que llevase a un desenlace bien distinto. Y no quería riesgos.

Algo la azotó en el pecho, recordándole que no era una gárgola de piedra a pesar de que le gustase parecerlo continuamente. Y aquella sensación llegó hasta su ombligo, pasó por el lateral de su torso y le hizo cosquillas en la cicatriz.

Goyle se levantó y se alejó de la mesa hasta las escaleras, donde aún estaba Valeria.

—Tarda el champán —dijo Natalia aún sin mirar a Erik. Sentía más fácil enfrentarse a un arma, que a su mirada.

Vio que Goyle tiraba de Valeria hacia abajo y, a pesar de resistirse, acabó siguiendo al gigante.

—Hasta el más cercano puede traicionarme. —Lo oyó decir—. Pero confío en los míos. ¿Te parezco imbécil?

Ella bajó la cabeza y sonrió.

—Menos que el primer día —respondió.

Lo vio girar la cabeza y cerrar los ojos, se le escapó una pequeña risa.

La azotó aquella sensación de nuevo. Y esta vez sintió la piedra crujir y resquebrajarse en su interior y los efectos fueron más notorios. Era la misma sensación que cuando Vicky la tiró por un puente, atada con arnés a una goma, cuando el monitor aún estaba a la mitad de la cuenta atrás.

Esto no.

Se levantó de la mesa y la rodeó para salir. En pie podía sentir la brisa y lo agradeció. Erik, sin embargo, seguía sentado. Ahora ya no la miraba y también era de agradecer. Ella se dirigió hacia un extremo del barco, hasta la barandilla y se apoyó en ella, inclinándose hacia el agua. Silencio, oscuridad, algo más parecido a su mundo. Esperando a que la piedra volviese a endurecerse, que se cerrase la grieta que había dejado colar algo que no correspondía.

Oyó un ruido a su espalda. El roce en la piel del sofá del pantalón de Erik, él se levantaba. Sus pasos fueron lentos, como si no quisiese hacer ruido. Sin embargo, era evidente que se acercaba

a ella. Natalia apretó las manos a la barandilla. Sin duda, prefería las pistolas que a Erik desarmado.

Él puso la mano derecha también en el barrote, a unos centímetros de la suya. Estaba cerca de su hombro y la miraba. Natalia anhelaba la tranquilidad y el temple que había mantenido en la mesa. Necesitaba volver a ese estado con desesperación.

—Nací en este mundo peculiar —le dijo él—. No sé cómo es la vida fuera de aquí. Pero supongo que más segura y menos compleja.

Ella no respondió, no lo miró, solo quería que las grietas se cerrasen y no volviesen a aparecer.

—Me creas dudas —continuó—. No es corriente encontrar alguien como tú aquí. Así que puedo llegar a imaginar lo poco corriente que debes ser en esa realidad que no conozco.

Dio un paso más hacia ella. Notó el roce de su camisa en el hombro.

—He visto esa misma escena demasiadas veces desde que era niño. A veces el arma la he empuñado yo —añadía—. Todo el mundo reza al final, todo el mundo murmura, implora, llora…

Se inclinó y a ella le costó mantenerse firme mientras él se acercaba a su oído.

—No es la primera vez que te apuntan con una pistola. —Se mantuvo cerca de su oído—. Claro que me creas dudas, Natalia.

Su voz le produjo cierto cosquilleo en el orificio del oído, una sensación agradable que no le ayudaba a cambiar de estado. La seguridad de mantenerse con vida no era suficiente, estaba acostumbrada a vivir con el riesgo a morir en cualquier momento. Pero no estaba hecha a lidiar con el nuevo contratiempo al que tendría que enfrentarse el tiempo que le restase entre ellos, si no lograba detenerlo con rapidez. Y su cuerpo comenzaba a mostrarle que iba hacer lo imposible por resistirse.

Estaba preparada para recibir amenazas, correr riesgos y para que la apuntaran con una pistola. Se preparó tanto para aquello, que olvidó todo lo demás. Quizás dejó atrás lo más importante: ella.

No podía evitar a Erik por más tiempo. Así que giró levemente su cabeza hacia él, sin dejar de apretar los barrotes.

—No era el final —le confesó ella y él reaccionó apartándose levemente.

—¿Qué te dijo que no era el final? —le preguntó con firmeza, en un intento de mostrar el liderazgo que tenía sobre aquel entramado.

Natalia soltó por fin los barrotes y se giró para colocarse frente a él.

—Me lo dijiste tú —le respondió —. Tu armadura tiene grietas, Erik Valkyrie. Como la mía, como la de todos.

Lo rebasó para dirigirse hacia las escaleras y bajar con el resto. Pero él la detuvo, cogiéndola del brazo.

—¿Qué tipo de grietas? —le preguntó con interés.

—Debilidades que no te conviene que yo sepa.

Se asombró de su propia frescura, de su propia sinceridad. No podía creer que le estuviese diciendo todo aquello que le aventajaba, al objetivo supremo de toda su investigación.

—¿Qué debilidades? —Sintió una leve presión en el brazo.

Natalia no respondió. Pero no hacía falta, era evidente. Sin embargo, lo vio ofendido.

—Te crees de esas mujeres que son irresistibles para los hombres, ¿no? —Volvió a asentir—. ¿Es eso?

Ella miró su brazo aprisionado por Erik, puso la otra mano sobre la de Erik y metió el pulgar

para que la quitara. Ni siquiera le fue necesario hacer esfuerzo, tan solo el roce de su palma con el dorso de la mano de Erik, fue suficiente para abrir el cepo. Aún sin romper el contacto con él, subió la mirada hasta su cara para comprobarlo.

No es que lo crea. Es que lo estoy viendo ahora mismo.

Recordó a Doña Gregoria. Era vieja y desvariaba, pero conocía al niño Erik y lo había visto claro desde el primer día. Por eso arremetía contra ella.

No tienes ni idea de mí. Piensas que soy una espía. Tienes dudas, pero no me eliminas. Una espía se puede redimir, hacerla de los vuestros, por eso has decidido no matarme. Sin embargo, lo que yo soy no tiene arreglo. Soy mucho peor de lo que temes. Yo he venido aquí a hundiros a todos.

Aún sostenía la mano de Erik a unos centímetros sobre su brazo ya libre. No hacían falta unos instintos sobrenaturales para notar que el contacto con ella le era agradable. Bajó la mano mientras lo soltaba. Sintió que él hacía un leve gesto con los dedos, quizás un intento de cerrarlos y envolverla. Pero ella dejó resbalar su mano sin dejar atraparse.

Bajó los ojos. Comprobar cómo reaccionaba un hombre al contacto físico con ella era algo que había hecho en innumerables ocasiones. En su vida profesional y aún más veces en su vida personal, fuera por interés, intento de seducción, o simplemente echar unas risas. Sin embargo, era la primera vez que aquel gesto la hizo sentirse mal. Una verdadera víbora que acababa de picar a un infeliz.

Mala.

El nido de serpientes que solía decirle Vicky, que siempre estaban deseosas de picar, simplemente por ego o soberbia. O quizás porque ese ego y soberbia protegían algo más que guardaba en su interior y que no quería que nadie alcanzase. Porque al hacerlo, su vida cambiaría de rumbo, sus prioridades cambiarían de lugar y toda su vida cambiaría. Y no quería cambiar un ápice.

No entendía su sentimiento. Aquella gente merecía alguien como ella. Erik lo merecía. Se apartó de él y cerró los ojos, intentando atraer a su mente la imagen de su padre. Era a lo único útil que se le ocurría recurrir para que aquel sentimiento de culpa se disipara. No tenía razón de ser. Había cometido verdaderas burradas en su vida con las que sí que tendría que haberse sentido mal. Recordaba su época de instituto, cuando por echar unas risas con sus amigas simulaba interés con los cocos del grupo. Personas inocentes y sin maldad, que se creían tocados por Dios por un segundo. Aquello era una maldad por su parte. Pero Erik merecía todo lo que quisiese hacer con él. Delatarlo, que pudiesen meterlo en cárcel, o hasta apuntarlo con un arma y disparar. Era un criminal, seguramente en sus manos había muerte y venganza. Sangre inocente como la de su padre.

Entreabrió la boca para coger aire.

No. Natalia, no.

Recordaba un curso que le había enseñado a expulsar sensaciones negativas. Esta era una de las veces que necesitaba con desesperación eliminar aquel pensamiento que hacía frágil su armadura de piedra.

—Quizás he sido demasiado brusco hoy. —Lo volvió a sentir a su espalda—. Quizás también lo fuera el otro día.

Volvió a notar su mano de nuevo, esta vez en la parte superior del brazo. Aquella búsqueda de contacto físico ya la conocía. Sabía de dónde procedía. Y precisamente, a Erik no se lo podía permitir.

—Si me lo dices ahora, te prometo que no habrá represalias —añadió—. Pero necesito saberlo. ¿Quién eres, Natalia?

Te lo ha dicho tu nana. Soy el océano.

No habrá represalias. El cementerio estaba repleto de promesas similares. También el fondo del mar. Jamás se lo diría. En aquella partida tenía todas las de ganar si quería.

Y quiero ganar.

—No tengo ninguna relación con nadie que se dedique a lo mismo que tú. Y no soy lo que piensas.

Soy muuuucho peor.

Volvió a imaginar a su padre. Recordó la caja mortuoria, la que estaba en el centro forense. Una de PVC azul. Su madre se había desmayado. Su tío tuvo que acercarse a reconocer el cadáver. Pero ella, a cierta distancia, pudo ver como abrieron la caja. La última imagen que tenía de un buen hombre, ciudadano ejemplar y excelente padre, fue una triste imagen de alguien que había muerto con sufrimiento.

Levantó la barbilla y abrió los ojos. Sabía que justo en el momento en el que la tapa de la urna se volvió a cerrar, nació La Fatalé.

Soy todo lo que temes. En poco tiempo puedo hacer caer tu imperio con solo pulsar un botón.

Tener la mano de Erik en la parte posterior del brazo cuando la brisa se hacía fresca, era una sensación agradable. Nunca solían agradarle aquellos actos de cercanía. Eran motivo de burla, o un intento de alzarla a un estatus superior en su vida personal, o bien una trampa más en su vida profesional. No significaban nada para ella, más que la estupidez de un hombre.

Si sacudía el brazo, él sabría que no tenía que hacerlo más. No creyó que un hombre como Erik fuera de insistir con las mujeres. A pesar de tener grietas, tenía demasiado orgullo como para ir rogando. Se giró hasta colocarse de lado a él.

Qué fácil sería acabar de colocarte la correa.

Sacudió el brazo sin meditarlo más. No quiso mirar su expresión. Los hombres como él solían ofenderse por aquellos gestos. Supuso que la ofensa le dificultaría la investigación. Erik no tenía exactamente el perfil de los malos que conocía. Algo lo hacía diferente. En aquel nivel, el mundo de ellos y todo lo que había en él, solía girar a su alrededor. Las mujeres no podían resistírseles, algunas por miedo, otras por morbo. Los malos a veces suscitaban pensamientos extraños en personas débiles o con algún trauma. Y algo de todo esto supuso que había en Valeria. Inseguridad, falta de afecto paterno en los primeros años, abandono… un patrón que solía repetirse en las mujeres que rondaban a criminales. Erik lo sabía tan bien como ella y era evidente que Natalia no cumplía con ninguna característica.

Miró a Erik, era evidente que él lo tendría aún más fácil que otros con aquella clase de mujeres. Era guapo, tenía un carácter dominante y, sobre todo, desprendía una sensación de calidez protectora que gustaba en aquel mundo. Hasta ella podía percibirlo.

Lo vio fruncir el ceño mirando el brazo que ella había sacudido. Natalia tenía que reconocer que hasta en los pequeños detalles, solía echarle valor al asunto. A veces un desprecio semejante podía tener represalias, un golpe, una violación. Pero Erik era diferente al resto de malos que había conocido. Su único castigo podría ser que no volviera a dejarla acercarse a ellos y con eso, el fin de su trabajo.

Él dio un paso hacia ella. Lo tenía tan cerca, que tuvo que girar la cabeza para apartar su cara de la de él. No podía permitirse dar un paso atrás para alejarse, eso debilitaría su imagen ante él.

—¿Volverías a subir a un barco conmigo como la otra noche? —le preguntó con interés.

—Claro. —Fue rotunda.

—¿Por qué? —intervenía rápido, como solían hacer en los interrogatorios. Tan rápido como esperaba respuesta.

Intentó mirarlo sin mover la cabeza.

—Porque estoy considerando la manera de entrar en el negocio —respondió, su última carta. Ya el resto las había perdido. Y el As no lo consideraba.

Quizás no fue la respuesta que esperaba.

—¿No tienes bastante con el tuyo? —La miró de arriba abajo—. Por lo que puedo ver, no debe de irte mal.

Natalia rio.

—Quiero más. —Sonó firme y segura. No era el dinero a lo que se refería cuando respondía —. Nunca es suficiente para mí.

La postura era incómoda, así que volvió a poner su cabeza hacia él y alzó las cejas. Pocos milímetros separaban su nariz de la de Erik. Aquel hombre olía a dioses, a pesar de ser el amo del infierno.

—Este mundo es peligroso y está lleno de llamas. —A pesar de la cercanía, él no parecía marearse al mirarla. Se concentró en sus ojos.

—Me muevo bien entre las llamas. —Movió la cabeza y su nariz casi rozó con la de Erik.

—No tengo dudas. —Rio él.

A pesar de estar casi pegados, Erik no la tocaba. Puso el más mínimo cuidado de ni siquiera rozarla.

—¿Qué clase de hueco quieres aquí? —le preguntó él.

El que sea. Yo solo quiero grabar lo más profundo posible.

—No entiendo de armas, pero soy buena negociando. —Sonrió—. No te serviré para liquidar a nadie, pero puedo resultar más que útil.

Erik bajó la vista, era evidente que miraba su cuerpo. Luego negó con la cabeza. Entornó los ojos hacia Natalia. Ella se mantuvo firme, aunque tanta cercanía la estaba mareando. Y por más que intentara tranquilizarse, su cuerpo se tensaba por momentos.

Sintió un suave golpe en la frente. Erik la había rozado para que quizás levantara más la cabeza, era evidente que no quería volver a usar las manos. Natalia se apartó enseguida, si levantaba la cabeza, se encontraría con sus labios.

Quita, quita. Línea de fuego no, línea láser. Muro de pinchos, valla eléctrica entre tú y yo.

—Ningún hombre que yo conozca, merece más de una mujer —le dijo dando unos pasos para rebasarlo—. De hecho, ni siquiera creo que exista un hombre que lo merezca.

Volvió a la barandilla del barco. Allí agarrada y con la leve brisa se sentía mejor.

—Mi relación con Valeria es poco convencional —le respondió él.

Ella negó con la cabeza.

—Seguiría siendo más de una mujer.

Erik rio y su risa llegó a ofenderla.

—Si te enviara a negociar con mis socios, mucho me temo que solo me traerías más enemigos —le respondió él.

Será capullo, por eso lo ha hecho, quería comprobarlo. Te he dicho que soy buena negociando, no que sea una puta. Mi cuerpo es innegociable.

Natalia apretó los dientes, él era completamente consciente del carácter de la mujer que tenía delante. Erik negó levemente con la cabeza.

—No hay ningún hueco para ti —añadió.

Se oyeron risas. Los demás subían las escaleras con el champán. Habían tardado demasiado, Natalia supuso que gran parte se lo habrían bebido abajo. Vio a Erik hacerle una señal al patrón. El dueño del barco había decidido que se regresaban a casa.

21

Vicky estaba sentada en los escalones que llevaban a las habitaciones. Las habían dejado en el puerto y lo primero que hicieron al entrar, fue comprobar que Nanuk y la casa estaban intactas. Natalia era desconfiada en ese sentido. Sabía que, si habían dudado de ella, Erik podría enviar a alguien a registrar la casa en cualquier momento. Aunque no sacarían nada de su portátil, la parte de trabajo estaba completamente encriptada. Y si lo robaban, ella lo anularía todo. Todas las grabaciones tenían varias copias de seguridad y estaban guardadas en lugares estratégicos. No encontrarían nada salvo a Nanuk y sus dientes, y temía que pudiesen hacerle algo.

Tenía que reconocer que ahora que tenía un perfil más certero en cuanto a Erik, las posibilidades de supervivencia aumentaban de manera considerable.

—¿Eso está grabado? —preguntaba Vicky morbosa quitándose los zapatos.

Natalia alzó las cejas.

—Eso no es relevante para la investigación, así que no verás ni un segundo de esa parte —le respondió ella firme y Vicky la miró con ironía.

—No te has apartado —le dijo su amiga riendo.

—Claro que lo he hecho, ¿qué te crees?

Vicky hizo una mueca.

—Yo ya de ti me lo espero todo. —No paraba de reír—. Este Malo te está molando muuucho. Es más, creo que es El Malo que merecías para darte un escarmiento. Te lo tienes muy subido. ¿Sabes, Fatalé?

Natalia la rebasó para subir las escaleras. En aquellos momentos en los que Vicky cogía el cachondeo con aquellos temas, era mejor ignorarla.

—Si no te hubieses apartado, tampoco pasa nada. —Vicky tuvo que girarse para mirarla. Su tono de voz perdió el toque irónico. Aquel tono más formal, hizo que Natalia se detuviese.

—¿Qué no? Es inmoral, completamente. —Nanuk había regresado. Cada noche Natalia lo enviaba a registrar la casa buscando cámaras o micrófonos. Sabía que con una leve sedación, podían deshacerse del molesto perro el tiempo suficiente para colocar algún dispositivo para espiarlas. No había nada.

—Inmoral. —Vicky negó con la cabeza—. ¿Qué más da? Cortamos esa parte del vídeo y ya está.

Natalia bajó los dos escalones que había subido y se inclinó hacia su amiga.

—He venido a acabar con ellos, no a cepillarme a El Malo —le dijo intentando no alterarse—. No hay ni habrá nada. Va contra mis reglas y dejaría mucho que desear en cuanto a mi profesionalidad. Deja ya las bromas con eso.

Vicky resopló.

—Te estás volviendo una aburrida —le reprochó—. Cada día más pelmaza.

—Estoy madurando —le respondió Natalia—. Y tú deberías hacerlo también.

—¿Qué dices? Jamás. —Giró la cabeza para no mirarla.

Natalia negó con la cabeza.

—Vosotras y vuestra madurez —añadió—. Y al final soy yo la que os tengo que ayudar siempre. No, no, no. Eso ni loca —imitaba la voz de sus amigas—. No, no, no, yo no he venido a

esto. No, no, no, ¿qué van a decir? ¿qué van a pensar? Qué voy a ser a la vista de todos. Pero a la hora de la verdad, la idea más loca y disparatada es la que realmente deseáis desde dentro. Y entonces… —Chascó los dedos—. Que el Hada Madrina lo solucione todo.

Se giró de nuevo hacia Natalia.

—Si todas nos volviésemos cuerdas y correctas, ¿quién traería las risas y la magia a este grupo? Dime.

Natalia entornó los ojos hacia su amiga. No sabía si era el champán, pero le estaba recordando a Doña Gregoria.

—¿Qué risas crees que puedo tener en esta situación? —le dijo Natalia—. Esto que ves, es mi vida siempre.

—No, de eso nada. —Vicky la señaló con el dedo—. Siempre no. Esto no tiene nada que ver con lo cotidiano de tu vida. —Hizo una mueca y Natalia temió lo que vendría a continuación—. Esta vez El Malo está bueno y a ratos no te parece tan malo, ¿me equivoco?

Natalia se puso una mano en la frente ofendida, casi furiosa.

—Ahora dime que no —añadió la rubia.

Vicky entornó los ojos hacia Natalia, esperando la respuesta. Claro que Natalia lo negaría, pero tan solo verla dudar un instante en responder, era todo un logro.

—Tienes un regalo en el pasillo —le dijo señalando con la mano—. Tiene ventosas, lo he puesto en la pared. —Arqueó las cejas con malicia—. Por si lo necesitas. Sé que ha sido todo un esfuerzo para ti rechazar a El Malo.

Natalia la miró aún más furiosa. Se inclinó hacia atrás para asomarse al pasillo. Allí estaba aquel pene enorme pegado a la pared, a la altura de los ojos para que lo viese bien, con un nuevo mensaje de Vicky colgando, a saber lo que pondría. Se tapó la cara con la mano, pero no pudo contener la risa, su amiga se iba superando con la edad. La evolución madurativa de Vicky era más bien una involución. Su amiga la miró con detenimiento.

—¿Ves cómo ríes? —le dijo ella—. En todas las circunstancias puedes reír…

Natalia movió la mano y siguió subiendo los escalones.

—Porque eres una payasa y no dejas de decir y hacer burradas —le reprochó.

—Claro. Y nunca llevo razón, ¿verdad? —Ya Natalia se había perdido por el pasillo.

Vicky cogió su móvil. Nanuk se había tumbado tras la puerta de la entrada, dormitando, pero vigilante.

Vicky se mordía la lengua mientras quitaba todos los bloqueos del móvil. Era tal la práctica, que hasta con unas cuantas copas de champán podía hacerlo sin equivocarse.

—La madre que te parió, Vicky. —La oyó protestar. Natalia ya había leído la nota.

Vicky dio unas carcajadas. Luego se acercó el móvil a la boca.

—Chicas, La Fatalé jamás os lo va a reconocer. Pero le está molando El Malo como no os imagináis. Está flaqueando, intenta hacer lo posible para que no se le note, pero su castillo se desmorona. Y hay algo más. —Se puso en pie—. Os voy a contar un secreto, aquí que no nos escucha esta. —Se apartó el móvil un momento y sonrió—. Este malo no parece tan malo cuando mira a Natalia.

Soltó el botón de grabar para que el audio se enviase. Subió las escaleras riendo. Guardó el móvil y se fue hacia su habitación. Dirigió una mirada hacia el pasillo de Natalia. El pene de goma aún estaba pegado con la ventosa en la pared y la nota colgaba de él.

«Erik Valkyrie alternativo». Había puesto. Rio imaginando la cara de Natalia al verlo. El objeto era realmente exagerado, dio unas carcajadas.

Luego miró la puerta de Natalia, en la rendija inferior podía ver la luz. Su amiga se dispondría a editar las imágenes y a repasarlas una y otra vez. Aún no tenía nada verdaderamente relevante. Pero Natalia preparaba su reportaje y no tenía dudas de que el resultado sería excepcional.

Se quedó pensativa un instante.

—Decías que era el caso más importante de tu vida —murmuró y rio de nuevo—. Y tanto que lo va a ser.

Se metió en su dormitorio y cerró la puerta.

22

—No es una espía, ¿más tranquilo ya? —le decía Rodri mientras Erik se sacudía el agua de la piscina que le quedaba en el pelo.

Apoyó los brazos en el borde. Había estado nadando durante una hora sin tomar aliento. Hasta el agua parecía quemarle.

—Dice que quiere entrar en el negocio —le dijo Erik.

—Te dije que sería un buen fichaje —respondió su amigo—. Reclútala y mándasela a Derek, el de Los Arcángeles.

Erik negó con la cabeza.

—Nos vendría muy bien para el plan —añadió Rodri.

—El plan es solo nuestro. De nadie más —respondió brusco.

—Intento buscar una opción más a valorar para acelerar los plazos. —Rodri levantó los brazos.

—Los plazos acaban dentro de poco, una última operación y es nuestro. —Apoyó la barbilla en el bordillo—. Pero esos robos continuos, harán que se nos retrase. Y no podemos retrasarnos por mucho tiempo. Ha sido demasiado difícil coordinarnos de manera internacional como para que unos pelagatos nos lo jodan.

—Pues si Natalia no es el topo, debes de mirar más hacia dentro. —Rodri entornó los ojos.

—Nadie de mi círculo de confianza —afirmó Erik, rotundo—. Ninguno de ellos quiere mi sitio. Quieren ocupar justo el lugar que tienen junto a mí.

Rodri se inclinó para verle la cara.

—¿Estás seguro? —preguntó Rodri con ironía.

Erik se retiró del bordillo y miró el otro extremo de la piscina. En cuanto recuperase el aliento, volvería a nadar hasta la asfixia.

—Sí, aunque a veces no estoy seguro de nada. —Apoyó la nuca y cogió aire.

—Pues que no te vean dudar, o dejarán de mantenerse junto a ti. Una mínima debilidad te haría perderlo todo.

—Hace cinco años que murió mi padre, llevo cinco años manteniendo esto. Creo que sé cómo hacer las cosas —suspiró.

—Te he visto dudar con una niña, a veces fallas —le dijo Rodri.

Erik levantó la vista hacia la dirección de la casa que ocupaba Natalia.

—Sé que busca algo de nosotros, en eso me mantengo —respondió—. Dice que quiere entrar en el negocio. —Negó con la cabeza —. No creo que sea eso, para nada es eso.

—Porque no tendrá ni idea del negocio, solo ve dinero, las consecuencias las desconoce.

—Sí las conoce. —Erik se giró de nuevo de cara a Rodri y volvió a apoyar los brazos y la barbilla en el bordillo—. Ella conoce este mundo y la gente como nosotros mejor de lo que aparentemente parece.

Rodri se inclinó más hacia él.

—O te estás dejando embaucar demasiado por el océano —le susurró con ironía.

Levantó los ojos hacia su amigo.

—Si fuera eso, no tendría tantas dudas. Al contrario… —Negó con la cabeza y se quitó el agua de la frente, que chorreaba hasta los ojos.

—Para otro cualquiera, sí. Para ti, no. —Rodri le dio un toque en el brazo—. Tú ya viviste eso. Temes que la historia se repita. ¿Te recuerda a ella?

Erik negó rotundo con la cabeza.

—Tú no la conociste, pero te aseguro que no se parece en nada a esta. Polos completamente opuestos, no es eso. —Metió la mano en el agua y se mojó la cara.

—¿Entonces qué es?

Erik se giró dándole la espalda a Rodri. Pegó su espalda a la pared de la piscina y levantó la cabeza para apoyar de nuevo la nuca en el bordillo.

—Que solo la casualidad no puede ponerme a una mujer así en el camino —respondió Erik—. Y menos en esta situación.

Rodri no añadió nada más.

—Y ahora no sé si es mejor mantenerla cerca, o hacerla alejarse —continuó Erik.

Su amigo frunció el ceño.

—¿Y qué hay de Valeria si decides mantener a Natalia cerca? —Rio Rodri.

—Sé contener a Valeria, tranquilo. Además, ella sabe por qué lo hago.

Rodri volvió a inclinarse para acercarse a su oído.

—¿Lo sabe? —le dijo y Erik se apartó de él de inmediato.

Se colocó en el centro de la pared.

—Necesito seguir pensando —le dijo a Rodri antes de sumergirse de nuevo para continuar nadando.

23

Había ocupado todo el día en editar los vídeos, ordenarlos para la investigación y hacer una nueva edición para el documental. Una prueba de cómo quedaría. La voz de Vicky era buena, se le daba bien. Y como a ella le hacía realmente ilusión narrar la cronología, hicieron varias pruebas.

Pero la realidad es que el documental iba despacio, su investigación iba despacio. No tenía nada que realmente los delatara, solo cenas y fiestas. Necesitaba más.

Después de mucho insistir, no tuvo más remedio que enseñarle a Vicky las imágenes de su conversación con Erik, cobra incluida. Con tal de no soportarla, era capaz de enseñarle lo que fuese.

—Tía, voy a hacer mi propio montaje —le decía Vicky—. Te va a encantar.

Escuchó su risa y miedo le dio de lo que pudiera salir de allí.

Natalia se apartó de su portátil.

—Aquí no hay una mierda —dijo—. No puedo volver con un reportaje de lo bien que viven Los Valkyrie. —Hizo una muesca de asco—. Esto no vale.

Suspiró mirando la pantalla. Vicky la miraba pensativa, era evidente que meditaba la forma en la que poder llegar a algo más.

—Ya te ha dicho que no te va a dejar participar en el negocio —le dijo su amiga—. ¿Y si consiguiéramos algo de la competencia?

Natalia frunció el ceño mirando a Vicky.

—Tienes a El Fini, ¿no? —añadió—. Seguro que a Erik le encantaría vengarse de esos robos. —Negó con la cabeza divertida—. ¿Y si comenzamos a filtrar información de unos a otros y la liamos parda? Lo grabamos todo y cuando se líen a balazos, cogemos el avión y listo. Pedazo de reportaje.

Natalia la miró entornando los ojos.

—Vicky, no se puede hacer un reportaje así —le respondió Natalia—. Tenemos que grabar el conflicto, no provocarlo. Es como si en los reportajes de animales coges una presa y se la pones en la puerta del lobo. No vale.

Vicky se encogió de hombros.

—Yo solo quería darte una idea —añadió su amiga—. Es una forma de que Erik confíe en ti y te deje dar un paso más.

Natalia bajó la cabeza. Sus neuronas comenzaban a dar vueltas intentando encajar un nuevo rompecabezas. La idea de Vicky era disparatada al completo, pero solo al completo. Aunque existía la posibilidad de cogerla por partes.

Levantó los ojos hacia Vicky y la señaló con el dedo.

—Déjame pensar y llegar a un acuerdo con El Fini. —Hizo una mueca de asco—. Aumentamos el riesgo de forma considerable —añadió mientras Vicky movía su mano en forma de pinzas a la vez que Natalia hablaba.

—Esa parte ya me la sé. —Sonrió—. A mayor riesgo, mayor gloria.

Natalia arqueó las cejas. Vicky aprendía rápido.

—Adelante, amiga —añadió la rubia guiñándole un ojo.

24

Más de una hora le había llevado su negociación con aquel antiguo compañero con tantas ambiciones como ella. Era bueno en lo suyo, no podía negarlo, pero demasiado cagado para atreverse en las cosas que sí solía hacer Natalia.

Ella no le había dado datos, ni detalles de donde se encontraba. El intercambio solo era que él participara en el montaje final del reportaje. Algo que Natalia no quería, pero no tuvo más remedio que aceptarlo si quería información de Los Arcángeles.

El plan de Vicky era un auténtico disparate, pero ella había conseguido perfilarlo de otro modo y cada vez lo veía con más claridad. Bajaba las escaleras con un bañador deportivo con cremallera de color negro y con filos blancos y verde limón.

—¡Guau! —Fue la reacción de Vicky al verla. Estaba tumbada en el sofá viendo una serie—. ¿Dónde va esa loba?

Natalia se colocó las manos en la cintura y la miró.

—Dime que esa moto de agua funciona —le respondió.

Vicky rompió a carcajadas.

—¿Funcionaba la carroza de Cenicienta? —Detuvo la serie con el mando y se incorporó—. Toda la logística a mi cargo funciona de maravilla.

Natalia salió al jardín.

—¿Dónde vas? —Vicky cogió unas llaves de un mueble y la siguió fuera.

—He llegado a un acuerdo con El Fini, pero quiere aparecer en los créditos —le dijo Natalia.

—¿Sin mover su flácido culo del asiento? —Vicky hizo una mueca.

—Sí y no puedo negociar con otra cosa. —Quitó el plástico que cubría la moto y tiró del carro para sacarlo hacia el puerto.

—Mejor eso que una cita con él. —Hizo el gesto de una arcada.

Natalia contuvo la risa. Vicky la ayudó a sacar la moto.

—El último hombre del mundo y preferiría liarme con una tía —añadió Vicky arqueando sus cejas.

Esta vez Natalia tuvo que reír. La puerta automática se abrió y salieron al puerto.

—¿Y dónde piensas ir con este cacharro? —preguntó Vicky—. No te lo vayas a cargar, que mi hermano me mata.

—Échame la culpa a mí. —La soltaron en el agua.

Vicky la miró con malicia.

—Es una moto *premium* —le explicó Vicky—. Ya verás la velocidad que coge. Ponte un chaleco.

Natalia negó con la cabeza y le dio su móvil.

—¿Sin móvil otra vez? —Se asustó Vicky y Natalia le enseñó su *smartwatch*.

—Necesito las coordenadas —añadió Natalia.

—¿Puedes explicarme a dónde demonios vas? —Vicky se puso las manos en la cintura.

Natalia se subió en la moto, Vicky le lanzó las llaves y ella las cogió al vuelo. Las introdujo en la cerradura y el motor potente arrancó.

—Te he avisado, es muy muy rápida.

Natalia colocó sus manos en los puños.

—Es perfecta —le respondió mirando la robustez de la moto.

—¿Me vas a decir a dónde vas? —insistió Vicky ya con desesperación.

Natalia la miró mientras se colocaba en posición.

—A sacar de paseo a El Malo. —Le guiñó un ojo.

Vicky sonrió.

—Entonces mejor sin chaleco —respondió entre risas.

—Ya sabes…

Vicky arrugó la nariz.

—Si no vuelves, ya —dijo. Puso una expresión irónica—. Pero creo que esperaré hasta la mañana.

Natalia negó con la cabeza dirigiendo su cabeza al frente mientras Vicky reía. Aceleró la moto y esta dio un tirón. Tuvo que detenerla.

Joder.

Y eso que estaba hecha a ellas. Le encantaban las motos de agua y las montaba cada vez que tenía ocasión.

—Te lo he dicho —le dijo Vicky desde el extremo del puerto—. A ver si te vas a cargar a El Malo antes de tiempo.

Volvió a accionar la moto y ahora pareció marchar más normal. En segundos llegó hasta el puerto de Los Valkyrie, más grande y concurrido que el resto de la urbanización. Siempre estaba abierto y con vigilancia. El ir y venir de sus barcos era frecuente.

Encontró a Jony allí y a este pareció sorprenderle verla.

—¿Está el jefe por ahí? —preguntó con frescura.

Jony frunció el ceño al descaro de Natalia.

—Pues no sé si estará ocupado —le respondió desconfiado.

Jony no se movía de su lugar, miraba atónito la enorme moto negra con rayas verdes en la que estaba montada Natalia. Natalia lo miró como si fuese imbécil.

—Y seguirás sin saberlo si te quedas ahí parado —le dijo en tono brusco.

Vio hasta los orificios de la nariz de Jony redondearse.

Malos a mí. Me los meriendo a pares.

Le hizo un gesto con la mano para que entrase. Jony se giró para mirar el interior de la casa, luego volvió a mirar la moto cuya parte de delante era negra y brillante, con unas extrañas formas similares a la parte delantera de un barco. Finalmente, se dio la vuelta para entrar.

Natalia sonrió. Miró la moto, entendía que Vicky dijera que su hermano la mataría si le pasaba algo. Un artilugio como aquel debía de ser realmente inusual y exclusivo. Y sin planearlo, la moto y ella vestían los mismos colores. Dirigió su mirada hacia el sol, estaba grande y comenzaba a tomar un color más anaranjado. Esta vez el paseo sería a plena luz a pesar de ser media tarde.

Erik salió al puerto. Natalia lo vio descalzo y mojado. Supuso que estaría en la piscina. Estaba en bañador, uno de calzones cortos. Y se había puesto una camiseta antes de secarse. Prefirió no ver el resultado del algodón sobre cuerpo mojado, menos aún si el cuerpo era el de Erik Valkyrie.

Ella se puso en pie sin soltar los mandos de la moto e inclinó levemente su cuerpo hacia delante para apoyarse en ellos. Supuso que su perfil con un bañador de licra sería algo similar para un hombre a lo que para ella estaba siendo el algodón pegado a Valkyrie.

Vio en su cara sorpresa y curiosidad. Se colocó en el extremo del puerto y se cruzó de brazos, esperando para saber qué era lo que quería Natalia. Jony y Goyle estaban tras él, bordeándolo como una especie de escolta.

Como podéis ver todos, no llevo armas, pero me teméis de la misma manera.

Ella ignoró a los gorilas de Valkyrie y clavó sus ojos en él.

—Pensaba dar un paseo y me he acordado de que te debo uno del otro día. —Le costaba hacer una invitación cordial a un hombre, aunque fuera por obligación. No le estaba saliendo bien, no era espontáneo ni natural. No tenía dudas de que Erik lo notaría.

Erik miró la moto, era evidente que llamaba la atención. Por muchas motos de agua que hubiese visto, había pocas como aquella.

—¿Y a dónde piensas ir exactamente? —preguntó él.

—Confía en mí —respondió.

No confiarías en mí, aunque me vieses volar con alas de ángel. Pero la curiosidad te puede.

Erik miró a Goyle y este entró un momento en el jardín, no tardó en salir con un chaleco negro.

—¿No sabes nadar? —preguntó Natalia con ironía.

Erik la miró mientras se lo colocaba, luego miró a Jony y este le tendió un arma. Erik comprobó la carga, o más bien le enseño que esta vez sí estaba cargada y se la metió en el bolsillo interior del chaleco. Miró a Natalia para ver su reacción. Esta arqueó las cejas con expresión divertida. Algo que ella sabía que lo hacía arder por dentro.

Sonrió cuando lo vio colocarse al borde del puerto. Vio a Valeria en la puerta de la casa. Prefirió no verle la cara mientras alargaba la mano hacia Erik para ayudarlo a subir.

Sabía que él podía subir solo, pero quería saber cuánto le agradaba el contacto con ella. Sintió la mano de Erik envolver la suya y recibió una corriente eléctrica que atravesó sus muñecas hasta el antebrazo. La moto se bamboleó levemente cuando Erik se sentó tras Natalia. El asiento era amplio, hasta tres personas supuso que cabrían en él con comodidad.

Giró su cabeza hacia Erik por el lado contrario de la casa, no quería que en su campo de visión estuviese Valeria. Ni Jony, ni Goyle. Miró hacia el chaleco salvavidas de Erik, justo a la zona donde él había guardado la pistola.

—¿Es resistente al agua? —le preguntó.

No esperó respuesta. Accionó la potente moto, esperando que él se desequilibrara con el acelerado tan brusco. Se mordió la lengua cuando lo vio perder el equilibrio y buscar donde agarrarse, pero logró alcanzar los tiradores de los lados del asiento antes de caer hacia atrás. Su interior sonrió con satisfacción, algo que produjo en su pecho un cosquilleo extraño.

Notó a Erik colocarse bien a su espalda. Se había sentado en la parte central del asiento, dejando un espacio entre ambos.

Natalia sonrió de nuevo acelerando aún más, inclinó su cuerpo hacia delante para contrarrestar el viento de la velocidad y volvió a acelerar sabiendo que, a pesar de parecer estar volando, la moto aún tenía margen.

Si giro lo más mínimo, nos pegamos un castañazo de narices.

Así que mantuvo el manillar recto. El motor sonaba con fuerza mientras ella logró una velocidad uniforme. Miraba de vez en cuando su reloj, este la guiaría si se desviaba demasiado. Pero más o menos, si seguía en línea recta y a aquella velocidad del demonio, no tardarían mucho en llegar.

Dejaron atrás la isla, los barcos más cercanos, hasta que solo tuvieron mar alrededor de ellos.

En la lejanía podían apreciarse borrosos barcos de carga y de pasajeros. Pero aún estaban lejos. Allí, con la mar en calma, pudo permitirse probar mejor el motor potente del que le había hablado Vicky. En cuanto lo hizo, se arrepintió. Las lágrimas le caían sin remedio. Supuso que Erik tendría un gran problema atrás, no solo por el aire que les golpeaba en la cara, sino por el pelo de Natalia, que supuso que le estaría volando en toda la cara y no lo dejaría ver bien. Fuera como fuese, no lo sintió moverse.

Que le den por culo.

No le estaba gustando ir a aquella velocidad vertiginosa, pero quedaba mal aminorar cuando no había motivo aparente para hacerlo más que el miedo. Y no quería mostrar un ápice de miedo delante de Erik.

Se alzó levemente del asiento, a sabiendas de que su culo quedaría más cercano a él, y giró el puño al máximo. Cuando creyó que la moto, si aceleraba más, saldría volando, superó todas sus expectativas y el viento azotó su cara con más fuerza. Mantuvo su puño apretando el manillar para que no se moviera un ápice. No pensaba aminorar, ya saliesen ambos disparados. Tampoco oyó a Erik protestar. Si tenía miedo, lo llevaba tan oculto como ella.

Si me cargo a El Malo, tampoco es mal final. Y a mí, de todas formas, me acabarán matando estos o los próximos. No duraré muchos años más.

Las lágrimas de sus ojos se acabaron y su pecho comenzaba a acostumbrarse a la presión. Notaba toda la piel ligera por el roce del aire, el mar parecía una alfombra azul claro que se extendía infinita frente a ella. Ya el sol no deslumbraba, era realmente cómodo abrirse camino en el agua, mientras las gaviotas huían despavoridas ante el ruido que el motor y la moto hacían rompiéndose paso en el agua.

Volvió a sentarse. Miró de reojo su reloj comprobando que no se estaba desviando. Era difícil apartar la vista del frente y no desplazar el manillar.

¿Y tú creías que iba a asustarme porque fueses armado con una pistola a mi espalda? El miedo a morir nunca me molestó.

No tenía por qué contener la sonrisa, no creyó que Erik pudiese ver nada y menos aún su cara. Una vez acostumbrada a la velocidad máxima, se lamentó de que la moto no diese más. La velocidad y la forma de acomodarse de su cuerpo a ella, era exactamente igual que una ducha caliente. A ella le encantaba relajarse con agua demasiado caliente. Si iba poco a poco, no notaba cómo se alzaban los grados y siempre quería más, hasta que su piel quedaba completamente roja.

El reloj le indicaba que se acercaban al punto, estaba lejos, tan solo esperaba que la moto tuviese energía para volver. Fue aminorando la marcha. En el horizonte podía ver borrosos varios puntos. No podía acercarse demasiado, pero al menos podía intentarlo algo más para que Erik los viese. Supuso que los centinelas de Los Arcángeles estarían por los alrededores y tendrían un problema si reconocían a Erik Valkyrie.

La sensación en la piel comenzaba a hacerse rara, una quemazón que echaba de menos que el viento raspase con fuerza. Como si un fino velo la cubriera con cierto picor. Desvió la moto levemente y avanzó un poco más. Finalmente, descendió la velocidad hasta que detuvo la moto y esta quedó flotando. Apagó el motor, era imposible hablar con Erik con el motor encendido.

Giró su torso hacia él. La sensación después de tal subidón de adrenalina era realmente relajante. Le pesaban los brazos de la tensión al conducir y hasta le dolía el puño de mantenerlo apretado.

Erik aún estaba sujeto a los agarradores.

¿Miedo? No te pega.

Ella miró sus manos y este se soltó enseguida. Natalia lo miró con suficiencia.

—Me traes hasta aquí para que vea… —Frunció el ceño desconcertado—. ¿Lo rápido que corre tu moto?

Natalia entornó los ojos ante su ironía. Estuvo a punto de soltarle una de las suyas, pero se contuvo. Luego señaló con el pulgar tras su hombro.

—Es eso lo que quiero que veas. —Emborronados se podían ver hasta ocho barcos. Los centinelas, supuso que estarían más cercanos, así que no tenían mucho tiempo.

Erik miró al horizonte.

—Los buscabais por la noche, ¿me equivoco? —le dijo Natalia sin dejar de mirar su rostro—. No los encontrabais porque lo hacen a plena luz del día. A la vista de todos.

Él frunció el entrecejo sorprendido y la miró contrariado.

—Ellos llevan aquí muchos años y vosotros sois nuevos —añadió ella—. Sabe mejor que tú cómo funciona la isla y los que la rondan. Puede permitirse lujos exhibicionistas que tú no. A ti te delatarían enseguida.

Natalia dirigió su mirada hacia los barcos.

—Ahora puedes vengarte de sus robos si quieres —continuó—. Pero corres el riesgo de que a vosotros os hagan una redada.

Se inclinó para apoyar los antebrazos en el manillar.

—¿Y tú por qué sabes todo esto? —preguntó tranquilo.

—Tengo mejores contactos que los que tienen tus tentáculos, por lo que veo. —Lo miró de reojo—. Te dije que podría ser de utilidad.

Erik bajó la cabeza y negó con ella.

—Puedes venir mañana e intentar quitarles el cargamento —seguía Natalia—. O puedes dejarme hablar con Derek.

Aquel nombre lo hizo reaccionar y que Natalia lo nombrara, sí que le sorprendió.

—Puedo llegar hasta él —continuó—. ¿Quieres a un enemigo? ¿O te vendría mejor un socio?

Erik le cogió el brazo con firmeza y la atrajo hacia él. Natalia recibió el tirón y su cuerpo se pegó a su torso.

—¿Eres de ellos? —le preguntó.

Ella tuvo que estirar su cuello hacia atrás para separar la cara de él.

—Yo no soy de nadie. —Liberó su brazo con genio.

Luego le dio la espalda para mirar los barcos.

—Pero te dije que quería ser parte del negocio —añadió.

No le gustó el tono de voz con el que lo había dicho. No sonó con la seguridad de la noche anterior. Su conversación con su antiguo compañero de facultad le había abierto una posibilidad más, pero también la pondría en una situación aún más complicada. Porque la relación que pudiese llevar Erik con Derek, líder de Los Arcángeles, era algo que no podría controlar. Y por experiencia sabía que esas relaciones por bien que empezasen, nunca acababan de la misma forma. Pero como decía Vicky:

«Cuando se líe parda, salimos por patas».

Y ellas tendrían grabaciones de las transacciones que necesitaban.

—Derek tiene algo que tú necesitas: el poder en la isla —continuó Natalia—. Y tú lo que necesita él, logística y socios internacionales.

Ladeó la cabeza.

—Tú decides. —Alargó la mano para poner en marcha de nuevo la moto.

—¿Y por qué tendría que enviarte a ti? —le preguntó él—. Podrías traicionarme. Prefiero a Goyle, Jony, Valeria o Rodri.

Ella volvió a girarse hacia él.

—Porque ellos no te han dado tan buenas ideas como yo. —Sonrió—. Pero aun así, si no te fías, puedes decirles que vengan conmigo. —Hizo una mueca—. O yo con ellos, como mejor veas.

Alargó la mano de nuevo para poner en marcha la moto. Erik la detuvo. Tener un brazo de Erik rodeándole un lado del cuerpo para llegar hasta su mano, la tensó en cierta manera.

—Una vez que entras en esto, no puedes salir —le advirtió él—. ¿Eres consciente?

Por la puerta grande voy a salir, ya verás.

—¿Alguien que entra en esto quiere salir? —Se giró de nuevo, esta vez tuvo que levantarse del asiento para no tener que torcer tanto la espalda.

—A veces sí.

Lo dijo serio, pensativo. La dureza de su voz se disipó un instante y estuvo a punto de tornarse en algo más. Sin embargo, Erik regresó de nuevo a su semblante de siempre, algo que llamó la atención de Natalia.

Ahí hay una grieta.

Entornó los ojos hacia él. La curiosidad le removió el pecho.

—Pues entonces no saldré, solo tendremos que soportarnos el tiempo que esté con vida —respondió ella con ironía—. Tampoco creo que vaya a ser mucho tiempo, ¿no?

—¿Qué edad tienes?

Natalia arqueó las cejas ante la pregunta. Completamente fuera de lugar y más curiosidad personal por parte de Erik, que del asunto.

—Voy a cumplir veintisiete. —Por la expresión de Erik, no debía de haber fallado mucho en sus especulaciones—. ¿Llegaré a los treinta?

Él inclinó su cuerpo para acercarse a su cara.

—Si sigues conduciendo así sobre el agua, seguramente no —le respondió.

Natalia sonrió conteniendo una carcajada. Le encantaba el color de la piel de Erik con el sol de la tarde. Aunque le costase reconocerlo y lo negase hasta la saciedad delante de Vicky, Erik era El Malo más peculiar que había encontrado en su carrera.

Pero no podía desviarse de su objetivo, así que se separó de nuevo de él y dobló una de sus piernas para apoyar el pie en el asiento entre ellos dos.

Nada de cercanías.

Erik fue consciente de la acción y pareció producirle más gracia que ofensa.

—Películas para adultos y ahora narcotráfico —le dijo él apartando la pierna de Natalia hacia el lado contrario al que la había subido, para que quedase completamente frente a él, montada de espaldas al manillar de la moto—. ¿Por qué será que no encajas para mí en ninguno de los dos lugares?

Él se levantó para sentarse tan pegado a ella, que sus rodillas se presionaban una con la otra.

—Porque no tienes ni idea de cómo soy —respondió Natalia manteniendo firme su mirada. Sabía que eran sus ojos donde Erik tenía puesta ahora toda su atención.

—¿Y cómo eres?

Le puso la mano en la nuca, envolviéndole el cuello casi al completo y volvió a inclinarse sobre ella. Natalia se mantuvo sin apartarse, aunque la situación era similar a la de la noche, esta vez solo lo vio interesado en sus iris y ella quería permitirle mirarlos.

Notó el roce de la punta de la nariz de Erik.

—Ya te lo he dicho, como un océano —le respondió.

Supuso que aquella respuesta haría que él se apartara si tenía en cuenta las advertencias de la vieja Gregoria. Pero lejos de apartarse, aquella respuesta hizo que se acercara aún más a ella. Quizás él ya tenía la respuesta en la cabeza aún antes de formular la pregunta. Natalia solo la había hecho real al verbalizarla y aquello pareció gustarle.

Ya la voy a liar.

Al cepo que tenía en su cuello, se unió otro en su cintura y notó los labios de Erik rozar los suyos.

Ya la estoy liando, más bien.

Erik entreabrió la boca, supuso que el tercer cepo, el de sus labios, no tardaría en llegar.

Alambrada de pinchos, valla eléctrica.

Ninguno de aquellos hechizos de su mente servía. El labio inferior de Natalia quedó atrapado entre los labios de él. Y notó cómo en el estómago se encogía algo que le hizo rememorar la caída libre del puente, tan intenso como lo recordaba, solo que esta vez no se había movido de su lugar.

La sequedad que le había producido el aire del veloz paseo en la boca, desapareció de inmediato. Sin embargo, le llamó la atención algo del gesto de Erik. A pesar del atrevimiento, a pesar de ignorar sus señales para que no intentara hacer algo como aquello y a pesar de haberlo rechazado la noche anterior, él mantenía el acercamiento con timidez. Estaba acostumbrada a que cuando un hombre deseaba besarla y al fin lo conseguía, la timidez del primer segundo desaparecía de repente y la atrapara con completo. Pero Erik se mantuvo en el labio inferior, sin invadirla lo más mínimo. Apretó sus labios contra los de ella y luego los separó.

Y Natalia aprovechó el momento para retirarse al completo. Sin mirarlo a la cara, metió la pierna entre los dos para darse la vuelta de nuevo y darle la espalda.

Menos mal que no traigo la cámara. Menuda chapuza de investigación.

Esta vez lo notó pegarse a su espalda.

Si es que eres tonta, si es que lo has dejado traspasar la línea. Ya sabe que le molas. A ver quién lo echa ahora.

—Solo una mujer, ¿no? —Lo oyó decir.

Giró la cabeza y lo miró de reojo.

—Alguno no merecéis ninguna —le soltó.

Que tienes a la loca para entretenerte y ahora me besas a mí. Y encima yo voy y me dejo.

Resopló.

La que me queda por aguantar con Vicky.

Oyó la risa de Erik. Le apartó el pelo del hombro para colocar allí su cara.

—¿Y si solo hubiese una? —Seguía apartándole el pelo. Natalia supuso que era para que esta vez no le molestara con la marcha. Cerró los ojos. Fue consciente de la manera lenta y cuidadosa con la que él le movía el pelo.

A ver cómo arreglo yo esto. En una bolsa voy a acabar, ahora lo veo claro.

—Depende de cómo eliminases a la otra —contestó, pero ya tenía de nuevo el cepo de Erik en el cuello y parte de la cara.

—Eliminar —repitió él despacio—. Eso dice lo que piensas de mí.

La tarde iba cayendo, la brisa se había vuelto fresca. Le gustaba el tacto de Erik en la cara.

—La superficie es solo la parte simple que se nos permite ver —añadió él—. ¿Qué crees que

hay en la profundidad?

En la profundidad hay oscuridad y frío. Eres El Malo. No puede ser de otra manera.

Le quitó la mano de su cara.

Y que corra el aire.

—¿Por qué solo quieres que haya una? —preguntó él con interés.

Será sinvergüenza, lo que me pregunta. Encima me va a tocar las narices.

Ya era la tercera vez que soltaba las llaves cuando estaba a punto de arrancar.

—Porque yo no dejo sitio para nadie más —le respondió sin poder ocultar el enfado, lo cual pareció divertirlo aún más.

—El agua rebosa y se derrama, cierto —añadió él—. Podría decirse que yo también soy agua. El agua lo llena todo.

Natalia negó con la cabeza.

—Te equivocas, yo no soy agua. Ese elemento está ya ocupado en mi clan. —Rio ella al recordar a Claudia—. A mí me tocó el fuego.

—Pero el agua puede apagar el fuego —le rebatió él.

Sabía el riesgo de volver a acercar su cara a Erik, pero debía mantenerse en la postura.

—Depende de lo inmenso que sea el fuego —respondió con voz orgullosa—. He visto volcanes hacer desaparecer el agua.

Le encantó la expresión de Erik al oírla.

—El fuego es necesario para que eso que llevas en el bolsillo funcione. El fuego produce heridas que dejan señales para siempre. El fuego arrasa y lo reduce todo a cenizas. Lo que destruye el fuego, nunca volverá a ser igual.

Él arqueó las cejas con ironía.

—Si no fuera quien soy, supongo que debería de tener miedo.

Ella sonrió al mirarlo. Hasta en aquellos juegos de ataque, le estaba encantando rebatirle.

—Hasta tú deberías de tener miedo. —Arrancó el motor al fin.

Tú más que nadie. Yo he venido a por ti. Y si esto no es una de tus tácticas de malo experimentado, estás cayendo como un imbécil.

Lo vio inclinarse sobre su rostro, era evidente que quería repetir lo que he había hecho antes. Pero Natalia supo zafarse girando su cabeza hacia el frente.

—No hay nada peor que el fuego —añadió girando el puño de la moto.

Esta vez el brusco acelerado hizo que Erik se aferrase a ella. Algo que a Natalia no le pilló de sorpresa. Había una gran diferencia entre ellos del camino de ida al de vuelta.

Esta vez no le dio a la moto la potencia de antes, quizás porque ahora no necesitaba demostrar nada a Erik, quizás porque no quería que el paseo acabase tan rápido. Lo notó alzarse levemente del asiento e inclinarse hacia ella. Le colocó la cara junto a la suya mientras alargaba las manos hacia el manillar.

—¿Puedo? —le preguntó.

Erik la había envuelto por completo y tener la espalda cubierta y protegida del viento, era una sensación cuyas consecuencias físicas no quería detenerse a valorar por su propio bien.

Natalia se colocó en el filo del asiento, lo cual le dio a él más margen para acercarse al manillar y ya de paso, pegarse aún más a ella. Lo notó firme sobre sus manos. Comenzaban a verse las casas de la isla emborronadas por la distancia. Pero Erik desvió la dirección de la moto para desviarse. Natalia cerró los ojos y aflojó las manos, ya no hacía falta hacer presión, le permitió llevar el control. Solo le quedaba el aire golpeándole la cara y el calor en su espalda.

Esperaba que la moto tuviese energía para mantenerse en marcha el tiempo suficiente. Aún quedaba un rato antes del anochecer y apoyar la nuca en el hombro de Erik, la hizo querer que el momento se alargara algo más. Se desviaban de la isla.

Llevar el control se me va a hacer extremadamente complicado.

No abría los ojos. Una parte de ella, la profesional, se disipó por un segundo. Y otro fragmento de Natalia, ese que solía mantenerse firme antes sus convicciones, se quedó inmóvil. Notaba el respirar tranquilo y seguro de Erik junto a su oído. Ahora entendía a Valeria y a aquellas mujeres que solían rodear a los malos. Si aquella sensación de seguridad y calidez le era placentera a ella, no quería ni imaginar lo que podía significar para alguien con un patrón emocional desestabilizado.

Vicky llevaba razón, demasiadas veces su alocada amiga llevaba razón. Natalia vivía en un mundo frío repleto de rocas. Notaba el rostro de Erik pegado al suyo, sintió la necesidad de presionar su mejilla contra él, aumentar el contacto. Solo aquel pensamiento activó algo tras sus costillas. La piedra se volvía a resquebrajar. Abrió los ojos. No podía abandonarse a sí misma y aún menos en una situación delicada.

No puedo perder el control. No puedo darle el más mínimo margen o estaré completamente perdida.

Apretó las manos en el manillar de la moto.

Y no voy a perderme.

Levantó el culo del asiento y chocó contra el estómago de Erik, o al menos supuso que esta era la parte con la que había hecho contacto. No quería pensar que fuese más abajo.

No se detuvo a pensar, invadió el aura que él había formado alrededor de ella, metiendo el hombro por delante del rostro de Erik. Aquel gesto lo obligó a soltar el manillar y a sentarse de nuevo en el asiento, aunque volvió a agarrarse a ella.

No podrías controlar este fuego, aunque lo intentaras durante cien años.

Giró el mango del acelerador y el sonido del motor ascendió. El suave paseo desapareció y el viento golpeó su cara con aún más fuerza que lo había hecho en la ida. Desvió la dirección de la moto de nuevo, a aquella velocidad sabía que no podía ser algo brusco o volcarían, así que lo hizo algo más sutil. Siguió un amplio círculo en el agua para volver de nuevo hacia las casas. Ya encontraban barcos cercanos. Supuso que sus ocupantes lo fliparían un rato al ver pasar tremendo cacharro.

Notó una de las manos de Erik hacer presión en su costado. Lo notó cerca de la cicatriz y esta le produjo un pinchazo. Aunque ya no sabía qué parte de su cuerpo reaccionaba a la velocidad, al viento, o a él.

Notó de nuevo el pelo apartarse hacia un lado. No era el viento, era Erik. De nuevo se acercaba a ella, desplazándose en el asiento para pegarse al completo a ella y pegar sus genitales a su glúteo, cuando ya no tenía más margen de asiento para separarse de él. Erik había abierto más las piernas para colocar sus muslos por fuera de los de Natalia y lo notó presionar con ellos.

Cepos por todas partes. No hay forma de escapar de él.

Trató de ignorar, estaba concentrada en conseguir enderezar la moto en línea recta hacia las casas. Notó la nariz de Erik en su nuca, esta vez su respiración le hizo cosquillas y todo el vello se le erizó. Hasta en las piernas lo notaría Erik.

Mierda.

Odiaba demostrar reacciones humanas, esas reflejas que eran imposibles de controlar y que le demostraban que una persona jamás, por mucho que lo intentase, podría ser una completa piedra.

Lo miró de reojo, él había vuelto a colocar la cara sobre su hombro. Podía verlo, él miraba al frente tranquilo, a pesar de que ella hizo todo lo posible por mantener la máxima velocidad. Era más satisfactorio el haberlo visto asustado en la ida, contrariado, sorprendido, desestabilizado. Pero ya se había perdido la sorpresa y la novedad, además de algo más que había hecho cambiar las cosas de manera drástica entre ellos.

Al fin consiguió rectificar la línea recta hacia las casas de la urbanización, se habían desplazado demasiado hacia el este. Pero ya podía reconocer las formas de su urbanización. No era una isla grande, no era difícil hacerse a ella y comenzaba a aprender a orientarse en el mar de los alrededores.

Podía ver el portón metálico de la casa de Erik siempre abierto. Desde allí también se veía parte del jardín y la casa de cristaleras, cuyo reflejo impedía que se revelase su interior.

Notó menos barcos en su puerto, algunos ya habrían salido. Y el enorme Goyle hacía guardia, era inconfundible hasta desde lejos. Vio una segunda silueta, la de Valeria. Sabía que la imagen de la forma en la que tal moto se abría paso en el mar, debería ser todo un espectáculo. Pero supuso que no era eso lo que centraba la atención Valeria.

A pesar de que ya el sol casi se ponía y de que, con tan solo un bañador hacía frío sobre el agua, algo dentro de su pecho comenzó a arder. Aminoró la marcha.

Debo de estar completamente loca.

Pero había partes de ella que nunca cambiarían, ni siquiera cuando representaba un papel.

Giró el manillar de la moto hacia la izquierda y la moto cambió de dirección, entonces aceleró.

No tengo remedio.

Entornó los ojos mientras su pecho se enfriaba y no pudo evitar esbozar una sonrisa.

Soy lo que soy, no puedo evitarlo.

Así que, a unos metros de ellos, dejó al gigante boquiabierto y a Valeria echando humo. Miró de reojo el rostro de Erik, aún sobre su hombro y lo vio contener la sonrisa.

Si a este también le va la marcha. Esto de fuego entre dos mujeres siempre sube el ego.

También encontró la puerta de la casa de Vicky abierta. Allí estaba su amiga en pie, seguramente había sentido el ruido de la moto desde el jardín. Nanuk estaba a su lado.

Vicky reía mirándolos y a su paso, los saludó con la mano. Natalia llegó hasta el final de la hilera de casas donde acababa la urbanización y giró de nuevo para alejarse de ellas lo suficiente como para poder dar la vuelta en un amplio círculo.

Aminoró la marcha de nuevo. El sol se ponía, era completamente naranja y parte de él ya estaba bajo el horizonte. Aflojó el puño hasta detener la moto por completo, apagó el motor y quedaron flotando sobre el mar.

La loba debe estar aullando lo más grande.

Imaginó que, de la misma manera, Vicky tendría que estar riendo lo más grande.

Eso le pasa por amenazarme. ¿Amenazas a mí? Toma Fatalé.

—La hora que más te gusta, ¿no? —le preguntó a Erik.

Él sonrió mirando el sol. El agua estaba completamente tranquila, formando una alfombra con reflejos plateados.

A pesar de que ya estaban parados, Erik no había movido los brazos de su lugar, con lo cual, estaba completamente envuelta. Hasta a aquella distancia podía notar la mirada fulminante de Valeria.

Y esto, por amenazar a mi perro.

Ladeó levemente la cabeza para dejarla caer sobre la sien de Erik. Lo sintió reaccionar a su gesto con un roce leve de mejilla. Aquel gesto no fue inmune para Natalia. Resopló levemente. La chulería con Valeria iba a salirle cara, pero su interior se expandía con fuerza, valía la pena.

A ver si se entera la gentuza esta, no hay armas contra el fuego.

Cerró los ojos. Aún mantenía su cara apoyada en él.

Y como baje las defensas, contra este tampoco.

Apartó su cara de la de él y lo miró.

—¿Solo una? —le soltó. Luego negó con la cabeza—. De momento quédate sin ninguna y ya veremos.

Erik giró su cabeza hacia un lado para reír. Ella alzó las cejas con suficiencia.

Y así yo tendré margen para salir corriendo. Más me vale que se líe pronto entre estos y Los Arcángeles. Avión y para Madrid.

Al final la idea de Vicky iba a ser mejor de lo que pensaba. Lo más disparatado siempre funcionaba. Más de medio sol parecía estar ya bajo el mar. La luz se apagaba. Natalia puso en marcha la moto y no tardó en girarla de nuevo hacia las casas.

Tal y como imaginaba, Valeria era un centinela echando humo en el puerto de Los Valkyrie. Natalia sonrió.

Creo que El Malo se va a llevar una reprimenda de la loca esta.

Contuvo la risa mientras se detenía junto al puerto de Valkyrie. No apagó el motor. Cuando Erik se despegó de ella, noto frío en la espalda y en la parte exterior de los muslos. Era mucho más placentero pasear con él, que sola. Recordó una conversación con Vicky por videollamada en la que su amiga hablaba sobre aquella sensación de soledad que tanto le gustaba a Natalia todo el tiempo.

«La soledad solo es placentera cuando no sueles acompañarte de las personas correctas». Había dicho su amiga. Sin embargo, su reciente compañía estaba muy lejos de ser la compañía correcta.

Giró su cabeza. Alzó la mano para que Erik se apoyase para subir al puerto, a pesar de saber que él no lo necesitaba. Pero ahora era ella la que necesitaba un contacto más. Era complicado perderlo todo de golpe. Le encantó que él, ya desde el puerto, se demorase en soltarla.

—Déjame pensarlo —le dijo—. Mañana te daré una respuesta.

Natalia se desplazó levemente con la moto, el ruido del motor aumentó.

—Estaré con Nanuk en los jardines de enfrente —le dijo, pero eso era algo que él ya sabía.

Ignorando a Valeria, que apoyada en el borde la puerta metálica la mataba con la mirada, aceleró con fuerza hasta su puerto. Vicky ya ponía la rampa para subir la moto, no podían dejar un aparato como aquel fuera de la casa. Ignoraba su precio, pero supuso que debía de ser una aberración.

Vicky la esperaba con una sonrisa radiante y los ojos brillantes de las risas que se había echado. La moto era pesada a más no poder. Lo hubiesen tenido complicado para subirla entre las dos. Pero un arnés, una correa y un mosquete, fue suficiente para que entre las dos y el perro, lograsen subirla al puerto.

—Su puta madre, cómo pesa esto —expiró Vicky cuando llegaron con la moto al jardín.

Pero a pesar de hiperventilar, subió los ojos con expresión picaresca hacia Natalia.

—Eres la puñetera leche —le dijo su amiga con los ojos brillantes de nuevo, a punto de reír.

La puerta automática se cerraba. Ya era completamente de noche. Vicky la señaló con el dedo.

—Yo lo sabía —le dijo con suficiencia. Luego se tapó la boca y rompió en carcajadas—. La loba te va a arrancar la cabeza.

Natalia entornó los ojos.

—Eso que has visto, ha sido una dosis de Fatalé para que se le quiten las ganas de amenazarme —le respondió entrando en la casa y Vicky alzó las cejas.

—Claro, claro —le respondía como si Natalia estuviese desvariando. Entraron ambas—. Y me vas a decir que eso no estaba precedido por nada más.

Natalia estaba completamente mojada de empujar la moto desde abajo y el frío se hizo intenso. Se envolvió en la primera toalla que encontró. La expresión de Vicky era realmente divertida.

—Venga ya, tía. Tengo veintisiete años. —Vicky sacó la lengua para hacerle una pedorreta—. Ha pasado algo con El Malo, ¿me equivoco?

Natalia se giró para subir las escaleras. Necesitaba con urgencia una ducha caliente. Se estaba congelando. Alzó el dedo índice.

—No es relevante para la investigación —respondió.

—Ahora me dirás que lo que sea que haya pasado, también ha sido para joder a Harley Quinn. Quedas como Dios y ya está —repitió la pedorreta—. Una mierda, Fatalé. A ti te ha gustado este y se acabó.

Natalia negó con el dedo.

—No ha pasado nada de lo que piensas —le advirtió —. Así que no quiero bromas.

—Eh, no todos mis pensamientos son tan…tan… —Movía las manos.

—Ya. —Natalia subía las escaleras y Vicky la seguía.

Su amiga la miró desnudarse al completo y entrar en la ducha. Vicky se apoyó en la pared con una pierna cruzada.

—Entonces no te ha metido mano en ninguna parte. —Rio Vicky. No podía ver la expresión de Natalia con tanto vapor, pero se la imaginó—. Solo ha sido una primera toma de contacto.

Arqueó las cejas.

—¿Y qué ha hecho El Malo para que La Fatalé se rinda a sus encantos? —Rompió a carcajadas otra vez—. Porque has llegado al punto, últimamente, que de dura te has pasado a manida.

Un bote de champú salió disparado desde arriba de la mampara y Vicky lo esquivó sin dejar de reír.

—No quiero ni una broma, veremos a ver cómo sale todo esto. De momento tengo que evitar todo acercamiento con él un tiempo. —La oyó decir desde el interior de la ducha.

—Estoy deseosa de ver cómo evitas el acercamiento —murmuró Vicky—. Va a ser todo un espectáculo.

Frunció el ceño pensando.

—Una cosa. ¿Y si llevas una cámara y la cosa se pone chunga y…? —Sacudió la mano—. No puedes evitar ese acercamiento, ¿detienes la cámara?

—No va a pasar eso, Vicky. Y no se puede detener la cámara.

Vicky puso una sonrisa maliciosa.

—¿Y me dejarás verlo? —le preguntó.

Otro bote voló, esta vez con más fuerza que el anterior.

—Tía, edita bien los videos antes de pasárselos a El Fini. —Se tapó la boca con los ojos brillantes de nuevo, a punto de romper en carcajadas—. Que estoy viendo venir que se va a

poner las botas.

Salió del baño y cerró la puerta justo cuando el tercer bote voló. Se oyó cómo chocaba contra la puerta ya cerrada.

Vicky negó con la cabeza. Se sacó el móvil de bolsillo.

—Chicas, lo de Natalia con El Malo se está saliendo del tiesto. Os lo avisé. La loba le va a arrancar la cabeza. Llevadnos flores rojas, esta nos mata a las dos. —Cortó la grabación—. Llamadme loca, pero apartando todo este rollo maquiavélico del plan, de los malos y de Harley Quinn cabreada. —Entornó los ojos hacia el mar a través del ventanal—. Se veían taaaaan bonitos —suspiró—. Llevamos años con las bromas, preguntándole si había encontrado al malo. ¿Quién iba a decirlo? Acabó encontrándolo.

El móvil sonó.

—¿Se ha liado con El Malo? —Era la voz de Mayte, que después dio un grito—. ¿En serio? ¡No me lo puedo creer! Videollamada luego. Quiero verle la cara a La Fatalé diciéndonoslo.

Cuatro filas de emoticonos siguieron al audio.

—Yo sabía que yendo tú con ella. —Era la voz de Claudia—. Podría pasar cualquier cosa.

—Como nos encuentre este chat y vea todo lo que hemos elucubrado, se va a cabrear un rato —volvía a decir Mayte.

—Ella lo imagina, de tonta tiene lo que yo —les decía Vicky—. Además, somos unas descaradas. Cientos de mensajes al día y de pronto no pasan de diez. Somos una cutres. Poned chorradas de vez en cuando y disimulamos.

—Espera —respondió Claudia—. Voy a subir una eco nueva. Comentadla.

—Sí, a La Fatalé se le engaña así de fácil. —Fue el audio de Mayte.

—Chicas. —Era Claudia de nuevo—. ¿Y todo eso que nos cuentas, no será una táctica de El Malo?

—Shhh, lo he pensado —volvía a hablar Vicky—. Y quizás esa fuese la intención de él en un principio, muy muy al principio, no te lo voy a discutir. Pero lo que yo he visto es verdad. Y no entiendo de malos, pero los tíos son extremadamente simples de entender. A ese se le cae la baba con nuestra Natalia.

Vicky miró de reojo.

—Natalia me puede matar. Pero si consigo un trozo de algún video en el que se vea bien, os lo paso por aquí.

—Déjate a ver si esto no va a estar encriptado y os van a pillar —le dijo Claudia.

—Si esto no está encriptado y ellos pueden acceder a nuestras conversaciones, lo tienen que estar flipando con lo que hablamos —intervino Mayte riendo.

Vicky la imitó.

—Voy a pegarle el cacharro este en la puerta del baño —les decía quitando la ventosa de la pared.

—Que te gusta escucharla. —Reía Claudia.

—¿Todavía tiene la etiqueta? —preguntaba Mayte.

—Y tanto que la tiene. —Vicky pegó el «Erik alternativo» en la puerta del baño—. Voy a quitarme de en medio, que ya me ha lanzado tres botes de champú y cuando vea esto, me va a tirar la plancha del pelo.

Se fue corriendo a su dormitorio.

—Os sigo contando luego, besos a todas.

—Cuidaros, que tanto cachondeo que tenemos y veremos a ver —le decía Mayte.

Vicky oyó la puerta del baño abrirse y se acercó a su puerta para oír a Natalia.
—¡Vicky! —la llamó con furia—. ¿Quieres tirar ya el cacharro este de una vez?
Se tapó la boca para reír.

25

Erik le había contado a Rodri lo que le había enseñado Natalia y también su propuesta. A él le había parecido mejor idea intentar un acercamiento hacia la competencia, que iniciar una guerra.

—Solo necesitamos un margen suficiente de tiempo. Y eso nos lo puedes dar —le dijo.

—No lo veo. —Erik negaba con la cabeza—. Dijimos que no meteríamos a nadie más.

Rodri ladeó la cabeza.

—¿Lo dices por Los Arcángeles o por Natalia? —preguntó casi irónico.

Erik resopló ante la ironía.

—Por todos. Es cierto que tener a Derek cerca, nos da facilidades y necesitamos que nuestros cargamentos salgan y entren sin contratiempos. —Levantó los ojos hacia Rodri—. Solo necesitamos dos o tres semanas.

Rodri asintió.

—Pero no podríamos llevar el control, será tremendamente complicado. —Miró hacia el jardín—. Derek no es Goyle, ni Jony, ni Valeria.

Rodri alzó las cejas.

—Y Natalia… —dijo Rodri para que Erik siguiera.

—¿Natalia qué?

—¿Ya te fías de ella? Dicen en el jardín que tus investigaciones sobre ella están avanzando. —Rodri rio—. Menudo cabreo que tiene Valeria.

Erik apretó la mandíbula.

—Me gustaría que Natalia quedase fuera de esto. —Negó con la cabeza—. Pero es…

—Te fías de ella —confirmó Rodri—. Por eso no la quieres meter en esto.

Él negó con la cabeza.

—No sé de dónde procede, pero nada de esto le es desconocido. —Se apoyó en el sillón—. Quizás haya tratado alguna vez con gente como nosotros. Lo del cine porno no me lo creo, eso también lo tengo claro. Y manejan dinero, mucho dinero por lo que se puede ver. No es espía de Derek, pero ha venido a nosotros sabiendo quienes somos y después de lo de hoy, la idea de que su objetivo fuera ser parte de nosotros, lo veo más claro.

—Y tú no las quieres con nosotros. —Rodri se separó de la mesa para apoyarse en el ventanal.

—No. —Fue rotundo.

—Pues para no quererlas con nosotros, tampoco mantienes muchas distancias con Natalia. —Rio Rodri.

Erik se levantó del sillón.

—Lo de hoy ha sido un absurdo por mi parte, lo reconozco. —Le dio la espalda a su amigo y cerró la tapa del portátil—. No sé si será por la cercanía de acabar ya con lo que estamos preparando. Por la nueva posibilidad con Los Arcángeles…

—Que has bajado las defensas con Natalia, mala cosa. —Rodri hizo una mueca.

—No he bajado nada.

—No, claro, era necesario para saber de ella. —Rodri rompió a carcajadas.

—En parte lo es. —Erik se puso una mano en la frente—. Sea como sea, seguiremos con el plan. Al final de todo, Natalia quedará fuera, ¿entiendes? No la quiero con Los Valkyrie, ni con Los Arcángeles, ni con nadie.

Rodri levantó ambas manos.

—Entendido —le respondió—. Completamente claro.

Se hizo silencio un instante.

—¿Y qué vas a hacer con Valeria? —Rio Rodri.

—Ya hablé con ella antes de todo esto. Ella sabe lo que busco con Natalia y así debe seguir a sus ojos, ¿entiendes? —le advirtió—. Puede hacer cualquier tontería. Ni la nombres delante de ella.

—Ni falta que hace, querido amigo. —Rodri hizo una mueca—. No hay nada que pueda empeorar el humor de Valeria.

Rodri solo podía ver la espalda de Erik.

—Sé que todo esto que tenemos entre manos nos está tensando a todos —le dijo—. Pero no dejes que nada te condicione.

Erik se giró hacia él.

—Tranquilo, tengo la mente clara —le respondió Erik.

Rodri negó con la cabeza.

—A ellos puedes engañarlos —añadió Rodri—. Mi experiencia y conocimiento van más allá.

Dio unos pasos hacia Erik y le puso una mano en el hombro.

—Te honra no querer permitir que Natalia forme parte de esto —le dijo. Luego puso una expresión irónica—. Pero mucho me temo que te va a ser difícil.

Rompió en carcajadas. Erik lo apartó y negó con la cabeza conteniendo la sonrisa.

26

Colocaba la cámara en el collar de Nanuk. No podía llevar bolso y la pulsera prefería dejarla para cuando no pudiese llevar al perro.

Llevaba un bañador y un pantalón corto. El pelo se le secaba de un largo baño en la piscina. Supuso que ya a aquella hora, Erik habría decidido qué hacer con su propuesta.

Vicky salía del agua y sonreía ampliamente. Tal y cómo suponía, desde su acercamiento a Erik era muy, muy difícil soportar las expresiones de Vicky cuando la miraba. Era como si la investigación hubiese pasado a un segundo plano para su amiga y solo le importasen las bromas y las risas. Y eso las llevaría camino a la muerte. O Vicky se centraba, o aquella cutrada de reportaje iba camino del desastre.

—Entonces que me quede claro todo lo que hablamos anoche —le dijo Vicky—. Le has dicho a El Malo que no merecía más de una mujer. Y cuando te dice que si solo hubiese una… ¿Le dices que mejor se quede con ninguna?

Ignoró la expresión de Vicky.

—Es decir, me confirmas que no piensas tener nada con él. —Levantó el dedo índice—. Pero tampoco quieres que siga con Harley Quinn.

Rompió a carcajadas.

—Qué fuerte, Natalia —añadió.

Natalia abrochaba el collar al cuello de Nanuk y levantó la cabeza para mirar a Vicky.

—Porque necesito tiempo, el tiempo suficiente para grabar y pirarnos, ¿entiendes? —le respondió.

Vicky suspiró.

—Eso es, el tiempo suficiente y justo para no saltarte más reglas, ¿verdad? —le reprochó con ironía Vicky.

Soltó el collar del perro ya abrochado.

—¿Qué reglas me he saltado? —preguntó con soberbia.

—Uno: No te desvíes de tu objetivo —comenzó Vicky—. Dar por culo a Harley Quinn no sé si entraba en tu objetivo. Dos: No establezcas ningún vínculo con los malos. Ejem, ¿vinculo sentimental o profesional? —Sacudió la mano—. Da igual, ahí llevas un pleno. Espera que sigo, regla número tres: Que el miedo no te detenga. Esa todavía la llevas bien. Regla número cuatro: Ni se te ocurra follarte a El Malo. —Hizo una mueca—. Es cuestión de tiempo, por eso quieres acabar rápido y huir cuanto antes.

Natalia se puso una mano en la cara, escuchándola.

—Número cinco: Que nada te impida llegar hasta el final: Hundirlos —suspiró—. Bueno, esa quizás sí que la cumplas. —Sacudió de nuevo la mano—. Vale. Olvida todo lo que te he dicho. Vas a cumplirlas todas. No tengo dudas.

Natalia se puso en pie. Cuando Vicky desvariaba, era mejor ignorarla. Se dirigió hasta la puerta de la calle.

—Fuerza y honor, amiga. —Le dio una palmada en el hombro.

Natalia se giró hacia ella.

—Te informo al volver. —Se despidió con la mano y Vicky le guiñó un ojo.

La puerta se cerró. Vicky puso expresión maliciosa. Desbloqueó el móvil.

—Yo me mantengo en que no va a cumplir ni una —dijo—. Yo aposté cinco desde el principio, Claudia tres y Mayte, tú has apostado dos. —Rio—. Decidme si confirmáis, porque ya no valen más cambios. Pero mucho me temo que os va a tocar pagar la fiesta. —Hizo una mueca —. Lo que no sé es si voy a estar viva para disfrutarla.

—Yo subo a tres con Claudia —dijo Mayte—. Y estoy dudando si subir a cuatro. Pero eso de que llegue a «asuntos mayores con El Malo», no sé yo. La última la tengo clara. Natalia está muy jodida con lo de su padre. A esta no la para nadie.

—La cosa se está poniendo más complicada. Déjanos pensar, esta noche te digo mi última apuesta —decía Claudia—. La Fatalé es impredecible.

—Mujeres de poca fe. —Rio Vicky—. Os va a costar el dinero.

Entornó los ojos hacia la puerta por la que se había marchado Natalia.

—No es tan impredecible y os lo digo yo, que la tengo delante todo el tiempo.

27

Ya estaba harta de tirarle la pelota a Nanuk con el palo. Era un amor de perro, pero cuando pegaba carreras, las babas le chorreaban a litros. El invento del lanzador estaba muy bien pensado.

Nanuk iba y venía hasta el final de los jardines y le traía la pelota.

Todo el vídeo desperdiciado.

Tendría que cortar los primeros treinta minutos o más que llevaba allí.

Y aquí no viene nadie.

Cogió de nuevo la pelota del suelo y la encajó en el hueco del lanzador. Con Nanuk tenía que hacer gran fuerza. Era un perro enorme que necesitaba mucho desgaste físico para poder mantener bajo su mando. El hermano de Vicky se lo advirtió al entregárselo. Nanuk no era un perro cualquiera, tozudo, cabezota y alfa al máximo exponente. Necesitaba mucho ejercicio diario, disciplina y de vez en cuando, una temporada en el centro de entrenamiento.

Levantó el lanzador como el discóbolo para lanzar con fuerza. La pelota salió disparada y la perdió de vista mientras Nanuk levantaba polvo con sus patas traseras.

A la mierda. Me voy a casa.

Oyó un silbido a su espalda.

—¿Lanzas pelotas o misiles? —Oyó su voz y se irguió de inmediato.

Giró su cuerpo hacia Erik. Nanuk ya regresaba con la pelota. Natalia bajó el lanzador para indicarle que el juego había terminado. La cámara la llevaba el perro, no podía tenerlo yendo y viniendo.

Erik miró al enorme perro de reojo.

—¿Si le lanzo la pelota, le caería mejor? —preguntó mirado a Nanuk.

La cámara no se va a mover de aquí.

Agarró el collar del perro y tiró de él hacia ella mientras alargaba el lanzador hacia Erik. Rozó con su dedo el cuello del perro, aquellos gestos sutiles con los que le daba órdenes.

—Si tocas su lanzador. —Erik le rozó la mano al intentar cogerlo. Nanuk comenzó su gruñido, enseñando levemente sus dientes. Aquel sonido que hacía temblar las piernas de a quien el perro dirigiese su mirada—. Te arrancará la mano.

Erik retiró la mano de inmediato y el perro dejó de emitir aquel sonido.

—¿No es un problema el tener un perro así? —preguntó mirándolo con desconfianza.

—Depende de a quien le arrancase la mano —respondió ella bajando la cabeza hacia Nanuk para reír.

Erik dio un paso atrás.

—En cuanto a lo de ayer —le dijo—. Irás con Rodri y con Goyle a hablar con Derek.

Natalia levantó la mirada hacia él enseguida.

—Quiero una reunión en el mar, lejos de la isla. —Su voz sonaba tan firme y diferente a como lo había hecho la tarde anterior en el paseo, que a Natalia le pareció perfecta para la grabación—. Les darás estas coordenadas y la hora.

Le tendió una tarjeta.

—Si no acuden, daré por hecho que no quieren ningún trato —añadió.

Ella asintió.

—No habrá más oportunidades, ni permitiremos que sigan robándonos mercancías.

Erik dio otro paso atrás.

—Natalia —le dijo—. Recuerda que Derek no es yo.

Erik se giró y se marchó dirección a su casa de nuevo. Natalia se quedó inmóvil, aun sujetando el collar de Nanuk. Pocos minutos de conversación, pero creyó que sería un buen precedente a la grabación de la reunión entre Rodri, Goyle y Derek.

Fini, lo vas a flipar y mucho.

Si hubiese tenido a Vicky cerca y a pesar de sus continuas bromas poco acertadas, le hubiese dado un beso en todos los morros. Aquello pintaba bien.

En cuanto al aviso de Erik sobre Derek, no surtió efecto en ella. Sabía demasiado bien cómo eran los malos, esos malos que cuanto más conocía a Erik, más distaban de él. Pero no podía dejarse engañar por aquellas pequeñas señas de aquel malo particular, que lo único que hacía era golpear el mármol intentando desconcharlo. No quería más grietas, ya estaba poniendo de su parte para tapar las que le habían producido los imprevistos y la bajada de defensas.

Erik se perdió de su vista. Miró la tarjeta, la reunión sería aquella misma noche. Tenía que darse prisa en avisar a El Fini y prepararlo todo. Suspiró.

Pasamos de fase.

28

No sabía por qué le había hecho caso a Vicky con la indumentaria. Llevaba una falda de tubo de talle alto en piel negra y un bodi del mismo color, con un escote terminado en pico.

Estaba tan apretada, que no sabía ni cómo había podido subir al barco de Erik. Vicky tuvo que dar la mano nuevamente a Goyle. Natalia sabía que su amiga hacía un gran esfuerzo, pues le resultaba nauseabundo. Y es que el gigante no se reprimía al mirarla de aquella manera en la que se podían leer sus pensamientos respecto a la rubia.

Nanuk subió de un salto, algo que sorprendió a Goyle. Natalia ni siquiera llevaba su correa, ni falta que hacía. Aquel perro no se separaría de ella o de Vicky, según sus órdenes.

Erik mostró la misma sorpresa al ver al perro. Pero Natalia no iba a arriesgarse a entremezclarse con tanta gentuza sin él.

Sabía que los esbirros de Derek los registrarían, tampoco podía llevar armas. Aguantó la respiración al pasar por delante de una serie de hombres de Erik que no conocía, hasta llegar a la cúpula de confianza del clan Valkyrie.

—¿Por qué lo has traído? —Sonó a reproche y en un tono que a Natalia no le gustó.

Supuso que, al unirse a su mundo, Erik dejaba de ser el vecino capo y se tornaba a un ser superior a ella. Y esa sensación le hacía ser verdaderamente consciente de entre qué tipo de gente se estaba metiendo. Quizás su acercamiento extraño con Erik, sus formas con ella los últimos días, la hicieron alzarse en seguridad. Pero ahora estaba sola y no tenía inmunidad alguna ante ellos.

Vio a Valeria junto a Erik, un paso más atrás, pero más pegada que el resto. Aquella mujer sin palabras era un reto constante. Goyle se situó al otro lado de Valkyrie. Rodri estaba algo más adelante, junto a Jony.

Natalia los recorrió a todos con la mirada. Esta vez no fue como las anteriores. No había cordialidad ninguna. Todo lo contrario: rectitud y frialdad, todo aquello que había vivido con otros. Miró a Erik, ahora sí era un malo que reconocía. Parecido a los que ella solía tratar. Pero esta vez se vio demasiado pequeña ante un grupo de tal calibre. Ahora no eran las cloacas de mamarrachos y esbirros de los poderosos. Y eso que lo que tenía delante tan solo era una parte, pronto tendría al resto. A Derek y Los arcángeles. Notó cómo las piernas se le hicieron ligeras.

La madre que me parió, ¿dónde coño me acabo de meter?

Y en aquel barco, en medio del mar y sin salida, estaban ella, Vicky y su perro Nanuk. Por primera vez, su pulso se aceleró sobremanera. Una presión que solo había sentido en soledad; cuando sus planes iban demasiado lejos, cuando se frustraban sus trabajos, o después de haber experimentado una situación extrema. Cuando el tsunami pasaba, llegaba la calma y la ansiedad se apoderaba de ella en la oscuridad, sin compañía. Y, por lo tanto, sin peligro de mostrar debilidades a quien no debía.

No era momento para un ataque de pánico repentino.

—El acuerdo era sin armas —añadió Erik mirando de reojo al perro y ella se sobresaltó.

Natalia separó los brazos del cuerpo, a pesar de que estos le pesaban, para que Erik pudiese verla con claridad.

—Y no llevo ninguna —respondió casi sin mantenerle la mirada.

Cámaras sí. Una cada uno, lo que suman tres.

Erik la inspeccionó de rodillas para arriba, deteniéndose en ciertas partes. Natalia supuso que sería para comprobar si bajo aquel envoltorio de tela cabía algo más. Sin embargo, pasó por alto la pulsera con el *charm* que más peligro podía producirle.

En cuanto a Nanuk, no reparó en su collar. Tampoco en los pendientes de Vicky. Uno de ellos, el derecho, llevaba la cámara en cuestión, algo más grande que la de la pulsera de Natalia. Pero imposible de localizar en tan llamativas joyas.

—El perro se quedará aquí —le dijo mientras el barco se ponía en marcha.

Erik había cambiado por completo frente a ella, era evidente. Su rectitud y su escolta delataban quién era realmente. Sintió que se habían acabado los juegos y que llegaba la verdad.

El Malo.

Mantuvo la respiración siendo consciente del marrón magnánimo en el que se estaba metiendo. Vicky le había sugerido que se tomara un chupito de vodka antes de salir, que eso le mermaría la consciencia lo suficiente como para no valorar las posibilidades de acabar con un tiro en la cabeza. Pero Natalia sabía que necesitaba cada neurona para lidiar no con una, sino con dos mafias bien organizadas.

No sabía cuál era su hueco ni el de Vicky entre ellos. Estaban los centrales, Erik y los suyos, más atrás los esbirros y no parecía haber espacio para nadie más.

Miró a Vicky, a esta le importaba poco que no hubiese hueco, así que se abrió paso entre ellos sorteando gorilas hasta un lateral, cerca de la barandilla. La frescura de su amiga le obligó a contener la risa a pesar de la tensión.

Pilló a Erik mirándola de reojo y, tras su hombro, Valeria la fulminaba con suficiencia. Oyó un gruñido casi imperceptible procedente de la garganta de Nanuk. Su lazo con el perro rozaba lo sobrenatural, él sentía la tensión en su cuerpo y aquella gente no le gustaba. Tocó su hocico, pero el gruñido no se apagó.

Menudo momento para ponerse rebelde.

Erik bajó la mirada hacia él.

—¿Demasiadas hormonas masculinas? —preguntó Erik con ironía, pero con un semblante que podía arrollarla.

El rugido del perro aumentó.

—Está claro que ni ella ni su perro se fían de nosotros. —Oyó decir a Valeria.

Natalia trató de controlarse. Tal y como estaba su perro, un altere más por su parte, podía hacerlo actuar de manera equivocada.

—Te dije que fue un error traerla. —La oyó de nuevo.

Ni siquiera levantó la vista hacia ella.

—Tiene que venir conmigo —le dijo Natalia a Erik—. No es buena idea que se quede aquí.

Erik entornó los ojos hacia ella.

—En el barco de Derek no encontrará un ambiente muy distinto a este —le dijo y sus palabras más parecieron ir dirigidas a ella, que al perro.

—Si no estoy, se pondrá peor —rebatió Natalia.

—Entonces lo abatiremos y te quedarás sin perro —le respondió Valeria.

Natalia esta vez no pudo ignorarla, levantó la cabeza con intención de responder.

—Ya vale —la calló Erik.

Natalia tuvo que sujetar a Nanuk por el collar, que había dado un pequeño salto y un mordisco al aire hacia Erik en cuanto este habló. El perro tenía tanta fuerza, que Natalia se desplazó un paso hacia él.

—Controla a esa bestia —le dijo Erik y sonó a orden—. O tendrá que regresar nadando. —Miró hacia la urbanización que ya quedaba a unos kilómetros—. Y la casa está demasiado lejos.

Natalia apretó el collar de Nanuk en su puño. Ahora era el propio Erik el que amenazaba a su perro. Aquello no ayudaba a su propio estado. Su tensión, sus dudas y, tenía que reconocerlo, también su miedo, estaban haciendo perder el liderazgo de su manada. Nanuk lo había percibido y por eso actuaba así, no reconocía a su dueña. Ni siquiera Natalia se reconocía.

Decidió no responderle nada a Erik, ignorar a Valeria e intentar tranquilizarse. Nanuk volvió a dar un mordisco al aire hacia Erik, lo que obligó a Natalia a intentar detenerlo de nuevo dando otro paso hacia él. Pero este, a diferencia de su acción de la tarde en el jardín, no retrocedió ante la amenaza del perro. Goyle sacó la pistola con rapidez.

Ay, mi perro.

Erik bajó la vista hacia Nanuk. Su cambio drástico de semblante le era tan extraño, que no hacía más que subir la tensión de su cuerpo. La sensación de haber caído, como una puñetera imbécil, en alguno de los juegos de Valkyrie. Porque no encontraba otra explicación a su cambio de actitud frente a ella. Lejos parecía haber quedado lo que había ocurrido el día anterior, al atardecer, sobre la moto de agua. Se sintió tan estúpida, que su cuerpo arremetió su furia contra ella misma.

Natalia, eres tú la que la está cagando. Para de una vez.

Sentía que Nanuk volvería a saltar de manera inminente. Estaba muy cerca de Erik y este permanecía erguido, altivo, con una soberbia capaz de apagar el fuego. Natalia cogió aire, recordando las palabras que ella misma le había dicho la tarde anterior a Erik sobre el fuego.

El fuego arrasa y lo convierte todo en cenizas.

Levantó la cabeza. Tenía que dejar de hacer el imbécil delante de todos ellos, o pronto notarían sus nervios, su inseguridad, su miedo, y su perro sería abatido por el arma de Goyle por su propia culpa.

Se irguió ante Erik, siendo completamente consciente de quién era, apartando de su mente los juegos de adolescente del paseo en moto, el numerito del barco y las bromas de Vicky.

En un rato tendré grabaciones suficientes y con solo pulsar un botón, puedo haceros arder a todos.

A pesar de aquel ataque repentino, aún quedaban resquicios de fuego en ella. Y mientras quedase una sola brasa, esa no tardaría en extenderse de nuevo. No podía pararse a reprochar su lamentable actuación, la situación era verdaderamente extrema. Aquel ataque repentino le hubiese pasado a cualquiera en su lugar.

Erik fijó la vista en la mano de Natalia, que soltaba lentamente el collar del perro. Goyle tenía el arma preparada por si se lanzaba contra Erik.

—Nanuk —lo llamó su dueña con firmeza y el perro de inmediato dejó de mirarlos a ellos y clavó sus ojos en ella, esperando la orden.

Erik entornó los ojos hacia Natalia.

—¿Qué te pasa, Natalia? —Su tono de voz volvía a rebosar de ironía. Una ironía que sabía que estaba relacionada con su advertencia sobre las consecuencias de entrar en aquel mundo.

Debía de responder. No como una niña asustada, sino como lo haría esa mujer a la que llamaban Natalia Fatalé.

Miró el arma de Goyle.

—Están apuntando a mi perro con un arma —le respondió ella manteniendo la respiración y la calma.

—Tu propio perro es un arma. —Erik miró al animal, que ahora solo estaba pendiente de su dueña y de la orden que esta quisiera darle—. No nos subestimes, Natalia.

—No os subestimo —respondió ella, sintiendo una punzada en el pecho ante la soberbia de Erik—. Pero si no le dices a tu gigante que guarde la pistola, no dudaré en decidir a quién le destrozará la cara antes de morir.

Y yo acabaría en una bolsa hoy mismo, pero tú irías directo al hospital.

La punzada aumentó cada vez de forma más profunda. Le impedía respirar sin dolor. Erik clavó los ojos en ella. Notó a Valeria complacida. Un teatro más de Los Valkyrie para amedrentarla.

Se hizo el silencio. Erik, sus socios y sus esbirros tenían la mirada puesta en ella.

Aguanta. Si aguantas esto, todo irá bien. Solo un paso más y son tuyos.

—Goyle. —Lo oyó nombrar al gigante y este guardó el arma, aún desconfiado con el perro.

Erik se mantuvo firme ante Natalia.

—Cuando decides sacar un arma, al menos debes de estar seguro de saber utilizarla —le dijo dando un paso hacia un lado para rebasarla.

Será capullo. Claro que sé controlar a mi perro.

Natalia se giró para verlo dirigirse hasta la parte delantera del barco. Valeria lo seguía, también Rodri, Goyle y Jony.

Vio que Erik había dejado un hueco entre él y Rodri. Natalia dio unos pasos hacia ellos, Erik la miró de reojo. No le estaba gustando su mirada aquella noche, nada tenía que ver con el Erik que creía conocer. Supuso que este era el Erik de la profundidad, el frío y oscuro.

Dio unos pasos más hasta ocupar su hueco en la barandilla, seguida de Nanuk.

Pues menos mal que no metí la pata ayer mucho más. Menudo imbécil.

Apoyó la muñeca en la barandilla.

—Serán Goyle y Rodri los que negocien con Derek —le dijo Erik—. Si llegan a un acuerdo, te llevarás un porcentaje que aún no he decidido.

Natalia guardaba silencio. Sabía que ella también debía negociar su parte. Le daba igual el dinero, no quería nada. Pero si no pedía nada a cambio, sí que sería sospechosa. Así que asintió.

—No se te ocurra meter la pata, ni que tu perro meta la pata. —Lo vio girarse para mirar a sus esbirros—. O no encontrarás a tu amiga a tu regreso.

Intentó que sus palabras no reflejaran ninguna expresión como respuesta. Erik se inclinó hacia su hombro.

—Es cierto eso de que todos tenemos grietas. No te conviene que yo conozca tus debilidades —añadió él y la punzada de su pecho se hizo intensa—. Pero ya es tarde, Natalia. Estas son las consecuencias una vez que entras.

No me lo puedo creer.

Vicky tenían razón, iba de sobrada y tarde o temprano lo pagaría. Miró a Erik. Sintió ganas de hacer un movimiento rápido, uno que sentenciaría el cuello de Erik, solo sería un segundo, Nanuk no necesitaba más. Si hubiese estado sola, quizás lo hubiese considerado. Pero aquello conllevaba la muerte también de Vicky. Se lo había puesto fácil a Erik. Estaba claro, si ya era evidente que le aterraba que amenazasen a su perro, no era difícil suponer que lo de Vicky serían palabras mayores.

—¿Esto es lo que quieres? —le preguntó Erik. Había varios barcos alrededor—. Bienvenida.

Se apartó de ella y se dirigió junto a Goyle y Rodri hacia una plataforma donde descendían unos escalones. Podía ver la lancha que los transportaría.

Natalia echó un último vistazo a Vicky. A pesar de sus bromas, su risa continua y poca consciencia de lo inmoral, Vicky estaba visiblemente descompuesta. Y eso que no había oído la parte en la que Erik la amenazaba directamente.

Natalia cogió aire.

Que el miedo no te detenga.

Tiró del collar de Nanuk. Erik estaba en la plataforma, hablaba con Rodri. Goyle ya estaba camino de la lancha. Natalia esperó a que cesaran los murmullos entre los dos hombres. Sus ganas de obtener mejores grabaciones aumentaban a medida que contemplaba al nuevo Erik Valkyrie que tenía delante.

Has metido al fuego en casa, pedazo de estúpido. Ya no te queda otra que quemarte.

Vio a Goyle bajar hasta la lancha. Dio unos pasos hacia la plataforma y bajó dos peldaños. Allí estaba Erik. No se detuvo en él, siguió bajando sin mirarlo, sin sonreír un ápice. Al pasar por su lado, notó aquel aroma que aún le recordaba al otro Erik, al que lograba desconcertarla y que le había hecho creer que su plan sería fácil.

Lo vio hacer un gesto brusco y se sobresaltó. Notó la mano de Erik cerca de su brazo. Enseguida bajó la cabeza para ver qué pasaba. Él había puesto la mano sobre la barandilla, justo donde su hombro iba a chocar con ella.

Su cuerpo no estaba para muchos sobresaltos y menos sin entender qué había ocurrido. No le estaba cortando el paso, lo había hecho tras su espalda. Miró la mano de Erik mientras él la apartaba de la barandilla.

Un hierro sobresaliente, punzante y mohoso sobresalía de aquel barrote. Abrió la boca expirando aire, desconcertada. Miró a Erik de reojo. Un hombre que la amenazaba, que no había hecho más que amedrentarla desde que pusiera un pie en el barco, ahora quería evitar un rasguño sin importancia en su brazo.

Erik apartó el brazo con rapidez y si lo observaba bien, hasta pudo percibir cierto bochorno en su gesto.

De esta voy a salir con una tara como una casa. Me van a volver loca del todo.

Lo vio moverse de nuevo, esta vez le agarró el antebrazo. Quizás en un intento de disimular aquel gesto estúpido que no correspondía.

—Te repito. Derek no soy yo —le dijo.

Natalia dejó paso a Nanuk para que subiese a la lancha. Una señal con la mano que Erik pudo ver con claridad y que ella hizo casi en su cara para que no pasara desapercibida.

¿Ves cómo sé controlar mi arma? La controlo como no alcanzas a imaginar.

—Claro que Derek sí es como tú —le respondió mientras seguía con la mirada a su perro hasta que subió a la lancha. Luego miró a Erik—. Exactamente igual.

Liberó su brazo y bajó los peldaños que le quedaban. Rodri le ayudó a entrar en la barca. Sin poder separar las piernas con aquella falda, fue arduo trabajo.

29

—Tardan mucho —protestaba Valeria.

Erik miró hacia el barco donde se había dirigido Natalia junto a Rodri y Goyle. Valeria resopló con tanta fuerza, que Vicky tuvo que mirarla. Valeria le devolvió una mirada fulminante.

—Como tu amiga nos haya traicionado, voy a…

—Natalia no va a hacer nada —le respondió Vicky firme—. Así que guarda tus complejos para otro día.

Valeria encogió las mejillas en una mueca.

—¿Cómo? —dio un paso hacia Vicky.

Erik la sujetó del hombro y la separó de Vicky. Esta miró a Erik con interés.

—¿Por qué os gusta tanto a los hombres enfrentar a las mujeres? —le preguntó con descaro y sin esperar respuesta. Negó con la cabeza.

Erik frunció el ceño, contrariado al escucharla con tal frescura.

—Sí, os encanta —añadió Vicky—. Mírala.

Señaló a Valeria. Luego la miró de arriba abajo.

—No es que sea de las mujeres con las que empatizo. —Negó con la cabeza—. Pero seguro que tu ego no vale el cabreo que tiene.

—¿Qué dice esta loca? —preguntó Valeria dando de nuevo un paso hacia Vicky.

Erik volvió a detenerla. Vicky la miró con suficiencia, levantó la mano y la sacudió.

—Seguro que todos los tíos que has tenido en tu vida han sido unos machistas dominantes que te han tratado como a una mierda. Míratelo, no merece la pena. Aprende a estar sola, no se está mal, a veces es lo mejor.

Vicky se cruzó de brazos.

—¿De dónde habéis salido vosotras dos? —dijo Erik casi para sí, haciendo un gesto de contrariedad.

Vicky alzó las cejas.

—Cierra la boca de una vez —le advirtió Valeria.

Vicky negó con la cabeza.

—Soy vuestra rehén, o como quiera que lo llaméis. Pero no pienso cerrar la boca. —Ni la miró. Se dirigía a Erik de nuevo—. Más Natalias en tu mundo, y no pintarías más que esos gorilas que tienes escoltándote.

Vicky contuvo la risa.

—Por eso te rodearás de mujeres como esta. Es más fácil. —Ladeó la cabeza hacia Valeria.

—Ya no la soporto más. —Levantó una mano y Vicky la vio ir hasta su cuello, pero de nuevo, Erik la detuvo.

—No deja de humillarme, ¿no lo ves? —se quejó.

—No te estoy humillando —le rebatió Vicky—. ¿No lo ves? Intento abrirte los ojos. Hacerte un favor. Que sepas dónde debería estar el sitio de una mujer.

—¿Una actriz porno va a darme consejos? —Rio Valeria.

—Con unos cuantos consejos míos, el hombre que quieres sería solo tuyo y no tendrías que

andar buscando la manera de ahorcar a Natalia. —Vicky desvió la vista hacia el barco donde se encontraría aún Natalia—. Te subestimas a ti misma y eso hace que veas como enemiga a la primera mujer empoderada que te encuentras en el camino.

Levantó las manos.

—No te culpo. Natalia viene directa del inframundo. —Rio. Luego miró a Erik de reojo—. Pero puedes aprovecharte del miedo que les suele infundir a los hombres.

Valeria rompió a carcajadas.

—Te equivocas de hombre. —Valeria ladeó la cabeza—. Tu amiga es una pusilánime al lado de Erik Valkyrie. Y si comete tan solo un error, yo misma la lanzaré al mar.

Vicky entornó los ojos hacia ella.

—Si crees que las amenazas de una mujer insegura que no supera sus propios miedos, e intenta disiparlos en compañía masculina es suficiente para tumbar a Natalia, es que todavía no la conoces bien.

—Callaos ya las dos. —Erik se llevó las manos al entrecejo.

—La culpa es solo tuya —le reprochó Vicky y Erik se sobresaltó.

Vicky entornó los ojos hacia Erik.

—Si quieres, puedo decirte todo lo que pienso respecto a ti y a Natalia, delante de «aquí, mi prima». —Ladeó la cabeza hacia Valeria.

—Voy a tirarla por la borda ahora mismo. —Valeria esta vez sí logró llegar hasta su cuello. El movimiento de Erik para apartarla fue tan brusco, que las uñas de Valeria rozaron el cuello de Vicky.

—¡Valeria! —Erik la apartó un par de metros de Vicky.

—No puedes tirarme por la borda, el trato es matarme si Natalia falla —le soltó Vicky levantando el dedo índice con descaro y suficiencia—. Mientras mi vida dependa de Natalia, estoy completamente tranquila.

Le guiñó un ojo.

—Valeria, ve con Jony —ordenó Erik.

Vicky sonrió con satisfacción.

—No pienso dejarte solo con la zorra esta —protestó Valeria.

Vicky giró la cabeza, intentando concentrarse en la tenue música.

—¿Quién se encarga del hilo musical? ¡Qué horror! —dijo con ironía negando con la cabeza.

Vio a Valeria con la intención de volver a increparla.

—Valeria, vete —repitió Erik.

Ella lo miró con ira y Vicky negó con la cabeza de nuevo.

—Mucho cabreo, pero ninguna represalia —murmuró.

Erik interpuso el brazo entre las dos. Valeria levantó el dedo hacia Vicky. Sin embargo, no fue capaz de decirle nada más. Se fue hacia donde Erik le había indicado.

Vicky se quedó a solas con Erik en la parte delantera del barco, esperando a que la lancha regresara.

La joven resopló. El barco donde se encontraba Natalia tenía las luces encendidas, podía ver algunos hombres vigilando. Pero desde que Natalia, el gigante, Rodri y Jony se perdieron hacia la parte de cubierta, no se había vuelto a ver movimiento.

—¿Te fías de ese Derek? —preguntó Vicky agudizando la vista.

—No. —Fue rotundo.

—¿Y por qué has accedido? —Volvió a preguntar sin mirarlo.

—Porque suele ser más seguro tener a tus enemigos cerca —respondió Erik.

Vicky alzó las cejas y lo miró de reojo.

—¿Te fías de Natalia? —Él se sobresaltó con la pregunta.

—¿Debería fiarme? —le respondió Erik con una expresión que a Vicky le dieron ganas de reír.

La joven encogió la nariz.

—Eso depende de en qué escalas estés para ella. —Rio—. Natalia ardería en el infierno por mantener a salvo a sus seres más cercanos. —Volvió a encoger la nariz—. Pero siendo hombre, te será complicado llegar hasta ese nivel.

Vicky giró la cabeza para reír y Erik negó con la cabeza.

—Aunque tú eres de los valientes. —Le dio una palmada en el hombro, gesto que a Erik le sorprendió—. Suerte con ella.

Vicky se giró para apartarse de la barandilla y alejarse de Erik.

El sonido de la lancha lo hizo reaccionar. Ya regresaban. Ver la imagen de los cuatro al completo y al enorme perro, lo hizo expirar con tranquilidad.

Bajó la plataforma con los escalones, la lancha no tardó en llegar. Goyle fue el primero en subir, tras él, Rodri. Su amigo se detuvo en él y se agarraron los antebrazos.

—Vamos dentro, tenemos que meditarlo bien— le dijo y Erik asintió.

El perro de Natalia entró con rapidez. Erik se fijó en él, el animal seguía un rastro con ansiedad, hasta que levantó su cabeza hacia Vicky. Supuso que Natalia le habría ordenado que comprobase que ella estaba bien. Después de escuchar las escuetas y aparentemente disparatadas palabras de la rubia sobre Natalia, supuso que, de no haber encontrado a Vicky en el barco, hubiesen tenido que abatirlo a tiros de inmediato.

Vio a Natalia subir mientras la lancha se alejaba de nuevo. Ella cruzó una mirada lejana con su perro, un mensaje invisible para Erik, pero que pudo interceptar. Ella subía el último escalón y lo miró al pasar por su lado.

—Tenías razón —le dijo sin detenerse.

Erik se retiró de la plataforma y anduvo junto a ella, observando cómo la tensión de pasar más de una hora en un barco desconocido y repleto de criminales no había causado malestar en Natalia.

—Derek no es como tú. —La vio contener la sonrisa y le dio un toque en la barbilla—. Tú eres mucho más guapo.

Erik se quedó quieto mientras Natalia se alejaba con paso apresurado para reunirse con su amiga y su perro. ¿Fiarse de aquella mujer? Estaba claro que no.

30

Natalia se miraba en el espejo. No sabía cómo Vicky podía prever al roce de lo sobrenatural. Vestidos largos de fiesta no era precisamente lo que ella hubiese metido en la maleta.

—Te tendrías que haber puesto el rojo —le decía Vicky.

Natalia negó con la cabeza.

—El rojo es demasiado llamativo. —Miró a Vicky de reojo, su amiga llevaba uno azul eléctrico. Natalia, sin embargo, había optado por uno negro.

Levantó la pierna izquierda y la abertura comenzaba tan arriba, que se le veía la pierna entera.

—Joder, Vicky —protestó.

—Enseñar carne no es malo. —Su amiga hizo un ademán con la mano.

—Pero ¿dónde escondo yo un arma aquí? —Hizo una mueca de disgusto. Miró a Nanuk—. Hay que llevarse al perro.

Vicky suspiró.

—Pues atenta a lo que haces, que ayer pensaba que le arrancaría la cabeza a Valkyrie. —Vicky cogió su bolso.

Natalia cogió aire profundo.

—No esperaba…

—Ese cambio en él, ya. —Rio Vicky—. Ahora que te estaba molando, ¿verdad?

Vicky rompió en carcajadas. Natalia no quiso ni mirarla y salió al jardín.

—Es como esa historia del diablo. —Vicky la seguía—. Cuando te invita al infierno, manjares, placer y belleza. —Se colocó frente a Natalia—. Y te deja disfrutar de ese paraíso unos días para luego preguntarte si quieres quedarte allí para siempre. —Entornó los ojos hacia Natalia—. Pero es un contrato perpetuo, irrompible.

Vicky puso sus dedos en el estómago de Natalia.

—Aceptas el trato y el paraíso desaparece. Solo queda oscuridad, brasas y cenizas. —Hizo una mueca—. Pero ya no hay marcha atrás.

Hundió sus dedos en el estómago de Natalia otra vez y esta enseguida apretó los abdominales para que Vicky no pudiese clavarlos.

—Tú no esperabas que este diablo te engañase. —Ladeó la cabeza.

Natalia levantó la barbilla con soberbia.

—No me ha engañado, nunca he dudado de lo que es —dijo.

Vicky alzó las cejas con picaresca.

—Sabes quién es y lo que es, pero, aun así, tus defensas con él flaquean. —Rio—. De todos modos. —Le guiñó un ojo—. La diferencia entre tu historia y ese cuento varía. Esta vez el diablo no te ha invitado a entrar. Es más, él no quiere que entres en el infierno.

Vicky se giró dándole la espalda.

— No la cagues, Fatalé.

Natalia suspiró.

—Madre mía, Vicky. Parece que estés de parte de él, en vez de la nuestra —le reprochaba Natalia.

Vicky giró su cabeza hacia ella.

—No estoy de su parte ni de la nuestra. —Sonrió y Natalia abrió la boca para lanzarle un improperio—. Estás pisando las brasas del infierno. —Arrugó la nariz—. Pero el diablo no quiere que te quemes los pies. Y la curiosidad me está matando.
Rio.
—Pues céntrate esta noche. —Se estiró el vestido—. Los otros miserables son aún peores que estos. ¿Llevas la bala eléctrica?
Vicky asintió y se levantó el pecho con ambas manos. Aquella delantera tenía sus ventajas.
—De todos modos, no te separes de Goyle o de Rodri, prefiero a estos que a los otros. —Tiró del collar del perro—. Yo necesito a Nanuk. Ya has visto los vídeos. Son unos mamarrachos.
Vicky entornó los ojos.
—Me dices que no me separe del gigante o del corrupto. —Señaló al perro—. Pero en vez de pegarte tú a Erik para librarte de las babas de ese Derek, te llevas al perro.
Natalia la miró fulminándola.
—Este no tiene nada que ver con Erik —le dijo Natalia.
—Claro que no, ya lo oí en los vídeos. Erik es más guapo. —Rio Vicky.
Natalia se tapó la cara. No sabía en qué estaba pensando cuando se lo soltó a Erik. Pero la situación de cerca con Derek, la negociación y la manera con la que este le lanzaba comentarios fuera de lugar, hizo que el reencuentro con Erik fuera como un roce con Dios.
Dentro del infierno en el que se estaba metiendo, se sentía menos insegura con Erik que cerca de Derek, lo tenía claro. Por muy distante que estuviese la noche anterior, por muy capullo y soberbio que se le presentase, junto a Erik sentía cierta inmunidad que no le proporcionaba Derek.
Por otro lado, las grabaciones habían sido excelentes. En cuanto consiguiese grabar directamente el intercambio de mercancías, serían todos suyos.
Pero antes tenían algo más, una fiesta en uno de los grandes barcos de Erik, entre las dos mafias para sellar su trato. Una juerga de criminales con demasiado alcohol, drogas, mujeres ligeras y demasiados delincuentes sin control.
Y dentro de aquella cloaca de lujo, Vicky estaría más segura cerca de los menos malos.
Levantó el dedo índice.
—No te separes mucho de Goyle —le repitió.
Vicky puso cara de asco.
—¿Y si se cree que quiero lío con él? —protestó sacando la lengua.
Natalia suspiró.
—Da igual lo que se crea, no quiero que acabes violada en ningún rincón de ese barco —le dijo Natalia ya en el puerto.
Vicky miró a Natalia de arriba abajo.
—Eres muy pesada con el negro. —Sonrió—. Pero me encanta cómo te queda.
Natalia se mordió el labio inferior.
—Queda poco, Vicky, casi lo tenemos. —Natalia le puso las manos en los hombros—. En unos días estaremos en Madrid.
Vicky sonrió dándole un pellizco en las mejillas a su amiga.
—¿Sabes que he comenzado a editar mi vídeo? —le anunció a su amiga.
Natalia alzó las cejas. Temía la burrada que podría estar haciendo Vicky.
—No puedes dejarlo en el disco duro del ordenador, ni en ninguna nube —le recordó.
Vicky negó con la cabeza.

—Lo tengo en un pen —le aclaró ella.

—¿En un pen a la vista? Vicky, no la cagues, que si registran la casa…

Vicky la cortó levantando la mano.

—Tranquila, está bien escondido. —El barco llegaba a por ellas—. Confía en mí. Ni siquiera tú lo encontrarías.

Las dos se giraron hacia el barco. Esta vez fue Jony el que bajó la plataforma para que subiesen. Nanuk fue el primero, luego Vicky y, por último, Natalia. Ya sabía por la mala experiencia de la noche anterior que Nanuk delataría cada uno de sus miedos o sus inseguridades. Así que, si quería evitar problemas, necesitaba estar tranquila.

En cuanto puso un pie en la cubierta, vio a Erik. Al parecer, ambas amigas no habían exagerado al vestirse de aquella manera. Tenía que reconocer que el ver a Erik con traje negro, y solapas de una tela brillante plateada sobre camisa también negra, lo hacía parecer menos malo.

Al menos no El Malo que siempre tuve en la cabeza.

Tras él vio a Valeria con un vestido largo de pedrería plateada.

Y hay que reconocer también que la chica vale lo suyo.

Un repentino ardor en su pecho hizo que su seguridad se tambalease.

¿Qué demonios?

Sacudió levemente la cabeza para que su cuerpo disipara aquella sensación. Vicky la miró de reojo. En su media sonrisa pudo interpretar que percibía algo de lo que le acababa de ocurrir.

Natalia apretó la mandíbula y se dirigió hacia el grupo. Era extraño, no tenía el miedo de la noche anterior, tampoco sentía el temblor de piernas que le producía levantar sospechas de sus verdaderas intenciones allí. Todo aquello había quedado a un lado por un instante, el mismo instante en que miró a Erik en medio de sus personas de confianza y con Valeria a su derecha.

Puso una mano sobre la cabeza de Nanuk. Con aquellos tacones era la única forma de tocarlo sin tener que encorvarse. Lo hizo para comprobar si su perro había notado algún cambio notable en la jefa de su manada. Pero Nanuk no cambió de actitud. No había perdido el mando.

Se detuvo a unos metros del grupo y Vicky la imitó. No podía acercarse más, eran un círculo cerrado del que aún ella no se sentía parte, a pesar de estar metida en una negociación puntual de Erik. No era su socia, tampoco parte del equipo. Había logrado justo lo que necesitaba, estar cerca, entre ellos, a la distancia justa para poder recabar información, pero sin establecer más relación con ellos que la necesaria.

Contuvo la respiración. Erik dejó de mirarla para dirigir su cabeza hacia el frente, el barco tomaba velocidad. Natalia ni siquiera había sido consciente de que había más gente en el barco, esbirros y otros desconocidos. Pudo reconocer a Jerónimo, el productor de cine para adultos de la primera cena, acompañado de varias señoritas con aún más pecho que Vicky.

Natalia no se movió de su lugar en la parte delantera del barco, a la cabeza con la cúpula Valkyrie, pero separada de ellos. Sintió el perfume intenso de Vicky cerca. Giró su cabeza y se encontró la cara de su amiga pegada a la suya, se sobresaltó. Su amiga se echó a reír.

—Profundos pensamientos te rondan si te asustas así. —Le dio con el dedo en la sien.

Natalia apartó la cabeza para quitarse los dedos de su amiga de encima. Vicky volvió a acercarse a ella.

—No busques más explicación. —Rio.

Natalia frunció el ceño y cerró su mano cogiendo el mullido pelo de Nanuk.

—Eso te quema —le dijo su amiga—. No puedes evitarlo ni con todas tus técnicas de ese rollo psicológico que tanto te gusta. —Acercó su boca al oído de Natalia—. Son celos.

Natalia esta vez separó todo su cuerpo del de Vicky. La miró como si hubiese enloquecido.

—No está entre tus sentimientos conocidos. —Le puso una mano en el hombro y ladeó la cabeza para negar con ella—. Por eso no has sabido ubicarlo.

Natalia apretó la mandíbula y desvió la mirada hacia el frente. A lo lejos podían apreciarse las luces de otros barcos. En uno de ellos estaría Derek con los suyos, esperando para unirse a la fiesta.

Se oía música en la parte de atrás. Una música aún tranquila que se mezclaba con el roce de las copas de cristal. Su amiga apoyó la barbilla en su hombro para mirar al frente.

—No es nada malo —le dijo Vicky.

Natalia seguía apretando la mandíbula. Junto a la barandilla el viento era fresco, la parte de delante de su pelo revoloteó y agradeció un poco de aire en las orejas. Toda la cara le ardía. Vicky se apoyó en la barandilla a su lado. Natalia cogió aire y lo expulsó de golpe.

—Tantos años juntas y tengo que venir al borde de un precipicio para verte humana —añadió Vicky tratando de peinarle con la mano el pelo que había movido el viento.

Natalia miró a Vicky.

—No es eso —le respondió con dureza.

Vicky levantó su mano y la sacudió.

—Lo que tú digas. —Sus palabras acompañaron a su gesto—. Pero te jode que Harley Quinn y… —Señaló con un movimiento de cabeza—. Parezcan la portada de una revista de moda.

Se echó a reír.

—Sobre todo, después de que le dijeras que mejor se quedase sin ninguna —añadió en un susurro.

Natalia volvió a coger aire profundo. Vicky se giró para ponerse frente a ella y se apoyó en su hombro.

—Tú conoces las tácticas de la gentuza, psicología criminal y todo lo que quieras —le dijo—. Los hombres son cosa mía.

Recibió una mirada fulminante de Natalia y Vicky le respondió con un guiño.

—Todavía hay algo que no me acaba de cuadrar de Erik —continuó—. Esos cambios que tiene… Es justo lo que se haría si quieres cabrear a alguien y que te dé una patada en el culo.

La rubia dirigió su mirada hacia Valkyrie.

—Y ahora estoy segura de que no es su ego, es otra cosa. —Hizo una mueca. Volvió a mirar a Natalia—. Pero lo tuyo sí es puro ego.

Natalia la apartó, empujándola.

—La correa, ¿no? Eso ibas a ponerle, —Vicky abrió los brazos riendo, volvió a recibir otra mirada que mataba.

Natalia se giró para ponerse de frente a ella.

—Te lo vuelvo a preguntar. ¿Estás de su parte o de la mía? —le preguntó furiosa.

—Siempre de la tuya —respondió con rapidez.

—Pues déjalo ya. —Volvió a coger aire mirando hacia el mar.

—Vale, lo dejo. —Se inclinó hacia Natalia—. Pero tu estómago no ha acabado contigo. Y lo de tu pecho perdura. —Levantó un dedo girándose hacia la parte central del barco—. Y la culpa la tiene él. Así que mientras asumes todo ese torbellino que tienes dentro, me voy a por una copa de champán.

La vio sonreír y su sonrisa aumentaba su cabreo.

—La Fatalé con sentimientos, hay que celebrarlo.

—Shhh, no me llames así aquí —le riñó.

Su amiga la miró divertida.

—Claro que no —respondió volviendo a un tono serio—. Aquí solo eres Natalia.

Vicky se alejó de ella. La siguió con la mirada hasta que la vio perderse entre la gente. Negó con la cabeza mientras volvía a mirar al frente. Reconocía el barco de Derek. Ya estaban cerca.

Solo Natalia. Lo veremos.

Soltó la barandilla y se dirigió decidida hacia la cúpula Valkyrie, seguida de Nanuk. Vio a Valeria pegarse aún más a Erik cuando la tuvo en frente.

—Llegan nuestros invitados —le dijo Erik—. Intenta ser amable.

Le encantaba cómo Erik se detenía en sus ojos cuando le hablaba.

—No te metas en líos —continuó—. Evita quedarte sola, los sitios poco iluminados, o rodearte de demasiados hombres. No puedo controlar a esa gente.

Vicky tenía razón, lo del pecho perduraba.

—Y menos aún a Derek —añadió.

—Sé cuidarme sola —lo cortó ella.

Erik entornó los ojos.

—No tienes ni idea —rebatió él como si fuese una adolescente rebelde.

Aquella sensación la mató.

—Claro que tengo idea —le respondió ella—. No necesito un padre.

Aprendí a vivir sin uno por culpa de gente como tú.

La ventisca interior que venía sintiendo, se vio invadida por un nuevo sentimiento que hizo que sus ojos brillasen. El recuerdo de su padre, razón por la que ella se había convertido en una gárgola de piedra a la que llamaban La Fatalé, solo hacía que le enfureciera más tener aquel ardor en el pecho y el temblor en el estómago por culpa de un hombre: Erik, El Malo.

Cuando os vea a todos entre rejas, esto de dentro acabará.

Al menos esa era la esperanza a la que intentaba aferrarse. Todo acabaría con el final de aquella investigación y ya estaba cerca de concluirla. Una noche entre malos de dos clanes. Grabaciones de las transacciones y poco más. No necesitaba más.

A pesar de que su voz lanzara cuchillos a Erik, él no se alteró un ápice. Continuó con su actitud altiva, recta y poderosa. Y eso sentía Natalia, estaba en el mundo de El Malo y en su mundo Erik era un Dios.

—No pretendo ser tu padre —le respondió tranquilo—. Solo pretendo evitar que acabes en el mar, o drogada, o golpeada, o violada por algún cafre de Los Arcángeles.

Natalia respiró tan fuerte, que hasta los orificios de su nariz se redondearon.

—¿Llevas armas? —le preguntó Valeria.

Natalia ni la miró. Si lo hacía, su propio vestido ardería en llamas.

—No sé nada de armas y no las necesito —respondió.

Oyó la risa de Valeria y sintió que no podía soportar tanta presión en el pecho.

—Entonces serás toda una diversión para nuestros invitados. —La oyó decir.

No tuvo más remedio que girarse hacia ella. Y sí, hasta el vestido le quemaba.

—Ya he visto que habéis traído diversión para los invitados —le dijo—. No soy parte de esa diversión.

—No serías capaz de sobrevivir entre esta gente ni media noche. —Valeria guiñó ambos ojos.

—Si has sobrevivido tú durante años y con dos medias neuronas, ten por seguro que, para tu desgracia, seguiré viva cuando acabe la noche —le respondió.

—¿Podéis callaros las dos? —dijo Erik mirando que el barco de Derek estaba ya a pocos metros.

—Pues dile a Harley Quinn que deje de atacarme. —Cuando Valeria oyó aquel nombre, dio un paso hacia ella y se llevó la mano hacia un lateral de su espalda, donde guardaría, supuso Natalia, algo para amenazarla.

—¡Nanuk! —Fue pronunciar el nombre y el perro hizo aquel sonido grave que ya bien conocían Erik y Valeria.

Erik suspiró.

—Natalia. —A pesar de la situación entre las dos mujeres, la llamó tranquilo—. Dile al perro que deje de hacer eso. Valeria, baja la mano.

Natalia vio que Erik se fijaba en su mano y en la señal que le hizo al perro. Nanuk enseguida detuvo el gruñido y se sentó.

Erik la agarró del brazo y la apartó unos metros del resto, dejando a Valeria atrás.

—No me des problemas hoy —le advirtió él.

—No es mi culpa. —Señaló hacia Valeria, que ahora estaba cruzada de brazos hecha una furia.

—No me refiero a ella —continuó Erik hablándole como si Natalia fuese imbécil—. No entres en conflictos con nadie. Es lo último que necesito esta noche.

Natalia suspiró.

—No voy a darte problemas —respondió ella.

Erik tardaba en continuar la conversación cuando tenía sus ojos cerca. Lo había notado desde el primer día y lo seguía comprobando. Una nueva ráfaga, esta vez más fría y placentera, entró en el concurrido pecho, donde aún daban vueltas en un tornado eso que Vicky llamaba celos. Y aquella nueva ráfaga atrajo consigo otra ola, esta vez oscura, un sentimiento que sí que reconocía bien: culpa. Si no detenía todo aquello, explotaría. Y no podía explotar en medio de una investigación, en el interior de un barco rodeada de mafias peligrosas de las que no había forma de escapar mientras estuviesen en medio del mar. Tenía que seguir hacia adelante, para atrás era ya imposible.

Erik pestañeó. Le encantaban las enormes y espesas pestañas de Erik, llamativas en un hombre. Él la observaba tranquilo, podía notar su respirar por el movimiento de su cuello.

Fue consciente de que la sensación de no poder escapar no solo era por el barco, ni por estar en medio del mar. Tampoco por estar rodeada de criminales armados, ni por la llegada inminente de un desgraciado como Derek.

Cerró los ojos al sentir que Erik la tocaba.

La correa.

La sentía en su propio cuello, justo donde ahora tenía la mano él. Podía sentirla cálida, fuerte, segura. Se mantuvo inmóvil a pesar de necesitar mover la cara para meter su nariz bajo la muñeca de Erik y que la mano le cubriese al completo.

—Sé por Rodri que has despertado cierto interés insistente en Derek —le dijo Erik.

Siempre despertaba aquella sensación en los hombres. No la abrumaba, nunca le abrumó, le causaba hastío, le repugnaba y le aburría. Fueran buenos o malos, todos sobraban en su vida. Por mucho que insistiesen y por mucho que, según sus amigas, ellos mereciesen la pena. Ni flores, ni regalos, ni citas dignas de la mejor novela de romance, consiguieron sorprenderla lo más mínimo. Ninguno de ellos jamás consiguió despertar más sentimiento que un ardor genital, un ardor que desaparecía con cierto acto que lograba olvidar por completo una vez hubiese acabado.

Los dejaba atrás, uno tras otro. Como decían sus amigas, ellos lloraban mientras ella seguía su camino, sin pena, sin recuerdos. Hasta que los hombres dejaron completamente de tener interés para ella.

—Y exponerte significaría cierto riesgo —añadió Erik y Natalia abrió los ojos.

Erik apartó la mano de su cuello pasando el pulgar por su mejilla en una caricia. Y todo aquel tornado de su interior se fue de inmediato, dejando solo el frescor de un aleteo rápido, como si dentro de ella revoloteara un colibrí.

Quería sujetar el brazo de Erik para que no quitase la mano de su cara, sabía que en cuanto se alejase de ella, el calor y todo lo demás volvería. Pero era un gesto que no se podía permitir hacer. Apartando su propia soberbia, su carácter altivo y superior con el que acostumbraba a tratar a los hombres, ella estaba allí por una razón que le impedía tener esos gestos con él.

Erik retiró su mano al completo y Natalia bajó la vista. Ni siquiera era capaz de mirarlo. Una nueva punzada en el pecho, distinta a las anteriores, provocó una corriente eléctrica que llegó hasta su garganta.

He venido a hundirlo.

No podía dejar que todo aquel teatro mermase su seguridad respecto al trabajo. Quizás todo aquello no eran más que apariencias, la superficie del mar que Erik le dejaba ver. Las profundidades serían terribles corrientes repletas de bestias. No podía engañarse, él era como otros que ya conocía, exactamente igual que el hombre que ahora estaría subiendo al barco, al que llamaban Derek. Criminales, mafiosos fríos, sin sentimientos, sin sentido de la moralidad alguno, mentirosos, traicioneros… En definitiva, Malos.

Levantó los ojos hacia Erik. La noche anterior se había mostrado ante ella así, ¿por qué no dejaba de cambiar? Hasta Vicky estaba desconcertada.

¿Por qué hace esto conmigo?

Podría ser un jugador profesional de aquella clase de juegos. O quizás fuese algún tipo de psicópata y solo estaba viviendo el preámbulo de una sorpresa final. Natalia había mirado a demasiados de esos a los ojos. Ningún iris llevaba la etiqueta de asesino a simple vista, pero a todos les rodeaba un aura oscura que ella sabía percibir. Sin embargo, aunque Erik tenía el temple y la seguridad de los líderes de las grandes mafias, carecía de ese aura que tantas veces apreciaba y despreciaba en los otros. Como sí que podía percibir en Valeria, en Goyle, en Jony y en aquel *Neanderthal* que la increpó desde el coche, o en el propio Derek.

Estoy desvariando. Él me está desvirtuando.

Lo mismo la había pillado, sabía quién era y le estaba dando una dosis de Fatalé en versión masculina.

Tuvo que abrir la boca para respirar. Le iba a reventar la cabeza de tantas teorías como le pasaron por delante.

Puso una mano sobre la cabeza de Nanuk y apretó su pelo.

—Cinco de mis hombres vigilarán a Vicky, quiero que estés tranquila en ese sentido. Nadie le hará nada —continuó él y Natalia entornó los ojos.

Y conoce mis debilidades cuando yo no logro encontrarle a él ninguna.

Erik estaba ganando la partida. Su experiencia no había sido suficiente para enfrentarse a él. Esta vez su propia seguridad se la había jugado, se había sobrevalorado a sí misma en todos los sentidos. No era tan lista como para engañarlo del todo, ni tampoco lo suficientemente sagaz como para escabullirse de su juego, ni mucho menos tan irresistible como para seducirlo, aunque él se lo hiciese caer a veces. Hasta en ese absurdo había caído. Nada de lo que ella conocía,

servía contra Erik Valkyrie.

Grabar lo que podamos y huir.

Era a lo que habían ido a hacer. No debía de darle más vueltas. Aquello era una investigación, no un absurdo pulso con Erik para ver quién era más listo de los dos.

—Pero a ti no te puedo poner esa vigilancia, despertaría desconfianza en Derek si no dejo que se acerque a ti —añadió—. Así que no tengo más remedio que dejarte suelta.

Como si fuese un perro.

Ella miró de reojo a las numerosas jóvenes que había llevado Jerónimo. Ellas sí habían ido a exponerse, precisamente esa era su misión: divertir a los invitados.

—Expones a otras —respondió Natalia—. ¿Qué riesgos temes conmigo?

Erik alzó levemente las cejas y hasta pareció contener una sonrisa.

—Ellas son profesionales y cobran por ello —le respondió—. Son caras, pero suelen funcionar.

Natalia apretó la mandíbula. Aquella manera de usar a las mujeres, aunque fuese de manera voluntaria y consentida, sacaban lo peor de ella.

—Pero jamás pagaría por ese tipo de servicios tuyos, aunque me costases la mitad. —Esta vez él no pudo aguantar la risa y las mejillas de Natalia ardieron de furia. Erik miró a Nanuk—. El riesgo que temo contigo... —Alargó su mano hacia la cabeza del perro, este apartó el hocico para no dejarse tocar y emitió un leve gruñido—. Es que acabemos a tiros con Los Arcángeles esta misma noche.

Natalia cogió aire para soltarle una fresca. Pero Erik giró su cabeza hacia la plataforma donde los hombres de Derek y algunas mujeres subían a la fiesta. Erik le cogió la mano y la acercó de golpe, tanto que el pecho de Natalia chocó contra él. El olor que desprendía el cuello de la camisa de Erik era tan embaucador, que deseó cerrar los ojos y olvidar la luz, la tenue música, y el bullicio de su alrededor.

—Sé amable, tanto como puedas sin correr riesgos —le dijo Erik cerca de su oído y sin dejar de observar a los nuevos invitados—. Si ocurre algún imprevisto y la fiesta acaba, no hagas estupideces. Vicky estará a salvo. —Giró la cabeza hacia ella—. Natalia, mírame, ¿escuchas? Vicky estará a salvo.

Ardería en el infierno por los míos.

Asintió recordando la frase de Vicky que oyó en las grabaciones de la noche anterior. Aquella forma de mirarla en la cercanía lograba que se multiplicasen los aleteos entre las costillas, y el hecho de que un buitre jefe de matones acabase de poner un pie en cubierta, dejaba de tener importancia. Demasiadas cosas se tornaban irrelevantes cuando tenía cerca el cuerpo tranquilo y seguro de Erik Valkyrie.

Ella dirigió la mirada hacia el cuello de la camisa de Erik, donde aquel aroma se hacía intenso, olor que la hacía querer acercarse aún más a aquella piel dorada que bordeaba la tela. Cogió aire por la boca.

Esto no me puede estar pasando.

Se separó de él y miró hacia otro lado.

—Suerte. —Lo oyó decir tras su hombro antes de rebasarla.

Expiró todo el aire de golpe. Miró hacia su perro. Volvieron los oscuros pensamientos, los remolinos, la ira, la culpa, los celos que decía Vicky… Y con todo aquello dentro, tendría que representar un papel frente a Los Arcángeles y Los Valkyrie.

Suspiró tocando el cuello de Nanuk para ponerlo a trabajar. Levantó los ojos hacia el nuevo

grupo, la cúpula de Derek.

Allá vamos.

Notó un olor floral y giró su cabeza. Era Valeria, sonreía satisfecha.

—Hoy comprobaremos tu utilidad —le dijo al pasar. Luego se giró para ponerse frente a ella, daba unos pasos de espaldas—. Y para qué eres útil exactamente.

Entornó sus ojos hacia Natalia.

—Derek no es como Erik —añadió—. Lo mismo a él sí logras embaucarlo con esos ojos enormes y esa soberbia morbosa que te traes.

Se echó a reír. Luego le guiñó un ojo.

—Si metes la pata, o pones a Erik en una situación delicada, seré yo quien te eche al mar. —Le dio la espalda y se dirigió hacia donde Erik recibía a sus invitados.

A la tiparraca esta le estoy cogiendo una tirria…

Sacudió la cabeza cuando la volvió a ver cerca de Erik con una de sus manos puestas en la espalda de él, a la altura de la cintura, formando una especie de círculo protector. Aquello a lo que Vicky le había puesto nombre regresaba.

Joder, Natalia. O te centras en lo que has venido a hacer, o te acaban matando hoy.

Su cuerpo dejó de hiperventilar cuando pudo apreciar en el grupo a Derek. Era tan alto como Erik, pero junto a Goyle, no parecía más que un muñequito. Derek era sumamente delgado, de caderas estrechas para ser hombre. Tenía la nariz y el mentón pronunciados, formando de perfil una desagradable media luna. Y su piel estaba llena de cicatrices y marcas, la mayoría de ellas las típicas del acné, mezcladas con algunas antiguas suturas.

Un mapa.

Derek no había nacido en el cielo de la mafia como Erik. Él había ascendido desde abajo. Supuso que de ahí la diferencia entre ellos.

Natalia miró a su perro, que jadeaba levemente concentrado en sus órdenes. Esperaba no tener que hacer que Nanuk reescribiese el mapa de la cara de Derek. Erik la dejaba suelta como le había dicho, pero le pedía que no buscase problemas.

Siendo yo, se hace terriblemente complicado.

Un hombre la rebasó demasiado cerca.

Hala, el Neanderthal.

La miró con desprecio, pero en cuanto ella cruzó los ojos con él, bajo la cabeza y siguió su camino.

Ahí, el jefe leyendo la cartilla a los suyos. Muy bien.

Aquella inmunidad otorgada por Erik respecto a los suyos hizo que regresara el aleteo.

Para ya, joder.

Estaba convencida que de salir viva de aquella, necesitaría una terapia de meses con algún loquero.

Comenzó a dar pasos despacio hacia el grupo, intentando no reparar en Erik, ni en el brazo de Valeria en su espalda, o Nanuk acabaría saltando al primer fulano que se le acercase sin que ella se lo ordenase.

Sonrió, no le quedaba otra al ver a Derek. Aunque su estómago la empujase a arquear su lengua en una irremediable fatiga.

—Natalia —le dijo él inclinando la cabeza hacia ella.

Erik estaba en su ángulo de visión, lo vio moverse, quizás para mirarla también. Natalia acarició la cabeza de Nanuk, no había perdido el control sobre el perro y si el can no había

percibido ninguna pérdida del mando, era imposible que ellos apreciaran debilidad o inseguridad en ella.

Ella imitó el movimiento de cabeza de Derek con cortesía. Pero no se detuvo en el grupo un instante. Siguió su camino en busca de Vicky para comprobar la protección de la que le había hablado Erik.

La encontró en la parte de atrás. Allí había más invitados, las mujeres bailaban. Vicky hablaba con Jerónimo. Y era cierto, estaba amurallada entre desconocidos que parecían más unos amigos que charlaban con ella esperando a ser el elegido principal, que escoltas enviados por Valkyrie. Verla bien y vigilada de alguna manera, hizo que su pulso se calmase.

Dio una vuelta por el barco. Los invitados, fueran parte de arcángeles o Valkyrie, se detenían en ella y sobre todo en Nanuk. Ella fue sorteando personas, copas de champán y risas de mujeres ligeras.

Ordenó a Nanuk que buscara a Valkyrie. El perro caminó delante de ella hasta llegar a unas escaleras a través de las que se accedía a una media planta. Las subió. Más suelo de madera en el que crujían sus tacones, algunos sofás vacíos. Desde allí podía verse la parte trasera descubierta del barco, donde estaba la fiesta. Era una especie de terraza desde donde vigilarlo todo.

En la parte de delante, pudo a ver a Erik junto a Valeria, Derek, Rodri y otros dos desconocidos que supuso que serían los hombres de confianza de Derek.

Se colocó la pulsera bien, allí habría tema interesante. El sonido de sus tacones hizo que el grupo se girara hacia ella. Pudo ver en el rostro de Erik que no era bienvenida allí.

Perfecto.

—El ángel de los ojos azules —dijo Derek indicándole con la mano que se acercase. Luego miró a Erik—. La fama que tenéis Los Valkyrie de rodearos de mujeres hermosas es cierta.

Miró también a Valeria e inclinó la cabeza con cortesía.

Vaya, es un caballero.

Apariencias superficiales y falsas que ya conocía bien en gente de esa calaña, a pesar de que Erik lograse confundirla.

Natalia ya estaba entre ellos y Derek la miró.

—Desconfía de tu enemigo si te envía a una criatura así en el comienzo de una negociación —le dijo a Erik riendo.

La sonrisa de Erik no era natural, lo conocía lo suficiente como para apreciarlo. Derek lo miró de reojo.

—Pero no pienso bajar del cincuenta por ciento de todo lo que tenga que pasar por la isla —le dijo firme—. Haz de cuentas que si quieres que hagamos la vista gorda y que os dejemos tranquilos, tendrás que pagar una especie de tasas especiales.

Erik negó con la cabeza.

—Ya te hice mi oferta —le respondió—. El diez por ciento si no participáis y el treinta si os asociáis con nosotros.

Una subasta. Fantástico.

Se inclinó hacia Nanuk para colocar bien la cámara hacia Rodri. Ella se encargaría de Derek y Erik. Lo acarició con disimulo.

—Un diez por ciento en los números en los que nos movemos, ya es suficiente para no hacer nada —añadió Erik.

Derek miró a los suyos.

—Esta isla es un lugar estratégico —les dijo—. Un rodeo aumenta el riesgo de ser

interceptados y entonces estaréis perdidos. El cincuenta.

Erik entornó los ojos hacia Derek.

—Valoraría subir del treinta si decidieses unirte a nosotros —le propuso.

—No sirvo a nadie, ni siquiera a un Valkyrie. —Fue su respuesta.

—No es servir —intervino Valeria—. ¿Un socio, quizás?

Derek reía negando con la cabeza.

—No me fio de vosotros como para algo como eso. —La miró con suficiencia—. No conozco a nadie que haya negociado con Los Valkyrie y haya sobrevivido.

—Eso era antes de que Erik se encargara de esto. —Rodri dio un paso hacia Derek—. Las cosas han cambiado y lo sabes. Ahora conectamos a toda Europa. Hemos conseguido unir a los grandes. Y creemos que eres el enlace perfecto aquí.

Apreció que el halago de Rodri surtió efecto en el rostro de Derek.

—Preferiría las tasas, sin participar —añadió, sin embargo.

Natalia se sentó en un sofá, cogió un canapé de la mesa y lo olió. Gambas con algo más. Miró a Nanuk con el canapé en la mano y vio la trufa de su nariz moverse. El perro le dio permiso con su lenguaje especial, así que le dio un mordisco.

Yo sí que no me fío de nadie aquí.

La conversación se extendió. Nanuk estaba tumbado junto a ella, las grabaciones estaban siendo muy productivas. Rodri, Erik y Valeria le explicaban a Derek cómo funcionaban y con las bandas que solían trabajar en el extranjero. Las conocía de oídas, le parecía mentira que Erik tuviese contacto con todos ellos.

¿Ves cómo es malo? Y tú de colegiala imbécil con este.

Cogió otro canapé. El perro volvió a mover su trufa captando el aroma. Este canapé lo engulló de un solo bocado. Arrugó la nariz, sabía a demonios. Extendió la mano hacia una copa de champán y le dio un sorbo.

Tras media hora, Erik y Derek no parecieron llegar a un acuerdo. Aunque las bandejas de canapés quedaron vacías.

—Voy a seguir disfrutando de tu fiesta mientras aclaro mis ideas —le dijo Derek a Erik. Y se marchó escaleras abajo junto a sus dos acompañantes.

Valeria miró a Natalia con desprecio.

—¿Y esta qué hace aquí? —preguntó sin poder reprimir el coraje en su voz.

—Comer —le respondió Natalia sin mirarla.

Erik y Rodri se miraron. Natalia los vio hasta divertidos.

—Comer y meterte hasta en los charcos —reprochó Valeria.

Natalia negó con la cabeza.

—Si llegáis a un acuerdo, es en parte gracias a mí. Yo os puse en contacto, con lo cual, también quiero mi parte. —Miró a Erik con descaro.

—¿Y cómo encontraste un contacto fiable con ellos? —preguntó Rodri—. No es tan fácil…

—Vuestro mundo está lleno de hombres. —Natalia miró a Valeria—. Salvo excepciones. Y el mío repleto de mujeres. Y los hombres suelen buscar a las mujeres. Eso me abre un amplio abanico de posibilidades.

Erik alzó las cejas. Natalia sabía que no se tragaba lo de la industria porno.

Pues no, mi enlace ha sido un mindundi de la facultad con la cara llena de granos pajilleros, que ahora ha ascendido al cielo de mi profesión gracias a tener contacto con personas como yo. Los que estamos como cabras y hacemos locuras como comer canapés entre Valkyries y

Arcángeles.

Hizo un esfuerzo para contener la sonrisa.

—No hay más. —Se levantó. Sus grabaciones eran suficientes como prueba del negocio entre ambas bandas. Y ahora el tener que estar pendiente de las manos de Valeria en el cuerpo de Erik para comprobar si «eso» volvía, no era buena cosa.

Les dio la espalda y Nanuk de inmediato se colocó a su lado. Giró la cabeza para mirarlos.

—Yo también quiero disfrutar de la fiesta —se despidió.

—Natalia. —Fue oír la voz de Erik y sentir ligereza entre las costillas.

Lo miró. Él negó con la cabeza.

—Déjalo. —Pareció arrepentirse de lo que iba a decirle.

Bajó las escaleras y buscó a Vicky. Era complicado hablar con ella de cosas importantes si estaba escoltada todo el tiempo. Así que solo estuvo con ella un rato representando el papel y se marchó con Nanuk.

Erik continuaba en la parte superior, como había podido comprobar desde abajo. Se acercó hacia la barandilla. Otro barco grande, que no reconocía como el de Derek, se había acercado demasiado a ellos.

¿Quién coño es esta gente?

Miró a su alrededor. Supuso que Erik tendría suficiente vigilancia como para detectar posibles indeseables. Se apoyó en la barandilla para grabar el barco, por si era algo relevante.

—Es extraño que no dejes de deambular por el barco. —Oyó la voz de Derek y se enderezó enseguida.

Ya me va a tocar las narices. Mucho estaba tardando.

—No me gusta el alboroto. —Se giró hacia él—. Ni el murmullo, ni la música.

Derek sonrió.

—Desde que pisaste mi barco anoche, mis hombres te llaman el demonio de los ojos azules. —Puso una mano en la barandilla, demasiado cerca de ella—. Pero yo no creo que seas un demonio.

Negó con la cabeza.

—De hecho. —La otra mano la colocó en la cara de Natalia. Esta tocó a Nanuk con rapidez para que no actuase. Necesitaba que el perro estuviese tranquilo, no dar problemas. A eso se refería Erik y debía cumplir—. Creo que alguien como tú estaría mejor con nosotros.

Natalia entornó los ojos hacia él. Reclutar amigos del enemigo siempre solía ser un buen truco para aquella gente traicionera y estafadora.

—¿Y qué me darías tú que no me pueda proporcionar Erik? —preguntó ella manteniéndole la mirada.

Derek acercó su cara a la de ella y Natalia tuvo serios problemas con su propio cuerpo para mantenerse. Derek le hacía querer separarse sin remedio. Su aura la empujaba con fuerza. Hasta su olor era desagradable.

—Soy el mayor narco del archipiélago —le respondió él—. Erik aquí no es nada, ¿entiendes? Por eso me necesita.

Derek miró hacia el barco que los rondaba.

—Y últimamente he hecho nuevos amigos que desean el mismo salvoconducto que Valkyrie.

Natalia miró hacia el barco que los rondaba.

Hostiaaaaaas.

—Y solo quiero saber quién me hace una mejor oferta. —Rio.

La miró de reojo, luego pasó su brazo por detrás de la espalda de Natalia. Ella volvió a alargar su mano hacia Nanuk para que estuviera calmado.

—Lujos, dinero y protección —añadió—. ¿Qué más necesitas?

Hundiros a todos.

—Ya tengo todo eso que me dices. —Con la otra mano retiró el brazo de Derek.

Derek arqueó las cejas.

—A todos los que rodeáis a Erik Valkyrie os parece un Dios. —Negó con la cabeza—. Pero es más torpe de lo que piensas.

Le puso un dedo en la barbilla, muy cerca de su labio.

—Desde que ese investigador se le unió, se ha vuelto muy cómodo. No lucha para ganar terreno. Prefiere el favor de los que sucumben al dinero y ha bajado las defensas.

Volvió a mirar hacia el barco.

—Y algunos han aprovechado ese tiempo para armarse de verdad. —Sonrió.

Ay, madre. En cuanto el fulano este se vaya, le digo a Vicky que se lance al agua con el primer flotador que encuentre.

—Erik tiene éxito porque se las ha arreglado para que las fuerzas de seguridad en varios países colaboren con él. Pero créeme, no tiene ningún mérito particular. —Volvió a reír—. Parte con la ventaja de ser un Valkyrie, todo el mundo lo respeta. Pero Erik no es su padre. Bajo mi punto de vista, solo tiene el mando porque es el único Valkyrie que sigue vivo.

¿Qué dices? Más quisieras tú ser la mitad de inteligente que él.

Natalia desvió la vista de Derek.

¿Y qué coño hago yo ofendida por lo que está diciendo? Natalia, coño, si es El Malo. Graba y calla.

—No sé cómo ha conseguido tantas facilidades, aunque dicen que ha utilizado la fortuna que le dejó su padre para lograrlo —continuaba Derek—. Cientos de millones para comprar investigadores de primer nivel. Aquí en España tiene a Rodri, ya lo conoces. Pero imagina un Rodri en cada país.

Si me diese sus nombres, sería la puta leche. Pero creo que el desgraciado este ni los conocerá.

—Por el contrario, Erik tiene una clara desventaja sobre la mayoría de nosotros. —Volvió a colocar el dedo, esta vez en el filo de su labio y presionó—. No conoce las cloacas ni los que viven en ellas. Los tiempos han cambiado y ya un apellido no significa nada para los nuevos jóvenes que se interesan por este negocio. El dinero y el poder priman. Y Erik no tardará en perderlo todo.

Pedazo de capullo. Voy a ser yo quien lo hunda y no tú. Tú vas a caer con él y su tropa. Y quien quiera que esté en ese barco, también si se arrima mucho.

—Yo mismo comencé en esto deseando que alguien como Valkyrie me reclutara. —Se encogió de hombros—. Sin embargo, lo hice por mí mismo y ya me ves.

Sí, todo un elemento, claro que te veo.

—La verdad es que siempre consigo lo que quiero y cada vez quiero más —concluyó.

Natalia asintió.

—El nunca es bastante, conozco esa sensación —al hablar ella, Derek aflojó la presión del dedo sobre su labio.

Ni ella misma sabía cómo estaba siendo capaz de aguantar la cercanía sin separarse de él y vomitar por la borda.

Sus palabras parecieron haberle gustado a Derek, porque esta vez rodeó su cintura y la acercó a él.

—Exacto —le confirmó.

Natalia arqueó la espalda para apartar su cara de la de él.

—A los catorce años descubrí mis ambiciones —le dijo—. Una noche cualquiera decidí qué quería hacer con mi vida.

Derek asentía sonriendo.

—Mis ambiciones eran grandes y sabía el precio que tendría que pagar por ellas. No me importaron las consecuencias.

Notó cómo Derek hacía presión en ella para pegarla más a él.

—¿Y qué querías? Puedo darte tanto cuanto desees, solo tienes que estar de mi parte. —Volvió a apretarla y acercó su boca a la de ella.

—Lo que deseo se escapa a tus posibilidades. —Puso su mano en el pecho de Derek y empujó para separarlo—. No importa que superes a Valkyrie, o que traigas a amigos y se líen a tiros contra el barco. Ni siquiera hundiendo a Erik y quedándote con su imperio, me darías todo lo que quiero.

Derek se resistió a retirarse y Natalia lo empujó con fuerza. Nanuk gruñó y ella aprovechó la distracción de Derek para liberarse por completo. El aire corrió entre ellos y lo sintió fresco. Nanuk se colocó delante de Natalia, interponiéndose entre los dos.

—Eres muy mala zorra para haber llegado hasta el círculo de Valkyrie —le dijo él con media sonrisa.

Natalia negó con la cabeza.

—Puede ser que sea muy mala zorra, o puede ser que no sea ninguna una zorra —le respondió separándose aún más de él. Dio unos pasos para pasar por su lado y marcharse—. Y no vuelvas a tocarme.

Derek alargó una mano hacia ella y Nanuk dio un mordisco en el aire. Derek tuvo que retirarla. De inmediato sacó una pistola y apuntó al perro.

Ay, madre.

Fue rápida. Colocó el muslo que la abertura del vestido le dejaba al aire, justo delante del arma de Derek, taponándola con la piel.

Me va a atravesar la pierna si dispara, pero mi pierna antes que a Nanuk.

Si había sudado con Derek pegado a su cuerpo, ahora aquella humedad se enfriaba a su espalda.

—Derek. —Oír la voz de Erik fue como oír a los ángeles celestiales darle el recibimiento en el cielo.

Llegó hasta ellos. Natalia sintió cómo la pistola se despegaba de su piel.

—Reconozco el barco de Irina, aunque sea a kilómetros de distancia —añadió Erik.

¿Irina? Otra loca, fijo.

Erik observaba cómo Derek guardaba su arma despacio.

—Siento haberme permitido la libertad de invitarla a tu fiesta —le dijo Derek—. ¿Tienes una nueva propuesta que hacerme?

Erik bajó la cabeza.

—¿Tratos con Irina? —Casi rio con la idea. Erik miró hacia el barco—. Tendría que estar loco. Pero puedo hacerte una nueva propuesta.

Erik tiró de Natalia para que lo siguiese, dejando a Derek atrás.

—¿Quién es Irina? —preguntó con curiosidad.

—¿Estás bien? —Volvió a tirar de ella hacia el interior de una puerta.

La cerró tan rápido, que Natalia creyó que Erik partiría en dos a Nanuk si este no hubiese sido tan veloz al entrar.

—Claro que estoy bien. —Apoyó el antebrazo en la pared.

Estaban en una sala llena de flotadores salvavidas, cuerdas y más almacenaje.

—Esperaba varias jugadas de Derek y las tenía todas en cuenta, pero necesito que no estés en medio —le advirtió él y ella alzó las cejas sin entender.

—¿En medio? —Se sorprendió.

Si ha venido a babosearme él.

—Tenía su pistola en tu muslo —le aclaró.

Natalia ladeó la cabeza.

—Quería disparar a mi perro —respondió con frescura—. Que viniese a tocarme las narices, ¿también lo tenías previsto?

Él dio un paso hacia ella.

—Claro que lo tenía previsto —respondió —. Lo tenía previsto desde que te envié junto a Rodri a negociar con él.

Le tocó el pelo colocándoselo en su lugar. Natalia no llegó a alcanzar a Nanuk, pero no hizo falta, el perro guardó silencio tranquilo a pesar de que Erik la tocaba.

—Será mejor que no te alejes de mí el resto de la noche —añadió.

Apenas le dio tiempo a ser consciente de la reacción que su cuerpo tenía cada vez que Erik la tocaba. Él dejó su pelo y volvió a asomarse por la ventana de la puerta.

—Sabía que Derek tenía negocios con alguien. —Entornó los ojos hacia el barco que no dejaba de dar vueltas a su alrededor—. Era ella la que le daba la ubicación de nuestra mercancía.

Natalia se fue a asomar también por la ventana. Pero Erik se giró para colocarse de nuevo frente a ella.

—Si no me fío de Derek, aún menos de Irina —le dijo y acercó de nuevo su mano a ella, esta vez cogiéndole la cara—. Si ocurre algo, vienes aquí y te cierras.

Esperó a que ella asintiera.

—No tenemos una buena relación con ella —añadió él.

Natalia pestañeó. La mano de Erik era tan cálida, que podría llegar a adormilarla si permanecía mucho tiempo sobre su cara.

—¿Le robabas mercancía? —preguntó ella con ironía.

Erik ladeó levemente la cara.

—La dejé por otra mujer.

Hostiaaaas, esto le va a encantar a Vicky.

—¿Por Valeria? —Ni la mano de Erik en su cara pudo evitar aquel ardor en el pecho.

Él negó con la cabeza.

—Fue hace años —respondió.

Las intrigas amorosas de la mafia que tanto han sido noveladas.

Alzó las cejas y encogió las mejillas.

—¿No tenéis bastante con vuestros líos en los negocios? —le soltó y él negó con la cabeza riendo.

Le encantaba la sonrisa de Erik cuando no había nadie delante, aunque fuese en la oscuridad. No importaba que apenas pudiese diferenciar colores, no hacían falta luz ni color para que aquel

aleteo placentero la invadiera hasta el cuello. Cerró los ojos y dejó caer su cara en la mano de él. Fue consciente de que la mano de Erik le cubría todo el lateral, un descubrimiento que le permitió acomodarse en ella.

Algo despertó en Erik su gesto, sintió su brazo tras la espalda rodeándola por completo y acercándose tanto, que la tela de su chaqueta cubrió la otra parte del rostro de Natalia.

Ella se quedó paralizada, inmóvil como la gárgola de piedra que siempre tuvo en su mente de sí misma. Sintió calor, un calor agradable que se mezclaba con el aleteo entre las costillas. Fue consciente de que había sentimientos que desconocía y de que, como decía Vicky, tenía que dejar de buscarle explicación. Pero en medio de aquel barco que no dejaba de llenarse de malos, equipada con cámaras y custodiada por el pariente cercano de un lobo, dejar todo el peso de su cuerpo sobre el pecho de Erik; mientras él la rodeaba, mientras inclinaba su cabeza hacia ella para cubrirla por completo, superaba el placer que nunca hubiera conocido. ¿La sensación? Podía compararlo con el sentimiento que le producía la familia o estar con sus amigas, o bien cuando Vicky la abrazaba. Sin embargo, esta vez el bienestar con el que reaccionaba su cuerpo era magnánimo.

—Te dije que no te metieras en esto. —Lo oyó decir.

Yo venía a por ti. ¿Cómo no me iba meter en esto?

—Derek no volverá a tocarte —continuó.

Y que lo intente.

Quizás Erik la estaba confundiendo con una indefensa damisela, pero fuera por la razón que fuese, le estaba encantando lo que estaba haciendo con ella. Y no solo por la afectividad de aquella agradable envoltura. Sino porque cada vez que la piedra que formaba a Natalia Fatalé crujía y se abría en grietas, algo se filtraba en su interior y se hacía intenso.

No podía engañarse, le gustaba que la piedra se abriese y se partiera en pedazos, aunque más tarde se lamentara por ello. Natalia subió los brazos despacio y se agarró a la chaqueta de Erik.

—Ocurra lo que ocurra hoy —le dijo firme—. Mañana necesito hablar contigo.

Erik se separó de ella para que lo mirase.

—No puedo permitir que sigas por aquí. —Bajó la vista meditando. Luego volvió a mirarla—. Y menos ahora. No puedo controlar lo que pase a partir de ahora y tú… —Le levantó la cara hacia él—. Ya deberías de haber huido.

Anoche, supongo. Cuando fuiste un estúpido.

Ser conocedora de las razones del por qué Erik había actuado de aquella manera con ella, hizo que más piedras cayeran en cascotes hasta el suelo.

—¿Quién te dio el contacto de Derek? —le preguntó y Natalia se sobresaltó—. Necesito saberlo.

Natalia apartó la mirada y negó con la cabeza.

—Natalia. —Volvió a obligarla a mirarlo—. Necesito saberlo.

—No me engañaron —dijo sabiendo que su intento de escabullirse por responder iba a ser en vano.

—Natalia —repitió su nombre.

Ay, madre.

—No me vengas a contar de nuevo ese cuento de películas, ni de máquinas *fucking machine*… —Al negar con la cabeza rozó su nariz—. Confía en mí, necesito saberlo.

Confía en mí, dice. ¿Cómo se lo voy a decir?

—Mi contacto no viene de ninguna cloaca. —Cogió aire con fuerza—. Es un conocido de

hace años que…

Resopló. Erik esperaba paciente a que se decidiera a contarlo.

—Mi contacto es periodista y tiene un infiltrado en Los Arcángeles —le soltó.

Madreeeeee.

Se sorprendió de que Erik no se alterase en absoluto, que no se ofendiese. Era más, hasta lo vio más tranquilo.

—Te dije que no me habían engañado —añadió ya viendo que su respuesta era bienvenida.

Erik profirió media sonrisa.

—No es fácil engañarte —respondió él—. Ni siquiera para mí.

Tú me tienes que me vas a dejar una tara de por vida.

Lo empujó con suavidad para separarlo de ella.

Que se me está yendo la pinza con El Malo. Madre mía. Menuda chapuza de investigación. No me van a querer ni en la tele local.

Erik aprovechó el gesto para volver a mirar por la ventana. El barco se acercaba a ellos, ya podía apreciarse con claridad. Lo vio coger aire y suspirar.

Tiene un marrón encima mayor que el mío. Y mira que el mío es gordo.

Ella suspiró también. Erik alargó la mano para coger la suya, supuso que ya no podían tardar en salir. Nanuk se preparó, erguido hacia la puerta. A Natalia le sorprendió que el perro no tuviese reacción a su cercanía con Erik. Supuso que esa conexión que mantenía con el animal había hecho que para Nanuk, de alguna manera, Erik hubiese pasado a ser parte de la manada por un momento.

—Tengo que hablar con Derek antes de que Irina se decida a acercarse a nosotros. —Miró a Natalia.

—Y yo tengo que hablar con Vicky —le respondió Natalia asomándose también a la ventana.

Erik la puso frente a él.

—Te he dicho que Vicky estará bien —le repitió—. Quédate conmigo. Lo último que necesito ahora es que te pierdas entre tanta gente. —Miró hacia la ventana—. Y entre qué tipo de gente.

Natalia señaló a Nanuk.

—Será solo un momento y puedo encontrarte cuando quiera —le dijo ella.

Erik miró al perro.

—¿De dónde has sacado a este perro? —Lo miró visiblemente asombrado.

Natalia rio. De nuevo tuvo a Erik cerca.

—No llames la atención y que él no haga nada que nos comprometa. Luego vuelve a mí. —Le encantaba que la envolviese de aquella manera.

Erik apoyó su frente sobre la de Natalia.

—Mañana ya estarás fuera de todo esto, ¿entendido? —añadió.

De eso nada. Aquí va a liarse parda y tengo que estar en medio.

Erik volvió a formarle un cepo con su boca en el labio inferior, como hizo la tarde de la moto de agua. Pero esta vez todo el cuerpo de Natalia reaccionó y abrió la boca pegándola a la de él. Pronto fue consciente de su propia estupidez y se retiró de inmediato.

Nataliaaaaaa.

Y su gesto no lo ofendió. Al contrario, recibió como respuesta un beso en la sien. Lo oyó suspirar.

—A ver cómo te saco de esta sin consecuencias —murmuró.

Me conformo con sacar a Vicky.

Volvió a besarla y esta vez, a pesar de no invadirla, se detuvo más tiempo en sus labios. Lo que hizo que el aleteo se sintiera tan intenso, que le recorrió las piernas enteras. Esperó a que fuese él el que se retirase. La sensación fue la misma que cuando buscaba el contacto con sus manos, Erik tenía algo en su cuerpo que la atraía hacia él.

Si es que ya no me parece ni tan malo. Al psiquiátrico directamente voy.

Supuso que la cámara de su pulsera tendría malas imágenes, pero la de Nanuk habría obtenido un bonito primer plano de aquella escena comprometida. Imágenes que tendría que esconder de Vicky.

Erik abrió la puerta y sin soltarle la mano, salieron de allí. Ya en el pasillo del lateral del barco, él se separó de ella. Vicky estaría en la parte de atrás y Erik buscaría a Derek al otro lado.

—Solo un momento y vuelves conmigo —le dijo.

Acercó su otra mano a las que mantenían unidas y la de Natalia quedó envuelta. No sabía qué nombre ponerle a aquel placer, pero le estaba gustando tanto, que notó cómo estaba comenzando a crear una necesidad en ella.

Soltó a Erik de manera lenta mientras él se alejaba. Lo miró hasta que lo perdió de vista.

Se dirigió a Nanuk, sentía aún el vértigo, la ligereza y un extraño tic en los labios que la hacía querer sonreír sin remedio. Resopló.

Esto es surrealista. Y yo una periodista chapucera.

Tocó a su mascota con aquel patrón que le ordenaba rastrear.

—Vicky. —dijo.

El perro se adelantó a ella. Encontró a Vicky en uno de los sofás. Hasta Goyle se había agregado a la reunión. Le pareció bien que el gigante estuviese cerca de Vicky.

Natalia puso su mano en el hombro de su amiga y esta se sobresaltó.

—¿Me permitís que la robe un segundo? —les dijo.

Tiró de ella para levantarla del sofá. Vio a Goyle abrir la boca para protestar.

—Un segundo. —Hizo una mueca—. Ya sabes eso de que nos gusta ir al baño de dos en dos.

Lo dejó contrariado mientras ella, sin dejar de empujar a Vicky, le hizo una señal a Goyle de que iba a ser solo un segundo.

—Puff —resopló Vicky ya llegando a uno de los laterales del barco, zona solitaria—. Estoy hasta el toto de los gorilas que me ha puesto tu Malo.

Vicky giró los ojos para mirarlos de lejos e hizo una mueca.

—¿No los había más guapos? —Sacudió la cabeza.

Natalia se puso los brazos en la cintura y la miró en un reproche. Sin embargo, Vicky levantó un dedo.

—Ahora ven a decirme que he perdido el tiempo bebiendo y riendo como si estuviese en una puñetera discoteca. —Comprobó a ambos lados, para verificar que estaban solas—. Pues te tengo algo.

Vicky tiró de Natalia para acercarla al borde del barco.

—¿Lo ves? —Señaló al barco que acechaba—. Es el barco de Irina, otra Harley Quinn como «aquí tu prima» la rubia. —Hizo un ademán con la cabeza señalando la zona donde estaba Rodri con Valeria.

—Ya lo sé —le respondió Natalia.

—No, no sabes —añadió Vicky—. Irina era un satélite de la mafia Valkyrie, dice que el padre de Erik la encontró en la calle trapicheando con mindundis y le pareció un buen fichaje. Y resultó serlo.

Vicky miró hacia el barco.

—Luego comenzó una relación con tu Malo. —Le dio con el codo entre las costillas—. ¿Quema? —Estuvo a punto de reír, pero la expresión fulminante de Natalia la hizo evitarlo—. Pero llegó otra chica, Ivanna. Y a tu Malo pareció gustarle más.

Vicky entornó los dos ojos.

—Y aquí viene el culebrón —continuó—. Irina se separó de Los Valkyrie y se fue con la competencia. Ya sabes, venganza. O lo que viene a ser que Erik la dejó con tara y quiere hacérselo pagar. Ha estado durante años intentando reunir a todos los enemigos de Valkyrie para acabar con su imperio, y ahora ha puesto su ojo en Derek. Una fulana lista, porque va teniendo buenos avances.

Vicky volvió a levantar un dedo.

—Ya lo escucharás todo detallado en los vídeos —añadió—. Hay más. Ivanna estuvo tres años junto a tu Malo. Pero… —agarró el vestido de Natalia—. Resultó ser una infiltrada, una espía de un centro de investigación. —Apretó los dientes—. Viktor Valkyrie, el padre de El Malo, la mandó matar en un barco como este. —Zarandeó a Natalia—. Tiro en la cabeza, bolsa de plástico y al mar.

Madre mía.

—Fueron tan rápidos que, cuando Erik se enteró, Ivanna ya no existía.

Natalia arqueó las cejas.

—Y ¿qué te sorprende? —Ladeó la cabeza.

—Que esto parece una puta película —le respondió Vicky—. Me dijiste que me olvidase de las películas, pero es igual. No, no, no, es todavía mejor. —Hizo una mueca—. Pero no mola ser parte del reparto.

Miró a Vicky y tuvo que contener la risa.

—Eso sí. —Vicky se estiró el vestido—. Erik no quiere ni que se la nombre. La traición de Ivanna, que se la colara de esa manera, es una vergüenza para Los Valkyrie. Por eso nadie de los de abajo quería que Erik tomase el mando cuando murió su padre, pero no había otro hermano vivo. Tu Malo tampoco quiere que se hable de eso.

Natalia entornó los ojos.

—Y si no quiere que se hable, ¿cómo te has enterado de todo? —Se sorprendió Natalia.

Vicky arqueó las cejas con suficiencia.

—A ti no te cuentan todo lo que quisieras porque vas de lista —le respondió—. Pero hacerse la tonta siempre funciona.

Vicky le guiñó un ojo y Natalia sonrió. Su amiga era más eficaz de lo que a simple vista parecía.

—¿Y tú qué has estado haciendo mientras? —le preguntó.

Natalia abrió la boca para responder, pero tenía que meditar bien la respuesta.

—Tengo que volver —se excusó.

Vicky la miró con picaresca.

—¿Con Erik? —Su voz rebosaba ironía.

—Ya vale, Vicky. Esto hay que pararlo ya. —Miró hacia el barco de Irina—. Las cosas se complican.

—¿Puedes pararlo? —le preguntó su amiga cogiéndole el brazo—. Porque no te veo muy segura.

—Claro que sí, confía en mí —le respondió.

—Confío en ti en todas las decisiones que tomes, pero dudo que contra eso otro seas capaz de hacer nada.

Natalia negó con la cabeza.

—Esto se está poniendo realmente feo. O lo paro, o nos matan. Esa es la motivación para controlarlo. Ellos son los malos. —Señaló al barco—. Nosotras las buenas. Y ya has comprobado lo que hacen con los buenos. Así que…

Vicky sonrió con dulzura. Una dulzura que no iba con aquella situación, ni con la gente que habitaba el barco.

—¿Quiénes son los buenos y los malos aquí? —preguntó.

Natalia frunció el ceño.

—Míralo todo del revés —continuó Vicky. Puso su dedo índice en el pecho de Natalia—. Erik me ha puesto cinco gorilas y a un gigante para que Los Arcángeles no me hagan nada. Y a ti… lo que hace contigo ya lo sabes. Del revés, Natalia. —Rebotó el índice en su pecho, señalándola—. Tú eres La Mala.

El sentimiento de culpa aumentó con las palabras de Vicky.

—¿Qué dices? —Era incapaz de reconocerlo, aunque su interior lo corroborara—. Hoy Erik está de buenas, ¿pero ayer? ¿Nos pegaría un tiro mañana?

—La señorita compleja exige que el resto de los mortales sean simples. —Vicky asentía con la cabeza—. Te he dicho esta noche que Erik me desconcertaba. Y claro que me desconcierta. Erik Valkyrie es un puzle, Natalia. Y a ti, en concreto a ti, te está dejando piezas para que lo armes. Pero eres tan estúpida, que intentas encajar las piezas para formar la imagen que quieres ver, la que traías en la mente ya de casa sin ni siquiera conocerlo. Por eso no encajan. ¿No lo puedes ver?

—Las cosas no son tan simples, Vicky.

—Vale, ¿qué retorcida teoría tienes ahora?

—Que puede que ya sepan quienes somos y no nos crean tan locas como para aventurarnos solas. Esperan a que delatemos a quien sea que nos tenga como marionetas.

Vicky torció los labios y asintió.

—Puede ser, pero… ¿No se han dado cuenta ya de que Natalia no serviría ni al diablo? Porque hasta un mono neuronal podría verlo.

Natalia resopló.

—Natalia. —Vicky cogió su collar, en el que llevaba la cámara—. Pídemelo y ahora mismo lo lanzo al mar. Junto con tu pulsera y el collar del perro.

Natalia alzó la vista hacia el enorme barco de Irina.

—¿Por qué? —preguntó Natalia.

—Porque tú ya no quieres seguir con esto —le respondió—. Solo lo haces porque ahora mismo tu sentimiento de culpa por faltar a una promesa contigo misma y con tu padre, supera a tu remordimiento por traicionar a Valkyrie.

Natalia abrió la boca, ofendida.

—No pienso dar un paso atrás —dijo precisamente dando un paso atrás para alejarse de Vicky —. Vuelve con ellos, yo seguiré a lo mío.

—Y lo tuyo es… —La miró de reojo—. ¿A que no me dejarás ver los vídeos completos?

Vicky se mordió el labio y arrugó la nariz. Natalia se dio la vuelta para darle la espalda.

En vez de aclararme, me pone peor.

Se alejaba de Vicky con rapidez. Se inclinó hacia el cuello de Nanuk para ordenarle rastrear a

Erik.

31

En aquella terraza, con el barco de Irina dando vueltas a su alrededor, no se estaba muy relajado.

Derek apuraba la botella de champán en su copa.

—Me parece razonable tu nueva propuesta —le decía Derek—. Pero… quiero más.

Erik suspiró. Ya comenzaba a punzarle el pecho. Quería a Irina fuera de allí.

—Desde el principio no te has fiado de nosotros —continuaba Derek—. Tus hombres van armados, vale, los míos también. Nos traes mujeres, sin embargo, me dicen los míos que tienes a cierta rubia amurallada y hay una mujer que pasea por el barco custodiada por un lobo. —Se mordió el labio—. No es justo que tú cuentes con tres mujeres intocables, Erik Valkyrie, y yo con ninguna.

Erik frunció el ceño.

—Si buscas una mujer, en ese barco de ahí tienes a una con un gran repertorio de encantos —le respondió con ironía.

Derek sonrió, luego negó con la cabeza.

—Con Irina es más seguro tener solo negocios. Su único objetivo eres tú. Y yo. —Se señaló a sí mismo—. Tengo ambiciones que van más allá.

Erik asintió.

—Entonces baja y elige a la chica que quieras. —Erik se asomó para ver la zona de la fiesta.

Vio a Vicky de nuevo junto a Goyle y los suyos. Buscaba a la mujer del lobo con la mirada. Si Vicky había regresado, Natalia no estaría lejos.

—Ya la he elegido —le dijo Derek asomándose también—. Al principio pensé que era un regalo tuyo, un regalo con dinamita, una espía. Y, aun así, le vi posibilidades —continuaba—. Pero hoy he comprobado que no era nada de eso. Y que es difícil de sobornar. Y todavía le sigo viendo posibilidades.

Derek se recostó en el sillón.

—Y soy bastante caprichoso en esos asuntos —añadió—. Acepto tu cuarenta por ciento por no interferir en tus transacciones, y a Natalia y a esa bestia que va con ella.

Erik entornó los ojos hacia él.

—No trato con personas —le respondió.

—Haz una excepción.

Erik negó con la cabeza.

—¿Quieres el cincuenta por ciento? Es lo que me pedías hoy —le dijo Erik—. Es tuyo.

Derek negó con la cabeza.

—Aceptaría incluso un treinta y a Natalia —le rebatió.

—Natalia no está, ni estará en el trato.

—¿Y si el trato exige su inclusión? —Derek lo miró de manera directa.

—No habrá trato. —Fue rotundo.

Derek dirigió su mirada hacia Irina.

—O tú, o Irina. —Lo oyó decir —. Piénsalo.

—No tengo nada que pensar. —Se levantó y le puso la mano en el hombro—. Si es esa tu

condición, puedes decirle a Irina que se acerque a recogerte. Podéis cerrar el trato hoy mismo, ella lo está deseando.

Se alejó dejando solo a Derek. Por más que había intentado mantener la calma ante él, este había conseguido sacarlo de sus casillas y, aunque reflejase tranquilidad, su interior explotaría en segundos. Encontró a Rodri a los pies de las escaleras.

—Ya han registrado la casa de las muchachas. —Negó con la cabeza—. No han encontrado nada. Ni dinero en efectivo, ni drogas. —Hizo un gesto de sorpresa—. Ropa por todas partes, son tremendamente desordenadas. Ah, y cosas de mujeres, no me preguntes. Un solo ordenador portátil y un iPad, ambos sin conexión a internet y repletos de fotos de ellas mismas. Como ordenaste, no han dejado ni grabadoras ni cámaras.

Erik miró hacia la terraza, donde Derek hablaba por teléfono.

—De todas maneras, ese perro les dirá que hemos estado en su casa —le dijo a Rodri.

—¿El perro?

—Ni te imaginas. —Se dirigió de nuevo a Rodri—. No tengo ni idea de dónde han salido ni de quiénes son, pero hay que sacarlas de esto. —Negó con la cabeza—. Derek quiere a Natalia en el trato. Hay que sacarlas cuanto antes.

Rodri se puso las manos en la cintura.

—Imprevistos inesperados —le dijo Rodri a su amigo—. De los que joden planes. Te dije que las dejaras ir desde un principio.

—Dudaba de ellas, Rodri —se defendió—. Tenía que comprobarlo. Pensaba que lo de anoche sería demasiada presión y que daría un paso atrás y dudó, lo sé. Pero siguió adelante.

—¿Y ahora qué?

Negó con la cabeza.

—Búscales un vuelo a Madrid. Mañana hablaré con Natalia. —Levantó los ojos y vio venir a Natalia. El olfato de Nanuk no le habría permitido perderse—. Derek hará trato con Irina. Urge alejarlas de aquí.

—¿Por qué ese empeño? —le preguntó Rodri—. Si quieren entrar en el negocio… que sea su elección.

Erik guardó silencio. Natalia ya había llegado hasta ellos. Vio a Rodri mirar a la joven y luego a él. Terminó poniendo una expresión que Erik conocía bien.

Derek se había dado prisa en llamar a Irina porque su barco ya estaba junto al suyo. El indeseable se había levantado del sillón y pasaba por delante de ellos.

—¿Tu última palabra, Valkyrie? —le preguntó.

—No tengo más que decir —le respondió seguro.

Los orificios alargados de la nariz de Derek se redondearon, parecía ofendido.

—Pues bien. —Se dirigió hacia el lateral del barco donde estaba el de Irina. Habían sacado una plataforma. Los hombres de Derek y los curiosos se acercaron.

Erik y Rodri lo siguieron. En el lateral se reunieron con Valeria, Jony y Goyle. Natalia permanecía cerca de él, tal y como le había indicado.

Mientras los hombres de Derek pasaban de un barco a otro, pudo ver a Irina con un vestido verde agua, quizás preparada por si era invitada a la fiesta. Llevaba un moño bajo con la raya en medio. El pelo tirante siempre le quedó bien y, a pesar de que los años habían pasado y ya no era tan joven, seguía manteniendo la belleza exótica de cuando la conoció.

Irina se acercó a la plataforma, justo donde se unía con el barco de Erik. Lo miró, una mirada mezcla de ira y ofensa a pesar de los años, pero con un haz de admiración. La vio repasar a cada

uno de sus acompañantes.

Erik puso una mano en el hombro de Derek y se acercó hacia Irina. Su saludo fue tan solo una inclinación de cabeza cordial, sin más palabras.

—Estoy seguro de que llegaréis a un buen acuerdo —les dijo con cierta ironía.

Irina dio un paso hacia él. Sus pies estaban a milímetros de pisar el barco de Erik.

—Que adquirieses la soberbia Valkyrie solo era cuestión de tiempo —le dijo ella en tono solemne.

Volvió a mirar a su alrededor y se detuvo en Valeria. Negó con la cabeza dirigiendo su mirada hacia Natalia.

—Lo tuyo con las mujeres ya te venía de serie. —Ahí no pudo aguantar la ira. Entornó los ojos hacia Erik—. Aunque tú siempre preferiste a las malas.

Derek cruzó hasta el otro barco.

—Suerte. —Se despidió Irina mientras sus hombres recogían la pasarela.

Erik no le respondió. Dio unos pasos atrás para que cerrasen la puerta de barrotes y se colocó con los suyos.

El barco de Irina se alejó de nuevo, algo que agradeció. Aunque la conocía muy bien, aquello no quedaría allí, en unas palabras de reproche. Lo que Irina le tenía preparado, tarde o temprano, era más grande.

Se giró y se encontró de frente con Natalia. Aquellos ojos conseguían hacerlo perderse, estuviese en el estado en que estuviese, hasta después de una negociación fallida y el peligro de poder tirar años de trabajo.

—Las bestias de las profundidades —le dijo ella esbozando una sonrisa.

—Mucho peor que eso —le respondió.

Natalia bajó la cabeza.

—Oscuridad y frío —añadió ella.

Erik se acercó a su hombro.

—Huye, Natalia —dijo bajando el tono de voz.

Erik la rebasó, le rozó con la mano en la parte posterior de su brazo, a la altura del tríceps al pasar. Una fugaz e inapreciable caricia antes de alejarse.

32

Erik comprobó de nuevo la pantalla del portátil. Rodri acababa de entrar y puso un sobre de papel sobre la mesa.

—Los billetes del avión que me pediste —le dijo.

Erik abrió el sobre.

—Te dije que los quería para mañana —se quejó.

—No había vuelo para mañana —se explicó Rodri—. Pero saldrán al día siguiente a primera hora.

—Quiero que las vigilen todo el tiempo —añadió Erik expirando.

—Jony ha conseguido entremeterse entre ellos. —Rodri sonrió—. Todo pinta bien Erik, pensamos que lo de Derek e Irina sería un contratiempo. Pero si sabemos darle la vuelta, sería sumamente beneficioso.

Erik levantó la vista hacia Rodri.

—Entonces, Derek e Irina creen que tienen un infiltrado espía. —Entornó los ojos—. Nos toca mover ficha, ¿no?

—Ya la estamos moviendo. —Rodri se sentó al otro lado de la mesa, frente a Erik.

—No lo suficiente. —Erik se levantó, sin embargo—. Tampoco podemos dejar todo esto en manos de Jony.

Negó con la cabeza.

—Partimos de la ventaja de que conoces bien a Irina. —Rodri abrió los brazos—. Y esta noche lo comprobaremos.

Erik se apoyó en la pared de cristal.

—Vamos, Erik. No sé cómo lo haces, pero nadie consigue engañarte —añadió—. Va a salir bien.

—Sé lo que debemos de hacer y sé cómo hacerlo. Pero no puedo jugar todas mis cartas de momento. —Aún llevaba en la mano el sobre de los billetes—. Quiero a Natalia fuera ya.

Se giró hacia Rodri.

—Primero la quieres cerca, ahora cuanto más lejos, mejor. ¿Qué te pasa con esa mujer? ¿No decías que eras inmune a cierto veneno femenino? —ironizó.

Erik negó con la cabeza.

—Lo de Natalia no ha sido veneno. —Dejó el sobre sobre la mesa.

—Si la dejas ir, la acabará fichando Derek y estarás en las mismas. ¿Qué harías?

Erik lo miró cómo si estuviese diciendo una estupidez.

—Dime, ¿qué harías si cambiase de bando?

Erik bajó la cabeza.

—¿No te has dado cuenta? —le respondió—. Natalia solo tiene un bando, el suyo propio.

Rodri arqueó las cejas sorprendido.

—He logrado ver la profundidad, esa que me advertía la tata Gregoria. —Sonrió y casi rio—. Claro que había monstruos, pero todos eran ella misma. Nosotros, tú y yo, Goyle, Valeria, e incluso Derek, estamos al otro lado.

—Pues si no es una espía de ninguno de tus enemigos, he comprobado que no pertenece a ninguna investigación nacional ni internacional, ni está en ningún lugar al que yo haya podido acceder por mi trabajo, y eso que puedo acceder a casi todo. Entonces dime, ¿quién es?

Erik cogió aire.

—Alguien extraordinario, movida por algo que hay en el suelo de ese océano y que jamás me permitirá ver —respondió tranquilo—. Pero esta vez la está llevando a un lugar en el que no debería estar.

—¿No ha sido veneno? Estás desvariando, te está condicionando para tomar decisiones y te va a hacer caer.

Erik no respondió.

—¿Ves? Te ha sumido en una penumbra que ni siquiera te deja ver —le reprochó.

Erik miró hacia el jardín vacío. El cielo amarilleaba levemente. La luz perfecta, la que no hacía daño en los ojos, la que permite un clima confortable, una brisa fresca sin ser fría. Sonrió pensativo.

—¿Penumbra? —respondió a su amigo—. Nunca sería de noche cerca de los ojos de Natalia.

Rodri se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Amigo, estás desvariando —dijo—. Y vamos a caer rodando, ¿lo sabes?

Erik se giró para ponerse frente a él.

—Saca de aquí a Natalia y déjame el resto —dijo Erik—. El juego se acaba y pienso ganar.

Se dirigió hacia la puerta.

—Erik, ¿y qué hay de Goyle y de Valeria? ¿De ellos te fías como para enviarlos esta noche? —preguntó Rodri—. Porque estás a punto de convertir a Valeria en la próxima Irina.

Erik negó con la cabeza.

—De momento ellos no van a traicionarme. Goyle no tiene ambiciones, ya te lo he dicho. Valeria solo está esperando a que Natalia salga del juego y que todo vuelva a ser como antes.

Rodri frunció el ceño.

—¿Y por qué no los elegiste a ellos en vez de a Jony para enlazar a Los Arcángeles?

—Porque de ellos me cogería de sorpresa una traición, y de Jony no —respondió Erik.

Salió de la sala dejando a Rodri solo.

33

Natalia estaba sentada en las escaleras que accedían a la casa. Apenas había podido dormir. En cuanto llegaron y Nanuk les avisó de que habían invadido la casa de alguna manera, le llevó un rato comprobar que no habían accedido a nada de relevancia. Así que la prueba estaba completamente superada.

Tenía grabaciones buenas, mejores de lo que esperaba. Pero no había podido continuar con el montaje de la investigación. Lo acabaría cuando llegase a Madrid, supuso.

Madrid, sonaba tan lejano. No había tantos kilómetros, ni hacía tanto tiempo desde que Erik Valkyrie era tan solo un trazo en sus numerosos folios llenos de flechas y cuadros. Como los mapas que precedían los preámbulos de las novelas de fantasía que tanto le gustaba leer. Y todos los seres que aparecían en la historia, se habían hecho reales.

Le había pasado en cada investigación, cuando solo un trazo, unos datos o una mala foto se hacía real frente a ella. Los malos siempre existían. Miedo, tensión, dudas. Todo había podido superarlo. Pero ahora todo aquello pasado solo eran sensaciones superficiales, sentimientos que no lograban calar ni impedirle actuar.

Puso la frente sobre sus rodillas y suspiró. La objetividad se disipaba y el puzle del que le había hablado Vicky permanecía ante ella, mezclado con los chips que guardaban los vídeos que habían podido reunir.

Tres llamadas de aquel Fini que no había logrado responder. Ni siquiera tenía claro cómo quería el montaje, una edición de vídeos que tendría que afinar donde se mezclaban demasiados hechos objetivos con algunos demasiado subjetivos como para que nadie los viese.

El olor a Vicky precedía su presencia. Levantó la cabeza hacia su amiga. Sintió su mano en la espalda mientras se sentaba a su lado.

—¿Ya has acabado de contarle tu película a las locas? —le reprochó y Vicky hizo una mueca.

—Te equivocas —respondió Vicky—. Es tu película, no la mía.

Natalia chocó la frente contra la de ella.

—Claro que no es tu película —dijo Natalia—. La tuya estaría llena de color, música y magia.

Vicky negó con la cabeza.

—No creas. —Frotó su frente contra la de la Natalia con cuidado—. Todo esto me ha hecho entender que llevo demasiados años perdiendo el tiempo. Y que esa pérdida de tiempo solo me ha hecho no madurar como debía —suspiró—. Vivía en una burbuja y quería salir de ella. Fuera me he dado cuenta de que mi burbuja no era la correcta.

Retiró su frente de la de Natalia y la miró.

—Tú también vives en una burbuja, como todos. Tampoco es la correcta —añadió.

Sabía que Vicky percibía que su respiración no era tan tranquila como acostumbraba. El cruce continuo de pensamientos la estaba matando.

—¿Quieres seguir con esto? —preguntó su amiga con dulzura.

—Sabes que no es fácil para mi pararlo —respondió con cierto ahogo—. No dejo de pensar en aquella noche. —Apoyó un codo en su rodilla y reposó la frente en su mano—. Hace más de doce años de aquello, pero puedo recordar la imagen. ¡Mi imagen! En el espejo, prometiéndome que lo haría una y otra vez. Vicky, vine a lo que vine aquí.

Vicky le pasó un brazo por los hombros.

—Cuatro horas desangrado, solo… —La voz de Natalia sonaba cálida, a punto de romperse —. Se lo debo.

—Te equivocas. —Vicky echó su cuerpo sobre ella—. No se lo debes. Esos dos desgraciados no están aquí. Erik no tiene la culpa de eso que le pasó a tu padre.

—Pero los que dependen de él, sí. Mientras existan todos ellos, la célula y los que cuelgan de él, personas inocentes y decentes morirán sin remedio.

Vicky la obligó a levantar la cabeza y le cogió la cara con ambas manos.

—No puedes salvar el mundo, Natalia —dijo su amiga—. Solo eres una mujer, una gran mujer. —Le puso una mano en el pecho—. Por eso quiero que primero te salves a ti misma. Liberarte de todas esas cadenas que te atan a ese suelo lleno de brasas y que no te dejan ver más allá de las sombras. —Se detuvo para coger aire—. Esto no es el final. Puedes seguir haciendo esto tantas veces como quieras. Ahora viendo cómo trabajas, tengo menos miedo de que lleguen a matarte —rio y luego ladeó la cabeza—. Aunque a veces piense que es un milagro que sigas con vida.

La abrazó aún con más fuerza que antes.

—Podemos volver a Madrid y esto habrán sido unas extrañas vacaciones —añadió Vicky.

—Vicky, los tengo en mis manos. Lo he conseguido, tengo material suficiente. Y puedo conseguir la guinda final. Grabar una transacción esta noche. Es Erik Valkyrie y lo he conseguido. —Natalia ni respiraba al hablar.

—Exacto, es Erik Valkyrie. Y creo que eso ha interferido un poco en la investigación.

Natalia expulsó aire.

—Vicky, las reglas —le recordó Natalia.

—Siempre te he dicho que las reglas, en general, nunca me gustaron.

—Vicky, es El Malo —insistió Natalia.

—Sí, pero ha conseguido romper la piedra.

—Es El Malo… —repitió Natalia.

Se hizo el silencio un instante. Natalia se había echado sobre las piernas de Vicky y esta, ahora le peinaba el pelo con las manos.

—El Malo —repitió Vicky también. Luego levantó a Natalia para que la mirase—. ¿Y por qué no?

Natalia frunció el ceño sin entenderla.

—¿Qué importa quién sea? —Le puso la mano en el pecho—. Ha roto la piedra. Lo ha hecho, ¿no?

Natalia se retiró de ella.

—No funciona así, Vicky.

—Sí, funciona así. Siempre se dice que se elige a la persona que deseas, ¿no? —Negó con la cabeza—. Eso de «lo elegí porque era el hombre de mi vida». —Volvió a negar con la cabeza—. Nunca se elige. Esa especie de energía y de magia que hace que sientas todo eso ahí dentro, no se elige. Tú no eliges ser mi amiga, sientes que eres mi amiga, un vínculo especial. Por elegir a los amigos surgen esos conflictos, esas traiciones y puñaladas por la espalda. Los amigos no se buscan. La casualidad hace que en el camino que recorres encuentres a personas con las que se establece un vínculo especial, irrompible. No concibes tu vida sin ella. No eliges si es la mejor o la peor amiga del mundo, no te importan las burradas que llegue a decir, o las veces que te haga pasar por un bochorno. —Ambas rieron—. Con esos sentimientos que andas descubriendo pasa

lo mismo. Yo me senté a tu lado en la primera clase de la facultad y te solté que el profe era un *viejoven* con cierto morbo. Y tú lloraste de la risa.

Natalia rio al recordarlo.

—Fuiste a clase decidida a comenzar tu camino, el que te habías prometido y marcado. Y me encontraste a mí. —Levantó la mano—. De la misma manera que viniste decidida a buscar a El Malo y encontraste a Erik Valkyrie. No le busques explicación a esto. —Volvió a presionarle el pecho—. No la hay. Ni tú tienes culpa de que todo eso esté ahí. Como tampoco tienes la culpa de la muerte de tu padre. Si atrapar malos te hace sentir mejor, adelante, sigue atrapando malos. ¡Será por malos! Hay muchos que merecen a una Natalia Fatalé que los detenga. Pero solo hay un hombre que ha logrado llegar hasta ahí, rompiendo piedras y esquivando serpientes. Y mira que hay hombres en el mundo.

Natalia guardó silencio.

Se oyó el motor de un barco acercándose al puerto.

—Ahí lo tienes —dijo Vicky y Natalia se sobresaltó.

Podía reconocer el sonido. El barco pequeño con el que Erik la llevó una vez. Su oportunidad de grabar la única prueba que necesitaba.

Se puso de pie y entró con rapidez en la casa. Vio que Vicky se fijó en su muñeca en cuanto regresó al jardín.

—Jamás te reprocharé la decisión que tomes, sea la que sea —dijo Vicky—. Lo que me preocupa es que acabe como acabe esto, tú no dejarás de reprochártela durante el resto de tu vida.

Natalia la miró, Vicky seguía sentada en los escalones.

—Está ahí fuera —añadió—. Ve con él.

Su amiga alargó la mano con el mando para abrir el portón automático del puerto. Y la puerta comenzó a desplazarse.

Natalia ordenó a Nanuk que se quedase con Vicky. Cogió aire antes de salir al puerto. No llevaba zapatos, ni móvil, pero esta vez sí llevaba su cámara activada y con batería suficiente para grabar toda la noche si fuese necesario.

Vio el barco pequeño de Erik, este estaba al mando, completamente solo. No hacía falta que la invitara a subir, Natalia se dirigió hasta el borde del puerto mientras él abría la puerta. Llevaba un mono de algodón de pantalones anchos que se ajustaban en el tobillo. Aquella ropa elástica le permitió subir con agilidad, aunque no fue capaz de rehusar la ayuda de Erik. No había acabado de digerir las palabras de Vicky, pero lamentó que entre tantos hombres que hubiese en el mundo, el único capaz de producirle aquello solo con su presencia, solo con un simple tacto, tuviese que ser precisamente El Malo.

Erik puso el barco en marcha mientras Natalia miraba la casa que dejaban atrás, la puerta se cerraba despacio. Vicky le dijo que respetaría su decisión, fuese la que fuese, sin reproches. Pero llevaba razón respecto a ella misma. Si seguía adelante y hacía el montaje, entregaría su trabajo con datos, con fechas, con situaciones exactas de los lugares… Eran tantos los que caerían... Justo lo que buscaba y deseaba cuando puso su primer pie en la isla. Pocos días y parecieron lejanos, Madrid era lejano, su productora de miserables era lejana, El Fini era lejano y sus propios deseos eran lejanos.

Miró su pulsera. Nadie había reparado en ella, ni en el collar de Nanuk, ni en aquella joya que Vicky solía llevar cuando estaba cerca de Los Valkyrie. Recordó a la cocinera enloquecida, a pesar de los desvaríos, ella sí supo ver todo lo que había dentro de sus iris aparentemente inocentes.

Miró de reojo a Erik, él estaba concentrado en la dirección en la que conducía el barco, sin más palabras. Aquella insistencia en sacarla de entre ellos no dejaba de resultarle llamativa. Vicky había insistido en ello y ella misma no le encontraba explicación. Si era cierto y Natalia había conseguido algo del interior de Erik, no era lógico que quisiese apartarla de allí con tanta rapidez. No era la forma de actuar de los malos, ellos eran egoístas, caprichosos, frívolos, fríos. No importaba lo cercano a ellos que fuese alguien, ejecutaban sin dudarlo un instante, sin mediar palabra.

Miró de nuevo su pulsera, la fue girando hasta colocar la cámara en el lugar idóneo para grabar. Sabía que Erik la dirigía justo a la pieza que le faltaba, su última prueba, la que ya presenció una vez y lamentó no haber grabado.

Grabar y huir.

No podía quejarse. Grabar y huir, salir vivas de aquella. No había sido tan difícil, ni tan tenso ahora que todo lo peor en ese sentido había pasado. Unos días más y regresaría a su habitación, regresaría a su despacho para mirar con suficiencia a todos aquellos mediocres que nunca quisieron que ni siquiera su nombre apareciese en los créditos de ningún reportaje, aunque ella fuese la artífice. Pero esta vez nadie se lo quitaría, porque era solo suyo.

Tenía todo lo que deseaba en el *charm* de una pulsera, en chips de memoria bien escondidos en la casa que ni siquiera los hombres de Valkyrie habían sido capaces de encontrar entre tantas cosas. Había burlado todos los muros de aquella mafia, había llegado hasta el centro, había interferido y mantenido conexión con otra de las grandes mafias. Si lo pensaba bien, tenía hasta la negociación fallida entre Derek y Erik. Tenía oro en pequeñas tarjetas de memoria, ningún periodista que conociese había conseguido material tan bueno.

Tenía a Erik a tan solo un metro de ella, conducía con su tranquilidad de siempre. Pero ella sabía que no era posible que su interior estuviese tranquilo después de lo de la noche anterior. Erik tenía demasiados enemigos, ya se lo había dicho Derek. La primera de ellas ya estaba manos a la obra, el resto estaría en las sombras colaborando con ella.

Demasiados hemos venido hasta aquí a hundirlo.

Las razones de Irina eran reales. Erik la había dejado por otra mujer. Ahora que comenzaba a conocer sensaciones incontrolables podía hacerse una idea de lo que significaría aquello para una mujer. Irina era cercana a Erik, no sabía si las relaciones de pareja en las mafias llegaban a ser algo parecido a la vida real. Ella solo había presenciado antojo, vicio o entretenimiento en lo que llevaba de carrera profesional entre gente como ellos. Pero imaginó que lo de Irina era completamente diferente. La vio con sus propios ojos, aunque hubiesen pasado años, mirarlo de aquella manera. No había pasado desapercibido para Natalia. Irina aún veneraba a Erik, su amor imposible, su demonio, su torturador. Jamás los superaría ni aun metiéndole un tiro en la cabeza. Hasta muerto, rondaría sus sueños.

Sacudió la cabeza. Irina y ella no eran muy diferentes en ese sentido. Las dos pensaban que con la venganza sería suficiente para liberarse del sufrimiento. Ella no tenía razones directas para vengarse de Erik, de hecho, los que mataron a su padre pertenecían a una mafia ya desaparecida. Pero no podía dejar de volcar su odio en otros similares, en otros que le recordasen a los dos tipejos que pudo ver los dos días de juicio en el juzgado.

Bajó la cabeza. Ni la caída de Derek, junto con Erik e Irina, le devolvería a su padre. Pero le llenaba de gloria encerrarlos, a tantos como pudiese. Nunca serían bastantes para ella.

Recordó las palabras de uno de sus primeros mentores, un investigador ya jubilado del centro de investigación:

«No importa que queden libres o no, Natalia. Ellos siempre acaban cayendo unos en manos de los otros».

Y Erik tenía demasiados enemigos acechando.

Y a mí en este barco.

Demasiados enemigos, uno de ellos a apenas un metro. Un enemigo silencioso, descalzo, sin armas. Un enemigo que había sabido desconcertarlo, hacerlo dudar, seguirla hasta no descubrir absolutamente nada de ella, porque realmente ella no era nadie. Solo tenían su superficie, la que les había permitido ver.

Cerró los ojos mientras el aire le daba en la cara.

El peligro está en la profundidad.

Y en ese sentido, ella era más peligrosa que el resto de sus enemigos. Al resto, Erik los podía ver venir y sabría que actuarían de manera inminente contra él. No era ningún estúpido, estaba seguro de que el imperio Valkyrie podría caer si todos, uno tras otro, no dejaban de atacarlo.

Pero a mí no puede verme nadie.

El procedimiento era sencillo. Los contactos estaban claros y eran sumamente rápidos cuando el material era certero, de gran envergadura y con datos exactos.

Abrió los ojos al sentir la mano de Erik coger la suya. Se la había llevado a la boca y la besó.

La Mala.

También podía recordar la breve frase de Irina. Erik prefería a las malas. Como aquella tal Ivanna que llegó hasta Los Valkyrie con las mismas intenciones que ella y ante la que Erik cayó. Le apretó la mano y la respuesta de él fue también presionar la suya.

No hay nada peor que el fuego.

Llegaron a cierta distancia de unos barcos. El mar estaba tranquilo. Natalia soltó a Erik mientras este disminuía la velocidad y se acercaba a la parte delantera del barco.

Podía reconocer la misma imagen de cuando llevó a Erik hasta allí. Eran los barcos de Derek. Notó el vaivén del mar bajo ella. El motor se había apagado.

Agarrada a la barandilla no era difícil obtener buenas imágenes con su pulsera, la luz era suficiente aún. Sintió a Erik tras ella, él colocó una mano junto a la suya derecha, la otra a la izquierda. Cerró los ojos mientras sabía lo que vendría después, el pecho de Erik pegado a su espalda. Apretó las manos contra el hierro mientras él presionaba levemente su torso contra ella.

—Son los barcos de Derek —comenzó él—. Supuestamente, ahora Jony es un espía dentro de Los Arcángeles que trabaja para nosotros. Y también un supuesto espía nuestro entre ellos.

Apoyó la barbilla en el hombro de Natalia y el olor a él se hizo intenso.

—Pero como te dije la otra vez, no puedo fiarme de nadie en este mundo en el que vivo —añadió.

Ni siquiera de mí.

—Es una carga pequeña y estoy convencido de que la mayoría de las cajas están vacías —continuó—. Irina no me lo iba a poner tan fácil y la conozco demasiado bien.

Metió la nariz en el cuello de Natalia y frotó justo en la parte donde comenzaba el pelo. Aquel gesto le erizó el vello en todo el cuerpo, como una corriente. Y tuvo que volver a apretar las manos a la baranda.

—Todos mis barcos están en otro lugar, esperando a que la verdadera transacción se lleve a cabo. Y así quitarle a Irina todo lo que quería hacer entrar en las fronteras.

Natalia abrió los ojos. Tenía que reconocer que Erik era verdaderamente difícil de engañar. Y si ella lo había logrado, al menos en gran medida, había sido todo un logro. Pero ni aquel gran

éxito personal, aquel salto dado, la hizo sentir mejor.

—Eso iniciará una guerra entre nosotros. La que Derek estaba buscando desde que llegamos.

Natalia soltó una de las manos para girarse hacia él. Erik inclinó su espalda hacia Natalia.

—Y no voy a permitir que estés en medio —añadió.

Natalia frunció el ceño. Si se liaba parda entre todos ellos obtendría aún mejores imágenes, su reportaje sería toda una odisea sin precedentes.

—Aunque quiera estar en medio —respondió.

—Crees saber cómo funciona esto —dijo él, deteniéndose en sus ojos de aquella forma que le encantaba—. Y no parece que te dé miedo.

Natalia bajó los ojos y Erik inclinó la cabeza para buscarlos de nuevo. Claro que tenía miedo, no el miedo que había tenido las otras veces. No era el miedo a morir, a una pistola en la cabeza, al sufrimiento o a un mal final. Este miedo era interno, era contra ella misma, un miedo que no se quitaba al regresar a casa y que se hacía intenso cuando se quedaba sola con sus pensamientos.

Erik se separó de ella y regresó para poner de nuevo en marcha el barco. Natalia se quedó sola e inmóvil mientras el viento de la velocidad regresaba a su cara y le revoloteaba el pelo. Pero Erik no se dirigía de nuevo a la urbanización, su dirección era otra, aún más lejana.

Lo tenía a unos metros detrás de ella y ni siquiera era capaz de mirarlo a la cara.

El diablo no quiere que te quemes los pies.

Vicky siempre encontraba las frases más acertadas. El sol se ponía y la oscuridad fue extendiéndose en el agua como una nueva alfombra que mezclaba el azul oscuro con el plateado. Perdió la noción del tiempo en silencio. Erik no habló en todo el camino. Quizás quería dejarla meditar y le agradeció que le permitiese volver a perderse en sus pensamientos.

Entornó los ojos hacia el horizonte. Desde aquella perspectiva, la luna y el final del mar siempre se encontraban lejos, por mucho que el barco corriese hacia ellos. Pero al menos, media hora separaba su antigua ubicación de la que ahora mantenían.

No había luces, apenas podía distinguir los barcos que estaba convencida que tendría a no muchos kilómetros.

Su olor lo delataba cerca, ni el olor del mar podía hacerle la competencia al aroma de Erik. Recordó su cuello cercano la noche anterior y todo su cuerpo reaccionó en una nueva corriente interna que le erizó el vello, aunque él ni siquiera la hubiese tocado.

Madre de Dios.

De todos los millones de hombres que había en el mundo, solo él era capaz de producirle aquello. Y malos también habría muchos, como decía Vicky. Erik solo uno.

Abrió la boca para coger aire, se ahogaba. Él esta vez no se acercaba a ella, lo vio pendiente de su móvil, escribiendo, enviando mensajes, órdenes, o lo que fuese que tuviese que hacer.

Ella buscaba a su alrededor qué era lo que estaban esperando. Oyó el sonido de un motor. Un barco a una velocidad inusual. Se sobresaltó al sentir a Erik de nuevo a su lado.

—Eso que oyes —dijo él—. Es el verdadero barco de mercancía de Irina y Derek.

Entornó los ojos hacia el horizonte. Se apreciaba un pequeño faro que podría confundirse con las estrellas, solo que este se movía mucho más abajo, en el agua. Demasiado bajo, una barca sin importancia.

Erik se colocó a su espalda de nuevo, volvió a rodearla en la misma postura de antes, pero esta vez colocó el móvil de pantalla enorme delante de ambos. Natalia miró la pantalla mientras giraba su muñeca para que la cámara lo grabase. El ruido del motor se hacía intenso. Erik la rozó con la mejilla en la sien y aquel gesto la desconcentró. Realmente tenía que lamentar que «el

único» tuviese que ser precisamente él.

—Oscuridad —dijo y ella levantó la cara.

Completa oscuridad, solo aquella luz diminuta que se iba agrandando a medida que se acercaba.

—Nunca te quedes en la superficie, Natalia —dijo él repitiendo aquel gesto de la mejilla en su sien—. Lo importante es lo que está en la profundidad. Allí están los verdaderos peligros.

Ella no dejaba de mirar a su alrededor, no entendía aquellos símbolos en la pantalla del móvil de Erik, pero supuso que era un plano, coordenadas y situaciones exactas. El sonido del motor se oía cada vez más cerca. Pronto llegaría hasta ellos.

Notó el brazo derecho de Erik moverse para llegar hasta la pantalla del móvil.

—Así es cómo se inicia una guerra entre nosotros —dijo y pulsó algo en la pantalla.

Contuvo el aire, se encendieron numerosas luces, los motores rompieron el silencio de las olas, ya el sonido del primer barco se perdía entre otros tantos. Giró de nuevo su muñeca, las luces eran cercanas y se podía ver mejor. Al menos siete barcos y una decena de motos de agua. Se oyeron voces, disparos, motores que se detenían. Abrió la boca para coger más aire, a pesar de no haber soltado el que aún tenía dentro, pero no podía creer lo que estaba presenciando. Cada vez que le dijo a Vicky que olvidase las películas sobre la mafia, que estaban muy lejos de la realidad, mentía. Aquello no era muy diferente a lo que tantas veces había visto en una pantalla, pero ahora ocurría delante de sus ojos y a no demasiados metros.

Años buscando, investigando, persiguiendo y nunca llegó a presenciar nada que se le pareciese ni de lejos. Le brillaron los ojos. Claro que daba miedo, un miedo atroz, del que se metía por dentro de la ropa, atravesaba la piel rompiendo la roca y esquivaba serpientes, una tras otra hasta llegar a aquella caja blanda y desarmada que nunca dejaba de bombear. Allí donde se guardaban los sentimientos.

Sintió el estómago encogido, las piernas ligeras y un calor difícil de soportar en la parte de las axilas.

Miedo.

Las grandes mafias eran difíciles de flanquear, demasiados corruptos como Rodri hacían imposible estar presente en algo como aquello. El brillo de sus ojos aumentó. Tenía completamente en sus manos a Erik Valkyrie. Ni Derek, ni Irina eran tan peligrosos para él como ella misma.

Claro que el peligro está en la profundidad.

Erik le estaba mostrando la profundidad de su mundo. Pero peores océanos habitaban en sus propios ojos, esos que a Erik le encantaba mirar a corta distancia.

Las luces se apagaron, el ruido cesó. Notó de nuevo la nariz de Erik en su cuello.

—No sé qué buscas en esto. —Rozaba su nariz contra ella y le estaba encantando la respuesta de su cuerpo—. Pero sea lo que sea, no merece la pena. Lujos, dinero, una vida al límite fuera de las normas… Nada de eso merece la pena.

Sintió sus labios cerca de la nuca.

—Una vez que entras, no puedes salir —añadió—. Yo no tuve elección, pero tú sí.

Natalia contuvo el aire.

Naciste siendo El Malo.

—Ni siquiera yo podré sacarte si decides permanecer aquí —añadió—. Ya no deberías de estar viva, Natalia. ¿Entiendes?

Cerró los ojos.

Deberías haberme matado ya por saber lo que sé. Claro que lo entiendo. Hace unos días ya debería de estar muerta.

El brillo de sus ojos aumentó y el aire no ayudaba a que la humedad de sus iris se secase.

Deberías haberme matado. Es la norma para perpetuar el imperio, no permitir que nadie te destruya.

Ella era un claro ejemplo del por qué aquella norma era necesaria. Del por qué debían de desconfiar de todos. Del por qué la información da poder y mientras el que la poseyese estuviese vivo, el peligro persistiría. Y eso explicaba la frialdad con la que ejecutaban, el no temblar al disparar un arma. Recordó al veterano investigador. Todos, absolutamente todos los imperios acababan destruyéndose a sí mismos, unos contra otros. Erik acababa de iniciar una guerra entre ellos y comenzarían a caer de un bando y otro sin remedio.

No tuvo elección.

A Erik no le dieron elección de ser de otra manera, nació allí y de allí era imposible escapar. El puzle del que le habló Vicky comenzó a formarse. No todos los malos tenían que ser de la misma manera, por eso no lograba armarlo a pesar de tener numerosas piezas. Ella quería que esas piezas encajasen siguiendo el patrón de los malos que ya conocía. Pero Erik era diferente.

Levantó la barbilla y dejó caer su nuca sobre los labios de Erik, casi podía sentir el clic que hacía cada pieza del rompecabezas a su alrededor, mientras el vello se le erizaba de nuevo y el miedo se disipaba.

El silencio fue completo, no quedaba nadie más que ellos allí. Natalia separó su nuca de la boca de Erik y se giró para colocarse frente a él.

—Eres valiente —comenzó—. Pero tienes sentido de la justicia. No te importa tu propia muerte, pero morirías por salvar a alguien de los tuyos. —Le cogió la cara, Natalia entornó los ojos hacia él—. Alguien como tú no debería de poner ni un pie en un infierno donde no se puede evitar que alguien que quieres muera.

Tocaba la barbilla de Erik, le encantaba cómo se le pronunciaba cuando sonreía, o la forma que tomaba su mandíbula cuando la apretaba enfadado. Sin embargo, la expresión que tenía delante ahora era diferente a las demás. La verdadera oscuridad que desprendía él la invadió.

Ivanna.

—No pudiste evitar la muerta de Ivanna. —Se lamentó de decirlo en cuanto lo hubo pronunciado. No venía a cuento, no era relevante para la investigación. Estaba fuera de lugar hacer algo así mientras su *charm* seguía grabando a pocos centímetros de la boca de Erik.

—No —respondió reflejando lo que aún, después de años, le hacía sentir aquel hecho.

Más piedras caen.

Y esta vez no eran las propias, sino las de Erik.

—Fue mi padre el que la mandó a matar, yo ni siquiera sabía que… —Bajó la cabeza.

—Que era un topo —acabó ella.

Erik levantó la cabeza hacia ella. Se hizo el silencio un instante. Hasta en la oscuridad vio cómo sus ojos se tornaban en un brillo diferente.

—Lo supe unos días antes. —Abrió la boca para coger aire. Giró su cabeza para mirar a un lado—. Ella misma me lo confesó.

Hostiaaaaas.

Más piedras rotas caían a su alrededor, ahora las suyas se mezclaban con las de Erik.

—Buscaba la forma de poder sacarla de allí. —Reconocía aquella respiración de Erik, la única forma con la que se puede respirar cuando algo te aprisiona fuerte en el pecho.

Natalia comenzó a recibir ráfagas en su estómago, en el hueco que las piedras caídas la habían dejado desprovista de protección.

—Pero es imposible salir. —Erik levantó la cabeza y cerró los ojos. Natalia separó sus manos de la cara de él.

Bajó la pulsera, no podía grabar aquello. Pero la cámara no podía detenerse. Prefirió que solo grabase oscuridad. Se prometió borrar aquella parte en cuanto tuviese ocasión.

Le dejó tiempo, sin decir nada, sin ni siquiera tocarlo, esperando a que él lograra alejar toda aquella ventisca que lo estaba invadiendo. También reconocía aquel sentimiento. Sería similar al que sentía ella cuando murió su padre.

Erik bajó la cabeza y dirigió sus ojos hacia ella.

—Jamás le he contado a nadie que sabía lo de Ivanna. No podía hacerlo. Yo tendría que haberla delatado, o haberla matado yo mismo en cuanto fui consciente de quien era y para qué estaba allí —continuó—. Rompí las propias reglas con las que me educaron.

Se separó de Natalia y se giró hacia el agua. Hasta ella podía sentir el reflejo en el pecho de lo que estaría recibiendo él.

—Me lo confesó ella misma porque ya no quería seguir con la investigación —dijo aún de espaldas—. Quería salir de su mundo, del mío. Que nos fuéramos lejos de todos. Silencio, luz, tranquilidad…

Natalia alargó la mano y se la puso en el hombro, lo apretó de la misma manera que solía hacer Vicky con ella cuando sabía que necesitaba estar sola sin querer estar completamente sola.

—Solo hay una forma de salir de esta vida —añadió.

La bolsa y el mar.

Erik se giró para mirarla.

—Ni siquiera consientes la muerte del lobo —continuó—. Aquí no hay sitio para gente como tú.

Se alejó hacia el timón. Natalia recordó de la otra vez, que de allí sacó la pistola. Esta vez lo vio andar en el cajón. No era un arma, era un sobre.

—Este es el avión para que Vicky y tú regreséis a Madrid —dijo—. Yo estaría aquí hasta que os marchéis, por vuestra propia seguridad.

Se lo dio a Natalia y esta lo cogió contrariada.

—Esa misma mañana nosotros también abandonaremos la isla —añadió—. No creemos que sea el lugar idóneo para lo que viene. Derek aquí tiene demasiadas influencias, necesitamos otro lugar que nos aventaje.

Ella frunció el ceño sacando los billetes de avión del sobre.

—Si necesitas dinero, la cantidad que sea —añadió él—. Mañana os lo haré llegar.

Negó con la cabeza y leyó la fecha del vuelo. Unas treinta y cinco horas después, pisaría suelo madrileño y su vida continuaría como si no hubiese pasado nada.

Bajó los ojos.

Como si no hubiese pasado nada.

Tomase la decisión que tomase respecto a su trabajo, nada sería igual.

Erik puso en marcha de nuevo el barco, sin mediar más palabra, sin mayor cercanía. Natalia sintió que aquello, lo que fuese que hubiese ido a hacer en las islas, se acababa. La pena la inundaba a medida que el barco avanzaba hacia la casa. Sin embargo, sabía que eso era tan solo el preámbulo de lo que le esperaría cuando se quedase en la soledad.

Cerró los ojos. Le esperaban unas horas difíciles por delante. Conocía bien a sus demonios y

estos esperaban al silencio y a la oscuridad para atacarla con fuerza. Ellos tirarían de sus extremidades impidiéndole decidir hacia dónde debía ahora dirigirse. Y a donde quisiera que fuese dirigida su decisión, ellos se mantendrían a su lado, recordándole cada momento que debía de haber decidido lo contrario.

Sus ojos brillaban, rebosaban y bajó la cabeza para que el viento no aumentase aquella sensación. El trayecto de regreso se había hecho corto. Erik detuvo el barco rozando la madera del puerto.

Ella se giró hacia él, que ya se acercaba a abrirle la puerta. Natalia sentía el pecho punzante, su respiración casi rebotaba cuando intentaba coger aire. La garganta le escocía, una sensación similar al picor de la angina, sensación que jamás padeció estando sana desde que la lápida de su padre se cerró.

Erik abrió la puerta y se puso delante de ella.

—Hoy pensaba preguntarte qué te había traído hasta aquí —comenzó—. No he dejado de buscar las razones y no las he encontrado. Y eso que las he buscado más de lo que piensas.

Ella se quedó inmóvil, expulsó aire despacio y luego abrió la boca para responder, pero él le hizo un gesto en la cara, algo similar a una caricia.

—No me importa. —Le rodeó el cuello—. Ahora solo quiero que estés lejos de mí.

Natalia alzó las cejas sin dejar de mirarlo.

Ya no importa que esté lejos de ti, puedo ser igual de dañina.

La besó. Fue superficial, no demasiado breve, pero sin invadirla lo más mínimo. Natalia esperó a que fuese él el que se separase y lamentó que no hubiese más.

Erik sonrió.

—La casualidad nunca me traería a alguien como tú —añadió.

Le cogió la mano y se la besó antes de ayudarla a bajar. Natalia puso un pie en la madera del puerto, fue de nuevo consciente de que estaba descalza. Quizás había estado flotando los últimos momentos y regresaba a tierra firme. Se giró hacia Erik.

—Llevabas razón —dijo Erik aún sin soltarle la mano—. Nada vuelve a ser igual después de que haya pasado el fuego.

Ella le soltó la mano como si de verdad le estuviese quemando.

—Buen viaje —dijo él.

—Buen viaje. —No fue capaz de decir nada más.

Dio unos pasos hacia atrás mientras él volvía a poner en marcha el barco.

A dónde demonios vine a buscar a El Malo.

Abrió la boca para coger aire. Aquellas falsas anginas o lo que demonios fuese, no dejaban de aumentarle. Erik y su barco se emborronaron. Aún perduraba algo de Natalia en ella, se giró y le dio la espalda para que no pudiese ver su estado. Sabía que él aún la miraba.

En cuanto la puerta comenzó a abrirse, ni siquiera esperó a que se desplazara medio metro. Entró de lado y se perdió de la vista de él.

Encontró a Vicky en medio del jardín con el mando en la mano. Le hizo una señal con la mano para que cerrase, sin dejar de dar pasos apresurados hacia ella. Abrió los brazos y se dejó caer por completo en el cuerpo de Vicky. Aquello de la garganta explotó, como también le explotó el pecho, la respiración, los latidos y el llanto.

Lo que quedaba de aquella armadura con forma de gárgola salió disparado, sentía que ya no había nada cubriendo su cuerpo. Estaba desnuda, completamente desnuda. Notaba la cara ardiendo, la humedad en la camiseta de Vicky, una mezcla de lágrimas y fluido de su boca que

no dejaba de salivar. La respiración se le cortaba, mantenía el estómago encogido.

Vicky permanecía en silencio, no dejaba de abrazarla. Era la primera vez que Natalia dejaba ver el fondo de su océano. Y en él no resultó haber oscuridad, ni bestias, ni monstruos. Por eso nunca lo mostraba. Allí abajo, en lo más profundo, protegida por una superficie llamativa y secundada por una dureza que ella misma construyó, solo estaba Natalia. Y Natalia no era ni tan valiente, ni tan segura, ni tan madura, ni tan Fatalé.

Apretó a Vicky con fuerza sin dejar de dar aquellos gemidos extraños al no poder respirar. Llevaba años sin llorar, tantos que no recordaba cómo se detenía el llanto.

—Vicky —logró balbucear.

—Ya. —No hacían falta palabras con Vicky y se sintió afortunada de tenerla consigo. Su Hada Madrina, como era la de todas.

Hundió la frente en el hombro de Vicky, ya empapado mientras su amiga le colocaba una mano en la cabeza. Le pesaban las piernas tanto, que fue resbalándose por el cuerpo de Vicky hasta arrodillarse en el suelo. Vicky también se acuclilló, casi a la par.

—Nos vamos, ¿verdad? —La oyó decir en una voz filtrada desde el pecho de su amiga, no era capaz de separarse de ella.

Vicky volvió a apretarla.

—Shhh. —Vicky la balanceó suavemente—. ¿Y por qué no? —le recordaba. Natalia sabía lo que Vicky pensaba al respecto—. ¿Y por qué no, Natalia?

34

Acariciaba a Nanuk sentada en las escaleras. Había pasado mala noche, demasiadas vueltas en la cama con el llanto que iba y venía. Recuerdos, trabas, miedos que ya no recordaba. Sabía que iba a necesitar tiempo para rearmarse de nuevo.

Nanuk le dio un lametazo en la mejilla, aún le ardía a pesar de que ya la mañana había tranquilizado aquella sensación amarga. Necesitaba tiempo para meditar. Para saber hacia dónde dirigirse. Cómo encauzar las cosas en cuanto llegase a Madrid.

Vicky salió al jardín y le dio una tarjeta de memoria.

—Vistos en bucle una y otra vez. —Natalia le había permitido ver el vídeo de la noche anterior.

—Ni siquiera fui capaz de abrir la boca —respondió Natalia.

Vicky hizo una mueca.

—Con eso puede pensar que eres lela y así te olvida antes —dijo con ironía. Natalia entornó los ojos sin reír un ápice.

Vicky levantó ambas manos.

—¿Has recogido ya tus cosas?

—Sí, desde antes de que te levantaras. —Guiñó la nariz—. Tampoco pude pegar ojo. —La empujó con el hombro—. ¿Qué esperabas que ocurriese trayéndome contigo? —La zarandeó—. ¿Quién va a investigar con una Hada Madrina? Dime, ¿quién?

Puso su frente sobre la de Natalia.

—Solo podían pasar cosas extraordinarias —continuó y Natalia esbozó una leve sonrisa—. Tú ahora eres aún más extraordinaria que antes. —Natalia negó con la cabeza—. Sí, sentir es extraordinario.

—Duele —respondió.

—Claro que duele. —Se encogió de hombros.

—¿Y qué se hace?

Vicky entornó los ojos.

—Están las pelis de drama y pena y te puedes despachar a gusto excusando tu llanto. —Ladeó la cabeza—. Luego están el chocolate y las cosas superfluas, un bolso, una joya, un vestido. También las juergas, tampoco te solucionan nada, pero echas unas risas y te merma la cordura, con lo cual…

La miró de reojo.

—Hablando de bolsos. —Levantó un dedo—. No pienso irme mañana sin llevarme el bolso que vimos el otro día.

—Tienes cientos de bolsos, Vicky —protestó Natalia—. No estoy para compras, de verdad. Mírame.

Vicky le cogió la cara y se la espachurró.

—Ya quisieran los ángeles de la *Secret* tener en la pasarela tu cara de haber llorado toda la noche.

Rio.

—Voy a por la cartera y las llaves del coche, vamos por los bolsos y a comer tarta de chocolate. El chocolate es un clásico, ¿sabes? —Se levantó del escalón. Luego se giró hacia Natalia—. Tía, te lo juro, me he llevado una decepción con los vídeos.

Natalia frunció el ceño sin entenderla.

—Esperaba un empotre a lo salvaje, ¿sabes? —añadió Vicky y Natalia se tapó la cara con la mano.

Las risas de Vicky se alejaron. No tardó en volver con el bolso y las llaves.

—Anda, vamos. —Tiró de ella—. Nos compraremos un bolso cada una, será nuestro souvenir de la aventura.

—La aventura, claro. —Se sentó en el asiento del copiloto y cerró la puerta. Vicky puso el coche en marcha y salieron de la casa—. Está claro que no importa que vayamos creciendo, nos superamos en estupideces por momentos.

Negó con la cabeza.

—¿Has hablado con El Fini? —preguntó Vicky pasando la caseta del guarda.

Natalia miró de reojo la casa de Erik y observarla décimas de segundo, fue suficiente para que regresara aletargado todo lo que soportó durante la noche. Expiró aire y se dejó caer en el asiento.

—Sí —le respondió a Vicky—. Le he dicho que aún no tengo el montaje. Que se espere unos días.

—¿Y qué excusa piensas ponerle hasta que decidas qué hacer? Ese es plasta hasta aburrir, pensará que se la hemos jugado y queremos dejarlo fuera.

—Ya lo pensaré cuando llegue a Madrid. —Apoyó el codo en el cristal del coche—. Ahora mismo sigo bloqueada. No puedo pensar.

Vicky pisó el freno tan a fondo, que el coche quedó clavado y ellas salieron rebotadas. El cinturón hizo que regresaran al asiento en un cimbronazo.

—Mierda, Vicky —protestó Natalia.

Un coche se les había atravesado. Dos más las flanquearon por los lados.

—Jodeeeeeer. —Se giró para mirar hacia atrás. Un gran furgón negro con la puerta abierta les impedía el camino.

—¿Qué hago? —preguntó Vicky.

—Acelera —dijo Natalia.
—Tengo un coche delante, Natalia. —Vicky estaba emblanquecida.
Salieron varios hombres de los coches con rapidez.
—Acelera, da igual —ordenó Natalia—. Vienen a por nosotras. ¡Acelera!
Vicky pisó el acelerador y el coche se empotró contra el blanco largo que habían puesto delante.
Natalia movió la palanca.
—Acelera —dijo de nuevo.
El coche dio marcha atrás y se estrelló contra la furgoneta. Otro cimbronazo.
—Nos vamos a matar solas —protestó Vicky cuando la vio mover la palanca de nuevo.
—Dale. —pronunció moviéndole el volante.
Algunos hombres se tuvieron que apartar, esta vez dieron en la parte delantera del coche blanco.
Volvió a mover la palanca, no tuvo que dar orden, el todoterreno se estrelló hacia atrás.
Los hombres rompieron el cristal que estaba junto a Natalia. Cuando se quitó las manos de la cara, acto reflejo de protegerse contra los cristales, vio tres pistolas delante.
—Vamos, muñeca, fuera del coche —dijo uno.
Natalia se cruzó de brazos.
—Una mierda me voy a bajar del coche —respondió.
—Natalia. —Vicky la miraba como si estuviese loca.
Ella los señaló.
—¿Nos espera un futuro mejor? —preguntó—. Que disparen ahora y nos maten aquí mismo.
—Natalia —riñó Vicky.
Ella la miró perpleja.
—¿Natalia? —protestó—. Mira lo que nos va a costar el estúpido bolso.
Otra arma apuntó a Vicky.
—Salga usted también, señorita —ordenó otro de ellos.
—Al menos son educados. —Vicky abrió la puerta del coche.
Natalia seguía con los brazos cruzados sentada en su asiento.
—Ya podéis ir llamando al jefe para preguntarle si muerta le sirvo —les dijo a los portadores de las tres armas.
Vicky, con otro hombre apuntándole la espalda, dio la vuelta al coche.
—¿Me permitís? —dijo entremetiéndose entre ellos. La miró fulminante—. Sal de ahí, pedazo de capulla.
Pudo apreciar en aquellos esbirros la contrariedad al oír a Vicky.
—Que me saquen a la fuerza o muerta —protestó Natalia. Vicky se inclinó para quitarle el cinturón, pero Natalia le dio un manotazo.
—Deja de hacer el imbécil con esta gente —dijo su amiga.

—Acabaremos violadas o muertas —respondió Natalia—. Que me maten ahora y se acabó.
Uno de los hombres se abrió paso entre ellos, también armado.
—Sacadla de ahí —ordenó.
Natalia lo miró de reojo.
—¿Os manda Derek o Irina? —preguntó Natalia—. Matadme ya de una vez.
Vicky tuvo que retirarse del coche mientras los tres hombres forcejeaban con Natalia para sacarla del vehículo.
—Madre mía, Natalia. —Vicky se puso la mano en la cara.
El último hombre que había llegado le dio un móvil a Vicky.
—Esto es para Erik Valkyrie —dijo y la cara de Vicky emblanqueció.
—¿Qué? Yo voy con mi amiga —protestó acercándose a los tres hombres, que unos por los brazos y otros por las piernas, llevaban a Natalia hasta la furgoneta ya abollada.
—Vicky, huye —gritó Natalia.
La tranquilidad de que solo fuesen a por ella misma y no a por las dos, la hizo fallar en su rebeldía y lograron agarrarla mejor.
—Huye —gritó de nuevo.
—Natalia. —La puerta de la furgoneta se resistía a cerrar con la abolladura, así que uno de los hombres tuvo que entrar para sujetarla por dentro.
—Nos vamos. —Lo oyó decir.
Mierda.
Resopló.
Tenía a otro hombre detrás, le amarraba los pies con precinto. Hasta con los dos pies juntos, logró darle en la cara cuando se retiró.
Y si no llego a llevar sandalias, te ibas a cagar.
Entre los dos lograron atarle las manos.
—¿El esperpento de Derek o la novia cadáver? ¿Quién os manda? —preguntó.
Pero siguió sin recibir respuesta.
Natalia negó con la cabeza.
—Qué panda de desgraciados —protestó—. Por gente como vosotros, soy lo que soy.
—¡Hacedla callar! —ordenó el conductor.

35

Erik salía al jardín. Ya tenía preparado el barco, saldrían temprano, a primera hora. Encontró a Valeria con una bata de seda roja. La abertura cruzada le indicaba que no llevaba nada debajo. Lo rodeó con los brazos y se pegó a él.

—¿Ya has hecho las maletas? —preguntó Erik separándola.

Ella entornó los ojos.

—No me tocas desde que ella llegó. Y ahora que se ha ido, ¿tampoco?

—Valeria, no estoy ahora mismo para esas cosas. —Se alejó de ella para dirigirse a la puerta de los barcos.

—¡Erik! —Oyó la voz de Goyle.

Se giró. Vio al gigante acompañando a una Vicky descompuesta, aterrada, con los ojos brillantes. La joven temblaba.

—Se han llevado a Natalia —dijo en un grito desesperado y Goyle la ayudó a sentarse en una hamaca del jardín.

Erik corrió hacia ella y se acuclilló a sus pies. La chica apenas podía relatar lo sucedido, se ahogaba.

—Llama a Gregoria, que le traiga algo para tranquilizarla —decía Erik cogiéndole la muñeca.

—¿Qué van a hacer con ella? —Vicky tenía los ojos enrojecidos por completo. Le dio el móvil que le habían entregado los indeseables.

Vio a Valeria sonreír tras Erik.

—¡Maldita puta, no te alegres! —gritó la joven.

—Valeria, vete —ordenó Erik firme.

Vicky se dirigió a él de nuevo

—Tienes que traerla.

Entornó los ojos hacia Erik mientras las lágrimas oscurecidas por restos de rímel caían por su cara. Agarró a Erik por los hombros y lo zarandeó.

—¡Tienes que traerla! —repitió gritando.

Erik le cogió la cara.

—Tranquila —dijo él—. Tranquila. Natalia volverá.

Vicky rompió a llorar de nuevo. Erik la rodeó con un brazo.

—Trae a Natalia, por favor —rogó—. No dejes que la maten.

—No dejaré que le hagan nada —respondió él—. Nadie va a tocar a Natalia.

36

La habían llevado hasta un barco. Ya llevaban rato navegando. Seguía custodiada por tres hombres. La tenían en la parte interior, el barco debía de ser de dimensión media a grande, a juzgar por la altura con la que podía ver el agua a través de la ventana.

La tenían en el suelo, aún con las muñecas y los tobillos precintados. Sin embargo, le habían quitado lo de la boca. Algo de lo que estaba convencida de que se habrían arrepentido con creces.

—¿No me vais a responder? —les decía Natalia.

Alzó las dos piernas y golpeó al que tenía más cerca. Los tres volvieron a sujetarla y a arrastrarla hasta la pared. Natalia tenía toda la ropa mojada de sudor. Un mono suelto de pantalón corto, sin tirantes. Demasiada poca ropa para estar entre tres indeseables.

Al fin entró alguien más allí.

—No era muy difícil de acertar —dijo cuando vio entrar a Derek junto a Irina—. O el esperpento o la novia cadáver. —Les hizo una mueca—. No había más opciones.

Ellos la miraron perplejos por el descaro con el que los ofendía a pesar de estar en aquella situación.

—Los dos. —Se encogió de hombros y arrastró el culo hasta acercarse de nuevo a uno de sus guardianes. Volvió a golpearlo en las rodillas—. ¡Matadme de una vez, panda de inútiles!

Derek alzó las cejas.

—Pensaba que sin tu lobo serías más dócil —le dijo.

Irina la observaba con los ojos entornados.

—¿Podemos ponerle ya esto? —preguntó uno de los hombres enseñándoles el precinto que Natalia había llevado en la boca—. Lleva todo el tiempo soltando insultos sin parar.

Vio a Irina contener la risa.

—Madre de Dios —dijo riendo—. ¿Estás seguro de que Erik aceptará? ¿O más bien le hemos quitado un peso de encima?

Natalia la fulminó con la mirada. Derek se acercó a Natalia.

—Claro que aceptará. —No dejaba de mirarla.

—Recurrir al chantaje, común en los ineptos —les dijo ella—. ¿No sabéis hacerlo mejor?

Aquello no pareció hacerle tanta gracia a Irina. Se acercó a ella, seria.

Natalia la miró. Era una mujer hermosa, de pelo oscuro similar al suyo. Peinada con una cola baja tirante y con unos leggins ajustados, era una mujer que impresionaba.

—Eres una soberbia que se cree más lista que el resto, parece —le dijo Irina.

Natalia negó con la cabeza.

—Hasta hace poco, sí —le respondió sin mirarlos volviendo a desplazarse por el suelo—. Iba de sobrada. Pero es absurdo, siempre encuentras a alguien más listo. —Aunque seguía sin reparar en ellos, pudo apreciar cómo Irina y Derek se miraban desconcertados—. Siempre hay alguien superior, ¿verdad? Más rico, más listo, más guapo, más poderoso.

Levantó la cabeza hacia ellos.

—Es mejor no confiarse, porque luego pierdes la mercancía. —Miró a Derek—. O pierdes al novio. —Miró a Irina—. En definitiva, que por mucho que quieras ser, no eres más que una mierda de tantas que hay en el planeta.

Irina se acercó a ella y le dio un puntapié en el muslo.

—Llama ya a Erik o la mato y te quedas sin mercancía —le dijo a Derek.

Derek levantó una mano.

—Eras tú la que querías impacientarlo —le respondió él.

Natalia la miró de reojo. Irina no dejaba de observarla con detenimiento.

—Es curioso —le dijo Irina y Natalia alzó las cejas—. Diría que te pareces más a mí, que a Ivanna.

Natalia negó con la cabeza.

—Seguramente no me parezca a ninguna de las dos. —Encogió las piernas y pegó su espalda a la pared.

Derek alzó el móvil.

—Ahora sonríe, Natalia. Que vamos a tener una charla con tu querido Erik.

37

Rodri había dejado a Vicky en el jardín. Ya estaba más tranquila gracias a unas hierbas de doña Gregoria. Erik seguía junto al móvil, tardaban demasiado.

—Quieren que te desesperes y lo están consiguiendo —dijo Rodri.

—Llevan tres horas con ella ya —respondió él—. Tendrían que haber llamado.

—Es importante que tú, precisamente tú, mantengas la calma —le aconsejó Rodri—. Saben lo que quieren y ellos saben lo que quieres tú.

—No me fío de ninguno de los dos. —Expulsó aire con fuerza.

El teléfono sonó en una videollamada. Erik descolgó enseguida.

—Hola, Dios Valkyrie. —Derek eran tan feo a través de una cámara, como en directo.

Derek rio, parecía satisfecho con su jugada.

—Anoche Irina y yo perdimos algo —comenzó. Erik guardaba silencio mientras observaba el entorno de Derek. No había dudas, estaba en un barco y eso le dificultaba las cosas—. Y tú hoy creo que has perdido algo también.

Irina se asomó a la pantalla y saludó con la mano. Se oyó algo de fondo. Erik frunció el ceño. Derek e Irina miraron hacia su izquierda. Era la voz de Natalia. Erik se acercó a la pantalla, como si fuera capaz de ver más allá de lo que la pareja enfocaba. Rodri le rectificó la postura enseguida.

—No les des nada. —Ahora sí pudo escucharla bien.

Lamentó el carácter peculiar de Natalia, no era el idóneo para la situación en la que se encontraba.

—Creo que hemos encontrado eso que has perdido —continuó Derek—. ¿Sabes tú algo de lo nuestro?

—No la toquéis —les advirtió—. Decidme dónde y hacemos el cambio. Pero ni se os ocurra jugármela que…

—¿Qué no la toquemos? —Rio Irina, cortándolo. Luego puso un gesto serio que a Erik no le gustó—. Casi que prefiero que te quedes con la mercancía.

—Son unos pardillos, pasa de ellos. —Volvió a escuchar.

Natalia, que te van a matar.

—Erik, te enviaremos las coordenadas —continuó Derek—. Irás solo, un solo barco y sin armas.

Derek se fue desplazando y alejó el móvil de sí mismo para que Erik tuviese más visión. Pudo ver a Natalia en el suelo, maniatada. También sus piernas estaban sujetas.

—Ni armas, ni guardianes, o te la devolveré en una bolsa después de haberme divertido un rato —añadió y Erik no pudo evitar apretar la mandíbula.

—¿La quieres? —preguntó Irina rectificando la cámara para que pudiese verla mejor—. Tendrás que venir a por ella.

—Ni se te ocurra venir —dijo Natalia gritando.

—¿Quieres callarte ya? —Uno de los hombres de Derek la empujó con un pie. Natalia respondió con una patada con sus pies atados.

—Puedes ponerme la pegatina esa porque no pienso callarme —respondió ella.

Natalia, por Dios.

—No vengas —gritó de nuevo—. Y tira la puñetera mercancía al mar. Que se jodan.

La vio arrastrar el culo por el suelo. Esta vez fue Irina la que le dio un puntapié.

—Y ven pronto, o la mato antes. —Oyó protestar a Irina.

Natalia tiró de una de las piernas de Irina y casi la hizo caer al suelo. Irina la cogió del pelo hecha una furia. Derek acercó la cámara a ellas.

—Y todo esto lo estás liando, ¿por qué te dejó por otra? —La oyó decir—. ¿En serio?

Erik abrió la boca para respirar.

Madre mía.

Vio a Irina zarandearla por el pelo y levantar la mano. Pero Natalia aprovechó para pasar sus piernas por debajo de ella y logró tirarla al suelo. Los hombres de Derek tuvieron que acudir a separarlas.

Erik resopló con angustia. Derek reía.

—No vengas —gritó de nuevo Natalia.

Derek se dirigió de nuevo a él.

—Ya ves la fiesta que tenemos aquí —le dijo—. Y no sé el tiempo que durará.

—¿Te empotras al esperpento ese? —Era la voz de Natalia de nuevo—. Así no te quitas la tara en la vida.

Lo tiene que estar haciendo aposta. Es imposible que esto sea real.

Ya no podía verla con claridad, pero volvía a forcejear con uno de los hombres y con Irina.

—¡Erik! No te retrases. —Oyó gritar a Irina.

—No vengas. —Volvió a decir Natalia.

—Ponedle la cinta —ordenó Irina.

No se volvió a oír a Natalia y ya no podía verla al completo, aunque volvía a forcejear con alguien.

—Solo —le recordó Derek.

Erik suspiró.

—Haré lo que me pedís —le respondió—. Pero si le hacéis el más mínimo daño, os juro que acabaré con vosotros esta misma noche.

Derek ladeó la cabeza.

—Nos lo pone tremendamente difícil —le respondió con ironía—. Ya has oído a Irina, la prefiere a la carga. —Hizo una mueca—. Yo prefiero ambas cosas.

Rio y Erik volvió a apretar la mandíbula.

—Te veo en un rato —se despidió.

Erik cortó la llamada. Rodri se acercó a él.

—No voy a permitir que vayas solo —le advirtió.

—No tengo opciones.

—¿Ahora sí te fías de ellos?

—No.

—Pueden matarte —dijo Rodri poniéndole la mano en el hombro.

Erik se levantó del sillón.

—Voy a ir a por Natalia —le dijo Erik—. Con todas las consecuencias.

Rodri alzó las cejas.

—Creo que tengo una idea del porqué lo haces —le dijo su amigo—. Aun así, te honra.

Erik negó con la cabeza.

—No es por Ivanna. Ya te lo he dicho muchas veces, Natalia no es Ivanna. —Miró hacia el móvil y suspiró de nuevo.

—Te ha calado bien esa joven—ironizó Rodri.

Erik no dejaba de mirar el móvil.

—En otra realidad sería ella. Sé que sería ella.

—Pero en esta realidad, la quieres lejos —añadió Rodri.

—Solo quiero que siga viva.

Rodri le apretó el brazo.

—Otra realidad. ¿Cuál es la realidad al derecho? ¿Y cuál la del revés? —Señaló hacia el móvil—. Si sobrevives, si ella sobrevive, podréis comprobarlo.

38

Se la habían llevado mucho más lejos de lo que pensaba. Había cumplido su parte, iba solo y llevaba todo lo robado. Solo esperaba que ellos cumpliesen la suya.

De Derek quizás sí lo esperaba, querría recuperar la mercancía con desesperación. Pero para Irina primaba su sufrimiento más que el dinero. Y conociendo a Natalia, aún más después de verla entre ellos, la joven se lo estaría poniendo tremendamente difícil.

Ya podía ver el barco de Irina, aumentó la velocidad para acercarse a él. Una luz le hizo señales, ya lo habían visto. Tenía que hacer lo posible por mantener la calma, aunque a medida que pasaba el tiempo, cada vez le costaba más mantener el control en ciertas situaciones.

Detuvo el barco pegado al de Irina. Encontró a Derek mientras otros bajaban la plataforma.

—¿Dónde está Natalia? —le preguntó directamente.

Derek sonrió.

—Primero tenemos que comprobar que no nos la estás jugando —le respondió mientras sus hombres entraban en el barco de Erik y se dirigían hacia las cajas.

Derek miró a su alrededor, comprobando que no había nadie más cerca de ellos.

—No fallé en mis cábalas. —Derek entornó sus ojos hacia él—. Y mira que eres impredecible, Erik Valkyrie.

—Todo está correcto, tráeme a Natalia —insistió.

Derek alzó las cejas.

—Prefiero comprobarlo. —Derek miraba a sus hombres.

Escuchó unos pasos. Irina había salido a cubierta. Vestida con pantalón y chaqueta negra, con aquel peinado tirante que tan bien le sentaba, sus ojos verdes se dirigieron hacia él en una mirada fulminante.

—¿Tanto te desespera que no la hayamos tratado con cordialidad? —le preguntó ella.

—He cumplido mi parte, cumplid la vuestra. —Ni siquiera reparó en Irina. Ella era más peligrosa que Derek, mucho más lista y estaba sumamente dolida.

Derek miró a sus hombres, estos habían abierto las cajas y le hicieron una señal con la mano.

—Traed a la loba. —Lo oyó decir.

Erik logró mantener la respiración al oírlo, a pesar de que sus palabras le relajaron la presión en el pecho que le aprisionaba desde que viera a Vicky llegar a su casa. Irina se apartó para dejar pasar a los que subían con las cajas.

Erik alzó la vista hacia la cubierta. Entre los que pasaban con las cajas, venían otros tres hombres. Traían a Natalia a pie. Le habían soltado las cintas de las piernas, sin embargo, le habían atado los brazos al tronco con varias vueltas de precinto, tan ajustados, que hasta el pecho se le veía visiblemente aplastado.

Ella levantó los ojos hacia Erik, aquellos ojos que podían alumbrar hasta el mar de noche. Vio su expresión tranquila, sin miedo, sin ni siquiera la respiración alterada. Sobre la boca llevaba un ancho precinto plateado, como el que le inmovilizaba el cuerpo.

Bajó los escalones de la plataforma hasta donde estaba Derek.

—¿Ves? —le dijo este—. Aquí la tienes.

Esta vez Erik no pudo reprimir expresar su tranquilidad al verla. Derek sacó un cuchillo que reflejó el foco de la luz y Erik dio unos pasos hasta la baranda.

—Quieto. —Oyó la voz de Irina.

Se quedó inmóvil. Natalia miraba de reojo el cuchillo de Derek.

—¿Tan poco te fías de nuestra palabra? —Rio Derek quitando el precinto de la boca de Natalia de un tirón.

—Te dije que no vinieses. —Fue lo primero que dijo ella al tener la boca liberada.

Derek hundió el cuchillo en el resto del precinto y lo cortó. Fue la propia Natalia la que se quitó los trozos del cuerpo.

Abrió la boca para decirle algún improperio a Derek, pero esta la empujó hacia Erik.

—Ahí tienes a la damisela —añadió a su gesto.

Erik abrió los brazos hacia Natalia y logró sujetarla antes de que cayese al suelo. Tuvo que dar un paso atrás para aguantar el equilibrio, aquel cuerpo pesaba más de lo esperado. Las amplias curvas de Natalia no serían de aire, supuso. Sonrió al tenerla pegada a él.

La plataforma se levantó y el barco de Irina no tardó en ponerse en marcha.

Natalia había dejado caer el peso de su cuerpo en él, a pesar de tener ya los pies en el suelo y haber recuperado el equilibrio. Erik levantó los ojos para comprobar que el barco se alejaba. Ahora sí, pudo expulsar todo el aire de golpe, tan notorio que Natalia giró la cabeza para mirarlo.

—Son unos inútiles, no tendrías que haber cedido —le dijo ella y él rio.

—Te hubiesen matado, sin dudar —respondió.

Natalia miró el barco que ya estaba a cierta distancia.

—Y no puedes perder el vuelo que tienes en… —Miró el reloj—. Menos de seis horas.

Ella sonrió levemente. Erik se separó de ella y entró en la parte interior del barco, regresó con una manta y se dispuso a echársela por los hombros.

Natalia lo miraba mientras él le colocaba la manta. El viento era más frío que las otras noches.

—Gracias —le dijo ella.

Erik negó levemente con la cabeza.

—Me has liberado, Erik. Completamente —le soltó.

Erik, que aún colocaba con cuidado la manta, se detuvo y la miró.

—No tiene importancia, no me debes nada, Natalia. Tú solo aléjate de mí y de gente como ellos —respondió.

Natalia negó con la cabeza y le cogió la barbilla.

—No me refería a liberarme de ellos. —Entornó los ojos hacia él—. Me has liberado de algo mucho peor.

—No hay nada peor que ellos.

Natalia llevó las manos hasta su cuello, aquel lugar cuyo olor le hipnotizaba y le atraía. Pasó el pulgar por la piel de Erik.

—Has roto las cadenas que me ataban al suelo —añadió Natalia y vio desconcierto en él con sus palabras—. Has apagado el fuego, no hay nada peor que el fuego, ni siquiera ellos.

Inclinó su cuerpo hacia él, dejándose caer por completo en el pecho de Erik, que la rodeó con los brazos. Natalia se alzó de puntillas, lo presionó contra ella y abrió la boca sobre sus labios. No tardó en ladear la cabeza para apretar su boca aún más contra la de él. La manta cayó al suelo y sintió los brazos de Erik alzarla en el aire.

No sabía hacia dónde la llevaba, no abría los ojos, solo sentía la lengua de Erik ardiendo

dentro de su boca. Abrió las piernas para rodearlo por completo con ellas y las cruzó en su espalda haciendo presión. Quizás Erik no había logrado apagar del todo el fuego en ella, pero aquella faceta del fuego no le molestaba en absoluto.

Abrió los ojos un instante, ya no había estrellas a su alrededor. Erik la había llevado a la parte interior del barco. Una habitación interna, con una mesa, varias sillas y una cama.

Él la colocó en el suelo y Natalia se quedó quieta un momento, sabía que Erik quería mirarla, siempre le gustó cómo la miraba cuando no había nadie más. Alargó una mano hacia su hombro, echándole la cortina de pelo hacia atrás. El cuerpo de Natalia no tardó en reaccionar al roce de él. Sonrió con la sensación. Pero esta vez aquello se estaba mezclando con algo más, y la mezcla le estaba encantando.

Bajó la mano hasta la cinta de su mono y la soltó. No había mucho más debajo, si Erik tiraba, caería por completo y la otra superficie de Natalia estaría a su vista. Él acariciaba su hombro con cuidado, veía que no tenía prisa por desnudarla, prefería inspeccionarla.

Entornó los ojos hacia él. Recordó su cicatriz, la que llevaba en el costado. Sintió curiosidad por saber si Erik también tendría cicatrices. En una vida al límite no sería algo inusual.

Notó sus labios en el comienzo del cuello y aprovechó la cercanía para desabrocharle el pantalón y tirarle de la camiseta hacia arriba. Erik se resistió a separar los labios de la piel de Natalia, pero ella fue insistente en verlo al completo. Dejó caer la camiseta de Erik al suelo y le puso la mano en el pecho. Encontró la piel suave para ser un hombre y tan dura como parecía desde lejos. Buscaba ávidamente con la mirada sin dejar de recorrerlo con la mano. Erik regresó hasta su cuello y Natalia cerró los ojos. Ni siquiera él tenía marcas como ella, fue consciente de que las cicatrices de Erik solo estaban por dentro, y no dudaba de que estas eran numerosas.

Aquel mundo, su mundo, era horrible para quienes tenían sentimientos. Y estaba comprobando que Erik los tenía en cada momento. Él al fin se había decido a liberarla del mono de algodón, el roce de su pecho desnudo contra el de Erick, hizo que el vello ya erizado se volviese aún más contra la piel.

Notó la mano de Erik en su espalda. Había tirado del fino tanga y acarició hasta el límite entre donde acababa el muslo y empezaba el volcán que ya esperaba húmedo el siguiente paso.

Se separó de él. Estar desnuda por fuera nunca le fue tan difícil como desnudarse por dentro. La vista de Erik enseguida se dirigió hacia la cicatriz y pasó el dedo pulgar por ella. Miró a Natalia a los ojos.

No le dio margen de preguntar nada más, se lanzó contra él empujándolo hacia la cama. Cayó sobre el cuerpo de Erik y volvió a abrir las piernas y a apretarlo con ellas sin dejar de besarlo. La sensación que le daba cada vez que Erik le tocaba la cara, se multiplicaba cuando le acariciaba la espalda, el pecho, o los muslos. Se apoyó en su pecho para colocarse mejor, pero él se alzó para enganchar los labios en uno de sus senos. Natalia separó aún más las piernas y movió la cadera rozándose contra aquello que Erik mantenía ya preparado para entrar en ella.

Le empujó los hombros para que se tumbase por completo. Lo miró a los ojos un instante, apretó las manos contra su pecho para auparse levemente y volvió a mover la cadera. Esta vez no fue un roce, logró levantarle el miembro con el glúteo y fue haciéndolo resbalar hasta el lugar donde ella lo esperaba para encajar la última pieza del puzle. Cuando lo tuvo colocado, aflojó la vagina y lo introdujo en ella. Lo oyó gemir mientras le apretaba las caderas con las manos y se alzaba con ella. La última pieza entró por completo, sin detenerse, no había dudas de que no se había equivocado al armar la verdadera imagen de El Malo, Erik, su Malo.

Movió la cadera mientras él no dejaba de levantarla, hasta que Natalia perdió el equilibrio y

cayó sobre él. Quizás esas eran las intenciones de Erik desde el primer momento. Ella abrió la boca y lo besó. Sintió cómo Erik la rodeaba con los brazos y en un rápido movimiento la hizo rodar y quedó sobre ella.

Natalia separó su cara de la de él y frunció el ceño. Estaba claro que la lucha mental que habían mantenido desde que se conocieron, no quedaría tan solo ahí. Sonrió aflojando el cuerpo, darle margen tampoco le pareció mala idea. Erik apretó con las manos sus muslos y se alzó para entrar de nuevo. Natalia cerró los ojos y abrió la boca, el movimiento lento de Erik junto al vaivén del barco, movido por las olas, la sumía en un baile perfecto que la empujaba a gritar. Estaban solos, lejos, nadie la oiría.

Abrió los ojos hacia él, el margen de dominación había terminado. Le empujó los hombros de nuevo y despegó su cuerpo. No fue capaz de hacerlo girar, sin embargo, él sí que aprovechó su gesto para pasarle una pierna al otro lado y girarla a ella. Natalia quedó tumbada de lado. Miró a Erik de reojo y lo vio contener la sonrisa. Agarró su brazo y trató de empujarlo, pero él ya volvía a entrar en ella.

Fue aflojando su mano, dejando de hacer presión sin remedio. Notaba cómo le temblaban hasta los tobillos, era incapaz de mover una sola pierna. Cerró los ojos y apretó de nuevo a Erik, resignándose. Hasta que no pasase el primer orgasmo, no tenía nada que hacer contra él.

Quedó jadeando, aún le temblaban las piernas, aunque aquello hubiese pasado. Pero no estaba dispuesta a rendirse, esta vez no se sujetó en él. Se apoyó en la pared para colocarse bocabajo y levantarse. Erik se pegó a su espalda y la presionó contra la pared, la pieza del puzle volvió a encajar. Estaba dispuesta a seguir en su empeño, apoyó las manos en la pared y se empujó con ella, pero solo consiguió que Erik entrase aún más. Levantó la cabeza para mirarlo, lo vio sonreír de nuevo. Sintió su mano resbalar para su estómago hasta llegar hacia la entrepierna. No dejo de moverse despacio, mientras palpaba buscando algo en Natalia. Ella le sujetó la mano para apartársela. Sabía que en cuanto Erik lo encontrase, volvía a estar perdida. Pero él acaba de encontrarlo. Le apretó la mano sin remedio mientras que con la otra se sujetaba a la pared. Tendría que esperar a una nueva oportunidad. Sintió que la lucha solo acaba de comenzar. Y le estaba encantando aquel tipo de batalla contra Erik.

39

Amanecía, el cielo se tornaba de un lila amarillento. Un cambio de tonalidad tan tenue, que apenas era consciente de que el sol se asomaba ya tras la isla.

El barco de Erik se acercaba al puerto. Vicky y Nanuk estarían dentro, esperando junto a las maletas. Sentía el pecho tranquilo, el cuerpo relajado y la mente quieta. Podía aspirar el aire de manera plena, sin punzadas en el pecho, completamente liberada.

Ella misma abrió la puerta en cuanto el barco se acercó al suelo de madera y se giró hacia Erik. Alargó la mano hacia él y se la apretó.

Nunca le gustaron las despedidas, menos aún en una situación como la que tenía delante. Se mordió el labio mientras Erik la miraba.

—Ni se te ocurra perder el avión —dijo él con ironía.

Natalia miró hacia el puerto de Erik. Su barco, el más grande, el de la noche de la fiesta, estaba ya preparado.

—Ni se te ocurra perder tu barco —le respondió ella.

Cogió aire de nuevo. No podía creer que se hubiese liberado de aquella manera de todo aquel tornado en el que se había visto envuelta la noche anterior.

Erik se pegó a ella, le tocó el pelo y la besó en la sien. Ella lo miró de reojo. Una cosa era que no le gustasen las despedidas intensas y penosas, y otra muy distinta, que permitiese que él se marchase con un beso en la sien.

Lo rodeó por el cuello y se alzó de puntillas para pegar sus labios a los de Erik. Lo sintió apretarla y hasta alzarla del suelo. Luego la dejó caer lentamente.

Natalia bajó del barco y él le besó la mano antes de soltársela. Se giró dándole la espalda y dio unos pasos hacia la puerta. Pero se detuvo de repente y sonrió. Se giró para mirarlo.

—Me hubiese encantado que no fueses El Malo —le dijo.

Erik frunció el ceño, contrariado. Natalia le guiñó un ojo. El portón se abría, se despidió con la mano antes de entrar.

Esta vez no tuvo que decirle nada a Vicky, ella cerró la puerta de inmediato. Suspiró. Vicky la esperaba junto a Nanuk en el jardín. Ya tenía las maletas dispuestas y el transportín rígido de Nanuk con el que viajaría en el avión.

Vicky corrió a abrazarla y Natalia sonrió. Su amiga se fijó en su expresión y los ojos le brillaron. Le dio una palmada en la cara.

—¿Qué sientes? —le preguntó Vicky, aunque sabía la respuesta.

Natalia cogió aire de manera profunda y sonora.

—Paz —respondió.

Vicky hizo un movimiento con la mano, como si tuviese una varita y tocó la cabeza de Natalia. Esta le cogió la mano y tiró de ella hacia la casa.

—Ven. Antes de irnos, quiero hacer una cosa —dijo.

Pero Vicky se detuvo. Miró a Nanuk con el ceño fruncido, este olía la entrepierna de Natalia

con interés, luego la rodeó y metió el hocico en su culo. Hasta la empujó de la insistencia. Miró a Natalia con ironía y levantó un dedo.

—Te has empotrado a El Malo. —Rio.

Natalia levantó la mano haciendo un ademán.

—No —respondió y Vicky rompió en carcajadas.

—¿Cómo qué no? Míralo. —Nanuk seguía empujando a Natalia con el hocico.

—¿Desde cuándo entiendes a Nanuk?

Vicky negó con la cabeza.

—Es evidente. —Alzó las cejas. Sonrió mirando al perro—. No me vengas a decir que no.

Siguió a Natalia hasta dentro. Natalia cogió la maleta de su portátil y se dirigió hasta el salón.

—Vale. —Levantó el maletín—. Decisión tomada.

Vicky asintió.

Se dirigió hacia la chimenea y cogió las pinzas y varias pastillas de gasolina.

—El fuego lo reduce todo a cenizas. —Las prendió y las soltó en la chimenea.

Abrió el maletín y sacó una caja de tampones. Vicky frunció el ceño.

—Aquí están los chips y las tarjetas —le explicó a Vicky.

Levantó las solapas de la caja y sacó uno por uno mientras que las llamas aumentaban. El olor se hizo intenso y era molesto.

—Y los planos de Los Valkyrie. —Fue lo primero que lanzó al fuego—. A tomar por culo.

Vicky rompió a carcajadas de nuevo.

—Vicky. —Natalia levantó el primer algodón—. Enumérame las reglas.

—Regla número uno: —comenzó Vicky—. No te desvíes de tu objetivo.

Natalia lo lanzó al fuego. Levantó el segundo y esperó a que Vicky continuase.

—Regla número dos: No establezcas ningún vínculo con los malos. —De nuevo al fuego—. Regla número tres: Que el miedo no te detenga.

Un tercero cayó junto al resto. Las llamas eran ya intensas y el olor a gasolina mezclado con el algodón y el papel, se hacía desagradable. Vicky aumentó la risa y carraspeó antes de hablar.

—Regla número cuatro: Ni se te ocurra follarte a El Malo —dijo Vicky y Natalia la miró de reojo con el cuarto tampón en la mano.

Vicky sonrió arqueando las cejas, esperando el gesto de su amiga. Natalia se encogió de hombros y lo lanzó. Vicky rompió a carcajadas de nuevo.

—Número cinco: Que nada te impida llegar hasta el final: Hundirlos.

Lanzó el resto de la caja completa, que enseguida se consumió con el resto de papeles y algodones.

Natalia se levantó de la banqueta y cogió el maletín. Vicky ladeó la cabeza mirando hacia el fuego.

—Nos vamos —le dijo Natalia y su amiga asintió.

Pero la rubia levantó las manos, deteniéndola.

—Un momento. —Cogió el móvil e hizo los numerosos patrones de desbloqueo. Luego se lo llevó a la boca. Natalia se puso la mano en la cara, esperando la burrada que iba a enviar a las locas—. Chicas, os lo avisé. Un pleno, no se ha librado ni una. Os toca pagar la juerga.

Natalia negaba con la cabeza al ser consciente de lo que Vicky, Claudia y Mayte habían estado haciendo a sus espaldas. Lo del chat alternativo lo suponía, pero lo de las apuestas ya era superar sus expectativas.

—Nos vamos —le confirmó Vicky.

Salieron hasta el jardín. Natalia se detuvo en las escaleras, desde allí podía verse el horizonte del mar. Podía apreciar a lo lejos el enorme barco de Erik, que se alejaba con rapidez.

Sacudió la cabeza. No quería detenerse en ese halo de tristeza que le producía aquella imagen. Miró a Vicky, con ella nunca hacían falta palabras. Su amiga tiró de ella.

—Anda, vamos al coche —le dijo—. Nuestro avión sale en hora y media. Por cierto, los del alquiler de vehículos lo han flipado cuando han visto el todoterreno.

40

Erik estaba en la primera planta. Las casas se hacían pequeñas. La isla se alejaba de ellos. Natalia estaría ya camino del aeropuerto y aquello le tranquilizaba.

La puerta se abrió de repente. Vio entrar a Goyle serio, tras él Valeria con la cabeza baja, apretaba fuerte los labios. Detrás iban Jony y sus hombres. Erik los miro sin entender, pero no tuvo margen de pensar. Derek irrumpió en la habitación seguido de Irina.

—Sabía que se te daban bien los juegos, Erik Valkyrie —le dijo Irina sonriendo—. Pero este ya ha acabado.

Goyle, Valeria, Jony y sus hombres sacaron sus armas y lo apuntaron con ellas.

Se oyó un ruido en el pasillo. Vio entrar a Rodri sujeto por dos hombres más, un tercero lo apuntaba a la cabeza.

41

—¡Nanuk! —volvió a gritarle para que entrase en el transportín que ya tenían en el maletero.

Nanuk se había sentado en el suelo y no se movía. Natalia miró a Vicky.

—O lo metemos en brazos, o nos quedamos sin avión —le dijo ella.

—¿Y qué le pasa? —preguntó Vicky contrariada.

—Que sabe que del transportín va directo a la bodega del avión. Y odia los aviones —le explicó Natalia.

—Normal, debe ser un horror viajar entre maletas. —Vicky se colocó tras el perro. Natalia la siguió por delante—. A la de tres.

Contaron y levantaron a Nanuk.

—Este perro es de cemento, la hostia —protestó Vicky.

Lograron meterle la cabeza. El móvil de Natalia sonó.

—¿Quién coño será ahora? —Empujaban a Nanuk hacia el cubículo.

—Que le den. —Vicky jadeaba.

La llamada terminó y de inmediato comenzó una nueva.

—Joder. —Natalia soltó a Nanuk y cogió el móvil del bolsillo trasero de su pantalón. El perro aprovechó para bajar de nuevo.

—¡Mierda! —Vicky lo cogió del collar—. Vaya animal más cabezota.

—El Fini —dijo Natalia.

—Mándalo al carajo rápido y vamos a meter al perro dentro, que el avión sale en una hora y mira cómo estamos todavía. —Vicky intentó arrastrar a Nanuk, pero era imposible.

Natalia se llevó el móvil al oído.

—Dime que no estás entre Los Valkyrie y que no la estás liando. —Fue lo primero que le dijo El Fini, alterado.

—¿Qué? —No entendía su actitud.

—Que necesito que me digas que eso tan gordo en lo que estabas trabajando, no era nada relacionado con Los Valkyrie.

—¿Por qué? —resopló. Que el mindundi de El Fini le hablara así, le estaba repateando.

—Porque había una operación abierta con ellos —le respondió y Natalia abrió la boca—. Por eso todos con los que contactaste del centro de investigación te ignoraron. No estaban comprados, Natalia. Tenían infiltrados dentro.

Natalia tuvo que sujetarse en el coche para no perder el equilibrio.

—Rodrigo Zamora, ¿te suena de algo? —añadió El Fini.

Rodri.

—Es una operación de cooperación internacional. Varios investigadores de varios países en la célula —añadió—. Erik Valkyrie lleva trabajando con ellos cinco años.

—¿Qué? —Todo el vello se le erizó.

—Y conociéndote, no tengo dudas de que habrás interferido lo más grande, ¿me equivoco?

Natalia abrió la boca para defenderse, pero recordó cuando se chivó a Los Arcángeles de la mercancía y la reunión con Derek, y la tuvo que cerrar.

—No, no me equivoco —añadió El Fini—. No sé si aún andarás por allí, pero la redada es inminente. Esta noche alguien filtró lo de Erik y Rodrigo a Los Arcángeles. Los han pillado, Natalia.

Natalia se giró hacia la casa, la puerta aún estaba abierta y podía ver el mar. Muy a lo lejos, diminuto y borroso, estaba el barco de Erik Valkyrie.

—Como te digo, la redada es inminente. Pero los han pillado y si aún están vivos, en cuanto oigan los helicópteros los ejecutarán. Así que pírate si estás cerca de ellos.

Entró de nuevo en la casa. Vicky estaba contrariada.

—Joder. —Abrió la puerta donde guardaban la moto de agua.

—No quiero saber nada de ti, ni del trabajo que te traías entre manos. No se te ocurra dar mi contacto porque negaré hasta la muerte que he tenido trato contigo, ¿entiendes? Natalia, interferir en una investigación es delito.

Se alejó el móvil de oído.

—Que te den, lameculos de mierda —le gritó y colgó.

Vicky corría tras ella.

—Ayúdame. —Tiró de la moto con tanta fuerza, que esta se desplazó. Vicky miró la moto asombrada.

—¿Qué pasa? —le preguntó su amiga.

—¡Abre el portón! —Empujaba la moto—. ¡Mierda!

—¿Qué pasa? —Vicky accionaba el mando.

Tiró de Natalia, que estaba como enloquecida, para que se detuviese un instante.

—¿Qué es lo que pasa? —volvió a preguntar.

—Que vine a por El Malo que no debía, eso es lo que pasa —le respondió volviendo a empujar la moto para sacarla al puerto.

Miró hacia el barco. Con la velocidad de aquella moto podría llegar hasta ellos.

—Trae mi maletín —le pidió a Vicky sin dejar de empujar.

Vicky corrió a por él. Cuando estuvo de vuelta, Natalia ya tenía la moto en el borde de la madera. Volvió a empujarla y esta cayó en el agua con fuerza.

Miró a Vicky.

—Rodri no es un corrupto —dijo jadeando—. Erik lleva trabajando con el centro de investigación cinco años. ¡Cinco años! —Abrió el maletín—. Desde que murió Ivanna. —Rebuscó y sacó la pequeña pistola y se la guardó en el bolsillo de atrás del mono—. No es El Malo, Vicky. Él es como yo.

Sacó las dos balas de descarga y algo más, también lo guardó. Vicky miraba las armas con la boca abierta, intentando digerir lo que Natalia estaba diciendo.

—Y lo han pillado. —Se dirigió hacia la moto.

—¿Y qué vas a hacer? ¡Ehhh! —la llamaba. Natalia ya se había subido a la moto.

—¡Nanuk! —lo llamó y el perro, aunque dudoso, saltó a la parte delantera, entre las piernas de Natalia. Luego miró a su amiga—. Lo que pueda hacer.

—Yo voy contigo. —Vicky se dispuso a bajar y Natalia la detuvo.

—Esta vez no, Vicky. —Le apretó el brazo.

—Te dije que estaría contigo hasta el final —dijo su amiga—. Con todas las consecuencias.

—Las consecuencias son muy grandes ahora. —No le soltaba el brazo.

—Por favor, Natalia —le dijo Vicky—. No quiero ser una inútil nunca más.

Natalia entornó los ojos.

—Nunca fuiste inútil —le dijo y Vicky le agarró la mano.

—Voy contigo. —Dejó en el suelo el maletín—. No me vas a dejar atrás, aunque tenga que ir a nado hasta ese barco.

Natalia suspiro mirándola. Se sacó del bolsillo los dos balines de descarga.

—¿Conoces las órdenes de Nanuk? —le preguntó—. Las de ataque, ¿las conoces?

—Creo que sí. —La vio dudar.

No sé qué demonios estoy pensando llevándola conmigo. No vamos a salir de esta.

—Pues síguelas. —Le cerró las manos alrededor de los balines—. Dos armas, dos personas a la vez, ¿entiendes? Solo habrá una oportunidad, sin margen de error.

Vicky asintió. Natalia se inclinó para sacarse la pistola del bolsillo. Tenía algo más que llamó la atención de Vicky.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Eran tres estrellas, similares a las estrellas ninja.

—Lo mismo que llevas tú, pero estas se pueden lanzar. —Las separó unas de otras y las guardó en el bolsillo—. Ni siquiera sé si funcionan. Se las birlé a Conan Macrener, dos malos atrás.

Arrancó la moto.

—No vamos a volver vivas —susurró Natalia cogiendo aire.

—Mujer de poca fe. —Vicky la agarró con fuerza mientras ella aumentaba la velocidad—. No pienso dejar que las locas se ahorren la fiesta, ¿sabes?

Natalia negó con la cabeza. Necesitaba concentrarse. No podía subir al barco por las buenas y que la recibiesen y la llevaran hasta Erik. Su cabeza comenzó a funcionar con rapidez, como esas tantas veces en las que trazaba estrategias. El barco ya era menos lejano, se alzó en el asiento. Y giró el puño al completo.

Ellos no iban tan rápido como pensaba en un primer momento. El chivato de turno no tendría demasiada información.

Un inútil cualquiera que busca méritos a medias.

Sabía cómo funcionaba aquella gente. Erik y Rodri seguirían vivos hasta que consiguieran sacarles la información deseada. Luego les darían el tiro de gracia.

Pero en cuanto vean la redada, los matarán.

«Inminente». Había dicho el capullo de El Fini. Desconocía cuánto tiempo era inminente. El barco estaba cerca ya, la moto parecía volar sobre el agua. Las habían visto, vio a unos hombres mirarlas, hablar entre ellos y a uno perderse.

Dirigió la moto hacia el barco y se puso junto a donde se abría la plataforma. Si no la bajaban, era imposible subir a él. Aún más difícil para Nanuk, que no tenía manos para agarrarse a los barrotes.

—¿Qué buscas, loba? —Oyó decir.

Levantó los ojos. No lo conocía, o al menos no lo recordaba.

—Quiero hablar con Irina —le dijo.

—Irina está ocupada —respondió.

—Tengo algo que puede interesarle —gritó.

El barco de Erik era alto, no sabía si se enteraba bien.

—Trae a Irina —volvió a gritar.

Lo vio perderse en la cubierta. Tuvo que aflojar el ritmo de la moto porque estaba adelantando al propio barco. Sentía el pecho a punto de explotarle. Pero en aquel momento, más que en toda su vida, necesitaba mantener la calma. Necesitaba su mente clara, pensar rápido, psicología que le llevó años aprender. Esta vez tenía que ser más lista, no había margen de error.

Miró a Vicky.

—Dime que hay un plan —dijo esta en su oído.

Natalia expulso aire con fuerza. Un plan que había trazado en los pocos minutos que tardó en llegar hasta el barco. Un plan que tendría que presentar segura, sin dudas, sin miedo.

Alzó los ojos hacia el barco.

—¿Qué quieres? —Irina entornó los ojos hacia ella.

—Subir —gritó Natalia.

Irina rio.

—¿Crees que estoy loca? —dijo con ironía.

Como una puta cabra, sí.

—Puedo ayudarte con Derek —gritó—. Conozco sus planes.

Entornó los ojos hacia Irina. Hacerla dudar, paso número uno. Irina ordenó bajar la pasarela.

—Si no me gusta tu propuesta, Natalia —comenzó—. Os tiraré al agua.

Claro que te va a gustar mi propuesta. Te va a gustar como no imaginas.

Natalia acercó la moto a la pasarela. Vicky fue la primera en subir. Tuvo que ser ayudada por dos hombres. Abrió las piernas y ordenó a Nanuk saltar. Y, por último, quedaba lo más difícil: ella.

Sin soltar el puño se puso de cuclillas en la moto. Aceleró para adelantarse a la pasarela.

Una oportunidad. Solo una oportunidad a cada paso.

Soltó el puño y saltó. Consiguió agarrarse, balanceó su cuerpo y se impulsó con los brazos para subir las rodillas. Se puso en pie y miró a Irina.

Eres mía.

Dio unos pasos hacia ella.

—¿Qué buscas? —preguntó mirando al perro.

—Un hueco —respondió Natalia.

—No hay hueco —pronunció con desprecio—. Sabes lo que ha pasado, supongo. Erik Valkyrie ha caído. Hemos ganado. No hay más.

Caído no significa muerto.

Bajó la mirada para observar a Nanuk. Expiró tranquila, Erik estaba aún vivo si a su perro no le fallaba el olfato.

—Sí hay más —le rebatió Natalia—. Ahora eres socia de Derek e imagino que trabajareis junto a los que queden de Los Valkyrie.

Irina frunció el ceño.

—En poco tiempo ni siquiera habrá hueco para ti —dijo Natalia.

Irina la miró de abajo arriba.

—¿Y por qué tendría que fiarme de ti?

—Porque somos dos mujeres en este mundo de hombres —le respondió Natalia—. Y todos piensan que sobramos.

Irina entornó los ojos.

—La ambición de Derek va más allá. Quiere el legado completo de Erik y arrasará con el tuyo

—continuó—. ¿Ocho años de trabajo, Irina? Tirados por un loco.

Vamos, sigue caminando. Te tengo la senda marcada.

—Te sería muy útil si permanezco cerca de Derek —seguía Natalia—. Él ya me ofreció algo la otra noche y me negué. Pero estando tú, la cosa cambia.

Irina seguía observándola en silencio.

—Estás sola ante Derek, Irina. Los Valkyrie se pondrían de su lado antes que del tuyo.

Camina, Irina.

—A no ser que tu única motivación por el poder y el dominio acabe con Erik muerto.

Irina se sobresaltó.

Allá voy.

—Ya tienes la venganza que querías —continuó Natalia—. Ocho años para conseguir lo que tienes hoy.

Natalia entornó los ojos hacia ella.

—Aunque dudo que esto sea lo que buscabas —dijo e Irina frunció el ceño. Dio un paso hacia ella. Natalia le mantuvo la mirada—. Tú no querías verlo muerto. Querías derrotarlo, perpetuar el dolor. Matarlo ha sido idea de Derek. Las mujeres nos inclinamos por otro tipo de venganza.

Los orificios nasales de Irina se redondearon.

Estás llegando, Irina. Unos pasos más y ya te tengo.

—Valeria está dolida y furiosa —dijo Irina—. Erik la ha traicionado como al resto, sin consideración. —Negó con la cabeza.

Llegaste.

—Erik siempre ha tenido ese defecto, por lo que veo. Rehusar de mujeres que darían la vida por él y caer ante otras que no les importa traicionarlo —añadió.

Eso es.

—Anoche él te salvó la vida. —Cogió aire. Era evidente que la marca de Erik perduraba honda en ella—. Y ahora tú buscas tu propio beneficio, sin importarte en absoluto lo que hagamos con él.

—Ya estará muerto, supongo. —Se encogió de hombros.

Irina negó con la cabeza.

—Derek está intentando sacarle información. —Miró hacia el interior del barco—. Lleva rato con él.

—No permitas que Derek lleve el mando. —Arrugó la nariz—. Solo hazlo creer que lo tiene.

Le sonrió.

—En cuanto a Erik. —Puso una mano sobre el perro—. Puedo ayudaros si quieres —acarició a Nanuk—. Mi perro es mucho más efectivo que vuestros métodos. ¿Se alegraría Erik de verme?

Rio y vio la expresión de Irina.

Te atrapé. Caíste, pedazo de loca.

Irina sonrió ampliamente.

—Por supuesto que le encantará verte —respondió—. Una gran sorpresa antes de morir.

Ambas rieron. Irina miró a Vicky y luego a Nanuk.

—Pero no me gusta tu perro y no creo que ella sea útil —le dijo.

Natalia miró a Vicky.

—Te equivocas con ella —le respondió Natalia—. Tú y yo somos parecidas, tú misma lo dijiste ayer. Nuestro problema es que demostramos a simple vista lo que somos y creamos desconfianza. —Alargó una mano para tocar el hombro de su amiga—. Cuando hacerse el tonto

nunca falla.

Irina observó a Vicky en silencio. Luego bajó la vista hacia Nanuk.

—No me fío de tu perro, no lo quiero cerca. Si quieres quedarte, sin perro —advirtió.

Natalia levantó las manos.

—Te ayudaré a sacarle información a Erik y cuando acabemos, lo tiraremos al agua. —Miró a Nanuk.

Irina miró a sus hombres y estos las rodearon.

—Venid conmigo. —Comenzó a andar.

La siguieron hasta el interior del barco. Más hombres en el pasillo, paredes de madera y una gran puerta. Irina se giró hacia ellas.

—Si todo esto es una trampa, moriréis junto a Erik y Rodri —advirtió.

—Si fuese una trampa, no hubiésemos venido solas —respondió Natalia—. No me creas tan imbécil.

—Suelta la pistola entonces —le dijo Irina.

Mierda.

Uno de los hombres se la sacó del bolsillo trasero del pantalón. Dio gracias de que las estrellas fuesen pequeñas y disimuladas. Y también de que Vicky tuviese el enorme pecho donde guardarse las balas de descarga.

Contó rápido, tres estrellas contando que no fallase ninguna, más Nanuk y dos balas de Vicky. Si dentro había más de seis personas, no podrían con ellos.

Irina abrió la puerta. Natalia miró a Vicky, que estaba asombrosamente callada y al parecer tranquila, o más bien estaba tan bloqueada que apenas podía reaccionar, ni siquiera al miedo.

—Tenemos visita —anunció Irina.

Vio a Derek girarse hacia ella. Era un salón prácticamente vacío. Solo una mesa pegada a una pared. El frente completo de cristal donde entraba la luz y se veía el agua. En el centro tenían atado a Erik, prefirió no reparar en su cara. A un lado estaba Goyle con Jony, tenían a Rodri en el suelo, atado de una manera similar a la que la habían precintado a ella la tarde anterior. También le habían golpeado lo suyo.

A la izquierda estaba Valeria, únicamente Valeria.

Justos, coño, qué suerte.

Hasta logró sonreír con sinceridad de la alegría que le dio tener posibilidades de sobrevivir. Entró decidida en el salón ante la mirada sorprendida de todos ellos.

Dirigió sus ojos hacia Erik. Él apoyaba su nuca en la columna.

—¿Qué haces aquí? —No lo dijo sorprendido, ni decepcionado. Tenía una expresión de tristeza extraña.

Natalia le sonrió.

—Es nuestra nueva amiga —respondió Irina poniéndose delante de él—. Ya te he dicho siempre que sueles elegir a las malas, Erik.

Mientras Irina disfrutaba de su nuevo triunfo jodiendo a Erik, trayéndole ante sus ojos a una traidora. Natalia aprovechó para colocarse junto a Derek.

—¿Qué mierda hace esta tía aquí? —protestó Valeria.

—Tendremos que seguir viéndonos —le respondió Natalia con ironía. Luego se volvió hacia Goyle y le guiñó un ojo—. Al menos Vicky y tú siempre os llevasteis bien.

Vio que Vicky captó la indirecta y se colocó entre Goyle y Jony. Ella le profirió una sonrisa a cada uno.

Natalia se dirigió a Erik de nuevo y alzó las cejas.

—De ti no me lo esperaba. —Entornó los ojos. Luego miró a Valeria—. ¿Cómo lo llevas tú?

No obtuvo respuesta. Valeria estaba decepcionada, sus ojos le decían que había llorado lo suyo. Y furiosa, tanto o más que cuando Erik solía atender a Natalia.

—Una decepción que estuviese al otro bando, supongo —añadió y luego miro a Derek—. He meditado la propuesta del otro día y me gusta el plan que tienes. —Le guiñó un ojo—. Acertaste con eso de que la caída de Valkyrie era inminente. Ahora no tengo dudas de que vas a conseguir todo lo que me dijiste.

Miro a Erik. Derek llevaba un puño americano en la mano, aunque aún no le había dado más de dos o tres golpes. Intentó que su expresión no se inmutara al mirarlo. Él continuaba desconcertado con ella.

Natalia miró a Derek de reojo. Él aún estaba en tensión, como lo estaba Valeria. A Irina ya la tenía ensimismada en su propio ego, no iba a ser un peligro. Sonrió.

—Llevabas razón —le dijo a Derek—. Tú sí puedes darme todo lo que necesito.

Luego dirigió su mirada hasta Erik y dio unos pasos hacia él. Levantó una mano y la dirigió hacia su camisa.

—La verdad es que eso de que fueras El Malo comenzaba a tener su punto —le dijo dando toques con los dedos en el pecho hasta llegar a su barbilla. Erik ni se inmutó, solo la miraba.

Natalia dio unos pasos hacia atrás y se dirigió de nuevo hacia Derek.

—Claro que vas a darme lo que quiero —le confirmó y su voz sonó grave y segura. Completamente sincera.

Los Valkyrie, Los Arcángeles y los de Irina. Se escapaba a mis expectativas.

—Nunca es bastante, ¿recuerdas? —añadió y él rio—. ¿Quieres que Erik hable?

Derek bajó la vista hasta Nanuk, Natalia lo acariciaba.

—Natalia. —Oyó la voz de Erik.

Ella atendió a él enseguida. No hacían falta palabras, volvió a acercarse a él. El «inminente» de El Fini estaba siendo demasiado tiempo. Y no tenía tiempo. O actuaba, o la acabarían pillando.

Dio unos pasos hacia él de nuevo. Aunque no tuviese por seguro salir viva de aquello, no podía alegrarse más de haber decidido adentrarse en aquella investigación. Allí encontró lo que siempre había buscado y hasta lo que nunca creyó encontrar: a sí misma. Recordó a su padre y recordó el compromiso que le hizo a su alma. No había dejado de cumplirlo una y otra vez, como se prometió frente al espejo cuando solo era una niña.

Miró a los ojos de Erik.

—¿Por qué? —dijo ella misma, sabía que era la pregunta que él no dejaba de hacerse.

Sintió un halo en su pecho que se expandía. Pudo verse a sí misma, desarmada, llorosa, inocente, haciéndose una promesa que parecía disparatada. Pero allí estaba, en medio de tres grandes imperios de la mafia. Bajó la cabeza un instante.

Adelante, Natalia.

—Hace doce años descubrí de que lo quería todo. —«Todo». No podía llamarlo de otra manera. Alzó la vista hacia él con los ojos brillantes—. Y lo sigo queriendo.

Es todo lo que siempre he querido.

—Nanuk —lo llamó.

Contuvo la respiración. Erik miraba su mano, esperando la orden. Pudo ver hasta la expresión asustada de Valeria, supuso que era más gratificante ver cómo pegaban a Erik, que presenciar

cómo lo destrozaba un lobo. Hasta Irina estaba temerosa. No había dudas de que ambas aún lo amaban.

Ahora.

Movió la mano y Nanuk se lanzó contra Derek, clavando sus enormes fauces en el brazo del miserable, donde llevaba el puño americano. No lo soltaría hasta que ella se lo ordenara. Vicky fue veloz, nadie había reparado en ella. Ni siquiera Goyle y Jony esperaban que, a su espalda, ella pudiera noquearlos en un fragmento de segundo.

Miró a Valeria, que daba unos pasos atrás sacando su arma. Natalia rezó porque las estrellas funcionasen. Lanzó una, con menos fuerza que puntería. Valeria cayó antes de que pudiese apuntarla.

El sonido de Nanuk helaba la sangre. Derek no podía con él. Pero Irina corría hacia la mesa a por otra arma y no se fiaba de poder alcanzarla con otra de las estrellas.

—Nanuk —volvió a llamarlo y este corrió hacia la mujer que se pegó a la pared, inmóvil mientras el perro le amenazaba con la boca manchada de la sangre de Derek.

Natalia dejó caer una estrella sobre Derek en cuanto el perro se le quitó de encima. Dudaba que su brazo tuviese buen arreglo, pero no se apenaba en absoluto

Vicky echó el cerrojo de la habitación. Natalia la miró satisfecha. Su Hada Madrina era certera, segura, inteligente, gloriosa, y le resultaba extraño que no fuese capaz de verlo y se llamara inútil continuamente.

Expiró aire y miró a Erik, pero no se detuvo en él. Lo rebasó y se acercó a la pared donde Irina estaba inmóvil. Natalia le hizo una señal a la mujer para que se sentara en el suelo y ella la obedeció.

Nanuk no dejaba de enseñarle aquellos dientes manchados de sangre.

—Los perros pueden predecir los movimientos con que tan solo los pienses —le decía Natalia, inclinándose hacia ella—. Son diez veces más rápidos que un humano y son capaces de oler el miedo en su oponente. Super poderes vetados a los hombres.

Acarició a Nanuk.

—Ahora acabo de dejarle el mando respecto a ti —añadió—. Si intentas gritar, moverte, o tan solo pestañear, te atacará. —Se irguió—. Ya te dije que era más efectivo que vuestros métodos.

Se alejó de su perro y de Irina. Vicky desataba a Rodri. Natalia se dirigió hacia la columna de Erik. Al fin se escuchaban los helicópteros.

—Vienen los tuyos —le dijo rodeándolo con los brazos para quitarle las ataduras—. Un poco tarde, ¿no?

Erik la miraba en silencio, aún más desconcertado que antes. Natalia había pegado su cuerpo a él para llegar a las últimas ataduras de las muñecas, tenía el rostro de Erik cercano al de ella. Casi pudo rozarle los labios.

—¿Quién eres, Natalia? —le preguntó.

Natalia acabó de desatarlo y se apartó de él. Sonrió.

—No soy nadie realmente. —Miró a Vicky y rio. Luego se dirigió a Rodri, ya liberado—. Natalia Ayala, mi nombre no estaba en ninguna parte porque los estúpidos de mis jefes nunca me incluían en los créditos.

Negó con la cabeza.

—¿Te suena de algo La Fatalé? —le preguntó Vicky a Rodri.

Y aquel nombre sí pareció decirle algo. Frunció el ceño.

—¿En serio? —La miró de aquella manera que Natalia esperaba. La Fatalé era un rumor,

alguien que se nombraba, pero nadie sabía a ciencia cierta si verdaderamente existía.

Natalia miró a Erik metiéndose las manos en los bolsillos traseros. Allí aún había una última estrella. Esperaba guardarla como recuerdo al menos.

—Periodista de investigación —le dijo—. Persigo a los malos. —Se encogió de hombros—. Pero esta vez me equivoqué.

Se oían voces a través de un megáfono, motores de numerosas lanchas. Volvió a mirar a Erik, lo había dejado literalmente sin palabras. Los sonidos se hicieron intensos.

—Hace más de doce años unos energúmenos mataron a mi padre —le dijo a Erik con tranquilidad—. Eran esbirros de una red de narcotráfico. Mi padre solo se cruzó en su camino.

Abrió la boca para coger aire. Desvió la mirada hacia la pared de cristal y sonrió.

—Nadie va a devolverme a mi padre. —Volvió de nuevo sus ojos hacia Erik—. Pero me siento mejor cuando hago locuras como esta.

Erik sonrió levemente mientras pasaba los dedos por su mejilla. Natalia volvió a coger aire.

—Venía a por ti —añadió y él rio.

Llamaron a la puerta a golpes, tan fuerte que se sobresaltaron.

—Son los nuestros —dijo Rodri abriendo el pestillo.

Varios hombres armados con equipo antibalas y cascos, entraron en el salón. Miraron a su alrededor. Reconocieron a Erik y a Rodri, y luego se detuvieron en Nanuk, Irina, Natalia y Vicky.

—Quedan todas detenidas. —Oyó.

¿Cómo?

42

Estaban en una sala de la policía. Llevaban allí horas tomándoles declaración. A pesar de estar detenidas, el encargado de la redada no había resultado ser del todo desagradable con ellas. Supuso que la declaración de Erik y Rodri algo habría tenido que ver. Sin embargo, Vicky había tenido que llamar al abogado de su familia.

Ambas estaban sentadas en las sillas frente a los investigadores. Vicky tenía el brazo sobre la mesa y la frente apoyada en él.

—Por Dios, que no se entere mi padre —se lamentaba.

Natalia resopló. La puerta se abrió y Erik y Rodri entraron. Le habían curado las heridas y aunque algo señalado, volvía a ser el de siempre. Rodri, sin embargo, estaba algo más hinchado.

El encargado, un hombre llamado Ernesto Cornel, se levantó enseguida para hablar con ellos.

—Dicen ser periodistas, pero la señorita Victoria ni siquiera está registrada como tal. Y en la productora de Natalia no saben nada, ella está de vacaciones. No tienen ni una sola grabación, ni pruebas de lo que estaban haciendo. —Negó con la cabeza—. Tienen un contacto con otra productora, pero dice que no las conoce.

—El puto Fini —protestó Vicky sin levantar la cabeza de la mesa—. *Cagao* de mierda.

Natalia bajó la cabeza. Erik se dirigió hacia ella y se inclinó junto a su silla.

—¿No tenéis nada? —le preguntó y Natalia negó con la cabeza—. ¿No grabasteis nada?

—Lo grabamos todo —le respondió—. Pero lo quemé.

Erik hizo una mueca.

—¿Por qué...? —preguntó. Pero Natalia lo miró alzando las cejas y Erik cerró la boca de inmediato.

—¿Dónde está mi perro? —preguntó ella.

—Nanuk está abajo, en las perreras. Está bien, tranquila —le respondió Erik.

—Mi padre me va a matar. —Vicky seguía con sus lamentos.

Natalia cogió aire con angustia. En ninguno de los finales que barajaba, se esperó acabar en la cárcel.

Cornel le puso una mano en el hombro a Erik.

—Están registrando la casa —le dijo—. No tienen antecedentes, pero se las puede acusar de tenencia de armas y pertenencia a una red de narcotráfico. Eso haciendo la vista gorda en la interferencia en la investigación… No creo que tengan opción a fianza. Dirán que hay riesgo de fuga.

Natalia se llevó la mano a la frente. Los rumores correrían con rapidez, en su productora ya lo sabían. Si salía de aquella, que ya lo dudaba, o pasaba por la cárcel, podría despedirse de su trabajo y de trabajos similares de por vida.

—En el ordenador no hay nada —continuó Cornel—. Lo único que tenemos es un chat de amigas en los teléfonos, pero ahí tampoco hay pruebas suficientes.

No me lo puedo creer. Qué vergüenza.

—Solo conversaciones irónicas que no… logramos ubicar bien. Y que no encajarían precisamente con una investigación. Ni las personas que nombraban tampoco podemos

relacionarlas. El Malo, Harley Quinn, el corrupto, un gigante con pelado de fantoche... Aunque sepamos a quienes se refieren, no serviría como prueba por ser exageradamente subjetivas —continuó. Natalia se tapó la cara, avergonzada—. Apuestas, palabras en clave, diálogos que no pienso reproducir y ni una sola imagen.

Natalia recibió un empujón de Vicky.

—Te dije que me dejases enviar los putos vídeos —le reprochó.

—No podías enviarlos, Vicky —se defendió.

—Pues mira dónde hemos acabado —protestaba Vicky—. Me dijiste: la gloria o la bolsa de plástico. De la cárcel no se habló en ningún momento. Y ahora va a ser mi padre el que me meta en una bolsa de plástico.

Erik se inclinó de nuevo hacia Natalia.

—Voy a hacer todo lo que este en mi mano —le dijo—. Nos habéis salvado a Rodri y a mí. Lo tendrán en cuenta.

—¿Y el resto? —preguntó Natalia.

—Todos detenidos. Ya teníamos los informes preparados —le dijo—. Sois las únicas que quedáis aquí.

Natalia hizo una mueca.

—Tres de un golpe, vaya buen palo. —Erik sonrió.

—Irán cayendo más enlazados en otros países, las redadas continuarán toda la semana —le explico él—. Quedará alguno suelto, pero no podrán organizarse en años al nivel al que estaban.

Erik levantó la vista hasta Rodri.

—Ha salido bien en ese sentido. —Volvió a mirar a Natalia—. Pero vosotras...

—Hay que estar locas, sí. —Se cruzó de brazos.

Vicky lo miró de reojo.

—Sácanos de esta —le rogó a Erik—. Mi vida está en juego como no imaginas.

Cornel se apoyó en la mesa.

—Tenéis al mejor abogado del país en un avión camino a aquí —les dijo—. Y la declaración de dos de nuestros principales colaboradores. Solo necesitamos algo, por pequeño que sea, que muestre que estabais allí por trabajo. No hay más.

Cornel las miró.

—Además —añadió—. Dicen que vuestra colaboración fue magistral.

—Siii, de película —dijo Vicky con ironía—. Sobre todo, el final. De comedia americana. —Se tapó la cara—. Nataliaaaaa.

Natalia le pasó un brazo por los hombros. Entró otro investigador con una bolsa negra.

—Es cierto que habían quemado algo en la chimenea. Pero nada recuperable —anunció.

—Claro que es cierto, ya os he dicho que lo quemé todo. —Natalia apoyó el codo en la mesa e hizo lo mismo con la frente.

El investigador se colocó unos guantes de plástico y sacó el portátil.

—No hemos encontrado nada en el ordenador, como te he dicho por teléfono —decía el hombre dejándolo en la mesa.

Sacó la pulsera de Natalia.

—Nano cámara en la pulsera, en este collar y en el collar del perro. Cargadores, numerosos cables, toda la tecnología precisa para la labor de investigación. —Lo colocó en la mesa.

—Es algo, pero no suficiente —dijo Cornel.

—Y esto —añadió el investigador. Natalia no lo podía creer.

Dejó caer la cabeza en la mesa como antes había hecho Vicky.

Qué vergüenza, por Dios. No voy a encontrar trabajo en la vida.

Levantó la cabeza levemente, por si su mente había desvariado y no le permitía ver con claridad. Pero no, allí estaba el cacharro. Volvió a hundir la frente en el brazo.

Dios, llévame de una vez con mi padre.

Apretó los ojos anhelando que todo aquello fuera un sueño y estuviese moribunda en el barco de los mafiosos.

Ay, madre, que lleva la etiqueta todavía.

Oyó el grito de Vicky.

Si no te mata tu padre, te mato yo.

Vicky volvió a gritar y su grito hizo que Natalia levantara la cabeza. Su amiga tenía a «Erik Valkyrie alternativo» en la mano. Los ojos de Vicky brillaban, las lágrimas le rebosaban por un lagrimal completamente enrojecido.

—Te dije que mi vídeo no lo encontrarías ni tú —le dijo a Natalia.

Natalia abrió la boca mientras Vicky le daba la vuelta a aquel cacharro para ponerlo bocabajo. Metió el dedo bajo los testículos de goma.

—El Hada Madrina —añadió Vicky mientras seguía hurgando en el interior de la goma—. No se te ocurra meterte en una de estas sin un Hada Madrina. Mi último invento, el *«penedrive»*. —Hasta a Natalia le brillaron los ojos cuando Vicky puso el pen encima de la mesa. Su amiga la miró y ambas sonrieron—. ¿Qué podría salir mal?

Natalia se abalanzó sobre Vicky en un abrazo que casi la tiró de la silla.

—¿Está todo? —le preguntó.

—Todo. Sin editar, eso sí. —Hizo una mueca—. Solo intenté el montaje el primer día y lo abandoné.

Cornel cogió el pendrive.

—Vamos a visionarlo y regresamos —dijo dirigiéndose hacia la puerta.

Vicky levantó una mano.

—Están las grabaciones completas. —Miró a Natalia y a Erik de reojo—. Lo digo por si… es mejor que no estés delante.

La cara de Erik resultó excesivamente expresiva a pesar de los golpes. Vicky lo entendió tan bien como ella.

—No, esa noche no llevaba cámara, tranquilo —le dijo.

Natalia dejo caer de nuevo la cara en la mesa.

No voy a encontrar trabajo en la vida.

—Pero sí que vais a ver a un Erik blandito —añadió.

La madre que la parió.

—Con tanta tensión, no me acordaba del puto pendrive. —Oyó decir a Vicky, poniéndose la mano en la frente.

Todos salieron dejándolas solas. Natalia giró la cabeza hacia Vicky. Su amiga levantó el cacharro aún con la etiqueta colgando.

—Hemos estado a esto. —Puso el dedo en la punta del pene—. De acabar enchironadas.

Natalia tuvo que contener una carcajada.

—Que no era serio ni profesional, ¿no? —Dejó caer el pene de goma en la mesa, formando gran ruido—. Pues ahí lo tienes. Las risas salvan la vida. —La miró sonriente—. ¿Más claro lo quieres?

Vicky apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

—Y las locas me deben una juerga —señaló a Natalia con el dedo—. Siempre llevo razón.

Vicky le pasó el brazo por los hombros.

—¿Cómo no íbamos a salir de esta? —Rio apretándola—. Con tu cerebro y mi magia; invencibles.

Natalia le dio con la cabeza en la mejilla.

43

Cuando regresaron de visionar las imágenes, el abogado al que había llamado Vicky ya estaba allí. Este enseguida se puso en pie y les tendió la mano.

—Represento a las señoritas Victoria y Natalia.

Cornel le dio la mano.

—Ya no hace falta —le respondió. Miró a las chicas—. Voy a preparar los papeles. Quitando la parte irrelevante. —Natalia notó cómo el bochorno le llegaba hasta las orejas—. Habéis hecho un gran trabajo. La grabación de una operación de esta magnitud desde dentro—. Las señaló con el dedo—. Las productoras se pelearán por el reportaje.

Natalia vio a Erik apoyado en el marco de la puerta, sonreía.

El abogado acompañó a Cornel al papeleo. Vicky resopló.

—No me verás más en una de estas —le dijo a Natalia y esta rio—. Paso. En cuanto lleguemos a Madrid, quiero volver a ser una inútil hasta que esto se me olvide.

Vicky se levantó de la silla.

—Ha sido una experiencia que personalmente me habrá aportado… no sé qué me habrá aportado. Pero en ese reportaje no quiero que me incluyas ni en los créditos. Ni se te ocurra poner mi nombre.

Natalia se levantó de la silla también.

—Me meo, no aguanto más. —Vicky salió corriendo hacia el pasillo.

Erik la miró mientras lo rebasaba y rio.

—Y yo preguntándome que de dónde habíais salido —le dijo a Natalia—. Vaya trabajazo.

Ella se puso delante de él.

—Lo editaré y… se lo podré restregar a mis jefes por la cara —le respondió ella con una mueca—. De hecho, no creo ni que se merezcan emitirlo ellos.

Erik sonrió.

—Madrid —dijo él y Natalia asintió—. Allí me espera mi nuevo despacho.

Ella arqueó las cejas, sorprendida.

—Sí —continuó él—. Un departamento en el centro de investigación. Esto no acaba aquí. Aún quedan muchos nuevos malos, como los sueles llamar.

—Siempre habrá malos —le dijo ella.

Erik bajó la cabeza para sonreír y luego la miró de nuevo.

—En mi departamento creo que habría hueco para cierta joven brillante, y también para su lobo. —Se acercó algo más a ella—. Pero después de ser la autora de semejante reportaje, supongo que te lloverán las ofertas.

—No tengas dudas —le respondió con ironía.

Se inclinó levemente hacia ella. No estaban en un lugar en el que pudieran acercarse mucho más, aunque todo el equipo hubiese visto las bochornosas imágenes al completo.

—¿Qué me dices? —le preguntó—. ¿Quieres perseguir a malos junto a mí?

—¿Que si quiero? —Lo miró con una leve sonrisa—. ¿Y tú me lo preguntas? —Erik sonrió.

Él se inclinó aún más y rozó con su nariz la de Natalia. Ambos volvieron a ponerse derechos. Vicky había regresado del baño, miró a uno y a otro. Cogió a Erik por el brazo.

—Hay que tenerlos muy bien puestos para hacer ese trabajo que has hecho —le dijo a Erik—. Aun así… —Alzó las cejas e hizo un ademán con la cabeza hacia Natalia—. Suerte con esta.

Soltó el brazo de Erik mientras ellos reían.

—Recoge al perro que nos vamos —le dijo Vicky ya en el pasillo.

Erik le puso la mano en la nuca.

—Te acompaño a recoger a Nanuk —le dijo—. ¿Podré fiarme de él si trabajamos juntos?

Natalia ladeó la cabeza.

—Te lo pondrá tremendamente complicado —le advirtió.

Salieron al pasillo camino del ascensor.

—Quiero hacer eso que tú haces —le decía él—. Marcarle en cada momento. Es…

—Puedes aprender, pero no esperes que te obedezca. —Entraron en el ascensor. Erik pulsó el botón hacia el sótano.

—¿Por qué no va a obedecerme? —Se extrañó.

Natalia alzó las cejas. Estaban solos en el ascensor.

—Trabajaré en tu departamento, pero no esperes que ni Nanuk, ni yo, aceptemos otra jerarquía.

Erik la atrajo hacia él mientras reía.

—Supongo que lo tendré difícil con los dos —le dijo.

—Estás a tiempo. —Le agarró las solapas de la chaqueta.

Erik negó con la cabeza.

—Ya no estoy a tiempo. Ese tiempo ya pasó —le respondió él, pero ya Natalia lo besaba. La apretó contra él—. No tuve dudas, aunque ni siquiera supiera quién eras. Por esa razón no te quería en el bando equivocado.

—Yo dudé hasta el momento en el que ya ni me importó que fueses El Malo. —Encogió los hombros.

—Pero ya no soy El Malo. —La puerta del ascensor se abría y tuvieron que separarse.

Natalia sonrió.

—Siempre serás El Malo. Ese nombre te perseguirá en el chat de mis amigas durante toda la vida —le confesó.

Erik frunció el ceño.

—Ni te imaginas. —Reía Natalia buscando a Nanuk entre las jaulas de la perrera—. Solo conoces a una de ellas. Hay dos más y cada cuál, más loca.

Inclinó su cuerpo hacia una de las jaulas. Allí estaba su perro. Natalia abrió la puerta y Nanuk de inmediato se colocó junto a su muslo. Natalia lo acarició, luego levantó la mirada hacia Erik.

—Bienvenido a la manada —le dijo.

Erik acercó la mano hacia el perro, este emitió un gruñido de protesta. Tuvo que retirarla. Miró a Natalia con desesperación. Ella rompió en carcajadas.

Epílogo

Notó la nariz de Erik en su espalda. Abrió los ojos para mirar la hora. Aún quedaban unos minutos para que sonara el despertador. Le gustaba el duermevela. Erik solía tener el cuerpo aún más cálido que ella. Metió las nalgas en el hueco que él formaba cuando arqueaba su cuerpo con la almohada, aun sabiendo lo que ese gesto conllevaba. Sabía que estaba despierto, el solía tener un despertador natural. A Erik le había llevado un tiempo acostumbrarse al sueño tranquilo, a no echar tres cerrojos tras una puerta acorazada. Pero ya era capaz de dormir siete horas sin despertarse hasta minutos antes de que sonara la alarma.

Notó su brazo sobre ella y Natalia volvió a cerrar los ojos mientras Erik se pegaba por completo. Aquel roce de por las mañanas se había vuelto algo cotidiano, le encantaba cómo comenzaba el día, aunque desde hacía un tiempo, la totalidad de sus días habían cambiado.

Un sonido agudo la sobresaltó. No era el del despertador, procedía del móvil de Erik. Se despegó de ella para girarse hacia la mesilla de noche. En aquel silencio podía escuchar al interlocutor. Era la voz del jefe de Erik, el director del centro de investigación.

—¿Podéis venir antes hoy? Tengo algo perfecto para vosotros tres. —Lo oyó decir.

Los tres, Nanuk tenía un hueco imprescindible dentro del equipo. Natalia volvió a mirar el reloj digital. Acaban de robarle once minutos de su despertar y su despertar le encantaba. Dejó de prestar atención a la conversación. Se giró para colocarse bocarriba enlazando sus piernas con las de Erik.

Al fin, él colgó el teléfono. Ambos se miraron.

—Creo que vamos a tener que ir haciendo las maletas —le dijo y ella frunció el ceño.

Se giró para ponerse frente a él. Volvió a enredar sus piernas con las de Erik.

—Un nuevo malo —dijo en un suspiro.

Erik la agarró para colocarla sobre él y Natalia se acomodó en su cuerpo. Le cogió la cara y se la apretó.

—Pues habrá que ir a por él —le dijo y se levantó de un salto.

Lo miró de reojo, quizás él esperaba algo más en aquel despertar. Natalia le agarró la mano y tiró de él fuera de la cama. No tenían un trabajo normal, pero era la vida que habían decidido llevar, al menos de momento.

Chocaban uno con el otro en el cuarto de baño mientras se aseaban y se empujaron para ocupar el lavabo. Cuando había algo urgente, no podían demorarse.

Natalia fue la primera en llegar al coche después de Nanuk y entró en el asiento del conductor. Erik abrió su puerta y Nanuk gruñó.

—No empecéis otra vez, por favor —protestó Natalia.

—Ha dicho el hermano de Vicky que…

—Ha dicho que esto lleva tiempo, pero si estáis todo el día a ver quién puede más de los dos, no creo que avancemos mucho.

Le dio al botón de la puerta trasera automática y esta se abrió.

—Nanuk —lo llamó y le hizo una señal para que se quedase quieto.

—¿Cómo lo haces? —protestó él.

Natalia se echó a reír. Le ordenó al perro que subiese y volvió a pulsar el botón para cerrar.

—Estoy convencido de que, si viera a alguien atacarme, ni siquiera me defendería —decía Erik—. Es más, creo que está deseando perderme de vista.

—Erik, es un perro. No tiene esos pensamientos —le rebatió Natalia—. Le caigas mejor o peor y aunque le guste estar por encima de ti en la jerarquía, eres de su manada.

Erik miró a Nanuk, este jadeaba tras las rejas, en la parte de atrás del coche.

—Ni me mira, claro que quiere perderme de vista —dijo y la risa de Natalia aumentó.

Sonó el móvil de Natalia. Le indicó a Erik que lo mirase.

—Es el chat de tus amigas. —Frunció el ceño—. ¿Claudia está embarazada otra vez?

—Sí. —Se detuvo en un semáforo.

—¿Cuántos leones hay ya? —pregunto Erik sorprendido.

—Será el cuarto león —respondió girando el volante.

Sonó de nuevo el móvil.

—Es un audio de Vicky —le dijo Erik—. Si quieres, lo escuchas luego.

—Dale y tápate los oídos por si acaso.

Erik alzó las cejas.

—Chicas, acabo de encontrar el trabajo de mi vida. —Se oyó decir.

Natalia le quitó el móvil a Erik y se lo llevó a la boca.

—¿Tú y trabajo en la misma frase? —grabó.

Erik le quito el móvil en cuanto el semáforo se puso en verde.

—Van a multarte —dijo y ella lo miró con ironía.

Las leyes, las normas y todo eso, ya.

Erik hizo un ademán con la mano. Un nuevo audio de Vicky. Natalia lo accionó ante la mirada de reproche de Erik.

—No seas desagradable, Natalia. Estoy muy ilusionada esta vez, ¿sabes? Es un trabajo perfecto para mí.

Natalia asentía con ironía. Le quitó de nuevo el móvil a Erik.

—¿El trabajo perfecto para ti? No me digas más, te han contratado en un circo.

Erik la miró de reojo.

—¿Por qué os lleváis tan mal por teléfono y luego…?

Sonó un nuevo audio.

—Siempre lo estropeas todo. ¿Que tienes, una bola mágica, Fatalé?

Natalia rompió en carcajadas.

—Hostias, que es verdad. —Se detuvo en otro semáforo.

—¿En un circo, Vicky? —Era la voz de Mayte.

—Me acabo de quedar bloqueada, completamente. Vicky, tía. ¿Dónde coño vas a meterte? A esta se le está yendo la pinza con las terapias esas de meditación. Fatalé, te la cargaste del todo.

Llegaron hasta el aparcamiento del edificio. Abrió la puerta automática y bajó del coche.

—Es un documental —les explicaba Vicky—. Y deberíais estar dándome ánimos y no con el cachondeo.

Natalia rompió en carcajadas de nuevo.

—Vicky, ¿qué sabes tú de la vida de un circo? —le decía Mayte.

—No te veo yo durmiendo en una caravana —decía Claudia.

Natalia se detuvo para grabar.

—Esa pobre gente no tiene ni idea del tsunami que va a enviarle una productora —grababa—.

El espectáculo que se avecina en el chat va a ser sublime.

—Mira que sois… —protestó Vicky.

—El Hada Madrina en un circo. —Reía Claudia—. Oye, suena bien.

—Sois unas cabronas, la próxima vez que necesites un Hada Madrina os voy a mandar a tomar por culo.

Natalia se tapó la cara para reír. Erik la esperaba en la puerta del ascensor.

—Ahí estás Claudia, entre leones. Y tú, Fatalé, que te libraste de la cárcel por un «penedrive». Y encantada con tu Malo, ¿a que sí? —Natalia le guiñó un ojo a Erik, este desvió la cabeza para reír—. Y tú Mayte, todavía no te ha tocado, pero ya te pillaré. Así que, no te vayas muy lejos. —Se oyó su risa. La risa de Vicky siempre alegraba—. Ahora os reís. Pero ya me inundareis de mensajes para cotillear lo que se cuece en un sitio de esos, ¿a que sí?

Natalia entornó los ojos, pensativa.

—Pensándolo bien… sí —grabó. Levantó los ojos hacia Erik, este le hacía señales para que subiese al ascensor—. Si no es un circo macabro, con payasos diabólicos, ni con asesinos en serie…

Se tapó la boca para reír. Erik la miraba de reojo.

—Natalia, quitas las ganas de vivir —protestó Vicky y ella aumentó la risa.

—No la escuches, Vicky. Piensa en un circo lleno de trapecistas, payasos, bailarinas, música…

—Magia. —Era Claudia.

Natalia sonrió.

—Chicas, os tengo que dejar —les dijo—. No podré entrar en unos días, me mandan a una nueva cloaca.

—Yo tengo que acabar la noticia de hoy —se despidió Claudia.

—Y yo tengo un examen esta semana—se despidió Mayte.

—Y yo voy a hacer las maletas. En cuanto llegue, os cuento.

Natalia entró en el ascensor con Erik.

—¿Por qué hacéis eso con ella? —le reprochó.

—Porque lleva un año haciendo el vago —respondió Natalia—. Y tiene que madurar. Déjanos a nosotras, que la entendemos bien.

Erik se encogió de hombros.

—¿No crees que le vaya a ir bien el trabajo?

Natalia sonrió con la pregunta de Erik.

—Vicky y luces, y música, y magia… —Sonrió—. ¿Le va a ir bien? Va a ser sublime. Se avecinan ventiscas en el chat.

Alzó las cejas.

—Pero no pienso decírselo. —La puerta del ascensor se abrió y Natalia salió de él.

Erik la miró negando con la cabeza. Nanuk lo arrolló a su paso y casi lo hizo perder el equilibrio.

FIN

Nota de autora:

Gracias por leer El Malo y espero que hayas disfrutado con su lectura. Si te ha gustado la novela, te agradecería que dejaras un comentario sobre ella en su página de Amazon.

Si es la primera novela mía que lees, tienes disponibles muchas más, solo tienes que escribir en el buscador de Kindle: Noah Evans. También puedes seguirme en Facebook (Noah Evans) o Instagram (Noah_Evans_oficial) para estar al día de próximas publicaciones. Suelo publicar una novedad cada mes.

En esta próxima navidad (2020) estará disponible la novela sobre Vicky, El Mago. Tienes también la historia de Claudia (Mr. Lyon) a la venta en Amazon.

Gracias por seguir conmigo en cada nueva novela, sin vosotras no sería posible. Se avecina un 2021 repleto de novedades, aún quedan mil sueños por escribir.

Un abrazo, Noah.